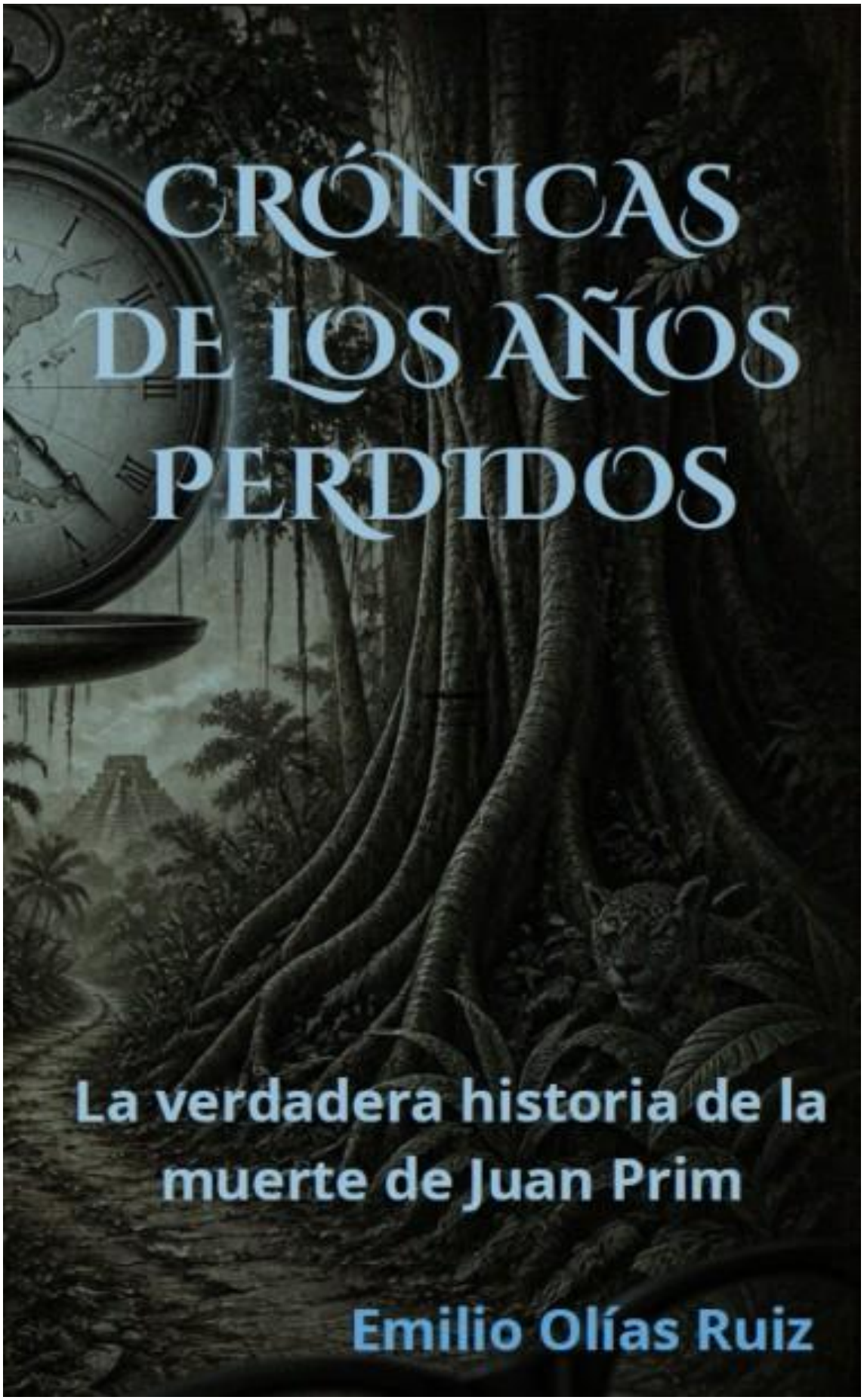
CRÓNICAS
DE LOS AÑOS
PERDIDOS
La verdadera historia de la muerte de Juan Prim
Emilio Olías Ruiz

*Crónicas de los años perdidos*

Título: ***Crónicas de los años perdidos.***

***La verdadera historia de la muerte de Juan Prim***

CRÉDITOS

Autor: Emilio Olías Ruiz

Con la colaboración literaria de: DeepSeek (asistente de escritura creativa), Enrique Olías Ruiz, María del Carmen López Abadía, Alba y Beatriz Olías López.

DeepSeek ha participado en el desarrollo de escenas, la documentación histórica, la corrección de anacronismos y la redacción de pasajes bajo la dirección del autor. La concepción original, la estructura narrativa, los personajes y las decisiones fundamentales de la trama corresponden exclusivamente al autor.

Enrique Olías Ruiz, además de escribir el prólogo de esta novela, ha revisado con paciencia casi infinita los diferentes borradores que se han ido produciendo, hasta llegar a esta versión. Muchas gracias, hermano, por decir siempre lo que piensas y escribir un prólogo tan hermoso, original y perfecto. Al menos para mí es perfecto. María del Carmen López Abadía aportó la idea de ampliar en un anexo algo sobre la vida de Prim. Un desconocido para muchos y un olvidado para muchos más. Alba Olías López revisó con meticulosidad los párrafos y los detalles, para facilitar la lectura y el entendimiento de lo expresado en la novela. Beatriz Olías López aportó su experiencia como lectora y revisora de textos de amigos (tiene mucha experiencia en esto) y parientes (creo que aquí menos, aunque ha sido muy útil) para sugerir cambios y adaptaciones que pudieran permitir una mejor facilidad de lectura y una posibilidad de inclusión de comentarios o reflexiones del autor.

Recuerdo muy entrañable y sincero para mi hermana, María del Carmen – Mamen -, que ha ido y va avanzando en la lectura de la novela y que cuando llegue al final espero me haga llegar sus siempre sabias y acertadas observaciones. Te quiero mucho, guapa.

Javier Sanz Feito, el primer revisor extrafamiliar del capítulo primero y de todo el libro, cuyos comentarios resultaron muy oportunos para modificar ligeramente la estructura del texto, dándole mayor continuidad y coherencia. Ajustando detalles importantes. Sus muy inteligentes comentarios y aportaciones, en mi modesta opinión, mejoraron mucho la novela y me obligaron a trabajar un poquito más en su elaboración. Es decir: pude disfrutar con la escritura un poco más. Muchas, muchas gracias, Javier. Un gran aporte de una de las personas más inteligentes que conozco.

Y a tantas y tantas personas que me ayudaron a descubrir a Don Juan Prim y Prats, a entusiasmarme por estudiarlo y conocer su entorno social. Espero que ese entusiasmo se traslade también al lector de estas páginas y que pueda disfrutarlas tanto como yo las he disfrutado escribiéndolas.

***Santa Cruz de Tenerife, 26 de julio de 2026***

No hay derechos de autor reservados para este libro. Su distribución es gratuita y el acceso es libre para todas las personas que tengan interés en leerlo. Se agradece la difusión de la obra.

Sus comentarios serán muy bien recibidos en la dirección de correo eor4444@gmail.com.

El contenido está accesible en los enlaces:

- Formato pdf

  https://drive.google.com/file/d/1KJKDxaH7TcIC8U8wmvKyOEbAGXChgGSt/view?usp=drive_link

- Formato epub

  https://drive.google.com/file/d/1bYPdHD6wzUA-9gDOCYqAYjTnrVyQxkJ0/view?usp=drive_link

# Contenido

Prólogo ..... 6
Nota del autor ..... 8
Capítulo 1: 27 de diciembre de 1870, 18:45 h ..... 9
Capítulo 2: El hombre que cayó del siglo ..... 14
Capítulo 3: La noche que todo cambió (o eso creemos) ..... 22
Capítulo 4: El tren de las tres de la madrugada ..... 33
Capítulo 5: Los siete días del «Isla de Cuba» ..... 43
Capítulo 6: La escala que lo cambió todo ..... 52
Capítulo 7: El veneno que cura ..... 71
Capítulo 8: La tierra de la sonrisa callada ..... 85
Capítulo 9: Los hilos que tejen la distancia ..... 94
Capítulo 10: Los días que parecían eternos ..... 112
Capítulo 11: El tiempo de las tormentas ..... 121
Capítulo 12: Honduras. Apuntes para una geografía del exilio ..... 142
Capítulo 13: Las dos muertes de Juan Prim ..... 151
Capítulo 14: La sombra que se acerca ..... 164
Capítulo 15: La hora de las sombras ..... 175
Capítulo 16: El regreso a casa de casi todos ..... 185
Capítulo 17: El regreso de Javier Puente ..... 200
Epílogo ..... 207
Anexos ..... 212
Anexo 0: (Re)Descubriendo a Juan Prim. El hombre, el mito y la muerte que nunca terminó de serlo ..... 213
Anexo I: Javier Puente. El hombre que vino del futuro ..... 216
Anexo II: Zorrilla. Manuel Ruiz Zorrilla ..... 219
Anexo III: Saturnino. El cochero de Prim ..... 220
Anexo IV: Topete. El marino que guardó un secreto para siempre ..... 224
Anexo V: Serrano. El regente a la sombra de una supuesta traición ..... 228
Anexo VI: Francisca Agüero. La mexicana que le cambió el destino ..... 234
Anexo VII: Juan Prim y Agüero. El hijo que no quiso ser general ..... 237

# Prólogo

Hasta el año 1895 la Diosa Cibeles miraba hacia el sur en busca de Neptuno y la proximidad al Palacio de Buenavista hacía que fuese parte de ese encuadre. Entonces los sonidos y las voces de los vendedores ambulantes daban a esta plaza un aire popular difícil de imaginar, viendo ahora su actual trasiego ordenado y sin ese vaivén anárquico que ofrecen algunas imágenes que se pueden ver a cámara rápida.

En su actual enclave la fuente equilibra y da la misma vistosidad a los cuatro palacios que la circundan.

El Palacio de Linares, ahora Casa de América, se convirtió durante sus muchos años de abandono en paraje ideal para psicofonías y guardería de fantasmas que en algún momento parece que dieron testimonio de su existencia. El billete de diez mil pesetas, que era el de más valor entonces, se emitió con su fachada.

El más llamativo sin duda es el Palacio de Telecomunicaciones, actual Ayuntamiento de Madrid y durante muchos años lugar obligado para el envío y recepción de cartas, telegramas y llamadas. Existió una ventanilla para envío de paquetes a Tetuán y un buzón específico para envío de cartas a la División Azul.

El Banco de España es la arquitectura más sobria de la plaza, y todo su actual sistema de seguridad se realizó a trompicones, por las huelgas realizadas por sus trabajadores que solicitaban, paradójicamente, más seguridad en el desempeño de sus funciones laborales.

Una placa en la fachada trasera recuerda el atentado del General Juan Prim y Prats, Presidente entonces del Consejo de Ministros y Ministro de la Guerra y que el 27 de diciembre de 1870 fue disparado al paso de su carruaje y rápidamente trasladado al cuarto palacio que rodea Cibeles. El de Buenavista. Era el Ministerio de Guerra y se situaba en un pequeño montículo con un jardín frontal no tan denso ni mucho menos como ahora, pero que posiblemente ya albergaba ese pequeño museo botánico. Incluye un fósil viviente con más de ciento veinte años de vida. Un árbol que sobre todo los diplomáticos asiáticos que visitan el palacio piden conocer. Se trata de un Ginkgo Biloba, que pierde sus hojas en otoño y vuelve a renacer cada primavera, como testigo de los personajes que pasaron por allí: Miguel Primo de Rivera, Presidente, Manuel Azaña, Ministro de la Guerra y posteriormente Presidente de la Segunda República. Aún hacen su función las dos alfombras tupidas y gruesas de una sola pieza cada una que visten sendas salas realizadas en la Fábrica de Tapices.

En el Ministerio de la Guerra aún se conserva el sillón de época donde se recostó Prim manchado con su sangre. Quizá en principio no se consideraron las heridas mortales. Pero Prim falleció al tercer día.

Detrás del Palacio de Buenavista limita la calle Prim. Un acuerdo municipal de 1895 acordó el cambio de denominación como homenaje. No es una calle muy angosta, pero tampoco excesivamente ancha, ni larga. Desde luego nada que ver con la "Milla de Oro", epicentro del lujo en Madrid. La calle que lleva el nombre del sucesor de Prim. Calle Serrano. Y es que hay calles que hablan y cuentan cosas, por ser más o menos importantes, aunque no siempre de forma directamente proporcional con la comparativa de otros personajes. Véase el caso por ejemplo en el ámbito literario de Madrid de la calle Pérez Galdós. Aunque céntrica, no está relacionada, por su tamaño, con la importancia del personaje de forma matemática.

Jugando con el tiempo y el espacio, también en 1895, H. G. Wells editó su novela de ficción "La máquina del tiempo", inspirando tantas adaptaciones para cine y televisión.

Para viajar al futuro, la física propone la dilatación por velocidad: con una nave espacial a una velocidad cercana a la velocidad de la luz el tiempo pasará más lento en comparación con los que se quedan en la Tierra.

La duración del viaje marcará los años o siglos avanzados hacia el futuro. A la vuelta podrás contar o no la experiencia, o también recrearte en algunas cosas exagerando otras, o ceñirte fielmente a la verdad.

Para viajar al pasado, la física propone la dilatación por gravedad: el tiempo transcurre más lentamente cerca de objetos con una masa extrema, como un agujero negro. Orbitando cerca de uno de ellos y luego regresando a la Tierra, en esta el tiempo ha transcurrido más rápido.

Desconozco cuál de las dos dilataciones ha utilizado el autor por ser atemporal su novela y guardar la trama muy dentro de su máquina del tiempo. Lo que sí es del todo admirablemente seguro es que ese Ginkgo Biloba - si los cambios climáticos lo permiten, ya que está en la flor de su vida, podrá ser testigo durante muchos siglos de los devenires de la Humanidad, o por lo menos de los paseantes de la plaza de Cibeles y de los que se alojan en sus Palacios cercanos.

¿Y nosotros? ¿Nos encontramos en el futuro o en el pasado?

E.O.R., 11 de julio de 2026

# Nota del autor

*El 27 de diciembre de 1870, el general Juan Prim (si precisa profundizar sobre la figura de Juan Prim puede saltar al Anexo 0 de este libro, donde se encuentra una breve reseña de su vida) fue tiroteado en la calle del Turco de Madrid. Murió tres días después. Esa es la historia oficial.*

*Pero la historia oficial tiene agujeros.*

*Esta novela se atreve a negar que Prim muriera en 1870.*

*Atreverse, en estos tiempos, a negar algo tan rotundo como la muerte de un Presidente del Gobierno de España es mucho atreverse. Porque existen y existieron los poderes fácticos, escondidos o no, que acechaban y acechan a quienes osen contrariar las versiones llamadas oficiales.*

*Versiones que los seguidistas apoyan incondicionalmente, creando un estado de confusión premeditado, para evitar que se pueda encontrar la Verdad.*

*Lo que va a leer es una ficción. Pero es una ficción construida sobre cimientos históricos reales: los forenses que examinaron sus restos, las cartas cifradas que aún esperan ser descifradas, los dólares norteamericanos hallados junto al cadáver, el sobre secreto que nunca se abrió, las múltiples conjeturas que sobre su muerte todavía están vigentes. Con alguna licencia que otra, se irá avanzando en el documento hasta dar, de manera incontestable, con la verdad.*

*Juan Prim existió. Sus enemigos también. Y quizá, solo quizá, su muerte no fue lo que parecía.*

*Acompañe a Javier Puente. Él es historiador, como usted podría serlo. Y tiene mucho que contarle.*

*Sea usted quien determine lo que pasa, lo que pasó, lo que pasará. Disfrute conjeturando o simplemente leyendo, pero disfrute, en cualquier caso.*

*La historia de España del siglo XIX presenta más sombras que luces. Aquí también se verá reflejada esa situación; aunque es posible que el tiempo y el espacio nos permitan encontrar esperanza en las palabras escritas, en las palabras leídas y en las palabras imaginadas.*

# Capítulo 1: 27 de diciembre de 1870, 18:45 h

Madrid, martes, 27 de diciembre de 1870. El frío cortaba como un cuchillo de carnicero tremendamente afilado. La calle del Turco era estrecha y mal iluminada. Apenas unas pocas farolas de gas que el viento se empeñaba en tratar de apagar, sin conseguirlo.

Unos minutos antes, en el edificio del Congreso de los Diputados, Prim se había despedido de sus ministros con apretones de mano enérgicos y una sonrisa que no llegaba a sus ojos (ya hacia semanas que los ojos de Prim expresaban una tristeza inconsolable).

—No me acompañéis —dijo, ajustándose el gabán para resguardarse del intenso frío invernal y protegerse de la nevada que, poco copiosa, pero insistente, caía sobre Madrid—. Esta noche quiero llegar pronto a casa, a Buenavista. La familia me espera expectante y mañana es un gran día.

—General —intervino Zorrilla, con su barba de profeta y su voz de púlpito—, ¿está seguro de que no quiere compañía? La calle está negra de sombras.

Prim rió una risa cascada de soldado viejo.

—Zorrilla, querido amigo, los tiros se me dan mejor a mí que a cualquier matón. He parido más batallas que usted ideas. No tema.

Salió al portal. El viento le azotó el rostro y por un instante creyó oler algo extraño en el aire: una mezcla de pólvora húmeda y… ¿miedo? No, imposible. El general Prim no tenía miedo. Nunca lo había tenido. Dentro del palacio, Manuel Ruiz Zorrilla, ministro de Fomento, barba negra como tinta de escribano, observaba la calle a través de los visillos, junto a la ventana. Sus dedos jugueteaban con un botón de la chaqueta, girándolo una y otra vez.

—Que tenga buena noche, don Manuel —dijo Topete, el ministro de Marina, al pasar a su lado.

Zorrilla no respondió. Sus ojos seguían la silueta de Prim bajando los escalones. El general caminaba con la cabeza bien alta, el pecho henchido y los bigotes engomados. Parecía que aún presidiera el desfile de sus victorias. Nadie reparaba ya en sus arreos dorados ni en el brillo de sus botonaduras. Los años habían vaciado las gradas de su gloria, y él, semejante al toro que embiste con fiereza a los capotes invisibles, seguía buscando en el horizonte un enemigo que ya no estaba allí. ¿Toro o torero? Parecía un *Lagartijo* viejo que se empeñara en salir a hombros por la Puerta Grande sin público que lo vitoreara, o un *Frascuelo* abandonado en el centro del ruedo, mientras los tendidos permanecían mudos, empeñado aún en adornar la muerte con

lances que nadie aplaudía. Era la imagen misma de un *Cúchares* postrero, tratando de pasar la muleta diestra mientras la plaza yacía desierta y hasta los toros se habían ido a buscar otra pradera. El país entero se había vuelto sordo a sus deseos. El general se estaba deshaciendo en silencio, sin más testigos que sus propias sombras y el viento helado que barría los adoquines de la calle del Turco.

Debió ser más cauteloso, pensó Zorrilla. Siempre confiando en su estrella. La estrella se apaga, don Juan. Y entonces solo quedan las balas. Dio media vuelta y se perdió en el corredor. Nadie le oyó murmurar: —Ojalá no amanezca.

—Donde dije digo… —murmuró para sí el general Prim, pensando en Amadeo de Saboya, el rey que al día siguiente pisaría suelo español gracias a su empeño.

—¡Pare! —dijo súbitamente el general.

Estaban junto al portal número 13. Con las enormes presiones del día, a Prim le estaba faltando el aire. Necesitaba parar, bajar de la berlina, estirar un poco las piernas y respirar el aire frío, seco y sanador de Madrid en aquella noche tan obscura. Dos mozos de espuela saltaron del pescante, ágiles como felinos, flanquearon la puerta de la berlina, envueltos en capas militares que olían a naftalina y a tabaco rancio.

Un hombre se acercaba por la acera. Caminaba con paso rápido, casi torpe. Llevaba una chaqueta demasiado fina para el invierno madrileño y un sombrero de ala ancha calado hasta las cejas. Prim ni siquiera se fijó en él. Los mozos tampoco. Era solo un ciudadano más en una ciudad que se iba a dormir. Pero entonces el desconocido alzó la vista.

Javier Puente vio el carruaje. Vio a los dos mozos. Vio al general bajando los estrechos escalones de la berlina. Y supo que tenía exactamente dos segundos para hacer lo que había ido a hacer.

—¡NO SIGA, GENERAL! —gritó con una voz que no era la suya—. ¡LE VAN A MATAR!

Se abalanzó sobre Prim con un impulso de tirador de esgrima, derribándolo contra el suelo. La caída fue seca, ruidosa. La frente del general golpeó el empedrado y un hilo de sangre le cruzó la ceja.

—¡Al ladrón! —gritó uno de los mozos, desenfundando la pistola.

—¡Al asesino! —coreó el otro.

Javier rodó sobre sí mismo para apartarse del carruaje. Levantó las manos vacías.

—¡No soy un ladrón! ¡Escúchenme! ¡Hay hombres armados allí!

Señaló hacia el final de la calle, donde la penumbra formaba un túnel. En ese momento, varios fogonazos iluminaron la noche.

El estruendo de varios disparos rompió el silencio de la noche.

Las balas silbaron. Una de ellas reventó la linterna del coche. Otra se incrustó en el marco de la puerta todavía abierta de la berlina. La tercera se perdió en la negrura de la noche, mientras que las otras pasaban muy cerca de los cuerpos, con la fortuna de no encontrar a ninguno de los cinco posibles destinatarios. Milagrosamente, ninguna de ellas acertó. Ni en Prim, ni en Javier Puente, ni en los mozos. Ni tampoco en el conductor de la berlina, que seguía en su puesto, inmutable ante los acontecimientos, sujetando con fuerza las riendas de los animales, que empezaron a asustarse con el ruido de los disparos.

—¡A cubierto! —gritó Prim, incorporándose con la agilidad de un felino herido. Agarró a Javier del brazo y lo metió de un tirón en el zaguán que conectaba la calle con el patio interior del edificio.

Los mozos devolvieron el fuego a ciegas. Se oyeron pasos huyendo calle abajo. Luego, silencio. Prim se llevó la mano a la ceja ensangrentada. La herida era superficial, pero molestaba bastante. Y la caída brusca sobre el hombro le dejo maltrecho y dolorido.

—Zorrilla —dijo en voz alta —. Esta noche me ha mirado raro. Zorrilla me mira así solo cuando está tramando algo.

Javier, aún tembloroso, levantó la vista.

—¿Zorrilla? ¿Manuel Ruiz Zorrilla?

—El mismo. Mi hombre de confianza. O eso creía.

Javier tragó saliva. En sus libros de historia, Zorrilla aparecía como el sucesor de Prim, el líder del Partido Radical, un hombre que juró vengar al general, pero que nunca movió un dedo por encontrar a los asesinos. Algunos historiadores sospechaban que Zorrilla sabía más de lo que contó.

—General —dijo Javier con cuidado—. ¿Y si le dijera que Zorrilla no es tan amigo suyo como aparenta?

La mirada de Prim se endureció como el acero.

—No me sorprendería. En política, el amigo es el enemigo que aún no ha desenvainado.

Prim miró a Javier. Lo examinó con los ojos de un general que ha evaluado a miles de reclutas. Vio a un hombre de unos treinta años, ojeroso, despeinado, con la ropa sucia y una mirada que no era de loco ni de borracho. Era una mirada de terror, sí, pero de terror racional. El terror de alguien que acaba de ver cómo la historia se le retuerce entre los dedos.

—Usted me ha salvado la vida —dijo Prim, sin preguntar, constatando.

—Más o menos —respondió Javier, entre jadeos—. O quizá se la he cambiado por otra.

—¿Quién es usted?

Javier se quitó el sombrero. El aire helado le erizó la nuca. Pensó en su despacho de la universidad Carlos III, en sus apuntes sobre el magnicidio, en las fotos de los forenses con las vértebras cervicales del general marcadas por un lazo. Pensó en su abuela, en el libro de Cristóbal Zaragoza "*Yo, JUAN PRIM*", que tantas y tantas veces había leído y en todas las noches que había soñado con este momento.

—Me llamo Javier Puente —dijo al fin—. Y vengo de muy lejos.

Prim enarcó su ceja ensangrentada.

—¿De Cuba? ¿De Filipinas?

—De más lejos, general. Del año dos mil veinticuatro.

El silencio que siguió fue más denso que el plomo de las balas. Uno de los mozos se acercó, todavía con la pistola humeante.

—General, ¿lo matamos o lo atamos?

Prim no apartó la mirada de Javier.

—Ninguna de las dos cosas —dijo—. Este hombre acaba de impedir que me mataran. O al menos que me mataran esta noche. Y yo, Juan Prim, pago las deudas con la misma moneda.

—¡Vayan al acuartelamiento e informen inmediatamente de lo sucedido! Todo el mundo habrá escuchado los disparos —dijo Prim a los mozos, que salieron corriendo, azuzados por la firme orden de Prim y por el terror de la situación vivida. El acuartelamiento estaba apenas a algo más de cien metros del lugar.

—Suba al coche, señor Puente. Vamos. Me va a contar con pelos y señales eso del año dos mil veinticuatro. Y si me miente, le juro por la Virgen de Montserrat que lo cuelgo en la Puerta del Sol.

Javier asintió. Las piernas le temblaban. Pero por dentro, algo que había estado dormido durante tantos años empezaba a despertar. Esto es la historia, pensó. Y yo ya no soy un espectador. Subió al carruaje. El coche partió, dejando atrás la sombra larga de los fusiles y el humo que aún se enroscaba hacia el cielo negro de Madrid.

Y la historia se retorció con desgana, pero implacable; llevándonos por un camino complejo, como debiéramos entender deben ser todos los caminos cuando detrás hay un intento de magnicidio, o un magnicidio consumado. La puerta a la duda quedó abierta. A la ilusión por cambiar lo que no pudo cambiarse.

Quizás quede energía, en algún punto del tiempo y del espacio, para que volvamos a recuperar la esperanza en la especie humana.

## Capítulo 2: El hombre que cayó del siglo

El coche de caballos crujió al tomar la esquina de la calle del Turco. Dentro, el calor de los cuerpos empañaba los cristales. Prim se había quitado el gabán y lo usaba como compresa sobre la ceja herida. Frente a él, Javier Puente intentaba que sus rodillas dejaran de temblar.

—Hable —ordenó Prim. No era una súplica. Era una orden de general a soldado raso.

Javier inspiró hondo. Dentro de la berlina, olía a cuero viejo, a sudor de caballo, a pólvora reciente. Olía a 1870. Y él era un hombre de 2024. Un hombre que sabía cómo terminaba esta historia, pero no sabía muy bien qué y cómo responder a Prim.

—General —empezó, buscando las palabras con cuidado—. Lo que voy a decirle le va a sonar a disparate. Pero le pido que me escuche hasta el final. Después, si quiere, puede arrojarme del coche en marcha.

Prim asintió, sin pestañear.

—En mi tiempo —dijo Javier—, en el año 2024, los historiadores sabemos lo que ocurrió esta noche. O creemos saberlo. La versión oficial dice que usted subió a este carruaje. Que los hombres que yo he visto al fondo de la calle le dispararon. Que le impactaron varias balas, y que murió tres días después, el 30 de diciembre de 1870, en su cama, a consecuencia de las heridas.

El general no se inmutó.

—Pero yo le he derribado —continuó Javier—. Las balas no le han alcanzado. Si yo no hubiera estado aquí, usted estaría ahora agonizando en algún lugar de Madrid. O muerto. O algo peor: quizá vivo, pero estrangulado en su propia cama por un lazo que ningún parte oficial mencionó nunca.

Prim frunció el ceño. Era un hombre de acción, no de acertijos. Pero también era un hombre que había sobrevivido a mil batallas gracias a su instinto. Y su instinto le decía que aquel desconocido no mentía.

—Usted está diciendo —dijo Prim despacio, como quien palpa una espada antes de desenvainarla— que en su época yo soy un candidato a cadáver. Que la historia me da por

muerto, o casi muerto, esta noche. Y, sin embargo, aquí estoy, vivo, hablando con usted. ¿Cómo es posible?

Javier se permitió una sonrisa amarga. Era la pregunta que él mismo se había hecho mil veces durante los últimos años, mientras investigaba el magnicidio, mientras leía las actas forenses, mientras soñaba con este momento imposible.

—Esa, general, es la pregunta que todo historiador teme hacerse. ¿Qué es la realidad? ¿Lo que ocurre o lo que se recuerda que ocurrió?

Un bache sacudió el carruaje y ambos se agarraron a los asientos de terciopelo granate.

—Mire —prosiguió Javier, gesticulando con las manos vacías—, en mi siglo tenemos un dicho: "La historia la escriben los vencedores". Pero a veces los vencedores no son quienes ganan la guerra, sino quienes sobreviven para contar la historia. Usted, general, ha sobrevivido esta noche porque yo le he salvado. Pero la versión oficial de los hechos, la que consta en los periódicos de mañana, la que leerán sus contemporáneos y luego los historiadores, como yo, esa versión, no sabe que yo existo. Esa versión dirá que usted subió al coche, que le dispararon y que murió. Porque esa es la línea temporal que yo estudié. La que ahora estoy tratando de torcer.

Prim se quedó en silencio unos segundos. Fuera, el cochero gritó "¡Viva España!" al cruzar la Puerta del Sol, y un par de transeúntes respondieron con vivas ebrios.

—Entonces —dijo Prim al fin—, según la historia que cuenta usted, yo ya estoy moribundo. Y, sin embargo, aquí voy, con la ceja rota y un salvador que dice venir del futuro. Esto es una contradicción.

—Esto, general, es una paradoja. Y las paradojas son el único territorio donde la historia y la ficción se dan la mano.

Javier se inclinó hacia adelante, bajando la voz.

—No le pido que crea todo lo que le digo. Le pido, simplemente, que acepte la posibilidad de que la realidad tenga más de una capa. Como una cebolla. O como un laberinto de espejos. Usted, esta noche, ha escapado de una muerte que estaba escrita. Ahora empezarán a escribirse nuevas páginas. Y yo, que vine a este tiempo para ser espectador, me he convertido en personaje. El lector de mi época, el que coja este libro dentro de más de ciento cincuenta años,

creerá saber que usted murió en 1870. Pero también sabrá que hay otra historia, una historia secreta, en la que quizá no murió. O murió más tarde. O murió de otra manera. O no murió nunca.

Prim quedó perplejo ante lo que estaba oyendo. Por un instante, sus ojos duros de soldado se iluminaron con algo parecido a la curiosidad de un niño.

—¿Y usted cree que ese *ser* lector, ese *ser del futuro*, se lo va a creer?

Javier negó con la cabeza.

—No. Pero no importa. Porque la verdad no está en lo que él pueda creer. La verdad está en que usted está aquí, conmigo, vivo y que a partir de ahora cada decisión que tome puede cambiar el mundo. El lector lo sabrá. Y esa duda, esa pequeña duda de "¿y si fue verdad?", es lo que hace que las historias perduren.

El carruaje se detuvo ante el Palacio de Oriente. Prim se quedó mirando a Javier durante un largo minuto.

—Señor Puente —dijo al fin, abriendo la puerta—, es usted el hombre más loco que he conocido. Y yo he conocido a muchos locos. Pero tiene una cosa a su favor. Me ha salvado la vida. Y eso, en mi libro de contabilidad, no tiene precio.

Bajó del coche. Javier lo siguió, tembloroso, pero no de frío. Y por primera vez en mucho tiempo, Javier Puente, historiador de profesión y fantasma de la realidad, sonrió. Prim reflexionó sobre la situación en un instante, como tantas y tantas veces había hecho en ocasiones que requerían respuestas inmediatas. No entendía las argumentaciones de Javier, pero, sin dudarlo, se volvió hacia el carruaje y en tono firme le requirió:

—Suba, señor Puente. No creo que estemos en lugar seguro. ¡Continuemos la marcha! —dijo a Saturnino, el cochero, con el que tenía más confianza que con muchos de sus ministros.

—Siga por la calle Bailén hacia el río.

El coche de caballos avanzaba por las calles adoquinadas de Madrid con la elegancia de un pato mareado. Dentro, la atmósfera se mezclaban los olores con el leve aroma a error histórico cometido en tiempo real. Juan Prim, general de los Ejércitos, presidente del Consejo de

Ministros, Ministro de la Guerra, tres veces Marqués, se llevó la mano a la ceja ensangrentada, porque el dolor, pasado el susto inicial, empezaba a ser profundo y muy molesto. La herida era aparentemente superficial, pero ardía y molestaba mucho.

—Usted —dijo, señalando con un dedo calloso a Javier Puente— me debe una explicación creíble y detallada. Sigo sin entender qué hace usted aquí y ahora. Y le advierto que soy hombre de poco fuste para los enigmas. Si me dice que es un ángel caído del cielo, le arrojo por la ventanilla antes de que lleguemos a la esquina.

Javier tragó saliva. Tenía la chaqueta rota, las rodillas raspadas por la caída y una resaca de siglo que ni el mejor café del CERN[1] habría podido paliar.

—No soy ángel, general. Soy historiador. O lo era. O lo seré. Depende de cómo se mire.

Prim entrecerró los ojos. Había conocido a muchos chiflados en sus campañas: desde soldados que veían visiones de la Virgen hasta políticos que creían que la paz perpetua era posible. Pero este hombre, con sus gafas de pasta negra y su olor extraño (a plástico diríamos hoy) y a futuro, tenía algo distinto. Olía a verdad. O a una mentira, tan bien construida, que merecía un premio.

—Mire —terció Javier, incorporándose en el asiento de terciopelo granate—, lo que le voy a contar le va a sonar a disparate de novela folletinesca. En el futuro, de donde yo vengo, ya se sabe cómo termina la versión oficial. Y la gracia —hizo una pausa para darle dramatismo— es que esa versión oficial es, como mínimo, una solemne majadería con patas.

Prim se revolvía en su asiento. Cerró los dedos de ambas manos, amenazando a la nada con sus puños y apretó las mandíbulas, tratando de morder la rabia y la tristeza que le invadían. Javier inspiró hondo. Fuera, Madrid se entrelazaba con una noche de diciembre que parecía empeñada en congelar todos los pecados de la humanidad.

—Como le dije antes, usted, general, debería estar casi muerto. De hecho, lo está en mi tiempo. En los libros de texto, en los documentales, en las placas de bronce que los políticos destapan con bandas de música, consta que usted falleció aquí, esta noche, o más bien dentro de tres días, como le dije antes, el próximo 30 de diciembre, a consecuencia de una septicemia causada por heridas de bala y puede que algo de mala, o muy mala, praxis médica.

[1] "Conséil Européen pour la Recherche Nucléaire", que en español significa Consejo Europeo para la Investigación Nuclear. Si usted necesita más detalle, le recomendamos que lea ahora el ANEXO I: JAVIER PUENTE – EL HOMBRE QUE VINO DEL FUTURO.

Prim abrió la boca para protestar, pero Javier le interrumpió con un gesto de la mano.

—Esa es la versión oficial. Y es mentira. O al menos no es toda la verdad. Verá: los historiadores serios, los forenses de verdad, los que examinaron en 2013 su cuerpo momificado—que, por cierto, está en un excelente estado de conservación— han descubierto cosillas muy jugosas. Por ejemplo, que los impactos que recibió esta noche no eran mortales. Nueve balas de plomo de trabuco en el hombro izquierdo, otra en un codo y dos en la mano derecha. Doloroso, sí. Letal, no.

El general se llevó la mano al hombro izquierdo. Aún no le dolía. Pero intuyó que pronto sí.

—¿Entonces? —preguntó con voz ronca.

—Entonces —Javier sonrió con la malicia de quien sabe mucho y está deseando “soltar la sopa”, que diría un mexicano; decir todo lo que sabe y muchos más, si es preciso—. La versión de la septicemia, de la infección por las balas, la inyectaron en los partes oficiales para ocultar lo que realmente ocurrió. Y lo que ocurrió es que, después del atentado, mientras usted convalecía en una cama y se desangraba lentamente, alguien —con muy mala uva— entró en su habitación y le pasó algo por el cuello. Una correa. Un lazo. Un trozo de cuerda, no lo sabemos. Lo que sí sabemos es que, en su esqueleto, en las vértebras cervicales, los forenses hallaron marcas compatibles con un estrangulamiento. Y unos mantendrán estos argumentos, mientras que otros los desmentirán.

El carruaje volvió a encontrar un bache. Esta vez más grande que el anterior. Ambos se agarraron a los asientos con la impresión de que la tierra se abriera a sus pies. Esos baches de Madrid que tanto y tanto nos acompañaron y nos acompañan en nuestros recorridos por cualquier calle, ancha o estrecha; central o periférica. Consustanciales a la ciudad, con permanente reparación y permanente presencia.

—¿Me está diciendo —articuló Prim con una lentitud peligrosa— que, además de pegarme cuatro tiros, vinieron a rematarme en la cama?

—Eso es exactamente lo que le estoy diciendo. Y, no sin razón, se podrá pensar: "Caramba, qué bestias eran los políticos del siglo XIX". Y tendrá razón. Pero también pensará: "Menos mal que esta es una novela y no la realidad". Y ese es el pacto, general. Se sabe que usted murió en 1870. Pero también se sabe que los forenses certificaron el estrangulamiento. Y los comunicados oficiales pudieron ser falsos. Y hubo suplantación. Y los partes de salud no se corresponden con las heridas. Así que, ¿sabe qué? Tal vez usted no murió. Tal vez ocurrió todo lo contrario.

Prim se quedó en silencio durante un largo minuto. El viento zumbaba en los cristales como un espía curioso por escuchar y ver lo que ocurría dentro de la berlina.

—Nada de eso me sorprende —dijo al fin el general, con una amargura que le envejeció diez años de golpe—. Ya le dije antes que, en este oficio, los amigos son enemigos que aún no han desenvainado. Pero dime, historiador del futuro, ¿quién fue? ¿Quién me mandó al otro barrio?

Javier se recostó. Saboreó la pregunta como quien saborea una naranja antes de partirla por la mitad.

—Hay varias teorías. Los republicanos de Paúl y Angulo, que ya le tienen ganas. Los unionistas, que le odian. Los azucareros de Cuba, a los que ha subido recientemente los impuestos. Pero los dos nombres que más suenan, los grandes inductores, son el duque de Montpensier —ese cuñado de la reina que nunca deja de conspirar para ocupar el trono— y el general Serrano, su antiguo colega de armas y archienemigo de poltrona.

Prim palideció. Serrano. Ese maldito Serrano. El mismo que meses atrás había creado para Prim un servicio secreto con la única misión de protegerle, o quizá de vigilarle. El mismo que ahora, según Javier, presidiría su cadáver político y luego se quedaría con todo el poder posible bajo su única custodia, personal e intransferible. Probablemente uno de los más camaleónicos políticos del mundo moderno. Con capacidad para liderar gobiernos monárquicos, liberales y hasta republicanos.

—Serrano —repitió el general, como escupiendo un hueso de aceituna—. Siempre supe que ese hombre tenía más dobleces que un laberinto. Pero creí que la lealtad militar pesaba más que la ambición.

Javier soltó una risa franca.

—Ay, general. Ya sabemos de qué pie cojea Serrano. Y el duque de Montpensier. Y tantos otros. Pero lo más jugoso de todo es otro nombre que se le va a quitar el sueño.

Prim miró fijamente a Javier.

—Zorrilla. Manuel Ruiz Zorrilla. Su ministro de Fomento. Su mano derecha. Su hombre de confianza.

El general enmudeció. Zorrilla. El mismo que aquella noche le había mirado raro por la ventana. El mismo que, según Javier, se encargaría de los partes oficiales, de los comunicados, de la información que llegaba a la prensa. Y que, por supuesto, mintió como un cosaco.

—Zorrilla —susurró Prim, más para sí que para Javier—. El amigo Zorrilla...

—El mismo —confirmó Javier con retranca—. Luego, cuando usted ya estuviera criando malvas, Zorrilla se convertiría en presidente del Congreso, luego en jefe del Gobierno, luego en Gran Maestre de los Masones, y moriría en Burgos, en 1895, después de darse una gran vida. Pero lo interesante es que usted, general, debería estar muerto. Y, sin embargo, aquí está, vivo, viajando en un carruaje con un soñador idealista que viene del futuro. ¿No es irónico?

Juan Prim estaba pensativo y, a pesar de las detalladas explicaciones de Javier, cada vez estaba más y más confuso.

—Historiador —dijo, al fin, Prim—. Antes le pregunté si era usted un ángel. Ahora creo que tal vez sea un demonio. O quizá un bufón. Pero un bufón con razón, y eso es lo que más miedo me da. Entonces, dentro de … mucho tiempo, se sabrá la verdad que a mí me ocultan. Y esa verdad —hizo una pausa, tragó saliva— es que en este país nos matamos entre nosotros mientras los mejores, los que podríamos cambiarlo, nos desangramos y desaparecemos.

Javier asintió con gravedad.

—Así es, general. Y usted pensará que esto es un mal sueño, una ficción. Pero los forenses, los documentos, las cartas cifradas... todo está ahí. La realidad supera a la ficción. O, al menos, la ficción es más favorable para usted.

Prim esbozó una sonrisa torcida. Una sonrisa de hombre que ha visto demasiadas batallas como para creerse mejor que nadie.

—Pues bien, señor Puente. Ya que usted me ha salvado la vida —o me la ha cambiado por otra, tanto da—, le propongo un trato: vivamos. Usted y yo. Sobrevivamos a esta noche. Y después, ya veremos.

El historiador y el general se estrecharon las manos en la penumbra del coche. Fuera, Madrid seguía siendo Madrid: fría, traicionera, hermosa. Satur[2] había hecho una parada para que descansaran los caballos, en la orilla del río Manzanares, en un rincón discreto y obscuro que permitía a todos, caballos y humanos, tomar el aire fresco de la noche con la protección necesaria.

Transcurridos unos minutos el General Prim le indicó a Saturnino que volvieran al Palacio de Buenavista. Hasta ese instante se había olvidado de su mujer y de su hijo, que, quizás, estarían preocupados por su ya larga ausencia del domicilio que albergaba a todos.

Las historias oficiales, en muchas ocasiones, son difíciles de creer. Algunas están llenas de grandes agujeros, que ponen en duda muchas argumentaciones. Otras tienen agujeros pequeños, pequeñas fisuras por las que puede penetrar la mente humana y encontrar nuevos argumentos, nuevas situaciones. Y los malos malísimos, que siempre los hay, se esconden muy bien, porque encubren a otros malos más malísimos que ellos, que son los que aparecen como buenos siempre, con caras de inocencia como ángeles pintados por Murillo. Algunos de estos malos, a veces, no se callan. Es entonces cuando, de repente, de manera insospechada y casual, mueren o desaparecen en el misterio del tiempo y el espacio. Y las mentes culpables de su pérdida siguen y siguen avanzando en su intrahistoria. Los ángeles falsos pintados por Murillo se van convirtiendo en personajes bondadosos, carismáticos y hasta imprescindibles para la sociedad de la que se lucran y a la que explotan.

El carruaje marchaba presuroso por las calles obscuras y frías de Madrid. Javier conversaba con Prim, que le preguntaba sobre cosas del futuro. Javier, entusiasmado por la conversación, le contaba cómo eran las monarquías modernas del siglo XXI y los gobiernos sin reyes, ni reinas. Y cómo se movían los autos, los coches, los vehículos de transporte en una sucesión de imágenes transmitidas oralmente, que Javier tenía en su cabeza, pero que a Prim le costaban interiorizar y entender.

[2] ¿Satur? No deje de leer el Anexo III. Saturnino, el cochero de Prim.

## Capítulo 3: La noche que todo cambió (o eso creemos)

El carruaje frenó ante la fachada del palacio de Buenavista —el actual Cuartel General del Ejército de Tierra— con un chirrido de hierros viejos resignados a su destino, a apenas cincuenta metros escasos de la calle del Turco. Los caballos, que se llamaban *Rodador* (el negro, tordo y malhumorado) y *Brummel* (el castaño, brioso y presumido), resoplaron vaho en el aire helado. Dentro del carruaje, la conversación había dejado un regusto extraño, como de café recalentado y revelaciones incómodas.

Saturnino, el cochero, se apeó del pescante con la agilidad de un hombre que ha pasado la mitad de su vida subiendo y bajando escaleras de mano. Se arremangó la chaqueta de pana, se ajustó el gorro de lana que su mujer, Encarna, le había tejido la Navidad anterior, y abrió la portezuela con una reverencia tan natural que parecía haber nacido en la escalinata de un palacio.

—Hemos llegado, mi general —anunció, con la voz ronca de tanto maldecir a los peatones que se cruzaban sin mirar.

Prim salió del coche como quien sale de una trinchera: con una pierna primero, tanteando el terreno, y luego el resto del cuerpo, con desconfianza. La ceja ensangrentada ya le había formado un costurón violeta que le daba un aire de pirata cansado.

—Gracias, Saturnino. No se vaya lejos. Esto no ha terminado.

El cochero asintió con la cabeza y tocó el ala de su gorro en señal de aquiescencia. Mientras el general subía los escalones, flanqueado por el extraño de las gafas de pasta negra, Saturnino se quedó al resguardo de los soportales, encendió un cigarrillo liado con una mano y murmuró para sus adentros:

—Esto no ha terminado, dice el general. Y yo que creía que la función acababa con el telón.

Sopló el humo hacia las estrellas, que aquella noche parecían más frías que de costumbre. Dentro del palacio de Buenavista, la calefacción era un rumor lejano y la luz de las lámparas de gas parpadeaba pareciendo que también tuviera frío. El salón principal, una estancia de techos altos y paredes recubiertas de terciopelo burdeos, olía a cera de abejas, a tabaco de hebra y a la colonia barata de los ministros que esperaban noticias.

Los cuadros de los viejos generales miraban desde las paredes con gesto adusto, como advirtiendo que aquellos políticos de salón no estaban a su altura. Una araña de cristal de

Bohemia colgaba del techo con la elegancia de quien sabe que pronto la apagarán. En las esquinas, dos consolas de caoba sostenían jarrones de porcelana de Sèvres que habían visto llegar a Isabel II.

Aquellos muros habían sido cuartel, porque el palacio de Buenavista siempre tuvo debilidad por los uniformes. Construido en 1777, con el diseño propuesto por el arquitecto Ventura Rodríguez, había servido de residencia a altos mandos militares durante décadas. La guerra le resbalaba por los adoquines y las grandes losetas de granito del patio interior. Y el general se sentía muy seguro entre aquellos mapas clavados en las paredes que rememoraban grandes batallas, algunas derrotas y muchas, muchas victorias.

Allí estaban casi todos: Topete, el ministro de Marina, con su barba de patriarca republicano y su voz de tormenta en alta mar; Sagasta, que entonces era ministro de Gobernación y ya enseñaba aquellos bigotes que luego domesticarían el régimen de la Restauración; y, por supuesto, Manuel Ruiz Zorrilla, que aún no sabía que en el futuro varias calles de España llevarían su nombre y que nadie se acordaría del por qué.

Zorrilla estaba de pie junto a la chimenea, calentándose las manos con un gesto que disimulaba su impaciencia. La barba negra, tan espesa que parecía llevar un animal sujeto a la cara, le vibraba con cada respiración.

—Llega tarde —murmuró, sin mirar a nadie.

—Llega vivo —respondió Topete con sequedad—. Que después de un atentado no es poco.

La puerta se abrió de par en par. Prim entró como un vendaval de uniforme y mala leche, seguido de Javier, que caminaba medio paso por detrás con el aire de quien no sabe muy bien dónde se ha metido, pero intuye que no podrá pedir la cuenta y marcharse.

—Buenas noches, caballeros —dijo Prim, sin quitarse el gabán—. Como habrán oído, unos desalmados me han disparado esta noche en la calle del Turco. Pero como ven —señaló la ceja ensangrentada—, sigo aquí para fastidiar a los que me quieren muerto. O más muerto de lo que ya debería estar, según este señor.

Se volvió hacia Javier, que hizo una reverencia incómoda.

—¿Y quién es ese sujeto? —preguntó Sagasta, entornando los ojos con desconfianza profesional.

—Es… —Prim dudó un instante. Un general no puede presentar a un viajero del tiempo sin más. Sobre todo, cuando el viajero en cuestión tiene la mirada de quien sabe más de la cuenta.

—Soy un… ayudante de campo —terció Javier, con una sonrisa que pretendía ser convincente y era, principalmente, temblorosa—. Un experto en… seguridad. He venido prevenido por los servicios de inteligencia.

Zorrilla alzó una ceja. La ceja izquierda, que era la que usaba para mostrar escepticismo. La derecha la reservaba para la indignación.

—¿Los servicios de inteligencia? No sabía que tuviéramos servicios de inteligencia.

—Los tenemos —mintió Prim con una soltura envidiable—. Los acabo de crear. Hace apenas un mes. En secreto. Se llaman… aún no tienen nombre. Pero este señor trabaja para ellos.

Javier pensó que, si sobrevivía a aquella noche, algún día contaría esta anécdota en sus clases de la Carlos III. "Señoras y señores, el día que vi a Juan Prim improvisar una mentira con la misma naturalidad con la que otros se toman un vino…"

Los ministros se dispersaron —algunos a sus despachos, otros a sus coches—, pero Zorrilla se quedó. Se quedó porque siempre se quedaba el último, como quien espera que le paguen una deuda o que le entreguen una llave.

—General —dijo, acercándose con las manos en la espalda—, necesito hablar con usted a solas.

Prim miró a Javier. Javier miró a Prim. Ambos pensaron lo mismo: este es el momento de la verdad. O al menos, de una de las verdades.

—Señor Puente, espéreme fuera —ordenó Prim.

Javier asintió y salió al pasillo. Pero, astuto como era, no se fue lejos. Se quedó junto a la puerta, pegando la oreja a la madera de roble barnizada. Tenía la ventaja de saber que en el futuro los historiadores discutirían sobre lo que se dijo en esa reunión. Él iba a ser el único que lo oiría de verdad.

Dentro, Zorrilla bajó la voz hasta convertirla en un hilo de seda venenosa.

—¿De verdad confía en ese hombre, general? ¿De dónde ha salido? ¿Ha aparecido de la nada, en medio de la noche? Demasiada casualidad, ¿no le parece?

Prim se quedó por un momento pensativo. La herida de la ceja le escocía.

—Puede. Pero también me ha salvado la vida. Y eso, querido Manuel, es algo que usted no ha hecho esta noche. Ni nadie de los suyos.

Zorrilla palideció. O tal vez fue el reflejo de la chimenea. Nunca se sabrá.

—¿Insinúa que yo…?

—No insinúo nada —le cortó Prim—. Solo le digo que, si quiere mi confianza, no cuestione a los que me protegen. Especialmente cuando los que deberían protegerme a veces parecen estar en otro sitio.

El silencio se hizo tan denso que hasta las llamas de la chimenea parecieron encogerse. Zorrilla dio media vuelta y se dirigió a la puerta. Antes de salir, se detuvo un instante y dijo, sin volverse:

—Cuídese, general. Que hay muchos lobos sueltos.

—Ya lo sé —respondió Prim, que nunca había sido pastor de ovejas—. Por eso me hice general, no cura.

La puerta se cerró. Javier, que había tenido tiempo de alejarse tres pasos y adoptar una pose de absoluta inocencia, se encontró con Zorrilla saliendo del salón. El ministro le fulminó con la mirada y se perdió por el pasillo. Sus pasos resonando en el suelo de mármol como un adiós sin remite.

Javier esperó unos minutos, que se le hicieron eternos. Luego golpeó suavemente la puerta, pidiendo permiso para entrar. Prim, absorto en sus cosas, no le oyó. El general seguía junto a la chimenea, con las manos extendidas hacia el fuego. Y no estaba solo.

Por la puerta lateral, la que comunicaba con las estancias privadas del palacio, había entrado una mujer. Tendría unos cuarenta años, aunque su porte erguido y su mirada despierta la hacían parecer más joven. Vestía un traje de raso granate con mangas de encaje y una pequeña peineta de carey clavada sobre la nuca, y del cuello le colgaba una cruz de oro que relampagueaba con cada movimiento. Javier la reconoció en el acto. Había visto su retrato en un libro de la biblioteca de la Carlos III. Pero en persona, el daguerrotipo no le hacía justicia.

Francisca Agüero y González, nacida en Veracruz (México) en 1830, había conocido a Prim siendo apenas una adolescente, cuando el general ya era un héroe con canas prematuras y diecinueve años mayor que ella. Sus padres, un banquero mexicano y su esposa, se opusieron con todas sus fuerzas. Pero Paca era una mujer de armas tomar, y tras varios años de noviazgo a distancia —él guerreando en África, ella esperando en París— el matrimonio se celebró con gran fasto en 1856 en la iglesia de la Madeleine de la capital francesa. Alguien dijo que Prim conquistó México antes de conocer a su novia, y que Paca fue la única expedición que le costó ganar.

Desde entonces no se había separado de él. Le acompañaba en los viajes, le aconsejaba en los despachos y, cuando las Cortes se ponían tediosas, le guiñaba un ojo desde la tribuna de invitados. Era una mujer culta, leía a Balzac en francés y a Darwin en inglés —aunque ella presumía de que el español mexicano le sonaba mejor que ningún otro— y tenía una intuición política tan afilada como el cuchillo de trinchar el capón de Navidad.

Pero sobre todas las cosas, Paca era mexicana. Había nacido en el puerto de Veracruz, en una tierra que olía a mar y a revolución, y aquel carácter indómito se le había quedado pegado a los huesos. Mientras las damas madrileñas se desmayaban con los poemas de Bécquer, ella prefería las crónicas de las guerras de independencia americanas y leía con fruición los partes de los generales liberales que expulsaban a los conservadores. México estaba lejos, pero en su sangre seguían corriendo los ecos de la lucha por la libertad.

—Oí los disparos —dijo, con una voz pausada que no dejaba lugar a réplicas—. Llevo demasiado tiempo oyéndolos. Primero en Veracruz, cuando era niña, y ahora aquí. Siempre hay alguien queriendo matar a alguien. Y casi siempre son los que deberían protegerle.

Se volvió hacia Javier y le miró con recelo. Era una actitud más que lógica ante un perfecto desconocido, que llevaba unas extrañas gafas.

—Señor Puente —dijo—, me han hablado de usted.

Javier abrió la boca para …, pero Prim le interrumpió con una risa seca.

—No sirve de nada mentirle, amigo historiador. Paca siempre sabe. Es su don. Y su condena.

Francisca sonrió con una mezcla de ironía y tristeza.

—No soy bruja, mi amor. Solo escucho con mucha atención. Y usted —miró a Javier con una fijeza que le erizó el vello de la nuca—, ¿de verdad cree que puede cambiar lo que está escrito? Mi marido me ha contado una historia muy difícil de creer.

Javier tragó saliva. La pregunta le removió algo en el estómago.

—No lo sé, señora. Pero he dedicado toda mi vida a estudiar a su marido. Si no intento salvarlo, ¿para qué sirve entonces la historia?

Francisca asintió despacio. El fuego de la chimenea crepitó en el silencio.

—En México tenemos un dicho: "El que nace para tamal, del cielo le caen las hojas". Pero usted parece haber nacido para revolverse contra el destino. Eso es peligroso. También muy mexicano.

Antes de que nadie pudiera añadir palabra, un ruido de pasos en la escalera anunció la llegada de alguien más. Prim y Francisca intercambiaron una mirada rápida, de esas que solo los padres entienden.

—Papá —dijo una voz juvenil desde el umbral de la puerta.

Apareció un muchacho de unos doce años, alto y espigado, con los ojos del general y la expresión seria de su madre. Llevaba el uniforme de los alumnos de los jesuitas —camisa blanca, pantalón oscuro y una pequeña insignia en la solapa— y en la mano sostenía un libro de latín que parecía haber estado leyendo.

Era Juan Prim y Agüero, nacido en París el 10 de enero de 1858, el primogénito del matrimonio y, según algunos chismes de palacio, el orgullo secreto del general. A sus doce años, Juanito —como le llamaban sus padres en la intimidad— era un muchacho reservado, estudioso, poco dado a las bravatas militares que tanto caracterizaban a su padre. Había heredado de Francisca la pericia para los idiomas y cierta inclinación hacia la lectura, y de Prim apenas un leve aire de tozudez que ya empezaba a asomar.

Los jesuitas de París, donde Juanito cursaba sus estudios, solían decir de él que era un alumno aventajado, aunque demasiado callado. Pero en 1870, tras el estallido de la enésima guerra, esta vez la franco-prusiana, Francisca lo trajo de vuelta a Madrid para tenerlo cerca. La ciudad era más segura que la capital francesa sitiada, razonó, y a Prim le agradó la idea de tener al muchacho bajo su techo después de tantos meses de separación.

—Te dije que te quedaras en tus habitaciones —le espetó Francisca, aunque sin demasiada convicción.

—He oído disparos —respondió Juanito, con una calma que sorprendió a Javier—. Y la calle está llena de gente. He querido saber si papá estaba bien.

El general se acercó a su hijo y le puso una mano en el hombro. Por un instante, la armadura de poder que llevaba sobre los hombros pareció resquebrajarse. Quedó solo un padre preocupado.

—Estoy bien, hijo. Solo un rasguño. Pero tenemos que hablar.

Juanito alzó la vista hacia Javier, lo examinó con una curiosidad que no era propia de un niño de su edad, y preguntó:

—¿Quién es usted, señor?

Javier se quedó de piedra. Volvió la cabeza hacia Prim y Francisca, como buscando una respuesta. La duquesa sonrió con una malicia que le recorrió la espalda

—No soy la única que está preocupada por la situación—dijo—. Y volvió a mirar fijamente a Javier.

El silencio se hizo incómodo. Prim rompió la tensión con una carcajada seca.

—Este chico me sale abogado, no militar —dijo, palmeando la espalda de su hijo—. Bueno, pues tú decides, Juanito. Quiero que vengas con nosotros. A tu madre y a mí no nos gusta dejar cabos sueltos.

El muchacho se quedó pensativo. A sus doce años, ya había aprendido que los planes de su padre cambiaban con el viento, igual que las alianzas políticas. Pero una cosa era una mudanza a la

corte y otra muy distinta romper de repente las rutinas para salir sin rumbo a algún lugar desconocido.

—Pero los jesuitas… —empezó a decir.

—Los jesuitas esperarán —le interrumpió Francisca con suavidad, pero con firmeza—. Aquí lo importante es que estemos todos juntos. Tú, tu padre y yo.

—¿Y mi hermana Isabel? —preguntó Juanito, refiriéndose a su hermana pequeña, nacida en 1862, que entonces contaba con ocho años y se encontraba en México, al cuidado de sus abuelos maternos.

Prim y Francisca intercambiaron una mirada de preocupación. Aquella era una herida abierta que el general llevaba en el costado: la ausencia de su hija, los meses de separación, la guerra en el horizonte.

—Isabel está segura con los abuelos —terció Francisca, apretando el brazo de su esposo—. Cuando todo esto pase, volveremos por ella.

El general asintió, aunque a Javier le pareció ver en sus ojos el brillo de las lágrimas que un hombre como él nunca derramaba en público.

—Está bien —dijo Juanito al fin, con un suspiro que lo hacía parecer mucho mayor de lo que era—. Me encargaré de que los jesuitas no os demanden por secuestro.

Esta vez, hasta Francisca soltó una risa. Javier sonrió. El general, orgulloso, abrazó a su hijo.

—Y ahora —dijo Prim, retomando su voz de mando—, muchacho, a tu cuarto a hacer el petate. Y que no se te escape nada. En esta casa no habrá vuelta atrás.

Cuando Juanito salió de la estancia, Prim se acercó a la ventana. Descubrió la cortina de terciopelo y miró hacia el patio interior. Allí abajo, entre los árboles, una figura menuda fumaba un cigarrillo envuelto en la penumbra.

—Saturnino —dijo Prim, en voz baja—. Él vendrá con nosotros. Si alguien va a llevarme a algún sitio, será él. Es la única persona en la que puedo confiar.

Javier asintió. Prim continuó explicando su plan.

—Lo siguiente es salir de España. Tengo un amigo en Cádiz, un contrabandista que me ayudó con… otra situación. Puede llevarnos en barco hasta Tenerife, y de allí a algún puerto de Centroamérica. Para él será un encargo más. Todo se podrá resolver con dinero.

Francisca intervino con su voz práctica, la de quien lleva años haciendo malabarismos con los presupuestos domésticos.

—¿Qué dinero, Juan? En México dejé unas cuentas, pero no sé si podré recuperarlas tan pronto.

Prim se llevó la mano al bolsillo interior de la guerrera y extrajo una bolsa de cuero que tintineó con ruido de monedas.

—Duros y escudos —dijo, arrojándosela a su esposa—. Déjalos en manos de Saturnino. Él sabe guardar secretos mejor que cualquier banquero.

Francisca, que en otros tiempos había manejado la fortuna de su padre y conocía los secretos del cambio con la misma soltura con que otras mujeres manejan las labores, guardó la bolsa en un pliegue de la falda.

—Bien —dijo—. Ahora mismo empaco. Pero una cosa, esposo mío. ¿De verdad crees que allá donde vayamos nos recibirán con los brazos abiertos?

Prim se volvió hacia Javier.

—¿Cómo es la situación en Centroamérica? Porque mis noticias son de hace diez años y ya entonces iban con retraso.

Javier rebuscó en su memoria de historiador.

—En 1870, la región está bastante revuelta. Las repúblicas centroamericanas andan a la greña, unas con otras y consigo mismas. Pero su ventaja es que son pequeñas, pobres y mal comunicadas. Nadie mira hacia allí. Además —añadió, con media sonrisa—, he estudiado algo

de su Constitución. Hay países en los que un extranjero puede comprar tierras sin muchas preguntas. Y nadie pide la partida de defunción para alquilar una hacienda.

—¿Y si alguien nos reconoce? Porque mi cara ha salido en los periódicos, y a la gente se le paga por cantar.

Francisca intervino con su acento mexicano, que se le acentuaba cuando tramaba algo malo.

—No te preocupes, Juan. Yo se los espantaré a preguntas. En mi tierra aprendí a decir que eres un hacendado catalán venido a menos y que yo soy una viuda rica que te ha recogido por caridad. Nadie se atreverá a indagar más.

Javier la miró con una mezcla de admiración y temor. Aquella mujer no solo sabía guardar un secreto: sabía convertirlo en una leyenda. Prim se ajustó el gabán.

—Pues entonces, a vivir. Que la muerte ya tendrá tiempo.

Cuando salió al pasillo, se encontró con Juanito, que ya esperaba con un pequeño hatillo de ropa y el libro de latín bajo el brazo.

—¿El libro es necesario? —preguntó Prim, con una sonrisa de suficiencia militar.

—En el futuro no habrá guerra que valga sin saber declinar *rosa, rosae* —respondió el muchacho, imitando la pedantería de sus profesores jesuitas.

Y por primera vez en toda la noche, el general Juan Prim se echó a reír a carcajadas. Salió del salón con paso firme. Su esposa le seguía con su falda de raso, su hijo cerraba la fila con el hatillo al hombro, y Javier, todavía aturdido por la rapidez con que todo se decidía, caminaba junto a ellos con la inseguridad de un espectador que de repente se ha subido al escenario. Sin doncellas ni mayordomos. Nadie más los acompañaría. La discreción del viaje era una de las claves del posible éxito de su aventura. Mientras bajaban la escalinata del palacio de Buenavista, Saturnino apagó su cigarrillo contra la pared, montó en el pescante, y preguntó con su voz ronca de siempre:

—¿A dónde vamos, mi general?

Prim abrió la portezuela, ayudó a subir a su esposa y a su hijo, y luego, antes de montar, se volvió hacia Javier.

—A Cádiz —respondió—. Y de allí, a ningún sitio donde nos conozcan.

Y la historia de España se bifurcó en dos caminos. Uno de los dos llevaba a la muerte. El otro, quizá, a un valle perdido de ninguna parte, de momento. Entre los dos, un muchacho de doce años, con un libro de latín y un hatillo a la espalda, que aún no sabía que aquella huida le haría más hombre que todas las medallas que nunca heredaría. A Prim y a los suyos no les quedará más opción que la huida. Un detalle no menor, si se piensa en el poder inmenso que un día antes tenía el, todavía, Presidente del Gobierno. Ahora debía esconderse y marchar, porque la situación no era en absoluto segura, hacia un lugar desconocido, que le permitiera respirar y vivir. Sí. Algo tan sencillo como vivir. Algo tan complejo como vivir.

Dejaron la ropa de abrigo en el carruaje y volvieron a las estancias para completar y tratar de aclarar cómo sería su próximo viaje. Sólo sabían que, aparentemente, y si todo iba bien, sería un viaje largo. Un viaje muy largo.

## Capítulo 4: El tren de las tres de la madrugada

La noche aún no había terminado de decidirse entre el frío y la humedad. En los pasillos, los pasos resonaban como advertencias. Fuera del palacio, la multitud de curiosos que acogió con sorpresa la vuelta del general había desaparecido. Estaba claro que la normalidad de la vida les interesaba mucho menos que la anormalidad de la muerte.

Dentro del despacho presidencial, cuatro personas —tres y media, si se descuenta la perplejidad de Javier Puente— deliberaban sobre el modo de desaparecer sin que el país se viniera abajo. Fuera, en el patio interior, Saturnino esperaba con el carruaje enganchado y los caballos inquietos.

—No puedo marcharme sin más —dijo Prim, paseando de un extremo a otro del salón—. Soy el Presidente del Consejo de Ministros. Si desaparezco, esto se convierte en un gallinero sin cabeza. Y ya tenemos suficientes gallinas revoltosas como para añadir más.

Francisca, sentada en el borde de un sofá —el mismo donde, horas antes, Zorrilla había calentado sus manos junto a la chimenea—, le miró con aquella mezcla de paciencia y desdén que solo las esposas de los militares saben tener.

—Si te quedas, te matan. Si te vas, el país seguirá igual de mal que antes, solo que tú lo verás desde más lejos. Tú decides, esposo mío.

Juanito, que aún llevaba el uniforme de los jesuitas y el libro de latín bajo el brazo, levantó la vista sin despegarse de la ventana.

—Papá, ¿no puedes fingir que estás convaleciente? En la cama nadie se da cuenta de quién manda.

Prim se detuvo en seco. Miró a su hijo. Luego a Javier. Luego a su esposa. Y por primera vez en toda la noche, algo parecido a la esperanza le cruzó la cara. La idea era tan descabellada como viable. Y, lo mejor de todo, no requería que ningún ministro se enterara.

España llevaba dos años bajo un “Gobierno Provisional” que, a falta de rey, se las arreglaba para funcionar con una mezcla de entusiasmo revolucionario y desconfianza mutua. En el papel, el general Francisco Serrano —el mismo a quien Javier señaló como uno de los inductores del magnicidio— era la máxima autoridad como regente. Pero en la práctica, desde la formación del gobierno, Prim había sido el hombre fuerte, controlando la cartera de Guerra, mientras Serrano

dormía más tranquilo sabiendo que el ejército estaba en manos de un general tan exaltado como ambicioso.

Si Prim desaparecía, la presidencia del Consejo de Ministros recaería automáticamente en el siguiente en la línea sucesoria: un hombre de consenso llamado Manuel Ruiz Zorrilla. Lo que nadie necesitaba saber era que Zorrilla, según Javier, llevaba meses conspirando para quedarse con el puesto.

—Así que la solución es sencilla —resumió Javier, que no podía creer que estuviera dando clases de estrategia política a uno de los mejores estrategas políticos de su siglo—. Usted, general, finge una convalecencia larga. Se recluye en sus habitaciones. Nadie entra. Zorrilla asume la presidencia en funciones. Y mientras tanto, usted se va por la puerta de atrás.

Prim se quedó mirándole con la expresión de quien acaba de ver a un recluta resolver un problema de estado mayor.

—Esa puerta de atrás, supongo, tiene nombre.

—Tren a Cádiz. Y luego un barco. Y luego… ya veremos.

El plan se urdió en menos de lo que Saturnino tardó en enjaezar los caballos.

Paso uno: el parte médico. Francisca le había insistido hasta la extenuación: "Si no quieres que te maten las balas, no dejes que te mate un médico que no conozcas". Pero para fingir una convalecencia larga hacía falta un parte creíble. La solución la aportó el propio Javier: una infección de balazos inexistente pero plausible, que requiriera reposo absoluto, incomunicación y visitas restringidas. "En su época —dijo Javier, sin poder evitar un deje de ironía—, los historiadores creen que le mató una septicemia. Aprovechemos su mentira. Será la mejor coartada".

Paso dos: el silencio cómplice. El único supuesto amigo de Prim, en quien debía confiar a ojos ciegos, era el general Topete, ministro de Marina. Aquella misma noche, después de que Zorrilla se marchara, Prim le confió la verdad: "Me voy. Tú te quedas al mando. Si alguien pregunta, dices que estoy convaleciente y que no quiero ver a nadie". Topete dudó, dudó mucho, sobre todo porque él mismo había conspirado con Zorrilla en el pasado. Pero al final calló. Quién sabe por qué.

Paso tres: el disfraz de la familia. Un presidente del gobierno no viaja en tren de tercera clase. Pero tampoco viaja disfrazado de comerciante catalán, salvo que tenga una esposa mexicana dispuesta a maquillar, a peinar y a recomendar cómo se mezcla un hombre con el paisaje. "Tú te pones esta chaqueta de paño —le dijo Francisca, sacando de un baúl un traje francés de lo más discreto—, yo me cubro con la mantilla de luto y Juanito se mete la camisa por dentro que parece un estudiante pobre. Nadie nos mirará dos veces".

Paso cuatro: Saturnino. El cochero, que mientras todo esto ocurría seguía abajo con los caballos, no era una pieza más del tablero. Era la pieza que movía el tablero.

Antes de partir, cuando ya el carruaje esperaba en el patio con los caballos preparados, Saturnino se quedó plantado en medio del pasillo como una columna de basalto.

—General —dijo, con la voz ronca de quien lleva media vida cargando culpas ajenas—, yo le sigo. Pero tengo ocho hijos y una mujer que no saben nada. Ni de esto, ni de adónde vamos, ni de cuándo volvemos. Y me da en la nariz que no va a ser pronto.

Prim se quedó mirándole. En todos los años que llevaba sirviéndole, Saturnino solo le había pedido tres cosas: una vez un adelanto de sueldo, otra vez un día libre para la comunión de su hija mayor y otra vez que no le despidiera cuando se quedó dormido en el pescante. Aquella era la cuarta.

—Tiene razón, Satur —dijo Prim, y fue la primera vez que le llamó por su nombre familiar en presencia de alguien de fuera—. Vamos a solucionarlo. Pero por escrito. Y con discreción.

El problema: Saturnino no sabía escribir. No porque fuera tonto ni lerdo, sino porque la España de 1870 era un país de analfabetismo abrumador. Un cochero, un criado, un hombre nacido en Villaluenga de la Sagra, no había pasado más allá de las letras sueltas que le enseñaron los curas del pueblo. Para él, la escritura era un arte reservado a los señores de levita y a los curas de misa de una.

—Yo le ayudo —terció Javier, que no dejaba de sentirse como un intruso en aquella familia en fuga—. Usted dicta. Yo escribo. Y si es necesario, encuentro a alguien que la entregue en mano.

Saturnino le miró con desconfianza. Aquel hombre de las gafas de pasta le parecía tan poco fiable como un perro que ladra sin razón aparente. Pero era lo que había.

—Que sepa usted —le espetó, mientras Javier buscaba pluma y papel en el escritorio de Prim— que si mi mujer se entera de que fue un desconocido quien le escribió la carta, va a sospechar hasta de los mensajes del cura.

Javier sonrió.

—No se preocupe, Saturnino. Ya me encargo yo.

Javier encontró un cuartillo de papel, por un lado, pulido y por el otro áspero, y un tinterillo de metal lleno de tinta negra, y se sentó a la mesa. Prim ya ni miraba. Estaba abrazando a Juanito junto a la ventana. Saturnino dictó. Javier transcribió.

La carta decía:

*Querida Encarna:*

*No te asustes por la sorpresa. No voy contigo, pero vuelvo.*

*El general necesita que me ausente una temporada. No sé cuánto. Pero te manda decir que cuides de los niños y que no te fíes de nadie que traiga cuentos malos.*

*Junto con esta carta, un sobre con dinero. Es lo que hay para un tiempo. Úsalo bien y no derroches, que esto no es un reinado.*

*Cuando pueda, te escribiré de nuevo. Que Dios te guarde y a los niños también.*

*No me olvides.*

*Tu Saturnino.*

Al final, Javier añadió una posdata: "*Si no entiendes alguna letra, pregúntale a la señora Cándida, que ella sabe leer*". No sabía por qué la escribió. Le pareció una buena idea.

Saturnino cogió la carta, la miró de arriba abajo. No comprendía cómo unos garabatos podían decir todo aquello. Luego se la guardó en el pecho, junto al corazón. Más adelante, la depositaría en la oficina de correos de la Estación de tren del Mediodía de Madrid, que el funcionario de correos de turno tiraría encima de un gran montón de cartas, para su posterior clasificación. Saturnino se aseguraría así de que no habría ninguna sospecha con su carta, ni afectaría a la seguridad del viaje de incógnito que iban a emprender todos.

—Está bien —dijo—. Ahora, a correr.

Prim abrió la puerta de su gabinete de reliquias —un cuarto donde guardaba mapas viejos, algunas condecoraciones y una colección de monedas de Indias— y de allí extrajo un zurrón de vaqueta que tintineó con ruido de metal y un sobre con papel moneda.

—Aquí hay trescientos duros, en monedas—dijo, arrojándoselo a Saturnino—. Que son, y no me vayas a mirar con esa cara, exactamente 1.500 pesetas. O lo que es lo mismo, seis mil reales de vellón. En el sobre tienes también seis mil reales de vellón en papel moneda. Con el dinero del sobre, Encarna puede mantener a los niños un año entero y le sobra para pagar a alguien que le escriba si no puede hacerlo sola.

Saturnino palideció. Nunca había tenido tanto dinero en las manos.

—General, no puedo...

—Puedes. Y vas a hacerlo. No lo llames paga adelantada. Llámalo seguro de vida. La vida de tu mujer y tus hijos. Lo pago con gusto.

Javier, que por su trabajo de historiador sabía que el sueldo medio de un cochero podía ser de 200 pesetas mensuales, hizo números: 1.500 pesetas eran, más o menos, lo que Saturnino ganaba en siete meses y medio. Suficiente para que Encarna pudiera dormir por las noches sin pensar en el día siguiente.

—Y esto —añadió Prim, sacando una pequeña bolsa de monedas de plata y cobre: duros, pesetas, reales, algunas perras chicas que brillaban en la palma de su mano como gotas de luna—, para las urgencias del viaje. Porque de aquí a Cádiz no vamos a encontrarnos ni un banco de confianza.

Saturnino metió las dos bolsas en el zurrón, ató bien las correas y se lo colgó al hombro. Metió la carta a Encarna y el sobre con los seis mil reales de vellón en papel moneda, en otro sobre

más grande. Pidió a Javier que escribiera remitente y destinataria y cerró y lacró con cera el sobre por tres sitios, para tratar de asegurarse de que nadie lo abriría antes de llegar a su destino.

—No se lo diré a nadie —dijo, con la voz rota de emoción contenida—. Pero Encarna es más lista que yo. Las mujeres siempre lo son. Si le miento, me huele.

—No le mienta entonces —aconsejó Francisca, que por algo era mexicana—. Dígale la verdad. La verdad de la necesidad. La verdad del deber. La verdad de que su marido se va a cuidar la vida para volver a cuidar de ellos. Eso, las mujeres lo entendemos.

Saturnino asintió, apretó la carta contra el pecho y subió de un salto ágil al pescante. El coche partió. Los cascos de los caballos repicando en el adoquinado como un reloj que se había negado a parar. La noche era muy cerrada.

Prim había encargado un segundo coche para completar el viaje, en la parada de carruajes con cochero de la calle de la Pasa. Mientras todos estaban terminando de preparar sus ligeros equipajes, mandó que uno de los soldados de palacio se encargara de buscar un coche sencillo, que no pudiera identificarse como coche oficial, para que su trayecto hasta la estación de tren pasara lo más desapercibido posible y fuera más seguro. Todavía le resonaban en la cabeza los disparos del atentado.

Indicó a Saturnino con la mayor precisión, pero sin que nadie más oyera la conversación entre los dos, cuál era el recorrido que debía hacer para trasladar a todos desde el palacio de Buenavista al nuevo destino intermedio. El soldado anónimo espero la llegada de la comitiva y, en cuanto comprobó que todos estaban en el segundo coche, subió ágilmente a la berlina que les había traído para conducirla inmediatamente a las dependencias del palacio de Buenavista. Sólo la comitiva, el soldado y el cochero estaban en la calle de la Pasa a esas horas.

A las tres de la madrugada, el nuevo coche, que ya no llevaba Saturnino, sino el cochero anónimo, de total confianza de Prim, porque ya le había llevado en otros viajes comprometidos en anteriores ocasiones, dejaba a cinco personas frente a la Estación del Mediodía de Madrid.

Aquella magnífica mole de hierro y cristales que se inauguró en 1851 y que aún conservaba el olor a hollín y a destino. Juanito llevaba una gorra de tafilete calada hasta las cejas. Francisca, la mantilla de luto echada sobre el rostro, parecía una parroquiana más, de esas que van a Cádiz a visitar a un pariente moribundo. Prim, con una chaqueta de paño azul que no le sentaba nada bien, protestaba por su atuendo, pero nadie le hacía caso. Por primera vez en mucho tiempo no llevaba uniforme, ni vestimenta formal.

Javier llevaba un abrigo que ocultaba su futuro, con las gafas de pasta guardadas en un bolsillo interior. Y Saturnino, que bajó el último del coche, caminaba detrás de ellos. Era uno más en la comitiva.

—¿Y ahora? —preguntó el muchacho, que no había soltado el libro de latín en ningún momento.

—Ahora —dijo Prim, comprando cinco billetes de tercera clase, pagando con unas monedas de plata que cualquier ciudadano aceptaría sin preguntar—, a empezar una nueva vida.

El tren de la Compañía de los Ferrocarriles Andaluces no era lujoso, pero era rápido. Lo suficiente para llegar a Cádiz en menos de un día, si no llovía, si no había problemas en la vía, si los pasajeros no se empeñaban en bajarse en cada estación a pedir provisiones. Prim eligió un vagón de cola, junto a la salida de emergencia, donde solo viajaban una mujer que dormía con un rosario entre los dedos y un cura que leía el “Diario de Cádiz” con una linterna de aceite que olía a rancio.

—El paquete está en su sitio —susurró Saturnino, que se había sentado en otro vagón, contiguo al de sus acompañantes, lo más lejos posible de los agentes de policía que inspeccionaban el tren con pereza.

Nadie miró a Juanito. Nadie miró a Prim. Nadie miró a Javier ni a Francisca, porque la gente va a sus propias miserias, y los que viajan de noche no suelen llevar observaciones ajenas. El tren pitó con estrépito. Las ruedas empezaron a girar. Madrid se alejaba en la penumbra, con sus farolas de gas y sus conspiraciones de despacho, con su calle del Turco vacía y su palacio de Buenavista sin Presidente.

Prim se reclinó en el asiento de madera, cerró los ojos y dijo en voz baja:

—Que Dios me perdone por lo que estoy haciendo.

Francisca le besó en la mejilla.

Javier, que seguía sin saber muy bien porqué estaba allí y qué iba a ser de su futuro en el pasado, sonrió en la oscuridad.

Mientras el tren cruzaba la llanura manchega hacia Ciudad Real, en Madrid, en el palacio de Buenavista, un lacayo entraba en el despacho presidencial con una copa de vino y un parte médico que nadie había pedido.

El parte, redactado por un médico a sueldo de Topete, decía: "El Excelentísimo Señor Presidente del Consejo de Ministros, don Juan Prim y Prats, ha sufrido una complicación leve de sus heridas. Los facultativos recomiendan reposo absoluto durante, al menos, treinta días. Se aísla por precaución". Nadie preguntó. Al día siguiente, Manuel Ruiz Zorrilla, presidente del Congreso, sería nombrado presidente interino del gobierno. Y mientras Zorrilla firmaba su primer decreto, Prim ya iba camino de Cádiz, y de allí, a un lugar que aún estaba por concretar.

El tren avanzaba lento pero seguro. La mujer del rosario se había dormido con la cabeza apoyada en el hombro de Francisca. El cura había concluido su periódico y ahora contemplaba el campo oscuro con gesto de quien esperaba algo más del siglo XIX. Salió del compartimento del tren, y muy pausadamente, comenzó a liarse un cigarrillo, que comenzó a fumar unos metros más allá, en el pasillo del vagón, lejos de las miradas de Prim y los suyos. Javier estaba sentado junto a Prim. Llevaban un rato en silencio, el único que permite la noche y el traqueteo de un ferrocarril.

—No ha querido hablar de Puerto Rico, general —dijo Javier, sin mirarle.

Prim tardó en responder. Cuando lo hizo, su voz era apenas un susurro.

—Hablar de Puerto Rico es hablar de fracaso. Y no me gusta hablar de fracasos.

—Los historiadores lo saben —insistió Javier—. La fama se manchó allí. Las críticas no se hicieron esperar.

Prim se enderezó en el asiento. La herida de la ceja le ardía, pero no era eso lo que le ponía tenso.

—Usted, que tanto sabe del futuro, debería saber que no soy fácil de juzgar. Llegué a Puerto Rico en 1847 para asegurar la isla. Los negros y mulatos se habían sublevado, o así me lo contaron. Había miedo a una rebelión. Y cuando hay miedo, se toman medidas.

—Medidas… —murmuró Javier, con un tono que no ocultaba su escepticismo.

—El código de esclavos no fue invención mía. Fue un reglamento de control. Pero sí, lo apliqué. Y con él, la violencia. Las patrullas callejeras se extralimitaron. Los antiguos oficiales destruyeron cultivos, golpearon a hombres y mujeres, sembraron un terror que yo no ordené, pero tampoco castigué.

Francisca, que fingía no oír, apretó la mandíbula.

—Un reglamento de esclavos —repitió Javier, sin disimular su desdén—. Una manera elegante de decir que mantuvo la esclavitud mientras otros la abolían.

Prim le miró a los ojos. Por primera vez, Javier vio algo distinto en su mirada: no orgullo, no evasión; solo cansancio.

—Cuando pienso en aquellas noches de Puerto Rico, en los partes de los capitanes que hablaban de "esclavos fugados" y de "castigos necesarios", sé que algo en mí se rompió. No puede volver a ocurrir, pero ocurrió. Y yo estaba al mando.

El tren pasó por un puente. Las ruedas cambiaron de sonido monótono a estruendo enorme.

—Lo que no he contado a nadie —prosiguió Prim, casi en un hilo de voz— es que aquellos excesos no fueron casuales. Había agentes entre los militares que buscaban la violencia, que avivaban los temores para luego endurecer la mano. Denuncié a algunos, pero la mayoría se quedó sin castigo.

—¿Hizo todo lo que pudo? —preguntó Javier.

Prim suspiró.

—No. Probablemente no.

El tren seguía su marcha. Juanito, que escuchaba haciéndose el dormido, fingió que no había oído nada. El trayecto a Cádiz se hizo muy largo. Muchas horas después, al día siguiente de la partida, después de más de más de treinta horas de viaje, cuando el tren ya se acercaba a Cádiz y la luz del alba empezaba a colarse por las ventanillas empañadas, Francisca se volvió hacia Javier con la expresión de quien ha pasado demasiadas horas callada.

—Aún no nos ha dicho adónde vamos.

Javier miró a Prim. Prim le miró a él. Ambos tenían la misma respuesta, aunque por razones distintas.

—No lo sabe —respondió Prim—. Pero lo averiguaremos en Tenerife. Si es que llegamos.

Juanito apartó el libro de latín.

—¿Tenerife? ¿Y luego? ¿Iremos a América?

Javier esbozó una sonrisa que nadie supo interpretar.

—Luego, muchacho, ya veremos.

Las ruedas del tren siguieron girando.

## Capítulo 5: Los siete días del «Isla de Cuba»

En Cádiz, es martes, 29 de diciembre de 1870. En Puerto de Santa María, ya hay un barco esperando.

El vapor «Isla de Cuba» llevaba tres días atracado en el muelle, esperando que la mar se calmara. No era un barco bonito. Era un buque de la Compañía Trasatlántica Española, construido en los astilleros de Glasgow en 1864, con casco de hierro y dos chimeneas al cielo, que parecían dos dedos desafiantes. Como otros muchos barcos de vapor de la época, combinaba el uso de velamen con las máquinas de vapor. En el puerto de Cádiz estaba amarrado con las velas recogidas y presto para partir. Sus 80 metros de eslora y sus 1.200 toneladas de registro bruto lo convertían en uno de los vapores más grandes de la flota peninsular. Pero ni el hierro ni la pintura podían ocultar sus años: olía a calderas, a carbón húmedo, a pasajes de tercera clase, a vómito y a salitre. Atracado junto al «Isla de Cuba», descargaba barriles un vapor más pequeño, el «Pelayo», que llegaba de Marsella con vinos para los comerciantes ingleses afincados en el muelle. Alguien, desde cubierta, silbó una canción de la guerra de África. Prim dio media vuelta para que no le reconocieran.

—Una maravilla de barco —dijo Saturnino, que no había visto en su vida nada más grande que un carruaje de dos caballos.

—Una maravilla de ataúd flotante —masculló Prim, que no había tenido nunca preferencia por viajar en barco, aunque de pequeño soñaba con ser almirante.

Javier, que en el siglo XXI había estudiado la ruta de los trasatlánticos, prefirió callarse. Sabía que el viaje a Canarias duraba, en condiciones normales, entre cuatro y cinco días. Pero el parte meteorológico que el capitán mostró a Prim en la aduana era desalentador: borrasca en el Golfo de Cádiz, mar gruesa, vientos del oeste. La travesía, advirtió el capitán, podría alargarse hasta los siete días.

—Siete días —repitió Juanito, que no había despegado los ojos del barco desde que llegaron al muelle—. Siete días en ese… ¿cómo se llama?

—«Isla de Cuba» —respondió su madre, que ya había telegrafiado a un contacto de la banca Agüero en Santa Cruz—. Lleva el nombre de un país donde el azúcar es más dulce que las despedidas.

El muchacho no entendió del todo la frase, pero asintió. En la madrugada del 30 de diciembre, la mar no espera. Salieron con la marea alta, antes de que amaneciera. A las cinco de la

madrugada, el tísico pito de vapor del «Isla de Cuba» rasgó la bruma del puerto. Saturnino subió el zurrón al hombro, sujetó el hatillo de Juanito con la otra mano, y ayudó a Francisca a subir la pasarela. Prim, Javier y el muchacho subieron detrás, con los cuerpos rígidos por el insomnio y el miedo. El capitán —un vasco de nariz rota llamado Sebastián Llaguno— saludó con una inclinación de cabeza. Sabía quiénes eran, porque los barcos son también alcantarillas de secretos y ningún armador se arriesga a que un presidente de gobierno huya sin que el patrón lo sepa. Pero Llaguno era masón, de la logia «Cádiz N.º 4», y los masones saben guardar silencio mejor que los curas. Además, el contrato de palabra que había sellado con un desconocido, que le mostró sus credenciales masónicas, le supuso una buena compensación económica por el "silencio del capitán".

—Tres literas en la cámara de oficiales —anunció Llaguno, sin mirarlos a los ojos—. A la señora le he preparado un camarote aparte, con ventana a babor. El cochero puede acomodarse en la bodega, si no le importa el olor a carbón.

Saturnino se encogió de hombros. Él había dormido en establos peores.

Día 1 de travesía. El océano despierta.

El mar, al principio, fue una lámina de aceite oscuro. El «Isla de Cuba» navegaba a once nudos, humeando a intervalos regulares, con las olas rompiendo contra el casco como aplausos perezosos. Prim, sentado en cubierta con una manta de lana echada sobre los hombros, intentaba leer un periódico de Cádiz. Javier, a su lado, repasaba mentalmente las fechas de la historia que había vivido y trataba de imaginar las que aún estaba por vivir. Juanito jugaba a tirar migas de pan a las gaviotas.

—Así que este es el famoso océano Atlántico —dijo el muchacho, mientras una ola mojaba sus zapatos de cordobán—. Mi abuela mexicana decía que en el Atlántico se bañaban los dioses.

—Tu abuela era una romántica empedernida —respondió Prim, que no tenía costumbre de hablar de los suegros.

Pero hacia media tarde, el color del cielo cambió. Del sur, una cuchilla gris se extendió hasta el horizonte. El viento arreció. El capitán Llaguno ordenó recoger velas y reforzar las amarras de los botes salvavidas. Las cocinas echaron el cierre a las seis, y el cocinero, un mulato de La Habana llamado Eusebio, anunció que la cena se serviría caliente solo si el barco dejaba de bailar. El barco no dejó de bailar. Saturnino, que había pasado la tarde en la bodega con los fogoneros —hombres de espaldas anchas y voces rotas que le contaron historias de naufragios y sirenas—, subió a cubierta con una cazuela de puchero canario.

—Esto cura cualquier mal de mar —dijo, ofreciéndosela a Francisca.

Ella, que en México había conocido huracanes y terremotos, comió con apetito. Prim, Javier y Juanito, en cambio, palidecieron al primer sorbo. La cazuela olía a cilantro, a ñame, a algo que no identificaron y que sus estómagos rechazaron de inmediato. El primero en caer fue Juanito. Luego Prim. Luego Javier. Aquella noche, los tres durmieron —o más bien, agonizaron— en sus literas, mientras el «Isla de Cuba» danzaba sobre olas de ocho metros y un coro de vómitos resonaba desde la tercera clase. Francisca, que se había atado a la barandilla de su camarote, recordaba que unas horas antes estaba leyendo, a la luz de un quinqué de aceite, el último capítulo de Madame Bovary. Ahora el quinqué, forzosamente apagado por la mala mar, sólo servía para producir sacudidas ruidosas muy molestas. Francisca pudo recogerlo y ponerlo en el suelo de la estancia. Se hizo el silencio y Francisca intentó cerrar los ojos, muerta de cansancio. Saturnino, en la bodega, jugó a las cartas con los fogoneros y ganó treinta y siete reales.

Día 2. El oficial caído y la tripulación indómita.

El segundo día, la mar se puso peor. El parte meteorológico que el capitán Llaguno clavó en el tablón de anuncios decía: «Vientos de componente oeste, fuerza ocho. Olas de nueve a diez metros. Se recomienda a los pasajeros permanecer en sus camarotes». Prim, que no acostumbraba a obedecer recomendaciones, quiso salir a cubierta. Dio tres pasos, resbaló en una tabla mojada, y rodó por la escalerilla de proa hasta estamparse contra un cabrestante. El golpe le abrió la herida de la ceja —la misma del atentado— y le dejó un cardenal en el hombro izquierdo que durante días le impediría mover bien el brazo. Javier, que intentó socorrerle, fue alcanzado por una ola que lo arrojó contra la borda. El agua le llenó los pulmones de sal y miedo. Tosió sangre —luego resultó que solo era una úlcera gástrica que el viaje había reventado— y se arrastró hasta la cámara de oficiales con la ropa hecha jirones. Juanito, aquejado de fiebre y arcadas, no se levantó de la litera. Deliraba con monstruos marinos y con su hermana Isabel, a quien llamaba a gritos.

Francisca, mientras tanto, se había ganado el respeto de la tripulación. Ayudó a cocinar, lavó las sábanas del camarote de oficiales y, cuando el segundo oficial se dislocó un hombro al izar una vela, le entablilló la articulación con un tablón de la cocina y un trozo de vela. El capitán Llaguno, al verla trabajar, murmuró algo en euskera que nadie entendió, pero que sonaba a aprobación.

Saturnino, fiel a su costumbre, no se inmiscuía. Bajaba a la bodega, fumaba cigarros liados con una mano, y vigilaba que el zurrón del dinero siguiera bajo su litera. Por las noches, rezaba un rosario que su mujer Encarna le había metido en el bolsillo antes de partir y que él no sabía usar del derecho, pero que le servía para sentirse menos solo.

Día 3. La tormenta y el bautismo de fuego.

Aquella noche, el cielo se abrió. No fue una tormenta cualquiera. Fue un mazazo de viento, agua y relámpagos que hizo crujir el casco del «Isla de Cuba». Parecía un barco de papel. Las olas alcanzaron los quince metros. El barco se inclinó cincuenta grados a babor, luego a estribor, luego de nuevo a babor, y durante dos horas nadie supo si la mar se calmaría. Prim, a pesar de sus heridas, se arrastró hasta el puente de mando. Allí, junto al capitán Llaguno y el piloto, se agarró a la barandilla para librar la que parecía fuera la última batalla de su vida.

—¿Vamos a morir? —preguntó, sin miedo, con esa voz que solo adquieren los hombres que han mirado a la muerte tantas veces que ya han perdido la cuenta.

—Eso no depende de mí —respondió Llaguno, con la serenidad de quien ha visto naufragar barcos mejores que éste—. Depende de Dios. O del diablo. O de la fatiga del metal.

El motor tosió. Los fogoneros, en la bodega, echaron más carbón a las calderas, mientras Saturnino les sujetaba los baldes de agua para que no volcaran. Juanito, en su litera, dejó de delirar. Javier, en la suya, abrazó las gafas de pasta —lo único que tenía de su siglo— y se prometió que, si sobrevivía, nunca más se quejaría del tráfico de Madrid.

Francisca, en su camarote, sacó una estampa de la Virgen de Guadalupe que llevaba cosida en la enagua desde que salió de Veracruz. No rezó, porque no creía en los rezos. Pero la miró fijamente durante una hora, mientras la tormenta rugía. Al amanecer, el cielo se abrió otra vez, pero esta vez para dejar pasar la luz.

Día 4. La calma chicha y las confidencias de la señora.

El cuarto día, la mar se durmió. El «Isla de Cuba» flotaba sobre una superficie de mercurio, sin viento, sin olas, sin dirección. La chimenea apenas humeaba. Los pasajeros, medio muertos de hambre y de vértigo, salieron a cubierta como ratas que abandonan un barco que aún no se hunde. Prim, Javier y Juanito, los tres en pésimas condiciones, se sentaron en unos fardos de tabaco que alguien había dejado junto a la borda. No hablaron. No tenían fuerzas ni para eso. Se limitaron a mirar el horizonte, que parecía una línea de tiza blanca en una pizarra infinita. Francisca, en cambio, aprovechó la calma para tejer.

—¿Qué hace, señora? —preguntó Saturnino, que se había acercado a mirarla con la curiosidad respetuosa de quien nunca ha visto tejer a una duquesa.

—Un chal para Juanito —respondió ella, sin levantar la vista—. A donde vayamos es posible que por la noche refresque. Y mi hijo no tiene costumbre de pasar frío.

Saturnino movió la cabeza.

—Ojalá todos tuviéramos esa cabeza, señora.

—No es cabeza, Saturnino. Es supervivencia. Cuando eres mujer, aprendes a planificar lo que los hombres improvisan.

—¿Y qué improvisamos los hombres?

—Marcharnos sin saber adónde vamos. Cruzar un océano sin saber si llegaremos. Meterse en una aventura como esta sin haber atado los cabos.

Saturnino se quedó callado. Luego, con una voz que parecía venir de muy lejos, dijo:

—¿Y usted ató los suyos?

Francisca dejó de tejer. Lo miró. Por primera vez en toda la travesía, sus ojos negros de mexicana se llenaron de una tristeza que no dejaba pasar el orgullo.

—Mi padre me enseñó que el amor es un banco. Hay que depositar para poder retirar. Yo deposité en Prim todo lo que tenía: mi juventud, mi dinero, mi paciencia, mi capacidad para perdonar. Ahora solo me queda lo que él me devuelva.

—¿Y le devuelve algo?

—No lo sé —respondió ella, volviendo a tejer—. Pero mientras tenga agujas e hilo, no me faltarán chales.

Saturnino le tocó el ala del sombrero en señal de respeto y se fue a la bodega a contar el dinero.

Día 5. Aves, aceite y primeras tierras.

A media mañana del quinto día, una bandada de aves cruzó el cielo de poniente. Los marineros silbaron. El capitán Llaguno, desde el puente de mando, anunció con un tono que pretendía ser neutro, pero era feliz:

—Tierra a la vista.

Prim, Javier y Juanito, que habían pasado el día anterior en un duermevela febril, se incorporaron con una energía que no sabían que les quedaba. Juanito señaló el horizonte.

—¿Son las Canarias?

—Son las Canarias —confirmó el piloto, un orotavense (de La Orotava, Tenerife) llamado Pancho—. Pero aún tardaremos en llegar. El viento no ayuda.

Aquel día, la mar se mantuvo mansa. Los pasajeros aprovecharon para comer —por primera vez en cinco días, Prim logró retener un caldo de pescado— y para asearse. Javier se afeitó con una navaja barbera que le prestó el contramaestre y se cortó en tres sitios. Juanito, aún débil, logró dar dos vueltas a cubierta sin vomitar.

Saturnino subió a cubierta con un saco de garbanzos a la espalda.

—Les traigo esto —dijo, dejando caer el saco ante Francisca—. La cocina tiene comida de sobra y yo no puedo con tanta despensa.

—¿Y eso?, preguntó Javier.

—El cocinero me debe treinta reales de la partida de cartas de anoche. Le dije que me los pagara en comida para la señora. Porque ustedes, los señoritos, con las olas se mueren de hambre.

Francisca sonrió. Era la primera vez que sonreía en cinco días.

—Saturnino —dijo—, cuando volvamos a España, le pido al general que le suba el sueldo.

—Cuando volvamos a España —respondió el cochero, que era más realista que nadie—, yo estaré pidiendo otro aumento para la Encarna.

Aquella noche, una luna llena se reflejó en el mar en calma. El «Isla de Cuba» navegaba ya a la vista de Tenerife, aunque la isla solo era una sombra oscura en el horizonte.

Día 6. La víspera.

El sexto día, el barco rodeó la punta de Anaga. Ya se veían las casas blancas de Santa Cruz, el muelle, los barcos de pesca, la iglesia de la Concepción y, al fondo, el volcán dormido.

—Mañana atracamos —anunció el capitán Llaguno, después de consultar las mareas—. A primera hora.

Javier y Prim, que habían sobrevivido a lo peor, festejaron la noticia con un poco de vino de Oporto que el capitán les ofreció.

—No sabía que los masones bebieran —bromeó Javier.

—Los masones no beben —respondió Llaguno, vaciando su copa de un trago—. Los marineros, sí.

Francisca, en cubierta, contemplaba la isla con una expresión que nadie supo interpretar.

—¿Conoce Tenerife, señora? —le preguntó Saturnino.

—No —respondió ella—. Pero conozco a la gente que nos espera. Y esa gente, Saturnino, es la única razón por la que he aceptado venir tan lejos.

Saturnino no preguntó más. Había aprendido ya que las mujeres de la casa de Prim nunca decían más de la cuenta, pero siempre decían lo suficiente.

Día 7. La entrada en el puerto de Santa Cruz

Amaneció con un sol radiante. El cielo de Tenerife se abría en franjas de azul y rosa, como un abanico de seda desplegado sobre el Atlántico. El «Isla de Cuba», con las calderas ya tibias y el carbón casi agotado, se deslizó hacia el muelle de Santa Cruz como un cisne herido pero digno.

El puerto en aquella época era una infraestructura modesta, de segundo orden según la ley de 1880 posterior —de hecho, a Santa Cruz de Tenerife no se le consideraría puerto de primer orden hasta muchos años después—. Consistía entonces en un pequeño muelle de madera reforzado con piedra volcánica, de no más de doscientos metros de largo, escoltado por dos espigones de escollera que apenas contenían el empuje de la mar de fondo. Junto al muelle, una grúa de vapor, adquirida en Inglaterra años atrás, se alzaba como un esqueleto metálico, usada para cargar los barriles de vino y las pieles de cochinilla que constituían la principal riqueza de la isla. Varias barcas de pescadores —goletas pequeñas, faluchos y alguna lancha latina— se balanceaban en la dársena interior. Detrás, la aduana mostraba su fachada blanca con arcos de medio punto, con dos banderas —la rojigualda y otra que nadie identificó— ondeando en lo alto.

El desembarco fue sencillo y bellísimo. Francisca, ataviada con su mejor traje de viaje —el que guardó bajo llave todo el trayecto—, bajó la pasarela con la mano apoyada en el hombro de Saturnino. Detrás iban Prim —ya sin su chaqueta de paño azul, que había quedado inservible por las salpicaduras—, Javier —con las gafas de pasta negra puestas, por primera vez en una semana— y Juanito —que llevaba el libro de latín bajo el brazo como un talismán—.

En el muelle, un grupo de hombres esperaba. Vestían levita oscura, chaleco gris y corbata negra. Algunos llevaban sombrero de copa; otros el sombrero de lana gris, con una cinta lazada en el exterior, característico de los canarios. Entre ellos destacaba uno, canoso, de bigote recortado y mirada firme. Se adelantó, hizo una leve inclinación de cabeza, y dijo secamente:

—General Prim, bienvenido a Tenerife. Me llamo Villalba.

Villalba era uno de los profesores destacados de la Escuela Libre de Derecho, institución que fue antecedente directo de la actual Universidad de La Laguna. Tenía mucho mundo y una gran intuición. Su posición como masón en la isla de Tenerife era muy respetada.

Topete había conseguido, nadie sabía exactamente cómo, adelantar la noticia de la llegada de Prim y su cortejo. Sus más fieles servidores, sus influencias sobre marineros, o, seguramente, la llegada al puerto de Santa Cruz de Tenerife, un par de días antes del “Armas del Atlántico”, con el mensaje a bordo de la llegada del general Prim, habían permitido preparar una bienvenida

mínima para la estancia de tan insignes figuras. Los masones son así. Fieles a los suyos y discretos como las piedras volcánicas de la isla.

—En el templo de la Logia Teide, mañana al mediodía, todos los secretos estarán a salvo. Permítanme que los lleve a descansar. Tengo un coche esperando en la calle del Castillo.

Prim le devolvió la inclinación, y, con la voz rota por el cansancio y los siete días de mar, respondió:

—Llegamos, vivos por suerte. El resto puede esperar.

El sol de Tenerife les bañó los rostros. Detrás, el «Isla de Cuba» tosía un último hilillo de humo, como un pulmón que se despide después de una larga enfermedad. Lo mejor, un continente nuevo, una identidad falsa, un pacto masónico y un futuro incierto, aún están por llegar.

## Capítulo 6: La escala que lo cambió todo

El sol de Tenerife, en aquel amanecer del 6 de enero de 1871, tenía una cualidad que ninguno de los recién llegados recordaba haber visto antes. Era un sol líquido, casi tangible, que se derramaba sobre los adoquines del muelle como aceite de oliva recién prensado. En el «Isla de Cuba», los marineros saltaban a tierra con las amarras hechas y con un nudo de impaciencia. Juanito, que había bajado el último del barco, se encontró con Saturnino esperándole al final de la pasarela.

—Ya llegamos, Don Juanito. Ahora solo falta que nos reciban como Dios manda.

Pero mientras bajaban, ninguno de ellos pudo ver lo que ocurría en la cubierta superior, donde un hombre de levita negra y sombrero de copa observaba el desembarco con unos prismáticos de marina. Era un pasajero que había viajado en primera clase, el único que no había pisado cubierta en toda la travesía. Apenas había salido del camarote. Nadie le conocía; nadie le había dirigido la palabra. Su nombre, en el registro del barco, figuraba como *Manuel de la Peña*, comerciante de ultramarinos con destino a La Habana.

Mentira. Se llamaba Fermín Alcalá del Olmo, y era un agente del servicio secreto que el general Serrano había puesto en marcha tras la Revolución Gloriosa. Su misión, en teoría, era velar por la seguridad de los altos cargos del gobierno. En realidad, Serrano lo utilizaba para vigilar a sus enemigos. Y Prim, desde que asumió la Presidencia del Gobierno de España, era el enemigo político a batir.

Alcalá guardó los prismáticos en el bolsillo interior de la levita. No había reconocido a Prim, aunque puso su atención en una mujer, un muchacho pálido, un viejo y un hombre barbudo de aspecto extranjero. Saturnino, que también estaba con ellos, le despistó un poco. Más aun llevando el saco de garbanzos que tan hábilmente había ganado a las cartas al cocinero del barco. Bajó al muelle con paso tranquilo, se acercó al capitán Llaguno y, con la excusa de preguntar por el alojamiento más cercano, deslizó una moneda de oro en la mano del marino.

—¿Viajaba algún político en este barco, capitán?

—Políticos, en este barco, los hay en todas partes —respondió Llaguno, que no era hombre de vender secretos—. Pero si se refiere a alguien importante, no he visto a nadie.

Alcalá sonrió con amabilidad. Y Llaguno le devolvió la sonrisa.

—Pues entonces habré soñado. Que tenga buen día, capitán.

Se perdió entre la multitud del muelle, pero no se alejó del todo. Se instaló en una fonda cercana, frente al espigón, y durante toda la mañana anotó en una libreta todo lo que le pareció sospechoso: una familia que no hablaba con nadie, un cochero que cargaba con un zurrón demasiado grande, un hombre de gafas de pasta que parecía venir de otro planeta.

Aquella noche, un mensaje cifrado partió hacia Madrid en el barco correo de la tarde. Decía así:

"*Posible avistamiento. Confirme instrucciones. Alcalá.*"

No era un hotel propiamente dicho. Era una casona antigua. La habían alquilado los masones para la ocasión, y estaba en las afueras de Santa Cruz, cerca de la carretera de La Laguna, rodeada de plataneras y de un silencio que, a Prim, acostumbrado al bullicio de los cuarteles, le pareció sospechoso.

—Esto está muy callado —dijo, mientras entraba en el zaguán de piedra volcánica.

—Es la isla, general —respondió Villalba, que los había acompañado desde el muelle—. Aquí el tiempo pasa más despacio. También los chismes.

La casona tenía seis habitaciones, una cocina con chimenea, un patio interior con un limonero que daba sombra a un pozo. Saturnino eligió la habitación más cercana a la cuadra, por costumbre, por instinto, y Francisca se apoderó de la más luminosa, la que daba al este, donde el sol entraba sin pedir permiso. Juanito, que en el coche había dormido apoyado en el hombro de su madre, fue depositado en una cama de hierro forjado con dosel de arpillera. El muchacho abrió los ojos un instante, preguntó:

—¿Ya estamos?

—Ya estamos —respondió Javier, que se sentó a su lado en una silla de anea—. Y no te muevas.

El resto del día fue un duermevela general. Las provisiones —uvas canarias, pella de gofio amasado con leche y un caldo de pescado que un cocinero de la logia preparó con mano experta— hicieron el resto. Cuando anocheció, ninguno de los Prim recordaba haber comido nada. Solo que el suelo no se movía, y eso, después de siete días de travesía, era ya un lujo de

reyes. Saturnino, antes de retirarse a su habitación, se acercó a la puerta del cuarto de Juanito y llamó con tres golpecitos.

—Don Juanito —dijo, —que le traigo el libro de latín. Se le cayó en el coche.

Juanito sonrió débilmente.

—Gracias, Saturnino. Usted es el único que se acuerda de las cosas importantes.

El cochero se encogió de hombros y se fue a dormir. Pero aquella noche, mientras los demás roncaban en sus habitaciones, Saturnino no consiguió conciliar el sueño. Se levantó, salió al patio y se quedó mirando el limonero iluminado por la luna. Nunca había visto algo así. Nunca había sentido un calor tan suave en pleno enero, ni un olor a tierra húmeda tan distinto al de Villaluenga de la Sagra. Encendió un cigarro, dio dos caladas y susurró:

—Encarna, no sabes dónde estoy. Yo tampoco lo sé. Pero es bonito. Muy bonito. Cuando vuelva, te contaré.

Al día siguiente, antes de que nadie se levantara, Saturnino desapareció. Prim fue el primero en notarlo y se alarmó. Pero Francisca, que ya conocía sus inclinaciones, le tranquilizó:

—Habrá ido a ver el mar. Déjale.

Efectivamente, Saturnino estaba en la playa de San Andrés (la que hoy se conoce como playa de Las Teresitas), arremangados los pantalones, con el agua hasta las rodillas y una expresión de felicidad absoluta en el rostro. Los pescadores que llegaban con las barcas le miraban con sorna, pero a él no le importaba. Nunca había visto el mar tan de cerca. Nunca había sentido cómo la espuma le lamía los pies, cómo las olas rompían suavemente en la arena, cómo los peces saltaban en la superficie de un espejo líquido que parecía no tener fin.

—Ocho hijos —murmuró, mientras una ola pequeña mojaba sus pantalones—. Ocho hijos y nunca los llevé a ver el mar. Cuando vuelva, Encarna, te juro por Dios que vengo con ellos. Aunque tenga que pedirle permiso al general.

Regresó a la casona con las botas llenas de arena, la ropa mojada y una sonrisa que no se le borró en todo el día. Javier le preguntó:

—¿Qué le pasa, Saturnino? ¿Se ha vuelto loco?

—Loco no, señor —respondió el cochero, restregándose las manos contra la chaqueta—. Solo feliz. Que nunca es tarde para serlo.

Francisca le preparó un caldo caliente y le dijo:

—Saturnino, usted es el mejor hombre que conozco. Solo quería que lo supiera.

El cochero se ruborizó, murmuró algo de que la señora era muy amable, y salió otra vez a la playa, porque aquel descubrimiento se le había metido en el alma y no pensaba soltarlo hasta que el barco zarpase.

Los días de descanso en Tenerife hicieron algo que ni las batallas ni los debates parlamentarios habían logrado nunca: ablandaron el carácter de Juan Prim.

Francisca fue la primera en notarlo. La mañana del segundo día, cuando ella aún estaba peinándose frente al espejo del cuarto, Prim se acercó por detrás, le apartó el cabello de la nuca y le dio un beso en el cuello. Luego, sin decir palabra, se sentó en el borde de la cama y se quedó mirándola.

—¿Qué te pasa? —preguntó ella, que no estaba acostumbrada a las muestras de ternura matutinas.

—Nada —mintió él—. Solo que hace tiempo que no te veo así.

—¿Así cómo?

—Tranquila. Sin tener que pensar en mis enemigos, en mis deudas, en mis generales. Solo así, peinándote.

Francisca dejó el peine sobre la mesilla y se volvió hacia él.

—Juan —dijo, usando su nombre desnudo, sin títulos ni tratamientos—, ¿tú quieres seguir viviendo?

—Pues claro que quiero —respondió él, con una chispa de indignación.

—Pues entonces deja de hacerte el héroe y siéntete querido. Que eso también es de valientes.

Prim se quedó mirándola. Luego, por primera vez en meses, esbozó una sonrisa completa, sin reservas, de las que le conocían los pocos amigos que aún le quedaban.

—Eres una pesada, Paca.

—Eso me has dicho al menos mil veces.

—Y te lo repito. Pero ahora lo digo mejor.

Ella se rió y volvió a peinarse. Él se tumbó en la cama, con las manos bajo la nuca, y se quedó mirando el techo mientras escuchaba el ruido del peine y el canto de un canario —un pájaro de verdad, que se había posado en el limonero—. Y por un instante, el general Juan Prim, presidente del Consejo de Ministros, futuro cadáver de la historia oficial, se sintió en paz.

Juanito también notó el cambio. Su padre, que siempre había sido un hombre de pocas palabras y muchos desplantes, empezó a mostrarle una atención inusitada. Le preguntó por el libro de latín —«¿De verdad te gusta Cicerón?», «Es aburrido pero obligatorio», respondió el muchacho, y el general asintió —.

Le animó a montar a caballo al paso. Juanito ya sabía, pero no quiso desairarle; y una tarde, sentados en el poyo del patio bajo la sombra del limonero, Prim le contó una historia que nunca le había contado.

—¿Sabes por qué quiero que vivas lejos de la política, hijo?

—Porque es peligrosa —respondió Juanito, que a sus doce años ya había aprendido que el peligro estaba en todas partes.

—No solo por eso —dijo Prim—. También porque yo no supe quereros como debía. No supe querer a tu madre en los días buenos, ni a ti en los difíciles, ni a tu hermana Isabel a la que apenas vi crecer. Me lo perdonaron, porque hay cosas que se perdonan con el tiempo. Pero ahora, en esta isla perdida del Atlántico, me da miedo que se me acabe el tiempo y que siga pidiendo disculpas.

Juanito se quedó callado. Su padre nunca le había hablado así.

—No quiero que me perdones —siguió Prim—. Solo quiero que sepas que tienes un padre cobarde, pero no por temor a la muerte. Cobarde por no saber estar.

El muchacho no supo qué responder. Se limitó a apoyar la cabeza en el hombro de su padre, y los dos se quedaron así, mirando cómo caían las hojas del limonero. Francisca, que estaba en la cocina, se asomó a la ventana y vio la escena. Tenía los ojos húmedos, pero no hizo nada por disimularlo.

—Todavía hay salvación para este general —murmuró, volviendo al fuego—. Todavía.

Javier se aburría. Había pasado tres días descansando, comiendo gofio y paseando por el campo, pero su mente de historiador le empujaba a buscar las palabras en los libros, no en el paisaje. Cuando oyó que en Santa Cruz había una librería famosa, la *Librería Isleña de Néstor de la Torre*, no dudó un instante. Pidió prestado el coche de Villalba —un carruaje modesto, de dos caballos, con el cochero de la logia al mando— y se fue a la capital.

La *Librería Isleña*, sita en la calle del Castillo número 16, era un establecimiento señorial, de dos pisos, con balcones de forja y una vidriera llena de libros organizados por materias. A diferencia de otras librerías de la isla, la Isleña no se limitaba a vender devocionarios y gramáticas latinas; también importaba novedades de París, Londres y Madrid. Por sus anaqueles, aquella tarde de enero, desfilaron ante los ojos de Javier: «La educación sentimental» de Flaubert —en francés, que nadie lo traduciría hasta veinte años después—, y un puñado de novelas de folletín que Javier hojeó con desgana.

Mientras hojeaba un ejemplar de «Viaje al centro de la Tierra», que acababa de publicarse en Francia, y que en España aún no se conocía bien, una voz femenina interrumpió su atención.

—Perdone, ¿ese libro es de Verne?

Javier levantó la vista.

Se quedó absorto durante unos segundos, que le parecieron una eternidad. La mujer que tenía delante era de una belleza exuberante, de esas que no se olvidan, aunque uno se empeñe. Tendría unos treinta años, el cabello negro y rizado cayéndole sobre los hombros, la piel morena y unos ojos verdes que parecían iluminados desde dentro. Vestía un traje de tafetán azul, con mangas de encaje y un pequeño sombrero de paja con cintas de seda. Llevaba puesto perfume de almendras amargas, de esos que las damas adineradas importaban de París. En sus dedos, un anillo de oro con una esmeralda tallada.

—Sí —respondió Javier, sintiendo de repente que las rodillas le flaqueaban—. Es de Julio Verne. El último.

—¿Y sabe francés?

—Lo suficiente para leer novelas.

Ella sonrió, y aquella sonrisa transformó su fisonomía: de la seriedad de una dama de sociedad pasó a una complicidad casi infantil.

—Yo también —dijo ella—. Pero no me atrevo a comprarlo. Mi marido dice que las novelas de aventuras son para niños. Y yo ya no soy una niña.

Javier midió la distancia. El anillo de esmeralda, el perfume caro, la mención al marido. Todo apuntaba a lo mismo: una mujer de la alta burguesía, casada, probablemente con hijos, probablemente aburrida de las tardes en el salón de su casa. ¿Se atrevería?

—En mi país —dijo Javier, improvisando una patria que no existía—, las señoras leen lo que les apetece, y los señores no se quejan. O si se quejan, no les hacen caso.

Ella rió, con una risa contenida, como de gata que se acerca a un plato de leche sin saber si la invitarán a pasar.

—¿Y de qué país viene usted, si puede saberse?

Javier estuvo a punto de decir "de Madrid", pero recordó que en Madrid lo buscaban.

—De México —mintió, con un descaro que le sorprendió a sí mismo—. Soy comerciante de metales preciosos. Paso por Tenerife de camino a… destinos que aún no tengo claros.

La mujer le miró con curiosidad. Su mirada era inteligente, y Javier supo que no se creía ni la mitad de la historia. Pero le daba igual.

—Yo soy Clara —dijo ella, tendiéndole la mano con la palma hacia abajo, como las damas de su rango—. Clara de la Peña y Galindo.

Javier se inclinó y besó sus dedos con una cortesía que le pareció ridícula para la época, pero que a ella le agradó.

—Javier Puente —dijo él—. Para servirla.

Aquella tarde, mientras Saturnino correteaba por la playa y Prim abrazaba a su hijo bajo el limonero, Javier y Clara recorrieron juntos las calles de Santa Cruz. Él no sabía por qué lo hacía; ella tampoco. Era uno de esos encuentros que la casualidad disfraza de destino, pero que no lo es. La llevó a tomar un chocolate con picatostes a la confitería *Colón*, una de las más antiguas de la ciudad, situada en la plaza de la Constitución. La gente miraba, las viejas murmuraban, los tenderos guiñaban el ojo con descaro. A Javier le pareció que todo el mundo conocía a Clara. A Clara le pareció que nadie conocía a Javier.

—¿Y sus hijos? —preguntó Javier aquella primera tarde, mientras caminaban por la calle del Castillo.

Clara suspiró, y en aquel suspiro cabía toda la melancolía del mundo.

—Están en La Laguna, con mis suegros. Mi marido quiso que pasaran allí el mes de enero, mientras él estaba en Londres. Dice que el clima de La Laguna les sienta mejor, que aquí cerca del mar se resfrían. Yo… —dudó un instante— yo no tuve voto en la decisión.

Javier sintió una punzada de compasión, pero también un alivio culpable. Los hijos no estaban. No habría que dar explicaciones. Al menos, no por ahora. Cuando llegó la noche, Javier la acompañó al portal de su casa, una casona de piedra volcánica frente a la iglesia de San Francisco. Ella sacó una llave de la bolsa, la introdujo en la cerradura, pero antes de girarla se volvió hacia él.

—Mi marido está de viaje —dijo—. En Londres. Volverá en dos semanas.

Javier no respondió. Esperó.

—No soy una mujer fácil, Javier Puente.

—No me lo había planteado.

Ella sonrió, esta vez con tristeza.

—Soy infeliz en mi matrimonio. No es una excusa. Es una razón. Y como razón, me da licencia para hacer lo que voy a hacer.

Abrió la puerta y le tendió la mano.

—¿Quiere pasar?

Javier entró. Esa noche, en la alcoba de Clara, entre sábanas de hilo de lino y cortinas de terciopelo burdeos que daban a la calle, los dos se entregaron a una pasión que ninguno recordaba haber sentido antes. Javier descubrió que el cuerpo de la mujer no era una superficie que se explora, sino un mapa que se recorre sin prisa y sin destino fijo. Sus manos aprendieron las curvas de la espalda, la suavidad de los senos, la humedad del sexo. Sus dedos se enredaron en sus cabellos negros, y sus labios pronunciaron palabras que el deber le condenaba al olvido. Clara, por su parte, gemía con la libertad de quien se siente libre. Le mordió el lóbulo de la oreja y le susurró:

—No me preguntes por mi marido. No me preguntes por mis hijos. Hoy, en esta cama, no soy la esposa de nadie. Soy tuya. Solo tuya.

Javier quiso preguntar, pero no pudo. El placer, que es el mejor anestésico contra la conciencia, se lo impidió. Después, cuando los dos yacían exhaustos en el desorden de las sábanas, ella apoyó la cabeza en su pecho y le confesó:

—Tengo tres hijos. El mayor tiene ocho años. El mediano, seis. La pequeña, cuatro. Los quiero más que a mi vida. Pero esta noche, no sé por qué, los he olvidado. ¿Es eso posible?

—No lo sé —respondió Javier, que no tenía hijos y no entendía de esos olvidos—. Pero si lo es, no te juzgo.

—Eres un buen hombre, Javier Puente. O un pésimo mentiroso. Da igual.

No durmieron. Siguieron hablando hasta que el gallo cantó, y luego siguieron aún, porque la noche de Tenerife aquella noche del mes de enero era tan larga como una eternidad y tan breve como un suspiro. Al alba, Javier se vistió a la carrera, le robó un beso en la frente y se fue por la puerta trasera.

En la casona de las plataneras, nadie notó su ausencia. Prim y Francisca dormían abrazados. Juanito roncaba con el libro de latín bajo la almohada. Saturnino, en su cuarto, se revolvía en la cama soñando con olas y arenales infinitos. Solo VillaIba, que esa noche velaba desde la ventana porque los espías de Serrano andaban sueltos, le vio llegar. No dijo nada. Los masones no juzgan, solo observan.

Las jornadas siguientes estuvieron llenas de relámpagos y silencios. Javier acudía cada tarde a la librería Isleña, no tanto por los libros, sino por la posibilidad de encontrarse con Clara. Y ella estaba siempre. A veces en la librería, hojeando las novedades que llegaban de París. Otras veces en la confitería *Colón*, tomando chocolate. Otras, directamente en la puerta de su casa, esperándole con la mirada encendida y el perfume de almendras flotando en el aire de la calle. Se amaron en hoteles de mala muerte —pensiones con olor a humedad y sábanas de hilo áspero, donde los dueños no preguntaban los nombres de los clientes—, en callejones oscuros —contra las paredes de piedra volcánica, con la espalda de Clara desollada por la fricción— y una vez, temerariamente, en la casona de las plataneras, cuando los demás se fueron a pasar la tarde a Puerto de la Cruz. Clara hablaba sin tapujos. Le contó que su marido era un hombre rico y cruel, de esos que llaman posesión al amor y respeto al miedo. Le contó que sus hijos la consumían, no por malos sino por ausentes. Le contó que nunca había sido feliz desde que se casó, hace doce años, en una ceremonia que ella recordaba como un funeral.

—¿Por qué no te divorcias? —le preguntó Javier una vez, cuando ella acababa de arrancarle la camisa de un mordisco en el cuello.

—Porque en este país una mujer no se divorcia. Una mujer se aguanta o se muere.

Javier pensó en su siglo, en las mujeres independientes que había conocido en 2024, y sintió una pena atroz.

—En mi país —volvió a mentir—, las cosas son distintas.

—Pues llévame a tu país —le susurró ella, y su voz era tan sincera que a Javier le temblaron las piernas.

La noche antes de la partida, cuando ya el «Queen of the Antilles» esperaba en Puerto de la Cruz con las velas recogidas[3] y el capitán, un inglés de Portsmouth llamado Percy Wentworth, estaba ultimando los preparativos, Javier llevó a Clara a los acantilados de Los Gigantes. Desde allí, con la luna reflejándose en el atlántico como una hostia de plata, le dijo la verdad. No toda. Pero sí una parte.

—No soy comerciante de metales preciosos. Soy un historiador que ha viajado desde muy lejos para acompañar a un hombre que España cree muerto. Ese hombre está en Tenerife. Y mañana zarpamos hacia América.

Clara se quedó mirando el horizonte.

—¿América? ¿Dónde en América?

—Honduras —respondió Javier—. Es un país pequeño, caliente, con selvas y montañas. Nadie nos buscará allí.

—¿Nos?

—Te estoy pidiendo que vengas conmigo.

El silencio se hizo tan denso que las olas, allá abajo, parecían susurros lejanos.

—No puedo —dijo ella, y su voz se quebró al decirlo—. Tengo tres hijos, Javier. Tengo un marido que me mataría si huyera. Tengo una reputación que sostener, unas apariencias que guardar. Tengo… todo.

[3] El Queen of the Antilles era uno de los primeros barcos mixtos que combinaba velas con un motor de vapor, que movía una hélice. Fue botado en agosto de 1870, partiendo del puerto de Liverpool.

Javier no insistió. Los hombres como él, los de la razón frente al corazón, los de la paciencia frente al impulso, aprenden pronto que no se puede vencer a la realidad. Pero el dolor no por esperado fue menos intenso. Lo sintió en el pecho, en las sienes, en la nuca, como una garra que aprieta y no suelta.

—Entonces —dijo, y su voz tembló, aunque trató de controlarla—, quédate. Cuida de tus hijos. Y olvídame.

Ella le abrazó. Él sintió cómo le mojaba la camisa con las lágrimas.

—Nunca te olvidaré, Javier Puente. Tú has sido el único hombre que me ha mirado sin juzgarme. El único que me ha hecho sentir que merecía algo más que esta jaula de oro.

—No te quedes en la jaula —respondió él—. Ábrela. Vuela.

—No soy tan valiente.

—Lo eres. Solo que no lo sabes aún.

Esa fue su última noche juntos. Se amaron en el coche de vuelta, con el cochero de la logia mirando hacia otro lado y silbando una canción para no oír sus gemidos. Se despidieron en el portal de la casona de Clara, con la misma urgencia con la que empezaron, y luego él se fue, y ella se quedó. A la mañana siguiente, cuando Javier ya había desistido de buscarla, Villalba le entregó un sobre lacrado en el umbral de su habitación. No dijo nada. Solo se limitó a señalarlo. Javier abrió el sobre con manos temblorosas. Dentro, una carta escrita en una letra primorosa, de colegio de monjas, con las eses redondas y las eles con rizo.

Decía:

*Querido Javier:*

*Cuando leas esta carta, yo ya estaré de regreso en mi casa. Mi marido no ha vuelto de Londres, pero los vecinos empezaron a hablar, y una criada cotilla se lo contará todo. No por amor, sino por maldad. Así que me iré pronto. O quizá no. No lo sé.*

*Lo que sí sé es que te quiero. No es una palabra grande. Es una palabra cierta. Y el remordimiento que siento por no haberte acompañado me pesará toda la vida. Porque me toca elegir entre mis hijos y mi felicidad, y los hijos, como las responsabilidades, pesan más que cualquier dicha.*

*Perdóname. Perdóname por no ser valiente. Perdóname por tener miedo.*

*No me guardes rencor. Yo no te lo guardo a ti. Solo dolor. Un dolor hermoso, de esos que no se curan nunca ni se olvidan jamás.*

*Siempre tuya,*

*Clara.*

Javier leyó la carta tres veces. No lloró porque los hombres de su siglo no lloran o porque lo hacían a escondidas. Pero aquella carta, escrita apresuradamente, manchada con las lágrimas que ella había derramado la noche anterior, se quedó en el bolsillo interior de su chaqueta de 2024, la misma que milagrosamente seguía idéntica a como la había traído. Javier nunca olvidó a Clara. Después vendría Honduras. Y, pensando en el viaje, comenzó Javier su duermevela.

A medianoche, Prim oyó un ruido en el patio. Se levantó, se puso la chaqueta de paño —la misma que ya empezaba a oler a sal y a desgracia— y salió al zaguán. Allí, bajo el limonero, encontró a Villalba y a otros dos hombres que no había visto antes. Uno era joven, de mirada intensa, con un mandil de cuero blanco colgado del hombro —el símbolo de quien ha sido iniciado en los misterios. El otro, más viejo, calvo, de orejas grandes y nariz de loro, llevaba un bastón de ébano con cabeza de plata que golpeaba suavemente el suelo.

—Siéntese, general —le ofreció Villalba, señalándole el poyo de piedra—. Tenemos mucho que hablar.

Prim ocupó el poyo y cruzó las piernas. Ya no era un presidente huido, sino un general sentado en consejo de guerra, evaluando al enemigo: cuatro masones en un patio canario, la luna llena sobre las plataneras, y la noche dispuesta a guardar secretos.

—Primero, lo esencial —empezó Villalba—: nadie en el mundo sabe que está aquí. Ni siquiera el Gobernador Civil de Canarias, que es pariente mío y no sabe nada. La Logia Teide ha dispuesto un cordón de silencio a su alrededor. Mientras descanse en esta casa, su identidad está a salvo.

—¿Y después? —preguntó Prim.

—Después, tendrá que decidir. ¿Adónde planea ir?

Prim suspiró. Hasta entonces, el plan había sido huir de España, no llegar a ningún sitio en concreto. Pero los océanos no se cruzan solo con propósito; se cruzan con destino.

—No lo sé —admitió—. Javier habla de un país en Centroamérica, pero no me ha dicho cuál.

Villalba y los otros masones intercambiaron una mirada. El viejo del bastón carraspeó:

—¿Podría ser Honduras? —preguntó, como quien tira una piedra al aire para ver a quién le da.

Francisca, que había aparecido en la puerta del zaguán con la bata de casa ceñida a la cintura, respondió antes que Prim:

—Podría ser. ¿Por qué no?

—Porque Honduras es un país pequeño —explicó Villalba—, recién independizado de la Federación Centroamericana, y allí no hay quien pregunte por un general español si éste no se presenta con bandas militares. Además —añadió, con una sonrisa apenas perceptible—, los masones tenemos amigos en todas partes. Amigos que saben guardar secretos.

Prim se quedó en silencio durante un largo minuto. El rumor de las plataneras mecidas por el viento era lo único que se oía. Pero Villalba no había terminado. Su rostro se ensombreció.

—General, hay algo más que debe saber.

—Diga —ordenó Prim.

—La Logia Teide ha sido infiltrada. Hace cinco días, uno de nuestros hermanos, un tal Juan de la Cámara, desapareció de su casa sin dejar rastro. Al día siguiente, un conocido agente de Serrano fue visto en el puerto, desembarcando del «Isla de Cuba».

—¿El mismo barco en el que nosotros llegamos? —preguntó Prim, con el rostro desencajado.

—El mismo —confirmó Villalba, con la mirada grave—. Se llama Fermín Alcalá del Olmo. Viajaba en primera clase, oculto bajo una identidad falsa. No le hemos visto desde que desembarcó, pero sabemos que está en Tenerife. Y sabemos que busca a alguien. O a varios alguienes.

Prim se levantó del poyo.

—¿Cómo es que no lo sabíamos antes?

—Porque Cámara era el encargado de la seguridad de la logia. Y Cámara —Villalba respiró hondo—, Cámara era también un agente doble. Vendió información a Serrano a cambio de dinero. O quizá de poder. No lo sabemos aún.

—¡Bah! —exclamó Prim—. Siempre hay un Judas en cada grupo. ¿Y qué le ha pasado a ese hombre?

—Desapareció —respondió el viejo del bastón—. Se esfumó la misma noche que Alcalá bajó del barco. Suponemos que está camino de Madrid, cantando todo lo que sabe.

Prim dio un puñetazo en la mesa de madera. La mesa, que era antigua, crujió como un lamento.

—Entonces Serrano sabe que estoy vivo.

—No necesariamente —terció Villalba—. Cámara no escuchó nunca su nombre. Solo sabía que la Logia Teide ocultaba a alguien importante. Pero es cuestión de tiempo —añadió— que Alcalá deduzca quién es.

Prim se pasó la mano por la cara. La herida de la ceja se había curado, pero el cansancio no.

—¿Cuándo zarpamos? —preguntó.

—El barco, el «Queen of the Antilles», está listo en Puerto de la Cruz. El capitán inglés espera su señal.

—Entonces mañana mismo. No quiero darle tiempo a Serrano a que toque mi puerta.

—De acuerdo —aceptó Villalba—. Pero antes hay algo más. Alcalá no es un espía cualquiera. Pertenece también a una logia rival, la «Orden y Libertad», fundada por un supuesto pariente de Serrano en Madrid a finales de 1870. Es una logia pequeña, solo una veintena de miembros, pero fanáticos. Su objetivo es proteger el orden monárquico y eliminar cualquier amenaza al trono que no sea del gusto de Serrano. Y usted —apuntó con el dedo—, usted es la amenaza principal.

—Siempre lo he sido —respondió Prim.

—Pues más vale que se vaya lejos. Muy lejos.

Prim asintió, y en su gesto no había miedo, ni cobardía, sino una determinación fría y serena. No era una huida, era una salvación.

—¿Y qué hacemos con Cámara? —preguntó Javier, que se había incorporado al grupo, sin haber sido invitado y escuchaba, aterrado, las últimas revelaciones.

—Nada —respondió el viejo—. Los que se van, ya se fueron. Nuestro futuro está aquí: con ustedes y con su viaje. Los perseguidores llegarán demasiado tarde.

Por el aire rumoroso de las plataneras ascendía un vaho cargado de sal y de destino. Un aire que les empujaba a marchar. Con la amabilidad y firmeza canarias. Un aire de acogida y despedida al mismo tiempo. Prim, de pie bajo el limonero, aceptó el cofre de madera de tea que Villalba le ofreció. Contenía quinientas pesetas en oro, una carta de presentación para la logia «Unión Fraternal» de Comayagua y un pequeño mandil de cuero bordado con hilos rojos y azules.

—Por si acaso —dijo Villalba—. Por si alguna vez necesita que le recuerden quién es.

—No lo olvidaré —respondió Prim—. Gracias por el cofre.

El viejo del grupo, que nunca se separaba de su bastón de ébano, se acercó a Prim y le susurró:

—Y que, si algún miembro de nuestra orden llega alguna vez a Honduras, sepa que su casa estará abierta. Eso, general, es todo lo que le pedimos.

Prim asintió.

—Que así sea —dijo, y aquellos tres extraños sellaron su pacto en la penumbra del patio, con el olor de las plataneras meciéndose al viento y la luna llena escondida detrás de las nubes.

Juanito, desde la ventana de su cuarto, observó la escena. No entendió del todo lo que veía, pero algo le dijo que aquella noche, en aquella casona de las afueras de Santa Cruz, se estaba decidiendo algo más importante que todos los pactos de Madrid. Algo más importante, acaso, que la propia historia.

Antes de zarpar, Villalba sugirió algo que ya habían previsto, pero que aún no habían formalizado: un nombre falso para Prim. Porque ningún capitán inglés iba a atreverse a transportar al Presidente del Gobierno Español sin que el precio se disparara, y porque en Honduras bastaba un periódico atrasado para que los enemigos del general se enteraran de su paradero.

—Usted ya no es Juan Prim —dijo Villalba, mientras tomaban café en el patio—. A partir de hoy, se llama Antonio Prat.

—¿Antonio? —objetó Prim, con una mueca de desagrado—. ¿No podía haber sido otro nombre?

—Tenía que ser sencillo y parecerse al suyo, para que no le delate la inercia. Antonio por San Antonio, que es patrón de muchas cosas. Y Prat, porque es su segundo apellido, y es fácil de recordar.

Javier, que estaba presente, añadió:

—Además, en Honduras no hay un solo español que no haya cambiado de nombre al menos una vez. La gente está acostumbrada.

Francisca se quedó con el suyo, que no necesitaba disfraz. Juanito, igual. Saturnino siguió siendo Saturnino, porque un cochero no levanta sospechas ni en la Luna, al menos a finales del siglo XIX.

—Y usted, ¿cómo se hará llamar? —preguntó Prim a Javier.

—Javier Puente —respondió—. Es el único nombre que tengo.

Un nombre del futuro, pensó, pero no lo dijo.

El 20 de enero de 1871, al alba, una carreta de bueyes transportó a la familia Prim, a Javier y a Saturnino hasta el muelle de Puerto de la Cruz. Allí, amarrado al espigón, esperaba el «Queen of the Antilles», un bergantín-goleta de casco de hierro y madera, tres mástiles, velas cuadradas y una chimenea blanca. El capitán los recibió con una inclinación de cabeza y un mutismo que solo rompió para cobrar las doscientas libras.

—El viaje hasta Honduras dura entre veinte y veinticinco días —anunció, con un acento que parecía una regañina perpetua—. Con buen tiempo. Con malo, no respondo.

Prim, que ya no era Prim sino Antonio Prat, subió la pasarela sin despedirse de la isla. Francisca llevaba los chales recién tejidos en un hatillo. Juanito soñaba con la promesa de nuevos mapas. Javier no miraba atrás. Tenía miedo de ver, tenía miedo de verla. Saturnino fue el último en subir. Se quedó en el muelle, mirando el mar, y dijo en voz baja, sin que nadie le escuchara:

—Encarna, si estás soñando esto, perdona que no fuera a despedirme. No pude. Y ahora tampoco puedo.

Luego, con el mismo paso firme con el que cruzaba los charcos de Madrid, subió al barco y no volvió a mirar atrás. El «Queen of the Antilles» soltó amarras a las nueve de la mañana. Las velas se hincharon con el viento alisio, y la isla de Tenerife se fue empequeñeciendo hasta ser solo una mancha oscura en el horizonte. Detrás, en el muelle, un hombre con levita negra y sombrero de copa sacó los prismáticos del bolsillo interior de su chaqueta. Fermín Alcalá del Olmo, agente de Serrano, había llegado a la salida del «Queen of the Antilles». Anotó un nombre en su libreta: “Antonio Prat”. Y, después, otra palabra: “Seguimiento”. Pero los marineros del «Queen», avisados por los masones, le negaron el embarque. Desde la popa, Javier vio cómo una figura desconocida para él, Alcalá, se alejaba del muelle, y sintió un escalofrío de preocupación.

—¿Quién es ese hombre? —le preguntó Juanito, que también le había visto.

—Nadie —respondió Javier—. Alguien que llegó demasiado tarde.

Dentro del camarote de oficiales, Prim cerró los ojos y apoyó la cabeza en el hombro de Francisca.

—¿Estás bien, esposo mío? —preguntó ella.

—No —respondió él—. Estaré bien cuando lleguemos.

El barco se balanceó suavemente. Juanito, que estaba mirando por la tronera, vio cómo el Teide se perdía entre las nubes.

—Adiós, volcán —susurró—. Y gracias.

Javier, a su lado, volvió a sentir aquella mezcla de vértigo y certeza que le acompañaba desde que pisó el siglo XIX. No era un historiador, después de todo. Era un personaje más, en una historia que aún no tenía un final escrito. O quizás sí. La tierra prometida les abriría sus brazos de barro, bananeras y café. Honduras, con su nombre apenas susurrado, les esperaba.

## Capítulo 7: El veneno que cura

El «Queen of the Antilles» surcaba el Atlántico con la parsimonia de los barcos que no tienen prisa. El viento alisio empujaba las velas desde el noreste, y el capitán Wentworth, calculaba que la travesía hasta Honduras duraría unas tres semanas, quizá cuatro si la mar se ponía terca.

Los primeros días fueron de una calma casi irreal. Prim, instalado en el camarote de oficiales junto a Francisca, dormía largas horas, reponiéndose del mareo y del agotamiento. Juanito se entretenía trepando por los obenques bajo la atenta mirada del contramaestre, un escocés llamado MacDougall que le enseñaba nudos marineros a cambio de que el muchacho le tradujera versos de Virgilio. Saturnino, que no terminaba de acostumbrarse a la inmensidad del océano, pasaba las horas en la bodega, junto al cargamento de cochinilla y añil, fumando cigarros liados con una mano mientras acariciaba con la otra el zurrón, que nunca soltaba.

Javier se había refugiado en la lectura de un libro de a bordo —un tratado de botánica tropical que alguien había dejado olvidado en la biblioteca del capitán—, pero su mente estaba en Tenerife, en Clara, en la carta que aún llevaba doblada en el bolsillo interior de su chaqueta de 2024.

—No pienses en ella —le aconsejó Francisca, que le sorprendió una tarde mirando el horizonte con el ceño fruncido—. El mar se lleva los recuerdos si uno le deja.

—¿Y si no quiere que se los lleve? —preguntó Javier.

—Entonces el mar se los roba. Y usted se va con ellos.

Javier no respondió. La duquesa de Prim tenía razón, como siempre. Pero al cuarto día, algo cambió. Prim empezó a quejarse de sudores y a tener escalofríos al atardecer. Francisca le notó la frente ardiendo.

—Tienes fiebre, Juan.

—No es nada —respondió él, apartándole la mano con un gesto brusco, inusualmente brusco—. Dormiré y se me pasará.

No se le pasó. A medianoche, la fiebre trepó como una enredadera feroz. El termómetro del barco —un largo cilindro de mercurio que el capitán Wentworth guardaba en un estuche de

caoba— marcó 40 grados. Luego 41. Luego el mercurio se salió de la escala y nadie supo cuánto más.

—No es una fiebre normal —dijo el capitán, que había visto paludismos en las Antillas, tifus en el Mediterráneo y cólera en el Báltico—. Esto es otra cosa.

—¿Qué cosa? —preguntó Javier, que había acudido al oír los gritos.

—No lo sé. Pero he visto algo parecido en soldados que vuelven de la guerra. Los que mataron demasiado. Los que vieron demasiado. Cuerpos jóvenes, mentes viejas. Y la fiebre, siempre la fiebre. Y el cerebro, que se rebelaba contra todo lo que había tenido que soportar.

Wentworth frunció los labios.

—¿Podría ser una infección de la herida? —sugirió Javier, recordando la ceja abierta de Prim en Madrid, los días sin curación, el viaje en tren mal ventilado.

—Podría. Pero no lo creo. Mire sus manos.

Javier miró. Los dedos del general se movían solos, arañando algo invisible.

—Los nervios —dijo el capitán, en voz baja—. A veces se envenenan.

No hubo más explicaciones. Aquella noche, Prim comenzó a delirar. Habló en voz alta, con fragmentos de frases que nadie quería entender.

—¡Fuego! ¡Fuego en la sierra! ... Que retrocedan los de a caballo, que los infantes no pueden... ¿Dónde está Zorrilla? Zorrilla no vino... ¡Zorrilla me vendió! ... ¡Paca, Paca! ¡El niño, el niño no llora! ... ¿Por qué no llora? ...

Francisca le sujetaba las manos para que no se hiciera daño. Juanito, que había acudido al oír los gritos, se quedó paralizado en la puerta del camarote, con el libro de latín apretado contra el pecho.

—Papá —susurró—. Papá, ¿qué te pasa?

—No se te acerques, hijo —ordenó su madre, con una voz que no admitía réplica—. Ahora no.

Pero Juanito no obedeció. Se acercó a la litera, apoyó una mano en el pecho de su padre y sintió cómo aquel cuerpo de acero temblaba como un junco.

—Papá —repitió—. Soy yo. Juanito.

Prim abrió los ojos. Lo miró sin verlo. Luego, con una fuerza que no parecía propia de un enfermo, le agarró por la muñeca.

—Tú no eres mi hijo —dijo, y su voz era un gruñido de animal acorralado—. Mi hijo está en París. Tú eres un espía de Serrano. ¡Te conozco, maldito!

Apretó. Juanito gritó. Saturnino, que había oído el alboroto desde la bodega, llegó corriendo. Apartó al muchacho con un brazo y se enfrentó al general.

—Don Juan —dijo, usando el tratamiento que nunca usaba—. Don Juan, suélteme al niño. Que le va a hacer daño.

—¿Don Juan? —respondió Prim, soltando la muñeca de su hijo bruscamente—. Yo no soy don Juan. Don Juan era un noble. ¡Yo soy un general! ¡Y los generales no tienen hijos!

Francisca, con la entereza de quien ha parido tres veces y ha visto morir a una de sus hijas, se interpuso entre su marido y su hijo.

—Saturnino, saque a Juanito de aquí —ordenó—. Enciérrelo en mi camarote si hace falta.

—¿Y usted, señora?

—Yo me quedo. Soy su esposa. Si alguien tiene que recibir el primer golpe, que sea yo.

Saturnino obedeció. Cogió a Juanito en volandas y salió del camarote. El muchacho, que a sus doce años nunca había visto a su padre así, se quedó sin lágrimas, solo con un temblor que le recorría el cuerpo entero.

—No es él —le susurró Saturnino, mientras lo acostaba en la litera vacía de Javier—. No es él, niño. Es la fiebre. La fiebre habla por él.

—¿Y si la fiebre dice la verdad? —preguntó Juanito, con una lucidez que aterraba.

Saturnino no supo qué responder.

Fue Javier quien lo vio. Ocurrió hacia las tres de la madrugada del segundo día de fiebre. Prim había logrado dormir unas horas, pero despertó con un grito que heló la sangre de todos los que estaban en el alcázar de popa.

—¡Ahí está! —gritó, señalando a un marinero que cruzaba la cubierta con un cabo de fiar en la mano—. ¡Es él! ¡El que me vendió en la calle del Turco!

El marinero, un joven canario de veintidós años llamado Néstor Padrón, se quedó mirando al general sin entender nada.

—Señor —dijo, levantando las manos en señal de paz—, yo no tengo ni idea de dónde está la calle del Turco. Soy de La Gomera. Trabajo en este barco desde hace…

Pero no pudo terminar la frase. Prim se abalanzó sobre él con una fuerza que ningún febril debería tener. Lo agarró por el cuello de la camiseta de dril, lo arrastró hasta la borda y, ante la mirada horrorizada de los pocos tripulantes que velaban aquella noche, lo alzó por encima del pasamanos.

—¡General, no! —gritó Javier, corriendo hacia él.

—¡No te metas, historiador! —rugió Prim, y sus ojos eran dos ascuas—. ¡Este hombre me intentó matar!

Pero Javier no se detuvo. Se abalanzó sobre Prim y le agarró el brazo con toda su fuerza, mientras Saturnino, que había subido a cubierta atraído por los gritos, rodeaba al general por la espalda y le inmovilizaba el otro brazo. Entre los dos lograron separarlo del marinero. Néstor Padrón cayó de rodillas sobre la cubierta, tosiendo, pero vivo.

—¡Largo de aquí! —le ordenó Saturnino al joven, que salió arrastrándose hacia la proa.

Prim forcejeaba, presa del delirio. Sus ojos no veían a Javier ni a Saturnino; veían a los asesinos de la calle del Turco, a los traidores, a las sombras que llevaban años persiguiéndole.

—¡Suéltame, maldito! ¡También tú estás con ellos!

El capitán Wentworth llegó corriendo, con el contramaestre a su lado. Vio la escena: tres hombres forcejeando en la borda, el general con las manos ensangrentadas por arañarse él mismo durante la pelea, el marinero canario temblando a lo lejos. No preguntó qué había pasado; lo intuyó todo en un instante.

—Inmovilícenlo —ordenó a dos marineros que le acompañaban—. Átenlo a su litera si hace falta. Esto se acabó.

Entre todos sujetaron a Prim, que aún forcejeaba y gritaba frases inconexas. Lo llevaron al camarote de oficiales y lo ataron a la litera con cuerdas gruesas, sin hacerle daño, pero sin dejarlo escapar. Francisca, despierta ya, observaba desde la puerta con el rostro desencajado, pero no intervino. Sabía que la violencia del marido no era él, sino la fiebre. Cuando Prim quedó inmovilizado, Wentworth se volvió hacia Javier y Saturnino.

—¿Quiere explicarme qué ha pasado aquí?

Javier, aún jadeante, relató los hechos: el ataque de Prim al marinero, la acusación delirante, el intento de arrojarlo por la borda. El capitán escuchó en silencio, con el ceño fruncido. Luego llamó al contramaestre.

—Que traigan el cuaderno de bitácora. Voy a levantar acta de lo ocurrido.

—Capitán —intervino Francisca, saliendo del camarote con la dignidad intacta—, mi marido está enfermo. No sabe lo que hace. Le ruego que…

—Señora —la interrumpió Wentworth, con firmeza, pero sin aspereza—, entiendo su situación. Pero un hombre de mi barco ha estado a punto de morir. No puedo, ni quiero, ocultarlo. Lo que ocurra después con su esposo dependerá de las autoridades cuando lleguemos a puerto. Mientras tanto, quedará retenido en su camarote bajo vigilancia. Yo mismo responderé de su seguridad, pero también de la de mi tripulación.

Francisca bajó la mirada. No había réplica posible. Wentworth redactó el parte en su cuaderno de bitácora con letra clara y sin ambages: «*En la madrugada del 24 de enero, el pasajero Antonio Prat, bajo fiebre delirante, agredió al marinero Néstor Padrón e intentó arrojarlo por la borda. El marinero resultó ileso gracias a la intervención de otros pasajeros. El señor Prat ha sido inmovilizado por su propia seguridad y la del resto de la tripulación. Se notificará el incidente a las autoridades del puerto de destino*». Firmó y cerró el libro.

—Señora —dijo entonces, con voz más baja—, no voy a pedirle disculpas. No me corresponden. Pero sí le digo que sé lo que es ver a un ser querido perderse en una fiebre. Lo siento. Y rezaré para que su marido se recupere antes de que el barco toque tierra.

Francisca asintió, con los ojos enrojecidos pero secos.

—Gracias, capitán.

—No me lo agradezca. Es mi obligación.

Aquella noche, Prim durmió atado a la litera, con Francisca velando a su lado y un marinero haciendo guardia en la puerta. Néstor Padrón, aún tembloroso, recibió una ración doble de ron y la tarde libre. Y el capitán Wentworth, antes de acostarse, anotó en su diario personal una última frase: «No sé quién es este español, pero sus fantasmas pesan más que sus cadenas». Al día siguiente, la fiebre de Prim volvió a alcanzar cotas que el termómetro se negaba a medir. El general perdía el conocimiento durante horas, despertaba sobresaltado, expulsaba bilis negra por la boca y volvía a caer en un sopor que nadie sabía si era sueño o muerte. El capitán Wentworth, desesperado, reunió a la tripulación en la cámara de proa.

—¿Alguien sabe algo de medicina? ¿Aunque sea de la que se aprende en los pueblos?

Un hombre alzó la mano. Era pequeño, de piel tostada por el sol, ojos rasgados y curiosos, manos grandes y nudosas. Llevaba el pelo largo y una barba incipiente que peinaba con los dedos. Vestía una camisa de lino remendada en los codos y pantalones de dril descolorido.

—Yo, capitán. Me llamo *Cipriano Márquez*. Soy hondureño, natural de Gracias, en el departamento de Lempira. Mi abuela era lenca, y ella me enseñó las plantas. Las que curan y las que duelen.

—¿Puedes curar a este hombre? —preguntó Wentworth, señalando la puerta del camarote de oficiales.

—Curar no sé. Pero aliviar, quizá. Mi abuela decía que las calenturas del alma se quitan con cosas que el demonio no conoce.

Cipriano entró en el camarote. Francisca le cedió el paso sin rechistar. Había algo en aquellos ojos rasgados, en la calma de sus manos, que inspiraba confianza. El hondureño examinó a Prim

con una lentitud que exasperaba. Le tomó el pulso, le olió el aliento, le levantó los párpados y observó el color de la esclerótica. Luego, sin decir palabra, salió a cubierta y volvió con una bolsa de cuero llena de frascos de vidrio, raíces secas, hojas y polvos de colores y olores imposibles.

—¿Qué es eso? —preguntó Javier, que no podía disimular su fascinación.

—Medicina —respondió Cipriano, mientras mezclaba en una taza de barro un polvo verdoso con un líquido espeso y azulado—. La que usaban los antiguos antes de que llegaran los españoles. La que cura el cuerpo callando la cabeza.

—¿Y la cabeza? —preguntó Saturnino, que estaba en la puerta, con el zurrón a los pies.

—La cabeza —dijo Cipriano, vertiendo la poción sobre un paño limpio—, se calla con otras cosas.

Aplicó el paño empapado en la frente de Prim. Luego, con manos expertas, comenzó a masajearle las sienes, el cuello, la nuca. Los dedos del hondureño presionaban puntos que Prim ni siquiera sabía que tenía, y poco a poco, el crispamiento del rostro del general fue cediendo. Luego forzó a Prim para que bebiera un sorbo del brebaje de su taza de barro.

—¿Qué le ha dado? —insistió Javier.

—Un brebaje de hojas de coca —respondió Cipriano, sin levantar la vista—. Mambe, se llama en mi tierra. Con un poco de raíz de belladona, para bajar la fiebre, y unas gotas de opio que traje de un viaje a la India. Todo muy suave. Todo muy natural.

Javier, que en su siglo había leído sobre los efectos de la coca y el opio, sintió una conmoción, recordando a amigos y conocidos muertos por el consumo de drogas.

—¿Y no es peligroso? —preguntó.

—Todo es peligroso si se abusa —respondió Cipriano—. El fuego quema, el agua ahoga, y estas plantas atan. Pero mejor atado que muerto, ¿no cree?

Javier no supo qué responder. Prim, mientras tanto, había entrado en un estado de calma que asustaba más que la fiebre. Sus ojos estaban abiertos, pero no veían. Su boca, entreabierta, dejaba escapar un hilo de saliva. Su respiración era lenta, demasiado lenta.

—¿Está consciente? —preguntó Francisca, con un hilo de voz.

—No —respondió Cipriano—. Está en el lugar donde el dolor se duerme. Déjele ahí. Si despierta, será para bien. Si no...

No terminó la frase. Durante tres días y tres noches, Prim no volvió a moverse. No comió, no bebió, no habló, no soñó —o quizá sí, pero nadie pudo entrar en sus sueños. Su cuerpo yacía en la litera como un cadáver que aún respiraba, y Francisca, fiel a su costumbre, no se separó de él ni un instante.

Juanito, que no había vuelto a cruzar palabra con su padre desde la noche del forcejeo, se sentaba cada tarde a los pies de la litera y le leía fragmentos del libro de latín. No sabía si le llegaban, pero necesitaba hacer algo. Cipriano, mientras tanto, no se separaba del general. Le aplicaba cada seis horas el paño empapado en el brebaje, le masajeaba los músculos para que no se le atrofiaran, le forzaba a beber caldos que el enfermo apenas tragaba.

—¿Se va a salvar? —preguntó Saturnino una madrugada, cuando el hondureño salió a fumarse un cigarro de hojas liadas a cubierta.

—Salvar, salvar... —respondió Cipriano, aspirando el humo con deleite—. No sé qué quiere decir eso de salvar. Pero yo no he visto a nadie con tanta rabia por vivir. Eso ayuda.

—¿Y las pócimas? ¿Las que le ha dado?

—Las pócimas le mantienen quieto. Pero la rabia, señor, la rabia la pone él.

Al quinto día, Prim abrió los ojos. No fue un despertar de película, con un grito y una luz cegadora. Fue un proceso lento, penoso, como el de un buzo que asciende desde el fondo del mar y necesita detenerse en cada nivel para que la presión no le reviente los pulmones. Primero parpadeó. Luego movió los dedos de la mano derecha. Luego intentó incorporarse, pero un dolor sordo en las sienes le obligó a echarse de nuevo. Finalmente, volvió la cabeza hacia la izquierda y vio a Francisca, sentada en una silla de lona, con los ojos enrojecidos y el pelo suelto.

—Paca —dijo, y su voz era apenas un susurro—. ¿Dónde estoy?

—En un barco, esposo mío. Rumbo a Honduras.

—¿Honduras?

—Sí. Honduras.

Prim se quedó callado un rato, procesando la información.

—¿Cuánto tiempo he estado así?

—Cinco días. Cinco días sin que nadie supiera si volverías.

Él cerró los ojos. Cuando los abrió de nuevo, había en ellos una claridad que no se parecía a la de antes. No era lucidez. Era otra cosa. Era la conciencia de la propia oscuridad.

—Hice algo malo —dijo—. Algo que no recuerdo, pero que sé que hice.

Francisca no quiso mentirle.

—Sí. Casi mataste a un marinero. Lo quisiste arrojar por la borda en un ataque de delirio.

Prim se quedó en blanco. Luego, muy despacio, llevó las manos a la cara y se cubrió los ojos.

—Dios mío —murmuró—. Dios mío, qué he hecho.

—Fue la fiebre, Juan.

—No —respondió él, con una amargura que no se parecía a ninguna de las que Francisca le había visto antes—. No fue la fiebre. Fui yo. El yo que llevo dentro desde la primera guerra, desde el primer muerto, desde la primera traición. Ese yo que creía domado y que ahora sé que nunca lo estará.

Francisca no supo qué decir. Se limitó a tomarle la mano y a quedarse callada, porque hay dolores que no se consuelan con palabras, sino con presencia. Prim tardó un rato en recomponerse. Cuando lo hizo, su mirada había cambiado otra vez. Ahora era la de un general derrotado, no en la guerra sino por sí mismo.

—Ese brebaje que me ha dado Cipriano —dijo—. Lo necesito. Lo necesito ahora.

—No, Juan —respondió ella—. No puedes.

—Paca, no me tortures. Me tiemblan las manos. Me tiembla el alma. Necesito algo que me calle por dentro.

Francisca llamó a Cipriano. El hondureño llegó con su bolsa de cuero y preparó una dosis más suave, solo de hojas de coca y un poco de opio, sin la belladona. Prim se la bebió de un trago y, al cabo de unos minutos, su cuerpo se relajó.

—Así estoy mejor —dijo, con una sonrisa que daba miedo—. Así puedo pensar sin que los fantasmas me chillen.

Cipriano miró a Francisca y negó con la cabeza. Era un gesto apenas perceptible, pero ella lo entendió. El veneno que cura, pensó. El veneno que mata despacio. Y en su corazón de mexicana, supo que aquello no terminaría bien.

En los días siguientes, Prim se mantuvo estable, pero necesitaba cada noche su dosis. Cipriano se la preparaba con la misma meticulosidad, pero cada vez con menos opio y más coca, porque la belladona ya no era necesaria y el opio se acababa.

—No le puedo dar más —le dijo al quinto día—. Si sigue así, cuando lleguemos a Honduras, no sabrá ni cómo se llama.

—No me importa —respondió Prim—. Al menos no oiré las voces.

Cipriano suspiró.

—Las voces no se callan con drogas, general. Las voces se callan cuando uno las enfrenta.

—Pues entonces preferiré estar sordo.

El hondureño no insistió. Él había visto a hombres como Prim en las guerras de su país: generales que mataron demasiado, políticos que traicionaron demasiado, campesinos que perdieron demasiado. Todos terminaban igual: en un rincón, con una botella o una pipa, buscando apagar el fuego que llevaban dentro. El fuego no se apaga. Solo se traslada.

Fue en la travesía nocturna, cuando el barco se mecía a once nudos y la luna llena se reflejaba como un ojo acusador en la superficie del mar. Prim, que no podía dormir —no podía porque las dosis le mantenían despierto pero calmado—, salió a cubierta y se apoyó en la barandilla de babor.

Javier, que también velaba —porque desde la historia de Clara no lograba conciliar bien el sueño—, se acercó a él.

—¿No descansa, general?

—No puedo —respondió Prim, sin mirarle—. Cuando cierro los ojos, veo al marinero. No recuerdo su cara, pero sé que existe. Y sé que yo casi le maté.

Javier guardó silencio.

—En mi vida he matado a muchos hombres —prosiguió Prim, con una voz que parecía venir de muy lejos—. En la guerra de África, en los pronunciamientos, en las conspiraciones. Pero siempre fue en combate. Cara a cara. Con arma en mano. Nunca en un arrebato de locura.

—No fue un arrebato —dijo Javier—. Fue la fiebre.

—La fiebre soy yo —insistió Prim—. Yo, Javier. Yo soy la fiebre. Lo he sido siempre. Solo que antes tenía batallas que me la justificaban. Ahora no. Ahora solo tengo este mar inmenso y esta conciencia que me come por dentro.

Javier no supo qué responder. Pero el general no necesitaba respuestas. Necesitaba soltar lo que llevaba dentro.

—Zorrilla me vendió, Serrano me vendió, mis propios ministros me vendieron. Pero el peor traidor he sido yo mismo. Por haberme creído invencible. Por haber pensado que la guerra no dejaba huella. Por haber abandonado a mi hija en México, a mi hijo en los jesuitas, a mi esposa en su soledad. Todo por la patria. Todo por el maldito honor.

Se volvió hacia Javier. Sus ojos, a la luz de la luna, tenían un brillo extraño. No era cólera. No era tristeza. Era algo peor: era la conciencia de la propia ruina.

—El brebaje de Cipriano —dijo— me calma. Pero no me cura. Y se acaba. Y cuando se acabe, volveré a ser el monstruo de la calle del Turco. El que intentó matar a ese muchacho sin motivo. El que le agarró del brazo a su propio hijo. El que...

No pudo seguir. Las palabras se le atragantaron en la garganta, y de sus ojos brotaron unas lágrimas que nadie, nunca, le había visto derramar. Javier le puso una mano en el hombro.

—General —dijo—, no está solo.

—Eso es lo peor —respondió Prim, secándose las lágrimas con el dorso de la mano—. Que no estoy solo. Y arrastro a todos ustedes conmigo.

Se quedaron los dos en silencio, mirando el horizonte negro, sintiendo cómo el barco avanzaba hacia una tierra que ninguno de los dos conocía. El viento trajo consigo un olor a selva húmeda, a tierra firme, a muerte postergada. Honduras estaba cerca. Y Prim, el general invencible, el héroe de Los Castillejos, el hombre que pudo ser rey y no quiso, ya no era más que un adicto tembloroso, aferrado a las drogas que le daban tregua, y a una familia que le miraba con miedo, con lástima.

Porque quien lee —quien lee estas páginas desde la seguridad de su siglo— sabe que la historia no es solo la que escriben los vencedores. La historia es una mezcla de verdades, medias verdades y muchas, muchas mentiras. De visiones y realidades. De intereses de unos pocos, que buscan la complicidad de muchos. De letras apresuradas, reflexionadas o no, que crean estados de opinión. A veces de sumisión. Y a veces de desolación. Es también la que se oculta en los pliegues de la conciencia de un hombre que, como Prim, estaba perdiendo la guerra más importante: la que libraba contra sí mismo.

Al día siguiente, Prim amaneció lúcido, sereno y absolutamente desolado. Se sentó en la litera, miró a Francisca que dormía a su lado —ella que nunca se separaba de él, ni siquiera cuando el peligro era él mismo— y le acarició el pelo sin despertarla. Luego, con movimientos lentos pero firmes, se vistió, salió a cubierta y se quedó mirando el mar. Javier se acercó a él.

—¿Cómo se siente, general?

—Lúcido —respondió Prim, sin volverse—. Que es la peor forma de sentirse.

—¿Por qué?

—Porque cuando uno está lúcido, ve todo lo que ha hecho. Y no encuentra perdón en ninguna parte.

Javier le escuchó sin pronunciar palabra. Prim se volvió y le miró a los ojos.

—Usted, que ha viajado desde el futuro, que sabe cómo termina la historia, dígame algo. ¿Logré alguna vez, en mi tiempo, ser feliz?

Javier tragó saliva. En todos los libros que había leído, el general Juan Prim moría tres días después del atentado. No le daba tiempo a ser feliz, ni a ser infeliz, ni a ser nada. Pero aquello era otra historia. Esta, ahora, era la suya, la que estaban escribiendo con sus pasos y sus decisiones.

—No lo sé, general. Pero si no lo intenta, nunca lo sabrá.

Prim esbozó una sonrisa amarga.

—Eres un buen historiador, Javier. Sabes mentir sin mentir.

—Es mi trabajo.

—Pues sigue trabajando. Que aún no hemos llegado a Honduras, y ya no sé quién soy.

El sol se levantó tiñendo de naranja y rosa el Atlántico. El «Queen of the Antilles» seguía ahora rumbo hacia el sur. Y lo peor, o lo mejor, aún estaban por llegar. A partir de ese instante, nada volvería a ser igual. Ni para Prim, ni para los suyos, ni para Javier. El océano es grande. El pasado, enorme. Y el futuro, una incógnita. Pero hay algo cierto: nadie está a salvo de sí mismo.

## Capítulo 8: La tierra de la sonrisa callada

Llevaban demasiados días en la mar. El vigía gritó desde la cofa:

—¡Tierra a la vista!

Era la madrugada del 12 de febrero de 1871, aunque nadie llevaba la cuenta exacta porque los días en el océano se funden como velas derretidas. El sol aún no había salido, pero el horizonte se teñía de un rosa pálido que fue tornándose naranja, luego amarillo, luego un blanco cegador que a Javier le pareció el más hermoso que había visto en su vida. Prim, apoyado en la barandilla de babor, ya sin fiebre, pero con las manos aún temblorosas por la falta de su dosis matutina, entrecerró los ojos y buscó la silueta de las montañas.

—¿Es Honduras? —preguntó, con una voz que aún conservaba la ronquera de las pesadillas.

—Es Honduras —respondió el capitán Wentworth, que se había acercado a su lado con un catalejo de latón—. Ahí detrás, entre las nubes, se esconden las sierras de Omoa y el valle del Aguán. Dicen los que saben que es tierra de plátanos, de hombres recios y de mujeres decididas y valientes.

—¿Y de masones? —preguntó Francisca, que apareció con Juanito agarrado a su falda.

—También —respondió el capitán, con una sonrisa que no comprometía.

Saturnino, que había subido a cubierta con el zurrón al hombro y un cigarro apagado en los labios, se quedó mirando la costa con una expresión que nadie supo interpretar. No era asombro, ni miedo, ni alegría. Era algo más hondo: el reconocimiento de que había llegado a un lugar que nunca había imaginado, pero que, de algún modo, ya conocía. El barco fue rodeando los cabos. La costa, al principio una línea difusa, se fue concretando en acantilados de piedra volcánica, en lenguas de arena blanca flanqueadas por palmeras, en ríos que desembocaban como heridas abiertas en el vientre verde de la selva. El aire, antes salado y frío, se volvió denso, húmedo, con un olor a tierra mojada, a flores desconocidas, a fruta madura.

—Huele como México —dijo Francisca, y sus ojos negros, que llevaban días apagados, se iluminaron de repente—. Huele a mi casa.

Juanito, que nunca había pisado México porque su madre le había llevado a París siendo un bebé, no entendió del todo la frase, pero sonrió al ver sonreír a su madre. El capitán Wentworth eligió no atracar en Omoa, que era el puerto más grande y más vigilado, sino en un pequeño caletón llamado *Puerto Castilla*, una aldea de pescadores a unos pocos kilómetros al este de Trujillo. Allí no había aduanas, ni gobernadores, ni periódicos. Solo una playa de arena gris, una docena de chozas de palma y un muelle de madera carcomida donde pequeños barcos atracaban para cargar plátanos y cochinilla. El «Queen of the Antilles», incapaz de atracar con seguridad, se mantuvo fondeado frente a la costa. Los habitantes de Puerto Castilla salieron entonces en sus barcas de remos para trasladar a pasajeros y tripulantes.

Eran gente menuda, de piel tostada por el sol y ojos oscuros que miraban con una mezcla de curiosidad y desconfianza. Vestían camisas de mangas amplias y sombreros de paja de ala ancha. Los niños, la mayoría descalzos, se arremolinaron en la orilla, señalando el barco con dedos temblorosos de emoción. Las mujeres, envueltas en rebozos de algodón, observaban desde sus puertas, con manos quietas y labios apretados. Pero todos, sin excepción, tenían una cualidad común: una sonrisa permanente en los labios y una tristeza infinita en los ojos. Javier lo notó enseguida. Aquella sonrisa no era de felicidad, sino de supervivencia. Era la sonrisa de quien ha visto demasiado como para llorar, y ha aprendido a saludar al extranjero con cortesía mientras guarda sus cuchillos afilados por si la visita se tuerce.

Uno de los hombres se adelantó. Tendría unos cincuenta años, la espalda erguida, el rostro surcado de arrugas que parecían mapas de caminos andados. Llevaba un sombrero de palma calado hasta las cejas, y en la mano derecha una vara de madera negra que no usaba para apoyarse sino para señalar.

—Bienvenidos —dijo en español, con un acento cantarín que sonó muy musical—. Aquí no hay autoridades que molesten. Los que vienen en son de paz, se quedan. Los que vienen en son de guerra —sonrió, mostrando unos dientes blancos e intactos—, se van. ¿Ustedes de qué son?

Prim, que aún estaba débil, retrocedió un paso. Francisca respondió por él.

—Somos comerciantes. Venimos de Canarias. Buscamos tierras para cultivar.

El hombre la miró. Sus ojos, negros como el carbón, se posaron en ella con una intensidad que no era impertinente, sino evaluadora.

—Comerciantes, dice. Pues bienvenidos seáis. Yo me llamo Melchor Zúñiga. Soy el alcalde de este puerto, que no es más que una aldea, pero lo que hay es vuestro. Y si necesitáis guía para el interior, mi hijo mayor, Andrés, os lleva.

Señaló a un muchacho de unos veinte años, alto, de hombros anchos, que estaba junto a él. Andrés sonrió con la misma sonrisa de ojos tristes de su padre; pero en él había también un brillo de curiosidad, de ganas de aventura.

—El interior es peligroso —dijo Andrés, con una voz que empezaba a cambiar de adolescente a hombre—. Hay jaguares, hay culebras, y hay hombres peores que las bestias. Pero si vienen conmigo, no les pasará nada.

Javier se estremeció. No era miedo. Era la misma sensación que había tenido al cruzar la frontera del tiempo: la certeza de estar pisando un suelo que no le pertenecía, pero que, de algún modo, le esperaba. Saturnino fue el primero en pisar tierra firme. Bajó la pasarela con una agilidad que no se le suponía, y cuando sus botas tocaron la arena gris de Puerto Castilla, se arrodilló y besó el suelo.

—¡Señor cochero! —exclamó Juanito, riendo—. ¿Qué hace?

—Dar las gracias —respondió Saturnino, levantándose y sacudiéndose la arena de las rodillas—. Por no habernos ahogado, por no habernos matado entre nosotros, por llegar. Ocho hijos, señorito. Ocho hijos esperándome. Y yo aquí, de rodillas, dándoselas al primer suelo firme que encuentro.

Los hondureños que presenciaron la escena se echaron a reír. Era una risa franca, sin malicia, la risa de quienes saben que el mar es un monstruo y que hay que celebrar cada vez que se le escapa una presa. Francisca, ayudada por Javier, bajó la pasarela con la elegancia de quien ha desembarcado en medio de una guerrilla y no se inmuta. Juanito la seguía, con los ojos desorbitados ante la vegetación: palmeras que se mecían con el viento, helechos gigantes, orquídeas de colores imposibles prendidas de los troncos como joyas.

—Mamá —susurró—, esto es un jardín.

—Es la selva, hijo —respondió ella—. La selva es un jardín sin dueño.

Prim fue el último en bajar. Necesitó apoyarse en el brazo de Javier y en el hombro de Saturnino para no caer. La brisa caliente, cargada de olores extraños, le mareó un instante. Cerró los ojos, respiró hondo y, cuando los abrió, los tenía llenos de lágrimas.

—¿Está bien, general? —preguntó Javier, en voz baja.

—No me llames general —respondió Prim—. Aquí soy Antonio. Antonio Prat, el comerciante que huyó de sus deudas y busca tierras para sembrar. Y estoy bien, Javier. Estoy bien porque he llegado a ningún sitio, y ningún sitio, en este momento, es el mejor lugar del mundo.

—Entonces bienvenido a ningún sitio —dijo Melchor Zúñiga, que se había acercado sin hacer ruido—. Que, en Honduras, a veces, ningún sitio es el único lugar donde un hombre puede empezar de nuevo.

Melchor Zúñiga les ofreció alojamiento cerca de su propia casa, una construcción de adobe y tejas de barro situada a unos cien metros del muelle. Tenía tres habitaciones, un corredor con mecedoras de mimbre y un huerto trasero donde crecían tomates, chiles y una mata de plátanos que daba fruto todo el año. No era lujoso, pero estaba limpio. Y el olor a café recién hecho que salía de la cocina era, para los recién llegados, el aroma más hospitalario del mundo. La esposa de Melchor, una mujer menuda llamada Rosa, los recibió con una sonrisa que era todo lo contrario a la tristeza de los ojos de su marido. Rosa sonreía con la boca y con el corazón, sin reservas. Pareciera que llevara años esperando invitados y que, por fin, hubieran llegado.

—Siéntense —dijo, mientras les servía tazas de barro humeantes—. El café es de nuestra tierra. No es bueno para los nervios, pero es bueno para el alma.

Saturnino, que no había probado café desde Cádiz, dio un sorbo y cerró los ojos con deleite.

—Señora —dijo—, esto es mejor que el vino de misa.

Rosa se rió, y su risa era una campanilla de plata.

—Pues beba, que en esta casa nadie se va con sed.

Juanito, mientras tanto, se había escapado al huerto. Allí encontró a una niña de unos diez años, sentada en una piedra, pelando una naranja con una paciencia infinita.

—Hola —dijo él, con su mejor sonrisa.

La niña levantó la vista. Tenía los ojos negros y el pelo suelto, y llevaba un vestido de percal que le llegaba a las rodillas.

—Hola —respondió ella, sin inmutarse—. ¿Vienes del barco?

—Sí.

—¿Y de dónde eres?

Juanito dudó. No podía decir que era el hijo del Presidente del Gobierno Español, pero tampoco quería mentir.

—De Madrid —dijo al fin—. Pero ahora ya no sé de dónde soy.

La niña partió la naranja en dos y le ofreció una mitad.

—Bienvenido a Puerto Castilla —dijo, con la misma sonrisa triste de los adultos—.

Juanito aceptó la naranja, la mordió y sintió que aquella acidez dulce era la bienvenida más sincera que había recibido nunca.

Transcurrieron las horas lentamente. Y Javier, que no podía estarse quieto, salió a explorar los alrededores mientras el sol se ponía. Melchor le había advertido que no se alejara demasiado, que la selva empezaba a unos pocos metros más allá de las últimas chozas y que en la selva, de noche, las reglas las ponían los jaguares. Pero Javier quería ver aquello que sus libros de geografía le habían mostrado en grabados decimonónicos: las montañas cubiertas de niebla, los ríos de aguas turbias y rápidas, los árboles cuyas copas se perdían en el cielo.

Caminó hasta un pequeño promontorio desde donde se veía la bahía. El sol, ya bajo, tiñó el horizonte de una franja púrpura. El mar, verde esmeralda cerca de la costa, se volvía azul oscuro más allá; las olas rompían suavemente en la arena, y una bandada de loros voló sobre su cabeza con un estrépito de colores y chillidos.

—Nunca imaginé algo así —murmuró.

—Ni yo —dijo una voz a su espalda.

Era Andrés, el hijo de Melchor. Se había acercado sin hacer ruido, con la misma parsimonia felina de todos los hondureños.

—Lo que pasa —siguió Andrés, sentándose en una roca junto a él— es que llevamos siglos mirando esto y aún no nos hemos acostumbrado. La naturaleza aquí es excelsa, dicen los curas. Pero yo digo que es demasiado grande para nosotros. Somos pequeños. La selva es grande.

—¿Y no da miedo?

—Miedo da el hombre —respondió Andrés, encogiendo los hombros—. La selva, si la respetas, te respeta. El hombre, no.

Javier le miró. El muchacho tenía veinte años, pero sus ojos parecían los de un anciano. La misma sonrisa triste. El mismo fondo de desconfianza amable.

—Tu padre dijo que podías llevarnos al interior —dijo Javier—. ¿Es cierto?

—Si ustedes pagan, los llevo. Pero les advierto: el camino es duro. Hay que cruzar ríos a nado, dormir en hamacas, aguantar mosquitos que parecen zopilotes. Y luego, cuando lleguen, aún tendrán que estar bien atentos.

—Mi jefe —Javier señaló hacia la casa de adobe, donde se veía la silueta de Prim apoyada en la puerta— mi jefe está enfermo. No puede hacer mucho esfuerzo.

Andrés siguió su mirada.

—Ese hombre ha visto la guerra —dijo, con una seguridad que desconcertó a Javier—. Se le nota en la espalda. Los que mandan tropas se quedan tiesos como una tabla, pero los que las sufren se doblan de un lado. Él se dobla de los dos.

Javier tragó saliva. El muchacho era más perceptivo de lo que aparentaba.

—No preguntamos —dijo Andrés—. Pero vemos. Que no es lo mismo.

Y se fue calle abajo, sin despedirse, con la misma parsimonia con la que había llegado. Aquella noche cenaron todos juntos en el corredor de la casa de Melchor. Rosa había preparado un potaje de frijoles con plátano, queso fresco y una salsa de tomate que picaba lo justo para alegrar la boca. Saturnino, que no había probado la comida hondureña, repitió dos veces.

—Señora —dijo, con la boca llena—, si esto es lo que se come aquí todos los días, ¿por qué no me lo advirtió antes? Así no traía galletas de a bordo.

Rosa no entendió del todo la broma, pero se rió igual. Y su risa era un bálsamo. Prim comió poco. Aún le costaba tragar, aún sentía el estómago revuelto por la fiebre y por las dosis de opio que Cipriano le había suministrado. Pero la hospitalidad de aquella gente humilde, su manera de hacerle sentir que no era un extraño, le removió algo en el pecho.

—Gracias, Melchor —dijo, alzando su taza de café—. No sé cómo devolvérselo.

—No me lo devuelvas —respondió el alcalde, con la mirada fija en algún punto del horizonte—. Ayuda a quien lo necesite cuando puedas. Eso es todo.

Francisca, que había estado callada durante toda la cena, apoyó la cabeza en el hombro de su marido. Prim, con un gesto que no le había visto nadie más que ella, le apartó el pelo de la frente.

—¿Estás cansada, Paca?

—Cansada, no. Aliviada. Llegamos, Juan. Llegamos.

—Llegamos —repitió él—. Y aquí nadie nos conoce.

—Aquí nadie nos conoce —confirmó ella—. Y eso, esposo mío, es la mayor fortuna que hemos tenido en años.

Juanito, sentado en el suelo junto a la niña de la naranja —se llamaba Esperanza, le había dicho ella al oído—, miraba las estrellas con los ojos como platos. No sabía que en los trópicos las estrellas se veían más grandes, más brillantes, más cerca de la tierra.

—¿Crees que desde aquí se ve la Osa Mayor? —preguntó, en voz baja.

La niña se encogió de hombros.

—No sé dónde queda la Osa Mayor. Pero si aprietas los ojos, a veces se ven los lugares que dejaste. No con la vista, sino con el corazón.

Juanito apretó los ojos, pero solo vio puntos negros y destellos de colores. No vio la Osa Mayor. No vio Madrid. No vio el colegio de los jesuitas. No vio el Palacio de Buenavista. En cambio, vio a su padre sonreír.

A la mañana siguiente, Prim se levantó antes que nadie. Salió al corredor, se sentó en una de las mecedoras de mimbre y se quedó mirando cómo el sol salía sobre la bahía. La luz, dorada y líquida, parecía derretirse sobre el agua. Los loros graznaban desde las copas de los árboles. Un niño descalzo pasó corriendo con una caña de pescar al hombro, y le sonrió sin decir palabra. Prim se sintió, por primera vez en muchos meses, en paz. No era una paz completa. El recuerdo del marinero casi arrojado por la borda seguía allí, en algún rincón oscuro de su conciencia. El temblor de las manos, también. También sentía dependencia de las pócimas de Cipriano, que aún no había superado, y que presentía que le acompañaría durante mucho tiempo.

Aquella luz. Aquella brisa. Aquella gente que no preguntaba, que solo sonreía con sus ojos tristes y sus labios amables. Aquello era un regalo. Y él, Juan Prim, el general que pudo ser rey y no quiso, el hombre que había matado y había sido traicionado, el fugitivo que huía de su propia historia, decidió aceptarlo.

Javier apareció por la puerta con una taza de café en cada mano.

—¿Ha dormido bien, general? —preguntó, y luego se corrigió—. Perdón. ¿Ha dormido bien, señor Prat?

—Como un bendito, Javier. Como un bendito.

Tomó la taza, dio un sorbo, y por primera vez en semanas, sonrió sin que la sonrisa le durara solo un instante.

—¿Sabe lo que pienso? —dijo, mirando las montañas que se alzaban detrás del pueblo, verdes, inmensas, cubiertas de niebla y de promesas.

—Dígame, señor.

—Que hemos llegado a un lugar donde nadie nos espera, y será muy difícil que quienes nos quieran buscar den con nosotros.

Javier asintió. No añadió nada. No hizo falta. Porque la tranquilidad es solo un paréntesis. La selva aguarda con sus peligros y sus misterios, y que los ojos tristes de los hondureños, tan amables, tan hospitalarios, también guardan secretos que aún no han sido revelados. Y que los secretos, a veces, gritan angustiosos o callan acobardados. Y que cuando gritan o callan despiertan emociones ocultas, que se hacen visibles y permanentes, para bien, o para mal. Pero eso será en otro capítulo. Por ahora, Prim descansa. Francisca sonríe. Juanito juega con Esperanza en el huerto. Saturnino remienda las correas de su zurrón mientras fuma un cigarro y mira el mar. Y Javier, que sabe demasiado del futuro y muy poco del presente, se permite, por una vez, no pensar en nada. El sol sube. La brisa sopla. La tierra huele a barro y a jazmines. Llegaron.

## Capítulo 9: Los hilos que tejen la distancia

Era la tercera noche en Puerto Castilla. Afuera, el mar lamía la arena con una parsimonia que parecía burlarse de las prisas del mundo. Dentro de la casa de adobe, una vela temblaba sobre la mesa de pino mientras Francisca, la duquesa de Prim, la esposa del hombre que España creía muerto, escribía una carta a su padre con la mano derecha y se secaba las lágrimas con la izquierda.

Juanito dormía en la habitación contigua. Prim había caído en un sueño profundo del que no despertaría hasta la mañana siguiente. Saturnino roncaba en el corredor, con el zurrón bajo la cabeza y un brazo colgando al vacío. Javier, que no podía dormir —porque desde Tenerife sus noches eran un duermevela continuo—, la observaba desde la penumbra del zaguán, sin atreverse a interrumpir.

Francisca mojó la pluma en el tinterillo de metal y comenzó a escribir. Era una carta que llevaba meses —quizá años— queriendo escribir, pero que la política, las guerras, los viajes y el orgullo le habían impedido.

La carta decía:

*Puerto Castilla, costa de Honduras, 13 de febrero de 1871*

*Querido padre:*

*Espero que esta carta te encuentre con salud, y que mi madre, recuerde aún cómo se reía antes de que la política de este maldito mundo le secara la alegría.*

*No sé si esta carta llegará a tus manos. La entrego a un capitán inglés que dice tener contactos en Veracruz, y de allí, con suerte y una mula de buena ley, el correo llegará a la Ciudad de México. Pero tengo que intentarlo. Porque si no lo intento, me comerá la culpa, y ya tengo bastante con las culpas que arrastro de Madrid.*

*Padre: quiero que me traigas a Isabel.*

*No puedo escribirte los motivos en esta carta. Si cayera en manos equivocadas, pondría en peligro a mucha gente. Solo te digo que Juan y yo estamos vivos, que hemos sobrevivido a lo que tú ya sabes (porque los periódicos de México, me figuro, han dado la noticia del intento de*

*asesinato de Juan), y que hemos encontrado un lugar donde nadie nos busca. Es un país pequeño, caliente, lleno de montañas y de gente que no pregunta. No es México, pero huele parecido.*

*Isabel lleva demasiado tiempo sin sus padres. La última vez que la vi, tenía ocho años y lloraba porque su muñeca se había roto. Ahora tiene nueve, o diez, no sé cuánto suman los meses de ausencia. Vive con vosotros en la ciudad de México, en esa casa de la calle de San Francisco que tanto detestaba de niña, y yo no sé si es feliz. Sospecho que no.*

*Quiero que la traigas. Tú mismo, padre, o mi madre, o un criado de confianza. No importa el barco, ni el puerto, ni el precio. Yo pagaré todo lo que haga falta con el dinero que dejé depositado en el banco de Londres. Solo importa que mi hija vuelva a verme antes de que olvide mi cara.*

*El capitán inglés me ha dicho que desde Veracruz hasta Honduras hay vapores que hacen la ruta cada dos meses. Si te es posible, toma uno de ellos. Desembarca en Puerto Castilla, o en Trujillo, o en algún puerto que te indiquen los marinos. Una vez allí, pregunta por Antonio Prat, que es el nombre que usa mi marido aquí. Nadie sabrá quiénes somos, y así estaremos seguros.*

*Padre: sé que te pido mucho. Sé que estás viejo y cansado, que mi madre está enferma, que el negocio de la banca no marcha como antes. Pero Isabel es tu sangre, y yo soy tu hija, y necesito que me ayudes.*

*Te quiero, aunque no te lo haya dicho nunca.*

*Tú hija,*

*Francisca.*

*Posdata: Cuida a mi madre. Dile que no se preocupe, que aquí el clima es bueno y que Juan, a pesar de todo, aún sabe sonreír. A veces.*

Leyó la carta en voz alta, revisando que no faltara nada importante y Francisca dejó la pluma, secó la carta con un poco de arena de la playa —como se hacía en aquellos tiempos para que la tinta no corriera— y la dobló en tres partes. Luego, sin levantar la vista, dijo:

—Ya puedes salir, Javier. Llevas un rato mirándome como un espía.

El historiador salió de las sombras, avergonzado.

—Perdone, señora. No quería...

—No pasa nada —le interrumpió ella, con una sonrisa triste—. En esta casa nadie tiene secretos. Y si los tiene, Saturnino los guarda mejor que cualquiera.

Javier se sentó frente a ella, en la silla de anea.

—¿Cree que su padre aceptará?

Francisca suspiró.

—Mi padre es un banquero. Los banqueros no aceptan nada que no puedan medir. Pero Isabel es su nieta. Y los nietos, a veces, están por encima de las cuentas.

—¿Y su madre?

—Mi madre... —Francisca se detuvo. Sus ojos negros se llenaron de una humedad que Javier no había visto en ella desde la noche del atentado—. Mi madre es una mujer de armas tomar. Cuando se enteró de que su única hija se iba a casar con un general diecinueve años mayor que ella, se negó a venir a la boda. Luego me perdonó, como perdonan las madres. Pero nunca olvidó.

—¿Y ahora?

—Ahora —dijo Francisca, guardándose la carta en el pecho—, ahora solo quiero que mis padres velen por su nieta antes de que la política o la vida se los lleve a todos.

Se levantó, fue hasta la puerta y llamó a Saturnino. El cochero, que no dormía, sino que fingía dormir, abrió un ojo.

—Señora.

—Saturnino, mañana al amanecer, busque al capitán inglés. Dígale que tengo una carta para Veracruz. Que le pagaré lo que pida.

—¿Y si el capitán pregunta quién la envía?

Francisca sonrió, y aquella sonrisa era pura dinamita.

—Dígale que la envía una loca que añora a su hija. Eso no levanta sospechas. Nunca.

Saturnino asintió, se giró hacia la pared y volvió a roncar, aunque no estaba roncando. Estaba pensando en Encarna, en sus ocho hijos, en la carta que Javier le había escrito meses atrás. Y en lo mucho que le hubiera gustado que su mujer estuviera allí, en aquella playa de arena gris, viendo cómo el sol se ponía detrás de las palmeras. Pero Encarna no estaba. Y él, que nunca había pedido nada para sí mismo, se permitió aquella noche un solo deseo: que su mujer estuviera a salvo, que sus hijos crecieran, y que la vida, al final, les devolviera algo de lo que les había quitado.

A la mañana siguiente, Saturnino amaneció con un aspecto que ni el peor de los ahogados.

Estaba pálido, sudoroso, con la barriga hinchada como un globo de feria y los ojos inyectados en sangre. Se levantó de la hamaca con la torpeza de un oso que ha comido demasiada miel, dio dos pasos hacia la puerta y se agarró al marco de caña brava para no caer.

—Señor Saturnino —dijo Esperanza, la niña del huerto, que pasaba por allí con un cesto de tomates—, ¿usted está enfermo?

—No, niña —mintió él, con una voz que parecía salida de una tumba—. Solo estoy... cambiando de estación.

Pero no era la estación. Era el potaje de frijoles. Era el plátano frito. Era el queso fresco. Era la salsa de tomate que picaba lo justo para alegrar la boca, pero que en el estómago de un hombre acostumbrado al pan duro y el vino peleón se convertía en una bomba de relojería. Y es que Saturnino, en aquella cena de bienvenida, había cometido el error de su vida: no contento con pedir dos veces, había pedido tres, y además había aceptado la taza de café, y además se había comido el flan de leche que Rosa preparó como postre, y además, cuando nadie miraba, había engullido media hogaza de pan de plátano que la niña Esperanza había dejado en la encimera.

—Ocho hijos —se lamentaba Juanito la noche anterior, mientras Saturnino se llevaba a la boca la séptima cucharada de potaje—. Mi padre dice que usted come por ocho.

—Y tu padre —respondió Saturnino con la boca llena— tiene razón. Pero también tengo que comer por la Encarna, que es pequeña y no come nada, y por mi suegra, que está vieja y ya no puede, y por...

No terminó la frase. El dolor le atravesó el vientre como un cuchillo oxidado. Ahora, mientras el sol se elevaba sobre la bahía y los loros graznaban en las copas de los árboles, Saturnino sufría las consecuencias de su glotonería. Rosa, la esposa de Melchor, le había preparado una infusión de hierbas machacadas —"son buenas para el empacho", dijo, mientras removía las hojas verdes en una olla de barro—, pero el cochero, que desconfiaba de todo lo que no fuera vino tinto, la rechazó con un gesto de la mano.

—Yo lo que necesito —dijo, con voz de ultratumba— es que alguien me entierre y me saque del hoyo.

—No exagere, Saturnino —le riñó Francisca, que había salido al corredor con la carta en la mano—. Lo que usted necesita es reposar y no volver a mirar un plátano en lo que le queda de vida.

—Señora —gimió Saturnino—, con todos los respetos, si vuelvo a ver un plátano, le juro por la Virgen de la Macarena que se lo doy a las gallinas, o a los gorrinos, o a los loros.

Francisca no pudo reprimir una sonrisa. Ni siquiera Prim, que había salido a escuchar el escándalo, pudo contener la risa.

—Saturnino —dijo el general, apoyándose en el bastón que Javier le había tallado de una rama de guayacán—, nunca pensé que mi cochero acabaría siendo más noticia que su general.

—General —respondió Saturnino, con una mueca de dolor—, permítame que le diga que este estómago me está haciendo más daño que todas las balas de la calle del Turco juntas.

—Pues entonces —terció Javier, que había aparecido con una taza de la infusión en la mano—, tómese esto y cállese. Que estamos en tierra de nadie y no podemos permitirnos que un hombre muera por indigestión.

—¿Y eso qué es? —preguntó Saturnino, con desconfianza, mirando el líquido verdoso que humeaba en la taza.

—Té de jengibre con miel —mintió Javier, porque en realidad era una mezcla de hierbas que Rosa le había dado y que olía a establo—. Me ha dicho Rosa que aquí lo toman los caballos cuando se empachan.

Saturnino lo miró fijamente. Luego, con un gesto de resignación propia de los mártires que saben que su muerte está cerca, se lo bebió de un trago.

—A la salud de la Encarna —murmuró, mientras la infusión le bajaba por la garganta como lava volcánica.

—A la salud de la Encarna —repitieron todos, y se rieron.

El cochero, que no entendía por qué se reían, se fue a la hamaca a sufrir en silencio. Pero aquella noche, después de tres visitas a la letrina que los vecinos escucharon desde sus casas, el vientre se le calmó. Y entonces, en la penumbra del corredor, con el rumor del mar de fondo, Saturnino sonrió por primera vez en días.

—Encarna —susurró, mirando el cielo estrellado de los trópicos—, cuando vuelva, te juro que no como más que una vez al día. Y de postre, solo te como a ti.

Y se quedó dormido pensando en su mujer, que seguía lavando la ropa de ocho hijos y esperando una carta que llegaría semanas después, manchada de salitre y de nostalgia.

A la misma hora, en la calle de San Francisco de la ciudad de México, una niña de nueve años jugaba a la comba en el patio de la casa de sus abuelos.

Se llamaba Isabel Prim y Agüero, pero todos la llamaban Isabelita, o Chabela cuando sus abuelos se permitían la confianza que sus padres no tenían tiempo de darle. Era una niña delgada, de ojos oscuros y el pelo negro recogido en dos trenzas que su abuela Antonia le peinaba cada mañana con esmero. Vestía un traje de percal celeste, con mangas de encaje y un lazo de raso en la cintura.

A su alrededor, los criados iban y venían con cestos de ropa y platos de plata. Nadie miraba a Isabel. Nadie sabía que, desde hacía varios meses, sus pasos eran vigilados por más ojos de los que parecía.

En una habitación del piso superior, el abuelo Francisco de Agüero aguardaba la llegada del correo con una impaciencia mal disimulada.

Francisco de Agüero era un hombre de sesenta y tantos años, de bigote canoso y manos manchadas por la tinta de los libros de contabilidad. Su mujer, Antonia González y Echavarría, primera condesa de Agüero, era una aristócrata de viejo cuño, prima de la emperatriz Eugenia de Montijo, y tenía fama de no morderse la lengua ni en el confesionario. Ambos habían criado a Isabel desde que Prim y Francisca —primero por la política, luego por el exilio, luego por la Revolución— la dejaron al cuidado de sus abuelos maternos.

—No entiendo por qué tardan tanto —le dijo esa mañana a su esposa, mientras desayunaban chocolate con churros en la mesa de caoba—. La última carta llegó hace tres meses. Desde entonces, nada.

—Tendrás paciencia, Francisco —respondió Antonia, que leía el periódico de Madrid con una lupa—. Las noticias no vuelan más deprisa que los barcos.

—El problema —murmuró el banquero, bajando la voz— es que no son solo los barcos. Es lo que publican los periódicos.

Antonia dejó la lupa sobre la mesa.

—¿Dices por lo de Prim?

—Digo por lo de la convalecencia. Las noticias que llegan por los periódicos dicen que está enfermo, convaleciente, que no recibe a nadie. Pero yo conozco a Juan Prim, Antonia. Lo conozco desde que me pidió la mano de nuestra hija. Y sé que ese hombre no se queda en cama, ni aunque le claven un puñal en el pecho.

Antonia suspiró. También ella conocía a Prim. También ella sabía que aquella historia de la infección, los partes médicos y las visitas restringidas olía a engaño.

—¿Qué sugieres? —preguntó.

—Que alguien se ha llevado a mi yerno a rastras. Y que ese alguien no es una bala, sino una jugada de sus enemigos.

—¿Serrano? —preguntó la condesa, con un hilo de voz.

—Quién si no —respondió Francisco—. Serrano siempre ha querido el poder para él solo. Prim era su único estorbo. Si Prim ha muerto, que lo digan. Pero si está vivo, que alguien me lo diga. Porque Isabel —señaló hacia el patio, donde la niña seguía saltando a la comba, ajena a todo— , Isabel tiene derecho a saber qué ha sido de su padre.

Pero mientras los abuelos de Isabel hablaban en voz baja en la sala, dos hombres observaban la casa desde una fonda cercana. Uno era joven, de bigote fino y sombrero de ala ancha. Se hacía llamar Julián de la Fuente, pero su nombre verdadero era otro, y su oficio, también.

Era un agente de la red secreta que el general Serrano había puesto en marcha tras la Revolución Gloriosa. Una red que, en teoría, servía para "proteger" a los altos cargos del gobierno, pero que en la práctica se dedicaba a vigilar a los potenciales enemigos de Serrano. Y lo hacían con mucha eficacia, recorriendo distancias que pueden parecernos inverosímiles, apoyándose en su eficaz red de contactos. Los resortes ocultos del Estado. La historia se repite. Como casi siempre.

El otro era más viejo, de barba entrecana y ojos de cazador furtivo. Se llamaba Emilio Carranza, y había sido policía en La Habana antes de que sus excesos le obligaran a emigrar a México.

Serrano los contrató. Les pagó el viaje a México con la promesa de una pensión vitalicia si localizaban a Prim. Había oído rumores y corredurías. Decían que Prim se había marchado a América. No tenía ninguna evidencia, pero quería indagar, por si acaso había algo de verdad en aquellas especulaciones, que, siempre a cambio de dinero, le llegaron de sus más fieles confidentes.

—La niña no sabe nada —dijo Julián, mientras partía un pan con las manos—. Juega a la comba, come tamales, va a misa los domingos con la abuela. No levanta sospechas.

—No importa que la niña no sepa —respondió Carranza, que no apartaba los ojos de la puerta de la calle—. Lo que importa es que sus padres no tarden en reclamarla. Cuando lo hagan, cuando escriban o envíen a alguien para llevársela, nosotros estaremos ahí.

—¿Y si no se la llevan?

—Se la llevarán. Aunque sea la única nieta. La única niña de sus ojos que ven. Los vínculos de sangre —Carranza se encogió de hombros—, los vínculos de sangre son más fuertes que cualquier cautela. Y su madre pedirá estar con ella. Estoy seguro.

Aquella misma tarde, un criado de la casa de Agüero recogió un paquete de cartas que venía del correo de la ciudad. Entre aquellas cartas, cosida al fondo del saco de arpillera, estaba la carta de Francisca, que el capitán inglés había entregado a un mercader de Veracruz, y el mercader a un arriero, y el arriero a un empleado de correos que no sabía leer y que la clasificó como "correspondencia de mujeres sin importancia".

—Mujeres sin importancia —murmuró el empleado, mientras la depositaba en el saco de los envíos a México—. Será lo que sea.

No sabía que aquella carta, de llegar a su destino, podía cambiar el rumbo de la historia. O, al menos, el de una familia que llevaba demasiado tiempo escondida.

Mientras Saturnino sufría las consecuencias de su glotonería en Honduras, y los espías acechaban a Isabel en México, el Palacio de Buenavista seguía siendo el centro de una polvareda política que nadie sabía cómo sofocar.

La mañana del 30 de diciembre de 1870, el periódico "La Correspondencia de España" había publicado un breve parte médico que, en teoría, tranquilizaba a la opinión pública sobre la salud del Presidente del Consejo de Ministros. Pero el problema era que, tras aquella primera semana de silencio, las versiones se contradecían.

En la Gaceta de Madrid y en los partes médicos oficiales que Topete había ordenado redactar, se leía que Prim se recuperaba lentamente, que las heridas no eran graves, que la infección remitía con los nuevos tratamientos. Pero los periódicos de provincias, que siempre tenían sed de escándalo, empezaron a publicar informaciones contradictorias. Unos decían que el general había muerto en la madrugada del 30. Otros, que le habían trasladado a Lisboa para ser tratado por médicos extranjeros. Otros, directamente, que la convalecencia era una tapadera para ocultar que Prim había perdido la razón tras el atentado y que se encontraba incomunicado en una clínica privada.

Topete, que hasta entonces había logrado mantener la compostura, empezaba a dar muestras de cansancio. El almirante, que era hombre de mar y no de tierra, había aceptado la presidencia interina del gobierno entre el 27 de diciembre y el 4 de enero, no por ambición, sino porque era el único que podía garantizar que el engaño no se descubriera. Pero las acusaciones de los periódicos radicales empezaban a señalarle a él mismo como responsable del supuesto secuestro de Prim.

—Topete ha encerrado al general en su habitación para gobernar él solo —escribió el diario "Igualdad" en su edición del 3 de enero de 1871—. Si el presidente no se deja ver, es porque algo oscuro ocurre tras las cortinas de su alcoba.

—Son calumnias —protestó Topete ante Zorrilla, que esa mañana había acudido a Palacio para exigir explicaciones—. Yo no he secuestrado a nadie. Prim está convaleciente. ¿Es que no les basta con los partes médicos?

—Los partes médicos —respondió Zorrilla, con su barba de profeta y su voz de tribuno—, los partes médicos se los ha tragado la opinión pública. La gente quiere ver a su general. O su cadáver.

—Pues no lo verán —respondió Topete, y su pulso no tembló al decirlo—. No hasta que los médicos lo autoricen.

Zorrilla lo miró con una fijeza que helaba la sangre.

—¿Y si nunca lo autorizaran? —preguntó—. ¿Qué pasaría entonces, almirante?

Topete no respondió. Se limitó a girarse hacia la ventana y a mirar el horizonte, que en Madrid no era un mar de aguas verdes, sino un cielo gris de invierno.

—Pase lo que pase —dijo al fin—, yo soy leal a Prim. No a su puesto, sino a su persona. Y los leales, señor Zorrilla, no traicionan.

Zorrilla salió de la estancia sin despedirse. En el pasillo, se cruzó con un médico que llevaba un parte bajo el brazo. El parte, que nunca llegó a publicarse, decía: "El paciente continúa en estado de reposo absoluto. No se autorizan visitas. Se recomienda el aislamiento por tiempo indefinido". Era falso, por supuesto. Pero Zorrilla, que ya tenía suficientes problemas con la llegada inminente del nuevo rey, no quiso indagar más.

Aquellos rumores, que brotaban como setas venenosas del lodo político del momento, hallaron eco en los mentideros de la Carrera de San Jerónimo. Y de los mentideros, saltaron a los cafés de la calle de Alcalá, donde los parroquianos discutían si Prim vivía o había muerto mientras sorbían su café con leche. El más insistente de los rumores, el que más daño hizo, fue el que relacionaba a Topete con una supuesta carta de Serrano en la que se le pedía que "mantuviera al general bajo control". Alguien filtró aquella suposición a un periodista de "El Mensajero", que la convirtió en noticia de portada con el titular más grande que jamás había usado: "¿Ha secuestrado Serrano a Prim?".

La noticia corrió como la pólvora. En las Cortes, Sagasta pidió explicaciones. Los diputados se alborotaron. En la calle, los madrileños se miraban unos a otros sin saber a quién creer.

Topete, que aquel viernes se presentó en el Congreso para responder a las acusaciones, lo hizo con una serenidad que algunos interpretaron como cinismo y otros como valentía.

—Señores —dijo, desde la tribuna, con la voz ronca pero firme—, el general Prim está convaleciente en su domicilio, bajo la supervisión de los médicos de la Corte. Cualquier insinuación acerca de que haya sido secuestrado o trasladado contra su voluntad es una vil patraña. Y yo, Juan Bautista Topete, respondo con mi honra y mi espada de cuanto afirmo.

La oposición pidió que Prim se dejara ver, aunque fuera un instante, desde un balcón. Topete se negó, alegando razones médicas. La polémica, lejos de calmarse, se intensificó en los días siguientes, hasta que un nuevo acontecimiento eclipsó todas las habladurías.

El 30 de diciembre de 1870 se produjo un hecho que hizo palidecer a muchos lectores de periódicos de provincias. Ese día, el elegido por las Cortes para ocupar el trono de España, Amadeo de Saboya, tenía previsto pisar suelo español en el puerto de Cartagena. Amadeo, que siempre había sido un hombre prudente, tenía previsto llegar a Madrid el mismo día 30. Pero los partes médicos sobre el estado de Prim —primero indicando heridas graves, luego anunciando una lenta mejoría— le hicieron posponer su viaje hasta el 2 de enero de 1871.

Y así, el 2 de enero de 1871, el nuevo rey de España, sin el principal valedor que lo había traído al trono, entró en Madrid entre una multitud que no sabía si aclamarlo o silbarlo. Los balcones se llenaron de banderas. Las calles se engalanaron con colgaduras. Las campanas de San Jerónimo el Real repicaron con alegría contenida. Pero en la carroza real, Amadeo viajaba con el gesto contraído, la mirada perdida. Alguien le faltaba.

—Su Majestad —le susurró un cortesano, mientras el carruaje avanzaba por la calle de Alcalá—, ¿está Su Majestad bien?

Amadeo no respondió. Solo dijo, en voz baja:

—¿Dónde está Prim?

—Convaleciente, Majestad.

—Convaleciente —repitió el rey, y su acento italiano le daba a aquella palabra un aire de incredulidad—. Llevo diez años esperando un trono. Y cuando por fin llego, el único hombre que lo hizo posible no puede recibirme.

Los madrileños aplaudían. Las músicas militares tocaban el himno de la época. Pero Amadeo, el rey sin valedor, el Duque de Aosta, segundo hijo varón del Jefe de la Casa de Saboya, que quería gobernar con decoro, se sintió extrañamente solo. Después de la ceremonia de jura de la Constitución en el Congreso, un globo aerostático, que se situaba entre la Puerta del Sol y la Carrera de San Jerónimo fue testigo de una escena que solo unos pocos vieron. El nuevo monarca, en lugar de dirigirse al Palacio de Oriente para celebrar su llegada con un banquete, pidió a sus escoltas que le llevaran al Palacio de Buenavista.

—Majestad —le advirtió Topete, que estaba a su lado—, el general no puede recibir visitas. Los médicos han sido tajantes.

—Los médicos —respondió Amadeo, con una calma helada— son siervos de la enfermedad. Yo soy el rey. Y el rey, señor almirante, tiene derecho a dar las gracias.

El cortejo real se detuvo ante la fachada del palacio. Amadeo bajó del coche, subió los escalones, y se encontró con la puerta cerrada.

—Abran —ordenó.

Nadie se movió.

—He dicho que abran —repitió, y esta vez su voz temblaba, no de miedo, sino de rabia contenida.

Topete se acercó a él, y con un gesto que solo un almirante podía permitirse, le tomó del brazo y lo apartó unos pasos.

—Majestad —susurró—, si entra ahí y no encuentra al general, ¿qué le dirá a España? ¿Qué les dirá a los periódicos, a los diputados, a la gente que lo aclama?

Amadeo lo miró. Sus ojos azules, que en los retratos parecían dulces, tenían ahora la dureza del acero.

—Les diré la verdad —respondió—. Aunque la verdad duela.

Pero no entró. Se quedó un instante más, con la mano apoyada en el pomo de latón, y luego dio media vuelta.

—Que sepa el general Prim —dijo, sin mirar a nadie— que vine a verlo. Que he cumplido. Y que si no está aquí, no es culpa mía.

Subió al coche. Los caballos arrancaron. La comitiva se perdió hacia la calle de Bailén. Topete, que se había quedado en el umbral, sintió que las piernas le flaqueaban. Llamó a un criado.

—Que preparen un parte médico —ordenó—. Que diga que el general sigue en reposo, que no puede recibir visitas, que las oraciones del Rey le han confortado.

El criado asintió y se fue. Topete se quedó solo en el zaguán, mirando la puerta cerrada, escuchando cómo las campanas de San Jerónimo seguían repicando por un rey que acababa de llegar y un general que no estaba.

Aquella noche, en el Palacio de Oriente, Amadeo de Saboya no durmió.

Se sentó en el balcón de su alcoba, envuelto en una bata de seda azul que le había regalado su madre, y se quedó mirando cómo las farolas de gas de la Plaza de Oriente parpadeaban en la niebla.

Su secretario personal, el conde de Agliè, intentó convencerle para que se acostara.

—Majestad, mañana tiene una agenda apretada. Los embajadores, las Cortes, la recepción al cuerpo diplomático...

—Déjeme, conde —respondió Amadeo, sin volverse—. Necesito pensar.

—¿En qué, si puede saberse?

El rey se quedó en silencio durante un rato. Luego, con una voz que parecía la de un hombre mucho mayor que sus treinta años, respondió:

—En Prim. En lo que hemos hecho. En lo que no hicimos.

—El general está convaleciente —repitió el conde. Y aquella frase se convirtió en un mantra que se repitió muchas, muchas veces.

—Convaleciente —escupió Amadeo, levantándose de la silla—. ¡Esa palabra me tiene harto!

—Majestad...

—Sé lo que me va a decir. Que debo ser prudente. Que debo esperar. Que los españoles son así, que la política vuela, que las heridas curan. Pero yo no soy español, conde. Soy un italiano de Turín, criado en el norte, donde la gente dice lo que piensa y no se esconde tras cortinas.

Agliè no supo qué responder. Amadeo volvió a sentarse. Miró las estrellas. Las mismas estrellas que, quizá, podrían ver, en otro momento, Francisca y Juanito desde la playa de Puerto Castilla.

—Prim lo arriesgó todo por mí —dijo al fin—. Su prestigio, su carrera, su vida. Y yo he venido a reinar sobre un país que ya no tiene a su principal sostén. ¿Qué clase de rey soy, conde?

—Un rey legítimo, Majestad. Elegido por las Cortes. Jurado por la Constitución.

—Un rey huérfano —corrigió Amadeo—. Eso soy. Un rey que no tiene tiempo de conocer al único amigo que puede encontrar en este país.

El conde de Agliè calló. También él había oído los rumores sobre el traslado de Prim, sobre los partes médicos falsos, sobre la sombra de Serrano planeando sobre el trono recién estrenado.

—¿Cree usted que Prim sigue vivo? —preguntó el rey.

—No lo sé, Majestad.

—Yo tampoco. Pero si lo está —Amadeo se levantó y se acercó a la ventana, apoyando la frente en el cristal frío—, espero que sepa que aquí, en Madrid, hay alguien que piensa en él. Alguien que le debe la corona. Alguien que jamás le dará la espalda.

—¿Y si no volviera a verlo?

El rey esbozó una sonrisa que en otro contexto habría sido hermosa, pero que en la penumbra de aquella alcoba parecía una mueca de dolor.

—Entonces —respondió Amadeo—, habré reinado sobre un cadáver. Y los cadáveres, conde, pesan más que las coronas.

Esa madrugada, el nuevo rey de España no se acostó. Permaneció en vela, escribiendo a la luz de una lámpara de gas, una carta que nunca llegaría a Prim, pero que el almirante Topete se encargaría de archivar en algún legajo olvidado del Palacio de Buenavista.

La carta decía:

*Querido general:*

*Llegué, y usted no estaba. Sé que no es culpa suya. Sé que la enfermedad le tiene postrado. Pero yo, que he dejado mi país, mi familia, mis afectos, para sentarme en este trono incómodo, necesito creer que algún día me recibirá con aquella sonrisa que me anunció las glorias de España.*

*Si no es así, si no volvemos a vernos, quiero que sepa que no le olvido. Que cada decreto que firme, cada ley que promulgue, cada discurso que dé, llevará un pedazo de su memoria.*

*Su amigo,*

*Amadeo.*

El capitán inglés había recogido la carta de Francisca junto con los zurrones de correo que Melchor Zúñiga había preparado para Veracruz. Saturnino, que no había dormido bien por los dolores de vientre, pero que al fin empezaba a recuperarse, le ayudó a cargar los fardos en el bote.

—Cuide esa carta, capitán —le dijo—. Va para México. Y lo que lleva dentro es más valioso que el oro.

El capitán inglés, que no entendía bien el castellano de Saturnino, le respondió con un gruñido.

—Todo el correo es valioso para quien lo espera.

—Este —respondió Saturnino, dándole una palmada en el hombro—, más que ninguno.

Francisca, que estaba en la playa con Juanito cogido de la mano, vio cómo el barco se perdía entre la bruma.

—Mamá —preguntó el muchacho—, ¿vendrá mi hermana?

—Vendrá —respondió ella, con la certeza de quien no sabe si miente o dice la verdad—. Vendrá. Solo tenemos que esperar.

—¿Y si no viene?

Francisca apretó la mano de su hijo.

—Entonces iremos nosotros a buscarla. No hemos vivido tantas peripecias para rendirnos ahora.

El sol se puso sobre la bahía. Los loros volvieron a graznar.

Mientras tanto, en algún lugar de México, una niña juega en el patio de sus abuelos mientras unos espías la vigilan sin que ella lo sepa. En Madrid, un rey escribe cartas que nadie leerá, y un almirante miente a la prensa con la firmeza de quien sabe que está salvando la vida de su amigo. Y, en Honduras, una mujer espera el regreso de su hija con la misma fe con la que los náufragos esperan un barco en el horizonte.

Todo está en equilibrio. Todo está por decidirse.

La siguiente carta, la respuesta de México, tardará en llegar. Y cuando llegue, nada volverá a ser igual.

Pero esa historia es para otro capítulo.

## Capítulo 10: Los días que parecían eternos

Pasaron las semanas. Luego los meses. El calendario, que en Madrid se medía por sesiones parlamentarias y partes de guerra, en la costa hondureña se medía por las crecidas del lago, por la floración de los plátanos, por el paso de los barcos que traían noticias de un mundo que, para los fugitivos, se iba volviendo cada vez más lejano.

Melchor Zúñiga les había cedido una pequeña propiedad muy cerca del pueblo, tierra adentro, donde la selva se abría en un claro y el aire olía a tierra mojada y a flores de naranjo. Era una finca modesta, con una casa principal de adobe y tejas, un corral para animales y un pozo de agua dulce que nunca se secaba. No era el Palacio de Buenavista, pero a Prim —que había dormido en literas de barco y hamacas de campaña— le pareció el Hotel Ritz.

—Aquí podemos plantar café —dijo Javier, que ya se había documentado sobre los cultivos de la zona—. Los ingleses pagan bien por el grano de altura.

—Aquí podemos plantar lo que nos dé la gana —respondió Prim, que nunca había sembrado ni una lechuga, pero que empezaba a encontrar placer en las tareas sencillas—. Por ahora, lo único que quiero es que el techo no gotee y que los mosquitos no se nos coman vivos.

Saturnino, que había pasado ya los días de su convalecencia ayudando a Melchor a reparar los cercados, se encargó de la cuadra. No había caballos finos en aquella aldea, pero sí mulas resistentes, burros de carga y algún que otro caballo criollo, de pelaje duro y mirada desconfiada. El cochero, que había manejado los mejores ejemplares de las caballerizas de Madrid, descubrió que aquellos animales rústicos tenían algo que los de la corte no: una lealtad a prueba de tormentas.

—Son como la Encarna —le dijo una tarde a Javier, mientras cepillaba la crin de una yegua tordilla—. Feos, pero fieles.

Javier, que se sentía cada vez más integrado en aquella pequeña comunidad, se permitió reír. El muchacho, que al principio se resistía a dejar el libro de latín, descubrió muy pronto que en Honduras la vida se aprendía fuera de las páginas. Su primer amigo fue un niño de su edad llamado Tomás, hijo de un pescador del pueblo. Tomás tenía la piel curtida por el sol, los pies siempre descalzos y una habilidad innata para trepar a los árboles más altos de la selva. Juanito, que en Madrid apenas había subido a un tiovivo, aprendió con él a distinguir los mangos maduros de los verdes, a pescar mojarras en el lago con una caña de bambú y a silbar imitando a los loros.

—En Madrid —le confesó una tarde, mientras pelaban un mango con los dedos—, mi padre era general.

—¿Y qué es un general? —preguntó Tomás, con la seriedad de quien nunca ha visto más autoridad que la de su padre, el pescador.

Juanito dudó. No podía explicarle que un general era un hombre que mandaba a otros hombres para que mataran a otros hombres. Así que improvisó:

—Es como un capitán de barco, pero en tierra.

—¡Ah! —respondió Tomás —. Pues mi padre dice que los capitanes de barco no saben pescar. Que solo saben dar órdenes.

Juanito sonrió. Nunca se lo había planteado, pero quizá su padre, con sus condecoraciones y sus batallas, tampoco hubiera sabido pescar. Las amigas no tardaron en llegar. La primera fue Esperanza, la niña del huerto, que seguía pelando naranjas con aquella paciencia infinita y seguía sonriendo con aquellos ojos tristes que parecían guardar todos los secretos de la costa. Ella le enseñó a Juanito a tejer hamacas con fibras de cabuya, a reconocer las plantas medicinales que Rosa usaba en sus infusiones y a no meter las manos en los hormigueros, que las hormigas de allí picaban como avispas.

—¿Por qué te llamas Esperanza? —le preguntó un día.

—Porque mi madre se quedó embarazada de mí cuando ya no esperaba tener más hijos —respondió ella, sin inmutarse—. Y dijo que yo era la esperanza de sus últimos años.

—¿Y lo eres?

La niña se encogió de hombros.

—No sé. Todavía no he hecho nada importante. Pero ella dice que sí.

Juanito, que nunca había conocido a sus abuelos paternos —murieron antes de que él naciera— y apenas veía a los maternos, sintió una punzada de envidia.

—Tienes suerte —dijo—. Yo no tengo a nadie que me espere.

Ella le miró con aquellos ojos oscuros que parecían leerle el pensamiento.

—Nos tienes a nosotros —respondió—. Aquí todos te esperan.

Juanito no supo qué responder. Se limitó a sonreír, y aquella sonrisa fue la primera que le salió del corazón en mucho tiempo. Francisca, sin embargo, no podía sonreír del todo. La carta a su padre estaba en camino, pero los barcos tardaban semanas, y las respuestas, si es que llegaban, tardarían aún más. Se levantaba cada mañana antes de que saliera el sol. Preparaba el café, amasaba las tortillas de maíz que Rosa le había enseñado a hacer y luego se sentaba en el corredor a tejer. Tejía chales, mantas, bufandas. El movimiento de las agujas parecía detener el paso del tiempo. Cuando alguien le preguntaba para quién eran aquellas prendas, ella respondía:

—Para esperar. Para no tener las manos vacías.

Prim, que la observaba desde la mecedora, sabía que no tejía para él. Tejía para Isabel. Tejía para la hija que no veía desde hacía años y cuya cara empezaba a difuminarse en su memoria.

—Paca —le dijo una tarde, acercándose a ella—, ¿crees que vendrá?

—Tiene que venir —respondió ella, sin levantar la vista—. Es mi hija.

—Y es mi hija también —dijo Prim, y su voz se quebró al pronunciar aquellas palabras—. Aunque apenas la conozca.

Francisca dejó las agujas. Lo miró. Por un instante, en sus ojos negros no hubo reproche, solo una tristeza antigua.

—Ya lo sé, Juan. Ya lo sé.

Se quedaron en silencio, escuchando el canto de los pájaros, mientras el sol se ponía tras las montañas y la brisa traía consigo el olor a mar y a jazmín.

—Cuando llegue —dijo Prim al fin—, quiero que sepa quién soy. No el general ni el presidente, sino su padre.

—Eso, esposo mío —respondió ella, retomando las agujas—, solo el tiempo lo dirá.

Y siguió tejiendo, porque tejer era lo único que podía hacer mientras esperaba. Saturnino, mientras tanto, se había convertido en un personaje habitual del muelle. Los pescadores locales, que al principio le miraban con desconfianza —"un cochero que no sabe ni echar las redes", decían—, acabaron por aceptarlo como a uno más. No porque aprendiera a pescar, que no aprendió, sino porque nunca regateaba el precio del pescado y siempre ofrecía un cigarro a quien se sentara a su lado. Su amigo favorito era un anciano llamado Manolo, que había navegado por todos los mares del Caribe antes de jubilarse en Puerto Castilla. Tenía la piel arrugada como pasa, los brazos tatuados con anclas y sirenas, y una memoria prodigiosa para las historias de naufragios y tesoros.

—¿Tú has visto ballenas? —le preguntó Saturnino una tarde, mientras reparaban juntos una red rota.

—He visto ballenas, tiburones, calamares gigantes y hasta sirenas —respondió Manolo, guiñando un ojo—. Pero las sirenas, hijo, las sirenas solo las vemos los borrachos.

Saturnino se rió. Nunca había tenido amigos fuera del servicio doméstico, y aquellos pescadores, con sus manos callosas y sus risas francas, le recordaban a sus primos de Villaluenga.

—¿Y tú por qué no te hiciste marinero? —le preguntó Manolo.

—Porque en mi pueblo no hay mar —respondió Saturnino—. Solo trigo y polvo.

—Pues ya has llegado. Ahora tienes mar y también tendrás polvo. Los dos juntos, hijo, son la vida.

Saturnino asintió, y mientras remendaba la red con dedos torpes, pensó en Encarna, en sus hijos, en la carta que Javier le había escrito meses atrás. Le hubiera gustado contarles aquello, explicarles que el mar era más grande y más bonito de lo que nunca imaginó, pero las palabras, cuando las necesitaba, siempre se le escapaban. Así que se limitó a fumar en silencio, mirando

el horizonte, mientras los pescadores cantaban canciones de vela y los niños correteaban descalzos por la orilla.

—Encarna —murmuró, para sí mismo—, cuando vuelva, te traeré una concha. La más bonita que encuentre.

Y siguió remendando la red, porque eso era lo que hacía: remendar vidas ajenas mientras la suya esperaba turno. Javier, que había pasado toda su vida encerrado en bibliotecas y archivos, descubrió en Honduras una fascinación que no sabía que llevaba dentro: la naturaleza. Se levantaba antes del alba para caminar por la selva, acompañado de un machete y un cuaderno donde anotaba todo lo que veía. Los árboles gigantes, cubiertos de lianas y orquídeas, le parecían catedrales vivas. Los ríos de aguas turbias, cuyas corrientes se oían desde lejos, le recordaban que el planeta respiraba a un ritmo mucho más lento que el de los humanos.

—¿No tienes miedo? —le preguntó Prim una mañana, al verle regresar con las botas embarradas y el sombrero lleno de hojas.

—Miedo, no —respondió Javier, mientras se quitaba una sanguijuela del tobillo—. Respeto. Esto no es Europa. Aquí la naturaleza no está domesticada.

Prim le miró con una expresión que Javier no supo interpretar.

—¿Y eso te gusta? —preguntó.

—Me hace sentir pequeño —respondió Javier—. Y a veces, sentirse pequeño es el mejor modo de dejar de pensar en uno mismo.

Prim asintió, aunque no estaba seguro de entender del todo aquella filosofía de andar por casa. Una tarde, mientras exploraba las orillas de la Laguna de Guaimoreto, Javier se encontró con un espectáculo que le dejó sin aliento. Una bandada de guacamayas rojas volaba sobre las copas de los árboles, con sus colores encendidos como llamaradas contra el verde oscuro. Detrás de ellas, el sol se ponía y tiñendo el cielo de naranja y violeta. Se sentó en una roca, sacó su cuaderno y escribió:

*"14 de marzo de 1871. Hace meses que no sé en qué día de la semana vivo. He perdido la cuenta del tiempo, igual que he perdido la cuenta de mis propias certezas. Antes creía que la historia se estudiaba en los libros. Ahora sé que la historia se vive, y que a veces, vivirla consiste simplemente en mirar."*

Cerró el cuaderno y se quedó allí, mirando, hasta que la noche se lo tragó.

Prim, por su parte, parecía haberse recuperado de la fiebre. Caminaba sin bastón, comía con apetito y había recuperado algo del peso perdido. Incluso se atrevió a montar a caballo —una mansa yegua que Saturnino le había preparado— y a recorrer los senderos de la finca, saludando a los vecinos con una amabilidad que nadie le conocía en Madrid.

—Estás cambiado —le dijo Francisca una noche, mientras cenaban en el corredor.

—Estoy viejo —respondió él—. Los viejos cambian.

—No es la edad. Es Honduras.

Prim se quedó callado. Quizá tenía razón. Quizá aquella tierra sin periódicos, sin Cortes, sin enemigos acechando tras cada puerta, estaba haciendo algo en su interior. Algo que no sabía nombrar, pero que agradecía. Pero las noches, las noches eran otra cosa.

Cuando la oscuridad envolvía la casa y los ruidos de la selva se volvían amenazadores, Prim sentía cómo los fantasmas regresaban. No eran visiones completas, sino manchas, sombras, murmullos que se colaban por las rendijas de la conciencia. A veces se despertaba sobresaltado, con el corazón en un puño. Otras, simplemente se quedaba mirando el techo de caña brava, esperando que llegara el amanecer.

Seguía tomando sus infusiones de hierbas tranquilizantes recogidas en la selva cercana, aunque con dosis cada vez menores. Eran útiles, pero le producían una fuerte dependencia. No podía dejar de tomarlas cada día. A veces, incluso dos veces al día. Francisca y Javier temían que las consecuencias fueran irremediables y terribles, pero Prim necesitaba aquel alivio, aquella calma química que le permitía dormir sin pesadillas. Aquella noche, la calma, sin embargo, se rompió.

Ocurrió en la madrugada del 17 de marzo. La luna estaba llena, y su luz se filtraba por las rendijas de la ventana de caña, dibujando sombras que parecían figuras. Prim había tomado su dosis, se había acostado junto a Francisca y había cerrado los ojos con la esperanza de un sueño reparador. Pero el sueño no fue reparador.

Primero, apareció su madre. No era la mujer mayor que recordaba de su juventud, sino una figura etérea, envuelta en velos negros, que caminaba hacia él con paso lento. Llevaba en las manos un espejo roto, y en cada fragmento se reflejaba una etapa de su vida.

—Mira —decía la madre, con una voz que no era la suya, sino la de todos los fantasmas—. Mira lo que has hecho. Mira lo que has dejado atrás.

Prim veía sus propias manos ensangrentadas. Las manos del general que había ordenado fusilar soldados insurrectos. Las manos del político que había firmado decretos que condenaban a miles al hambre. Las manos del padre ausente, que no había visto crecer a su hija.

—No fui yo —intentó decir, pero las palabras no salían.

Luego, la sombra de Isabel. La niña, tal como la recordaba de la última vez que la vio, con sus ocho años y su muñeca rota, estaba sentada en una silla de mimbre, mirándole fijamente.

—Papá —decía—, ¿por qué no vienes a buscarme?

Prim quería correr hacia ella, abrazarla, explicarle que la culpa era de Serrano, de Zorrilla, de la política, de la guerra. Pero sus pies estaban clavados al suelo, y la distancia entre ellos crecía, crecía, hasta que Isabel se convirtió en un puntito perdido en la niebla.

Después, los traidores. Zorrilla, con su barba de profeta, le sonreía desde una mesa larga, mientras firmaba documentos que Prim no alcanzaba a leer. Serrano, vestido de uniforme de capitán general, le daba la espalda, y cuando se volvía, su rostro era una calavera.

—No era personal —decía Serrano, con la voz metálica de los muertos—. Solo era poder.

Prim quería gritar, pero su garganta estaba atrapada por un lazo invisible. El mismo lazo que, presuntamente, según algunos forenses del futuro, le habría matado en su lecho de muerte.

Más tarde, las guerras. La batalla de Los Castillejos, con el humo de la pólvora cegándole y los gritos de los heridos resonando en sus oídos. Veía cadáveres amontonados, veía a sus propios soldados caer, veía a los enemigos correr despavoridos. Y él, en medio de aquel infierno, con la espada alzada, sintiendo que la victoria era un páramo vacío.

—¿Para qué sirve ganar? —preguntaba una voz interior—. ¿Para qué sirve si al final te quedas solo?

Y, por último, Topete. Su amigo, su aliado, el único que no le había traicionado, aparentemente. Lo veía en la distancia, en lo alto de un barco que se alejaba, agitando la mano en señal de despedida.

—¡No te vayas! —gritaba Prim—. ¡No me dejes solo!

Pero el barco se perdía en el horizonte, y Prim se quedaba en la orilla, con los pies hundidos en la arena, sin saber nadar. La pesadilla se intensificó. Los rostros se multiplicaron. Las voces se hicieron un solo alarido. Prim sintió cómo el suelo se abría bajo sus pies y caía, caía en un pozo sin fondo, mientras las manos de los muertos le arañaban la espalda y las risas de los vivos le taladraban los oídos.

—¡Basta! —logró gritar, esta vez sí—. ¡Basta ya!

Despertó con un alarido. Francisca, que dormía a su lado, encendió la vela. Lo vio sentado en la cama, con el torso desnudo cubierto de sudor, los ojos desorbitados y las manos temblorosas.

—Juan —dijo ella, tomándole las manos—. Juan, soy yo. Estás aquí. Estás a salvo.

Prim la miró sin verla. Sus labios se movieron, pero no emitieron sonido.

—Paca —susurró al fin—. Paca, estoy perdido.

—No estás perdido —respondió ella, abrazándole—. Estás conmigo.

—Las pesadillas no se van. Vuelven siempre.

—Pues las enfrentamos juntos. Como todo.

Prim se quedó callado, respirando hondo, mientras Francisca le acariciaba la espalda y la vela temblaba en la mesilla. Afuera, la selva seguía cantando con sus ruidos de grillos y ranas. La luna

seguía brillando. El tiempo seguía pasando. Pero para Prim, aquella noche, el tiempo se había detenido en el pozo donde caían todos sus fantasmas.

—¿Todavía tomas la infusión de Cipriano? —preguntó Francisca.

—La necesito —respondió él—. Sin ella, no duermo.

—Con ella tampoco duermes, Juan. Solo te olvidas de que estás despierto.

Prim no respondió. Se limitó a apoyar la cabeza en el hombro de su esposa y a cerrar los ojos, aunque sabía que no volvería a dormir en lo que quedaba de noche.

—Mañana —dijo al fin—. Mañana hablamos.

—Mañana —repitió ella—. Pero ahora descansa.

No descansó, pero se quedó quieto. Y esa quietud, para un hombre que llevaba años huyendo de sí mismo, fue tal vez la única victoria que logró aquella noche. Al amanecer, cuando el sol se coló por las rendijas de la ventana y los loros empezaron a graznar, Prim seguía allí, con los ojos abiertos, mirando el techo de caña brava.

—Hoy toca plantar café —dijo, y se puso a la tarea.

Francisca le miró, y supo que aquel hombre, tan fuerte y tan frágil, nunca volvería a ser el mismo que salió de Madrid. Pero también supo que, por mucho que duraran las pesadillas, mientras ella estuviera a su lado, él no caería del todo. Y aquello, pensó, era ya una forma de esperanza.

# Capítulo 11: El tiempo de las tormentas

Nadie supo decir de dónde vino. Quizá de las aguas estancadas que se formaban tras las lluvias, quizá de algún mosquito viajero que había picado antes a un marinero enfermo en el puerto de Trujillo. Lo cierto es que una mañana, Francisca amaneció con la sensación muy dolorosa de tener todos los huesos rotos. Se incorporó en la hamaca y no pudo. Un dolor agudo le atravesó la espalda, las rodillas, los nudillos de los dedos. Tocó su frente y sintió el ardor de una fiebre que parecía querer devorarla desde dentro.

—Juan —llamó, con una voz que no era la suya—. Juan, me pasa algo.

Prim acudió desde el corral, donde estaba revisando las plantas de café con Saturnino. La vio pálida, sudorosa, con los ojos hundidos, y supo que aquello no era un simple resfriado. Rosa, la esposa de Melchor, fue la primera en dar un nombre a aquel mal.

—Es el dengue —dijo, mientras aplicaba paños de agua fría sobre la frente de Francisca—. O la fiebre rompe huesos, como la llaman los viejos. Viene con el zumbido de los mosquitos, y se va cuando quiere.

—¿Es grave? —preguntó Javier, que había acudido al oír los lamentos.

—A veces sí. A veces no. Depende de la persona. Pero la señora —Rosa observó el cuerpo menudo de Francisca, sus facciones afiladas—, la señora es fuerte. Resistirá.

Lo que Rosa no dijo, porque no quería alarmar, es que en aquella costa el dengue había matado a más de uno. Los viajeros europeos, especialmente, eran vulnerables, sus cuerpos sin defensas ante las enfermedades del trópico. Y Francisca, aunque nacida en Veracruz, llevaba años viviendo con el frío de Madrid, donde los mosquitos son solo una molestia de verano. Los primeros días fueron los peores. La fiebre alcanzó los cuarenta grados y no cedía ni con los paños ni con las infusiones de corteza de quina que Rosa preparaba con mano experta. Los dolores articulares se extendieron como un incendio: primero las rodillas, luego las muñecas, luego la columna. Alguien o algo estaba retorciendo sus huesos desde dentro.

Prim no se separó de ella ni un instante. Se sentaba en una silla de anea junto a su hamaca, la tomaba de la mano y le hablaba en voz baja, de cosas sin importancia: del tiempo, de las gallinas que habían puesto huevos esa mañana, del libro de latín que Juanito seguía hojeando sin entender del todo.

—No te vayas —le susurró una noche, cuando la fiebre la hizo delirar—. Paca, no te vayas.

Francisca, sumida en un sueño de pesadillas, apretó su mano con una fuerza que no parecía propia de una mujer enferma.

—No voy a ninguna parte —respondió, sin abrir los ojos—. Tengo una hija que esperar.

Prim apoyó la frente en su regazo, y allí se quedó, mientras los grillos cantaban fuera, y el corazón de Francisca latía con una regularidad que era, ella supo, la única certeza en medio del caos.

Javier llevaba semanas sintiéndose extraño. Era una mezcla de aburrimiento, deseo y una cierta desesperación por sentirse vivo en un lugar donde la vida transcurría a otro ritmo. Pasaba las mañanas ayudando en el campo, las tardes leyendo los pocos libros que habían traído en el equipaje y las noches mirando las estrellas, preguntándose si Clara seguía pensando en él.

Clara. Aquel nombre ya sonaba distante en su memoria, como un eco que se apaga. Cada vez recordaba menos sus gestos, su perfume de almendras amargas. Todavía guardaba la carta en el bolsillo interior de su chaqueta de 2024, pero hacía semanas que no la releía. Quizá era el principio del olvido, o quizá solo un paréntesis.

El encuentro ocurrió a orillas de la laguna. Javier había ido a buscar agua fresca para los animales, cargando dos cántaros de barro, y allí la vio. Estaba arrodillada en la arena de la orilla, lavando ropa en las aguas cristalinas. Era una mujer joven, o eso parecía, aunque su piel tostada por el sol le daba un aire de eternidad. Morena y menuda, con el pelo negro recogido en un moño bajo y los brazos desnudos hasta el codo, movía las telas con una destreza que hipnotizaba.

—Buenas tardes —dijo Javier, por decir algo.

Ella levantó la vista. Sus ojos, de un marrón tan oscuro que parecían negros, lo recorrieron de arriba abajo con una lentitud que a Javier le pareció una eternidad. Luego, sin decir palabra, volvió a su tarea.

Él se quedó allí, con los cántaros en la mano, sintiéndose un idiota. No sabía si irse o quedarse. No sabía si aquella mujer estaba casada, si tenía hijos, si siquiera hablaba español. Se limitó a observarla en silencio, mientras ella frotaba las telas contra una piedra plana.

—¿No tienes nada mejor que hacer? —preguntó ella, de repente, sin levantar la vista.

—No —respondió él, honesto—. Aquí, la verdad, no.

Ella sonrió. No era una sonrisa amplia, solo un esbozo, pero iluminó su rostro de una manera que a Javier se le quedó grabada.

—Eres raro —dijo—. Los hombres de aquí se acercan, miran, pero no se quedan.

—Los hombres de aquí, quizá, pero yo no soy de aquí.

—Ya lo sé —respondió ella, mientras retorcía una camisa mojada—. Se te nota en la forma de hablar. Y en las gafas.

Javier se llevó la mano a la nariz, instintivamente. Las gafas de pasta negra, el único objeto de su siglo que había sobrevivido al viaje en el tiempo.

—¿Te gustan? —preguntó.

—Son horribles —dijo ella, y esta vez su sonrisa fue completa—. Pero en ti no quedan mal.

Javier se rió. Se sentó en la arena, a prudente distancia, y dejó los cántaros a su lado.

—Me llamo Javier.

—Ya lo sé. Todo el mundo por aquí sabe cómo os llamáis. Sois los únicos extranjeros en leguas a la redonda.

—¿Y tú?

—Lucía —respondió ella—. Lucía Márquez.

—¿Parentesco con Cipriano?

—Mi tío. El curandero cuando está entre nosotros. Y el marinero que habitualmente va y viene entre Honduras y España. Una casualidad y una fortuna que pudieran encontrarle en el barco que les trajo.

Javier asintió. El mundo, pensó, era más pequeño de lo que parecía. Lucía terminó de lavar la ropa, la escurrió con manos fuertes y la metió en un cesto de mimbre.

—¿Me ayudas a llevarlo? —preguntó, señalando los dos cántaros—. Ya que estás aquí, de brazos cruzados.

Javier obedeció. Cargó los cántaros y la siguió, calle arriba, mientras el sol se ponía tras las montañas y los loros graznaban en las copas de los árboles. Aquella noche, en la cena, Prim le preguntó:

—¿Qué te ha pasado? Llegas tarde.

—Nada —mintió Javier—. Paseando.

Saturnino, que sabía de estas cosas porque en su pueblo los hombres también paseaban, arqueó una ceja, pero no dijo nada. Juanito, que lo había visto desde la ventana, sí dijo:

—Ibas con una mujer.

Javier enrojeció.

—No es lo que piensas.

—Yo no pienso nada —respondió el muchacho, y se fue a jugar con Esperanza.

Los días siguientes, Javier volvió al lago una y otra vez. A veces Lucía estaba lavando ropa. Otras, simplemente sentada en la orilla, mirando pasar el agua con una paciencia que él no entendía. Hablaban de cosas sencillas: del tiempo, de la pesca, de las hierbas medicinales que Cipriano usaba para curar a los enfermos. Javier descubrió que Lucía, aunque no sabía leer, conocía los nombres de todas las plantas de la selva, y que podía caminar descalza por el rastro sin hacerse daño.

—¿Nunca has querido salir de aquí? —le preguntó una tarde.

—¿Para qué? —respondió ella—. Aquí tengo a mi familia. Aquí está mi Laguna de Guaimoreto. Aquí está todo.

—El mundo es grande.

—El mundo —dijo ella, con una serenidad que a Javier le pareció sabia—, el mundo está donde uno se siente a salvo. Para mí, este lago es suficiente.

Javier pensó en Madrid, en su despacho de la Carlos III, en los coches, los semáforos, el ruido. Lo comparó con aquella orilla de arena, los mangos maduros cayendo de los árboles, el olor a tierra mojada después de la lluvia. No supo cuál era mejor. Solo supo que, por primera vez en mucho tiempo, no quería estar en ningún otro sitio. Una semana después, Javier y Lucía se encontraron en el lago al atardecer. Las aguas estaban algo crecidas, llenas de hojas y ramas arrasadas de la tormenta de la noche anterior. Ella se bañaba en una zona más resguardada, con un camisón de lienzo blanco que, mojado, dejaba entrever el perfil de sus senos pequeños y sus caderas de fruto maduro. Javier la miró y sintió la boca seca. No fue por lujuria, o no solo por eso. Fue por la manera en que ella movía los brazos al sumergirse. El agua era una extensión de su cuerpo.

—Métete —le dijo ella, sin volverse—. El agua está buena.

Javier se desnudó hasta quedar en calzoncillos. Metió un pie, luego otro, y el frío le subió por las piernas como una descarga. Lucía se giró entonces, lo vio a medio vestir, y sus ojos negros brillaron con algo que no era solo sorpresa.

—Eres más alto de lo que parecía —dijo.

—Y tú más guapa de lo que recordaba —respondió él, y la frase le salió sincera.

Ella se rió, y aquella risa fue la invitación que Javier necesitaba. Se acercó a ella, sintió el agua cubriéndole la cintura, luego el pecho. Lucía no se movió. Lo dejó acercarse, y cuando sus cuerpos estuvieron a un palmo de distancia, ella apoyó una mano en su mejilla.

—¿Sabes una cosa, Javier?

—Dime.

—Llevo varios días soñando contigo. Y en mis sueños, hacías esto.

No hizo falta más. Javier la besó. El agua los envolvía mientras se besaban. Lucía era menuda, pero su cuerpo era firme. Javier la tomó por las caderas y la levantó, y ella se enredó en su cuello como una liana.

—No tengas prisa —le susurró ella—. Aquí el tiempo sobra.

Javier no tuvo prisa. Descubrió su cuerpo con la curiosidad de quien explora un mapa nuevo, con la misma fascinación con que había observado las orquídeas prendidas de los árboles o las guacamayas cruzando el cielo. Lucía era el trópico hecho mujer: cálida, húmeda, vibrante. Olía a tierra mojada y a jazmín. Sabía a mango. Se amaron en la orilla, sobre la arena, mientras el sol se ponía tras las palmeras. Después, ella se quedó dormida sobre su pecho, y él no se movió. Se quedó mirando cómo la luz anaranjada del atardecer se reflejaba en su pelo negro, en sus pestañas largas, en sus labios entreabiertos.

—Lucía —dijo en voz baja, casi para sí mismo.

Ella no respondió. Pero apretó su mano, que aún descansaba sobre su vientre, y él supo que aquello no era solo un espejismo. Desde aquella tarde, Javier se convirtió en un visitante asiduo de la orilla del lago. No todas las noches, porque había que ser prudente, pero sí con la frecuencia suficiente para que los vecinos empezaran a susurrar.

—Ese extranjero —decían las mujeres del pueblo, mientras molían maíz en sus casas—, no viene solo a por agua.

Lucía era viuda —su marido había muerto en una tormenta en el mar años atrás—, y nadie le reclamaba cuentas. Pero la mirada de los hombres se alargaba cuando Javier cruzaba la calle, y alguna que otra vez escuchó risas a su espalda.

—No les hagas caso —le dijo ella, mientras cortaban juntos una piña madura—. La envidia es mala consejera, pero aquí se vive con ella. Como con los mosquitos.

Javier se rió. A su lado, mordiendo la pulpa dorada de la piña, Lucía parecía una diosa pagana, de esas que habitaban los bosques antes de que llegaran los curas.

—¿Piensas quedarte mucho tiempo? —le preguntó ella.

—No lo sé —respondió Javier, y era verdad—. Mi vida depende de... otras cosas.

—De un hombre que quiere esconderse, ya lo sé —dijo ella, con una perspicacia que desarmaba—. Mi tío Cipriano lo cuenta todo. No sé de qué se esconde, pero espero que se esconda mucho. Yo, mientras, te tendré aquí.

Javier no respondió. No sabía si aquellos labios de mango eran un puerto de llegada o de despedida. Pero, por ahora, no quería saberlo. Desde aquella tarde, Javier y Lucía se hicieron amantes en la casa de ella, una choza de adobe y tejado de palma; con el suelo de barro cocido, cubierto con una estera de juncos. Se amaban con la parsimonia de quien sabe que el tiempo no pasa, sino que se acumula. Y luego, mientras ella dormía y Javier la miraba, él pensaba en Clara, en aquella mujer de Tenerife que había dejado atrás, y en cómo el amor era siempre la misma promesa incumplida: un espejismo que se agotaba al llegar, o quizá mucho después. Pero con Lucía era distinto. Lucía no le pedía que se quedara. No le exigía explicaciones. Simplemente estaba allí, cuando él llegaba, como el lago, como las palmeras, como el crepúsculo. Y esa capacidad de esperar, de estar sin poseer, le aterraba y le fascinaba a partes iguales.

—Me gustas más cuando te vas que cuando te quedas —le dijo una noche, mientras él se vestía a la carrera, temiendo que alguien lo hubiera visto.

—¿Por qué? —preguntó él.

—Porque cuando te vas, sé que volverás.

Y Javier volvía. Siempre volvía.

Prim, mientras tanto, observaba desde la distancia. Veía a Javier perderse calle abajo con una excusa tras otra. Veía la sonrisa nueva en su rostro, el brillo en sus ojos.

—Está enamorado —dijo Francisca, una tarde que la fiebre le había dado una tregua.

—Lo sé —respondió Prim—. Y yo estoy preocupado.

—¿Por él?

—Por él, por nosotros, por todo. El amor distrae, y ahora no podemos permitirnos distracciones.

Francisca le miró. A pesar de la fiebre, a pesar de los dolores, sus ojos seguían siendo los de una mujer que conocía la fragilidad de las certezas.

—El amor no es una distracción, Juan. Es lo único que nos mantiene vivos.

Prim no respondió. Sabía que ella tenía razón, pero también sabía que, desde que llegaron a Honduras, él se había ido apagando. No la fiebre, no las drogas. Algo más hondo: la certeza de que ya no era el hombre que había sido, y el miedo a no ser nunca el hombre que debía ser. Desde que los médicos de Madrid le recetaron los primeros calmantes, largos años antes del atentado, para aquellos dolores de espalda que no se iban ni con reposo, Prim había sido un adicto inconsciente. Pero la conciencia le llegó al fin aquella noche, después de la terrible pesadilla con Francisca. Prim tomó una decisión.

—No volveré a tomarlo —le dijo a Javier al día siguiente, mientras caminaban entre las plantas de café, ahora ya casi perdidas por falta de riego.

—¿El qué? —pregunté.

—El brebaje de Cipriano. El opio. Las hojas de coca. Todo.

Javier se detuvo, lo miró fijamente.

—Es peligroso, general. La abstinencia puede matarle.

—La droga me está matando ya—respondió Prim, y su voz era un susurro—. Lentamente, pero sin pausa. Y mientras tanto, mi mujer se consume de fiebre, mi hijo crece sin mí y yo soy un fantasma que camina.

Javier quiso argumentar, pero no encontró las palabras. Porque Prim tenía razón.

—Le ayudaré —dijo al fin—. Como pueda.

—Gracias, Javier. Pero esto es algo que tengo que hacer yo solo.

El primer día sin la dosis fue llevadero. El segundo, Prim empezó a sudar. El tercero, las manos le temblaron. Llevaba un terremoto dentro. El cuarto, vomitó todo lo que comió. El quinto, los dolores de cabeza fueron tan intensos que no pudo levantarse de la hamaca. Francisca, aún convaleciente de la fiebre, se arrastró hasta él y le sujetó la cabeza entre las manos.

—Juan —dijo—, Juan, mírame.

Prim abrió los ojos. Estaban inyectados en sangre, pero aún conservaban aquella chispa de tozudez que la había enamorado.

—No voy a morirme, Paca.

—Eso no me preocupa. Me preocupa que quieras morirte.

Él negó con la cabeza.

—No quiero. Solo quiero dejar de ser quien fui.

—¿Y quién fuiste, Juan?

Él no respondió. Se quedó callado, mirando el techo de caña brava, mientras los espasmos le recorrían el cuerpo.

—Un cobarde —dijo al fin—. Un cobarde que se escondía detrás de sus batallas para no enfrentarse a sí mismo.

Francisca no dijo nada. Se limitó a acostarse a su lado, en la hamaca estrecha, y a abrazarlo. Y allí se quedaron, los dos rotos, los dos asustados, los dos vivos. Los peores días fueron la segunda semana, cuando los síntomas se hicieron tan intensos que temió por su vida. No comía, apenas bebía, se retorcía en la hamaca mientras Saturnino le sujetaba los brazos para que no se hiciera daño.

—Don Antonio —le dijo el cochero, usando el nombre falso para que el general no se sintiera humillado—, ¿qué le pasa?

Prim no podía responder. Sus dientes castañeteaban. Sus ojos se revolvían en las órbitas. Cipriano, alertado por Javier, acudió con sus hierbas, sus infusiones de valeriana silvestre y algún calmante suave que no incluía opio ni coca.

—Está limpio —dijo el curandero, después de examinarlo—. Ya no tiene rastro de las porquerías en la sangre. Pero el cuerpo se acuerda. Y la cabeza, más.

—¿Sobrevivirá? —preguntó Francisca, con un hilo de voz.

—Sobrevivir, sobrevivirá. Pero le va a costar. Las drogas dejan huella. Como las guerras. Como los amores.

Cipriano la miró a los ojos cuando dijo lo de los amores, y Francisca no supo por qué, pero apartó la mirada. Al final, Prim venció. No fue una victoria heroica, sino una rendición lenta, humilde, dolorosa. Una mañana se levantó, pidió un vaso de agua, lo bebió entero y dijo:

—Hoy toca plantar café.

No plantó café. Apenas logró caminar hasta el corredor y sentarse en la mecedora. Pero era un principio. Y los principios, Prim había aprendido, eran lo único que realmente importaba. Desde entonces, Cipriano le trajo cada mañana un té de hierbas sin efectos adictivos. Prim lo tomaba sin rechistar, mirando el horizonte, mientras pensaba en Francisca, en los peces que vio pintados en las manos de los pescadores.

—¿De verdad dura tanto limpiarse? —le preguntó una tarde al curandero, mientras este preparaba su infusión matutina.

—Depende de la mugre —respondió Cipriano—. La de guerra y política tarda más. Pero al final siempre se acaba yendo, como las aguas del lago tras una crecida. El que ya no se va nunca más es lo que vio durante el tiempo que duró la suciedad. Eso, general Prim, tendrá que aprender a cargarlo.

Prim asintió. Por primera vez en mucho tiempo, alguien le había llamado por su verdadero nombre sin que le temblara el pulso.

Fue una noche sin luna. La peor para los que duermen y la mejor para los que acechan.

Saturnino fue el primero en oírlos. Los cascos de los caballos, primero lejanos, luego cercanos, luego un estrépito de ramas rotas. Se levantó de la hamaca, cogió el machete que siempre tenía a mano y salió al corral.

—¿Quién va? —gritó, con la voz ronca de quien no teme a nada porque ya ha visto lo peor.

La respuesta fue una tea encendida que voló por los aires y se clavó en el techo de paja de la cuadra. Las llamas prendieron al instante. Los animales, asustados, comenzaron a relinchar y a cocear.

—¡Fuego! —gritó Saturnino—. ¡Que nos queman!

Prim salió de la casa envuelto en una sábana, descalzo, pero con los ojos ya despiertos. Vio las sombras moviéndose entre los árboles, al menos una docena, tal vez más. Algunos llevaban machetes, otros palos, otros llevaban teas encendidas.

—Son forajidos —dijo Melchor, que había acudido con su escopeta de caza—. Vienen a robar y a quemar. Siempre hacen lo mismo en los caseríos más aislados. Matan, roban, violan y se van con las primeras luces.

—Aquí no se van —dijo Prim, con una frialdad que Javier no le había oído desde la noche del atentado—. Aquí nadie se va.

Agarró la escopeta de caza de Melchor y salió al claro. Su cuerpo, aún débil por la abstinencia, se movía con una precisión felina que desmentía su fragilidad. Los años de guerra, pensó Javier mientras lo observaba desde la puerta, no se olvidan. Se duermen, pero nunca mueren.

—¡A mí, hijos de puta! —gritó Prim, plantándose en medio del claro, sin cobertura, sin miedo.

Los forajidos dudaron un instante. Aquel no era un campesino asustado. Aquella voz no era de quien suplica, sino de quien ordena. Uno de ellos, el más osado, se abalanzó con el machete en alto. Prim le esperó. En el último momento, se agachó, esquivó el golpe y, con la culata de la escopeta, le golpeó en la nuca. El hombre cayó redondo, inconsciente.

—¿Algún otro? —preguntó Prim, con la misma voz que usaba para arengar a sus tropas antes de la batalla.

Otro se lanzó. Este llevaba una pistola. Apuntó, pero Prim ya se había movido. El disparo pasó silbando junto a su oreja mientras Prim cargaba contra él. Un golpe seco en la muñeca y la pistola cayó al suelo. Luego el cañón de la escopeta contra la sien y el forajido rodó por el barro, con la cara hundida por el disparo a bocajarro de Prim. Los demás, unos seis, dudaron. Melchor aprovechó la confusión para disparar su otra arma al aire. Saturnino, desde la cuadra, lanzó un machete que se clavó en el muslo de un hombre. El herido chilló como un cerdo y cayó de rodillas. Prim se irguió entonces. Ya no era el convaleciente que apenas podía caminar. Era el General de los Castillejos, el héroe de la Guerra de África, el hombre que había derrotado a los mejores ejércitos del mundo.

—Os voy a dar una oportunidad —dijo, con la escopeta humeando en la mano—. Coged a vuestros hombres y largaos. Si volvéis, no quedarán ni los perros para lloraros.

Los forajidos se miraron. Uno de ellos, el jefe, dio un paso al frente. Era un hombre grande, de espaldas anchas, con una cicatriz en el pómulo que le deformaba la sonrisa.

—Eres español —dijo, con una mezcla de admiración y desprecio—. ¿Quién coño eres tú para mandarnos?

Prim no respondió. Se limitó a cargar la escopeta con dos cartuchos que Melchor le alcanzó.

—Soy el hombre que os va a matar si no os vais en diez segundos.

El jefe alzó la mano. Los demás, sin esperar órdenes, comenzaron a retroceder. El que estaba herido en el muslo fue arrastrado por dos compañeros. Uno de los muertos fue cargado a hombros. Los que huían llevaban un tercero, al que Prim había abatido de un tiro cuando se disponía a incendiar el corral desde la retaguardia. Y el que quedó inconsciente por el culatazo empezó a incorporarse torpemente y a subir a su caballo a toda prisa.

—¡Diez! —empezó a contar Prim—. ¡Nueve! ¡Ocho!

El jefe dio media vuelta y se perdió entre los árboles. Los cascos de los caballos se alejaron, y el ruido se fue apagando hasta convertirse en un rumor lejano. Prim bajó la escopeta. Sus manos temblaban, pero no de miedo.

—Esta noche velamos —dijo, sin mirar a nadie—. Saturnino, tú la primera ronda. Melchor, la segunda. Yo, la tercera.

—Pero Don Antonio... —protestó Saturnino.

—No me discuta. Vaya.

Y se sentó en la piedra donde solía tomar el café por las mañanas, con la escopeta cruzada sobre las rodillas, los ojos fijos en la oscuridad. Mientras tanto, hombres, mujeres, niños y niñas del poblado se afanaban en apagar el fuego de sus viviendas.

—Javier —le llamó.

—Dígame.

—La próxima vez que venga, no se quede en la puerta viendo. Coja algo. Un palo, un machete, lo que sea. Que las guerras las hacen todos o no las hace nadie.

Javier asintió. Cogió un machete de la pared y se sentó junto a él, con el arma apoyada en el hombro. No hablaron más. Solo escucharon cómo la selva recuperaba sus ruidos, cómo las ranas volvían a croar, cómo el miedo se retiraba despacio, con la dignidad de quienes saben que han ganado.

A la mañana siguiente, todo el pueblo sabía lo que había ocurrido. Los campesinos, los pescadores, los comerciantes de los alrededores. Todos tenían un nombre para aquel español de mirada dura que había plantado cara a los forajidos y los había hecho huir.

—Señor Prat —decían, tocándose el sombrero—. Don Antonio Prat.

Prim, que ya no era Prim sino una sombra de sí mismo, aceptaba los elogios con una mezcla de orgullo y vergüenza.

—No ha sido nada —respondía—. Cualquiera habría hecho lo mismo.

Pero no era cierto. No cualquiera. Solo un hombre que había matado antes, que había olido la pólvora, que había sentido la muerte cerca. Solo alguien como él.

Pero los rumores no se quedan en los pueblos. Los rumores vuelan, como mariposas negras, y se posan en los oídos que más daño pueden hacer. Alguien, algún viajante que pasó por Puerto Castilla semanas después, llevó la historia a Trujillo. En Trujillo, la historia creció: los invasores eran veinte, dijo, no diez. Prim había matado a seis. Cruzó la Laguna de Guaimoreto a nado, los persiguió hasta la montaña y les arrancó las orejas. La prensa sensacionalista, siempre hambrienta de noticias que alimentaran el morbo de los lectores, se hizo eco de la gesta. Javier logró hacerse con un ejemplar amarillento del periódico local, que circulaba de mano en mano por la costa. El titular decía:

"UN ESPAÑOL SE ENFRENTA A UNA PARTIDA DE FORAJIDOS Y LOS DERROTA EN SOLITARIO"

—Mierda —murmuró Javier, mientras leía el artículo en voz baja.

—¿Qué pasa? —preguntó Prim, que había acudido al oírle maldecir.

—Han publicado algo sobre el ataque. El periódico de Comayagua.

Prim cogió el papel, lo leyó en silencio. Su rostro, que había recuperado algo de color, palideció de nuevo.

—Esto lo van a leer los espías de Serrano —dijo.

—Lo sé.

—Y cuando lo lean, un español en la costa norte, con familia, con una historia que no cuadra... empezarán a preguntar.

—No podemos hacer nada —respondió Javier—. El papel ya está impreso.

Prim arrugó el periódico y lo arrojó al fuego.

—Pues a esperar —dijo—. Y a rezar para que no nos encuentren.

Pero la espera aquella vez fue distinta. Antes esperaban la llegada de Isabel. Ahora esperaban la llegada de la muerte, disfrazada de pregunta, de sobre lacrado, de bota militar en el umbral. Francisca, aún convaleciente, lo miró desde la hamaca. Sus ojos negros, que la fiebre había vuelto más hundidos, se encontraron con los de él.

—¿Nos van a encontrar? —preguntó.

—No lo sé —respondió Prim—. Pero si nos encuentran, que nos encuentren preparados.

Fue entonces cuando Francisca hizo algo que ningún otro se habría atrevido. Cogió la escopeta, recargó los cartuchos que Melchor había dejado sobre la mesa, y apoyó el arma contra la pared.

—Ahora somos dos —dijo.

Prim asintió. Y por primera vez en semanas, no se sintió solo.

En Comayagua, el agente Fermín Alcalá del Olmo llevaba meses sin noticias frescas. Había tomado el siguiente barco hacia Honduras, una semana después del que llevó a Prim y a su comitiva. También salió desde Puerto de la Cruz, en Tenerife. Y acabó en la capital del país, sin tener una idea clara sobre el paradero del general. La red de Serrano estaba bien engrasada, pero no era perfecta.

Como ya sabemos, la carta de Francisca a su padre, que el capitán inglés había llevado a Veracruz, nunca llegó a manos de los agentes de Serrano.

Pero el periódico, el maldito periódico con el titular a toda página, sí llegó. Alcalá lo leyó una mañana, mientras desayunaba en la pensión de la calle Real. El café estaba caliente, los churros eran malos, pero la noticia le supo a gloria.

—Un español —murmuró, repasando el artículo con el dedo—. Un español que llegó de Canarias hace unos meses. Un español que vive con su esposa y su hijo en una finca cerca de Puerto Castilla. Un español que plantó cara a doce forajidos y los hizo huir.

No podía ser casualidad. El único español de la costa que encajaba en aquella descripción era el tal Antonio Prat, el mismo nombre que Alcalá había anotado meses atrás en su libreta, cuando el «Queen of the Antilles» zarpó de Tenerife dejándole con la miel en los labios. Alcalá dobló el periódico, lo guardó en el bolsillo interior de su chaqueta y salió a la calle. El sol de Comayagua era abrasador, pero él no lo notaba. Caminó hasta la oficina de correos, donde había establecido su base de operaciones, y escribió dos mensajes cifrados: uno para Serrano en Madrid, comunicándole sus sospechas; otro para los agentes destacados en la costa norte, Mendoza y Elizalde, ordenándoles que se trasladaran a Trujillo con la máxima urgencia. Luego, llamó a un mozo de cuerda que estaba en la puerta.

—¿Hay algún transporte que salga esta semana hacia Trujillo?

—El jueves, patrón.

—Pues reserve un pasaje a mi nombre. Viajaré solo. Y quiero que nadie sepa que he preguntado.

El mozo asintió y se fue. Alcalá se quedó solo en la oficina, mirando el mapa de Honduras clavado en la pared de adobe.

—Juan Prim —dijo, acariciando con el dedo la línea de la costa norte—. Tanto huir para acabar aquí. En este agujero de mierda.

Sonrió. No era una sonrisa de alegría. Era la sonrisa de un cazador que por fin ha encontrado dónde puede estar la presa. Aquella noche, mientras los perros ladraban en los patios de Comayagua y los lugareños dormían en sus chozas, Alcalá escribió un informe detallado para Serrano. En él, describía la llegada de los fugitivos a Tenerife, su paso por Puerto de la Cruz y su posterior desembarco en Honduras. Adjuntaba copia del artículo del periódico, subrayando las frases que le parecían más reveladoras. Terminó el informe con una posdata:

*"No tengo pruebas definitivas. Pero el instinto me dice que he dado con él. Saldré hacia la costa norte el jueves. Le mantendré informado."*

Cerró el sobre, lo lacró con tres gotas de cera roja y lo entregó al propio de la embajada española, que lo haría llegar a Madrid en la siguiente valija diplomática. Luego, se sirvió una copa de ron, la bebió de un trago, y se fue a dormir. Soñó con un general, una fiebre, una escopeta y una huida que se acercaba a su fin.

En la hamaca, Francisca y Prim se miraban sin decirse nada. Ella, con las articulaciones aún doloridas por la fiebre, pero con la mirada clara. Él, con las manos aún temblorosas, pero con la espalda erguida.

—Estamos hechos un par de andrajos —dijo él, con una sonrisa que era un quejido.

—Andrajos, pero vivos —respondió ella—. Y mientras estemos vivos, hay esperanza.

Prim acercó su mano a la de ella, y entrelazó los dedos. Llevaban semanas sin hacerlo.

—Paca, ¿tú crees que Isabel nos va a perdonar?

—No lo sé.

—¿Tú perdonarías, si estuvieras en su lugar?

Francisca no respondió. Prim cerró los ojos. La brisa de la noche, cargada de olor a tierra mojada, le acarició el rostro.

—Ojalá — dijo al fin —. Ojalá el perdón sea más fácil de lo que parece.

—No lo es — respondió ella. — Nunca lo ha sido.

Se quedaron en silencio, escuchando cómo la selva recuperaba sus ruidos, cómo el tiempo, ajeno a sus miedos, seguía pasando.

—¿Sabes lo que siento? — dijo Prim, al rato.

—Dime.

—Que ya no soy el mismo que salió de Madrid. Y que quizá eso no sea malo. Quizá sea lo único bueno que me ha pasado.

Francisca apretó su mano. No respondió. No hacía falta. En la penumbra de la choza de adobe del pueblo, los dos cuerpos rotos, el del general y el de la duquesa, descansaban por fin. No estaban curados. No estaban salvados. Pero estaban juntos, y mientras lo estuvieran, todo lo demás podía esperar.

Afuera, Javier paseaba junto a Lucía, que había acudido a ayudar a Saturnino a apagar las brasas.

—Esto no ha terminado —dijo Javier.

—Nunca termina —respondió Lucía, con la sabiduría de quien ha visto nacer y morir demasiadas veces—. Pero esta noche, al menos, ha ganado el bueno.

—¿Crees que los buenos ganan siempre?

Ella se encogió de hombros.

—No. Pero a veces sí. Y eso es suficiente.

Javier la miró. A la luz de la luna, Lucía parecía una estatua de barro, de esas que los antiguos lencas tallaban para honrar a sus dioses. La besó. Y ella le devolvió el beso con la misma intensidad. Y mientras sus cuerpos se fundían, dentro de la choza de adobe sin techo.

No lejos de allí, Prim y Francisca dormían por fin, agotados, pero vivos.

# Capítulo 12: Honduras. Apuntes para una geografía del exilio

Nota del autor de la novela:

*"Este capítulo (escrito originalmente por Javier Puente), que rompe deliberadamente con el ritmo narrativo de los anteriores, adopta la forma de un ensayo monográfico inédito hallado entre los papeles de Javier Puente tras su «regreso» al siglo XXI. El manuscrito original, fechado en la primavera de 1871, fue escrito en Puerto Castilla durante las «semanas de la espera» a las que da nombre el capítulo precedente. Se reproduce íntegro, con la única corrección de aquellos errores de sintaxis o caligrafía que pudieran entorpecer su lectura, por respeto a su autor: Javier Puente, doctor en Historia por la Universidad Carlos III de Madrid y viajero en el tiempo.*

*El texto que sigue no es un mero sumario de datos, fruto de errancia bibliográfica, sino el fruto de una investigación de campo sin precedentes: la que un historiador del siglo XXI ha podido realizar en el siglo XIX, con los medios de éste, pero con la perspectiva de aquél. Las fuentes empleadas son, por tanto, heterodoxas: los archivos parroquiales de los pueblos del litoral, la tradición oral de los pescadores, los diarios de a bordo del capitán inglés Wentworth, los partes meteorológicos de la guarnición de Trujillo y —sobre todo— la observación directa de una naturaleza que ningún europeo escribió antes que él.*

*Y la confusión temporal que puede producir, quizás, al lector es similar a la que tiene, a veces, el autor de la novela; que no está acostumbrado a encontrarse con un personaje tan fascinante como Javier Puente, ni a viajar en el tiempo, ni, mucho menos, a disponer de tantos y tantos testimonios exclusivos sobre la vida y la muerte de Don Juan Prim y Prats."*

El propósito de este ensayo es doble. Por una parte, fijar para los lectores de mi tiempo —de mi otro tiempo, quiero decir— una semblanza fiel de la Honduras que acoge a Juan Prim y a los suyos cuando el país apenas se asoma a la modernidad. Por otra, señalar —con la distancia que otorga haber vivido dos épocas— las tensiones que ya entonces podían percibirse y que, con los años, se convertirían en el nervio de su historia posterior. No hay aquí juicio moral, o al menos no lo busco; hay, eso sí, la convicción de que el paisaje donde se desenvuelve una vida es también su destino.

La República de Honduras ocupa una posición central en el istmo centroamericano, circunstancia que la dota de una notable diversidad orográfica y climática. Con una superficie aproximada de 112.000 kilómetros cuadrados —similar a la de Castilla y León, por poner un término de comparación peninsular—, limita al oeste con Guatemala y El Salvador, al norte con el mar Caribe, al este con Nicaragua y al sur con el océano Pacífico. Es, por tanto, un país con dos costas y un interior montañoso.

El relieve es acusado. Dos cordilleras principales atraviesan su geografía, de oriente a occidente, formando valles y mesetas donde se asienta la mayor parte de la población. La tierra baja del norte, la denominada «costa de los Mosquitos», es húmeda y selvática; las tierras del sur, en cambio, son más secas y están abiertas a la influencia del golfo de Fonseca. Esa variedad de altitudes y exposiciones explica que se encuentren desde bosques tropicales lluviosos hasta pinares de altura, muchos microcosmos ecológicos que pocos países de tamaño comparable pueden exhibir.

De los dos grandes mares que la bañan, la fachada atlántica, o caribeña, es la más relevante para nuestra historia. Por sus puertos —Trujillo, Omoa, Puerto Cortés, y muy especialmente Puerto Castilla— entraron y salieron los vapores de la Compañía Trasatlántica, los bergantines ingleses y las goletas que traían noticias del viejo mundo. Honduras era, ya entonces, escala y espera, un remanso en las rutas que unían Europa con las Californias y con el sur del continente.

*Demografía. Los rostros silenciosos del pueblo*

La población de Honduras a mediados del siglo XIX no alcanzaba los 400.000 habitantes, distribuidos de manera muy desigual. La mayoría se concentraba en los valles interiores —el de Comayagua, el de Sulaco, el de Agalta—, mientras que la costa caribeña, donde se desarrolla buena parte de nuestra trama, permanecía escasamente ocupada, salvo por las viejas factorías españolas y los asentamientos de pescadores.

La sociedad hondureña, aunque nominalmente mestiza, albergaba aún importantes bolsas de población indígena. Los lencas, asentados en el suroeste, constituían el grupo más numeroso; les seguían los misquitos, los chortís y los tolupanes en la región central, además de los garífunas, procedentes de la isla de San Vicente, que a finales del siglo XVIII se establecieron en el litoral atlántico y mantuvieron su lengua y sus tradiciones.

A diferencia de México o del Perú, la aristocracia territorial era aquí casi inexistente: los grandes latifundios no arraigaron, y el poder real residía en los clanes que controlaban los puertos o las concesiones mineras. Ese vacío de nobleza tradicional explica en parte la facilidad con que un extranjero —español, inglés o alemán— podía adquirir tierras y fundar una hacienda, siempre que se sometiera a las relativamente sencillas leyes locales y no levantara sospechas.

*Lenguas. La babel contenida*

El español se afirmaba como lengua oficial y como vehículo de la administración, pero debajo de esa capa uniforme bullía un mundo de resistencias. En los mercados y en las aldeas se oía aún el lenca, especialmente entre las mujeres, que eran las depositarias de la memoria oral. El

garífuna, de raíz arawak y caribeña, se mantenía en los poblados costeros, enmarañado de canciones de pesca y de rezos africanos. Y el misquito, más altivo, dominaba la zona oriental.

Los viajeros extranjeros se quejaban a menudo de no hallar intérpretes competentes. En realidad, sí los había, pero los indígenas desconfiaban. De igual modo, los pocos criollos que sabían inglés —sobre todo en las Islas de la Bahía— lo consideraban un capital de familia y no lo exhibían sino cuando el negocio lo exigía. En ese laberinto de sordinas y silencios, la palabra era a la vez puerta y muralla; quien lograba escapar de ella —como «Antonio Prat»— podía hacerse indistinguible del paisaje.

*Religión. Entre la cruz y el sincretismo*

Honduras era, nominalmente, un país católico: la Iglesia gozaba de privilegios y de una influencia considerable en la educación y en la beneficencia. Sin embargo, la observancia era más cálida en las ciudades —Comayagua, Tegucigalpa, Santa Rosa de Copán— que, en el campo, donde los párrocos escaseaban y las fiestas religiosas se imbricaban con antiguos rituales precolombinos.

El elemento más peculiar, a los ojos de un europeo, era la coexistencia no conflictiva de la fe católica con las prácticas chamánicas e indígenas. Cipriano, el curandero que intentó curar las fiebres de Prim, podía rezar un padrenuestro y a la media hora invocar a los espíritus tutelares de una raíz; los vecinos no veían en ello contradicción, sino complementariedad.

Esa porosidad de las fronteras religiosas sería decisiva para el exilio de los fugitivos: nadie los condenaría al infierno por no ir a misa, ni los elogiaría por hacer demasiado ruido en una ceremonia indígena.

*Organización política y administración territorial*

Honduras era una república federal, organizada en siete departamentos y con capital actual en Tegucigalpa, que tuvo sede capitalina en la antigua ciudad de Comayagua en la época de nuestra historia. Su Constitución, promulgada en 1865, era de inspiración liberal, con todo lo que ello comportaba: separación de poderes, garantías individuales, abolición de la esclavitud, libertad de prensa y, al menos sobre el papel, sufragio universal masculino.

Pero el Estado era débil. Los presidentes —Marco Aurelio Soto, más tarde Ramón Rosa— lo sabían y por eso impulsaron la llamada Reforma Liberal que, desde 1876, intentaría modernizar el país mediante la educación laica, la reforma agraria y la inversión extranjera. En los puertos, sin embargo, la autoridad del gobierno era apenas un espejismo: mandaban los capitanes de barco, los comerciantes de cabotaje y los curanderos que a falta de juez ponían paz en las

disputas. Era ese ámbito de penumbra legal lo que hacía de Honduras un lugar tan adecuado para quien necesitaba desaparecer.

*Historia y evolución política (de 1870 a 2026)*

La independencia de Honduras —proclamada el 15 de septiembre de 1821, aunque no consolidada hasta tiempo después— había hecho desaparecer a España del mapa americano para siempre. Medio siglo después, en el momento del desembarco de nuestros personajes, los liberales llevaban apenas una década en el poder, tras derrocar a los conservadores que pretendían restaurar el orden colonial.

El resto del siglo que corría, y el siguiente, estuvieron marcados por dos fenómenos que rara vez mencionan los libros de texto escolares: la dependencia económica del banano y la ingerencia militar de Washington. Las compañías fruteras —United Fruit, Standard Fruit— se adueñaron de la costa norte, construyeron ferrocarriles que solo servían a sus plantaciones y dominaron a los sucesivos gobiernos mediante sobornos y presiones. Tal era el poder de esas empresas que se acuñó el término «república bananera» para definir a naciones como la hondureña, donde los conspiradores actuaban con pasaporte estadounidense.

El siglo XX trajo regímenes militares casi sin interrupción. Tras las dictaduras de Tiburcio Carías Andino (1932-1949) y de los generales que le sucedieron —como Oswaldo López Arellano, protagonista del «Bananagate» en 1975—, Honduras se convirtió en base de operaciones para la contra nicaragüense, pagando su lealtad con una violencia que se enquistó en las estructuras del poder. La transición a la democracia civil fue lenta; apenas consolidada, llegaron las crisis de los noventa y la profunda polarización del siglo XXI.

En 2009, un golpe de Estado depuso al presidente Manuel Zelaya, un hecho que algunos analistas han relacionado con el ascenso del socialismo en la región —y que seguramente Serrano habría aplaudido, con su cínico realismo, pues siempre supo que los gobiernos débiles son los que mejor se manejan en la sombra. La inestabilidad continuó durante las décadas siguientes, incluyendo un controvertido proceso electoral en 2025 y la llegada a la presidencia de Nasry Asfura en 2026, en medio de denuncias de injerencia extranjera.

*Economía. La flor y la llaga*

En 1870, la economía de Honduras giraba en torno a la minería de la plata, la ganadería extensiva y la explotación forestal, con la cochinilla como producto de exportación estrella la mayor parte del siglo, junto a la creciente demanda de café y de algunos productos tropicales. Los capitales extranjeros aún no dominaban del todo la escena; aquella iba a ser la última década de relativa autonomía antes de que el banano diluyera el resto de los cultivos.

El desarrollo fue, a partir de entonces, una carrera de obstáculos: ciclos de bonanza y bancarrota, conflictos limítrofes, golpes de Estado y una desigualdad que la retórica del progreso apenas ocultaba. Las remesas familiares enviadas desde Estados Unidos —en nuestros días, más del veinticinco por ciento del producto interior bruto— son el testimonio mudo de una tragedia: el país forma a sus jóvenes para que trabajen fuera.

En 2026 nos espera un crecimiento modesto, de entre el 3 % y el 4 %, pero ese dato macro no refleja las heridas: la emigración forzada, la corrupción, la fragilidad de los servicios públicos.

*Situación actual y perspectivas*

De las muchas décadas que median entre 1870 y el año en que escribo estas páginas —que es el año 2026—, apenas puedo dar cumplida cuenta sin remitir a los tratados de economía que llenan las librerías de mi siglo. Me limitaré a lo que observé allí, en Puerto Castilla, en 1871: un país que se parece a un barco a punto de zarpar, con la carga mal estibada y el capitán borracho. Y sin embargo hay en sus gentes una dignidad paciente, una manera de sobrellevar la desgracia sin estridencias, que tal vez sea el rasgo más genuino de su identidad.

La Reforma Liberal, que aún no había llegado a aquellas costas, traería consigo no pocos avances, pero también —me temo— nuevas formas de servidumbre. Marco Aurelio Soto inició en 1876 una serie de modernizaciones: sus códigos, sus escuelas, su apertura a la inmigración europea, todo eso que los manuales elogian como «el tránsito a la modernidad». Pero al abrir los puertos a las compañías extranjeras, Honduras se convertiría en uno de los países más desiguales del continente. La semilla de descontento social que entonces se plantó daría su fruto en 1954, cuando la gran huelga bananera sacudirá los cimientos del poder oligárquico, y en los golpes de los años sesenta, que convertirían al ejército en el árbitro de la política nacional.

Sin embargo, no todo fue pesimismo. En mis caminatas por los alrededores de la Laguna de Guaimoreto aprendí a distinguir el lento tejido de las resistencias: la cultura garífuna que preserva sus tambores contra el olvido; la memoria lenca que los ancianos de los poblados guardaban en sus rituales; la capacidad para reírse de sí mismos, esa herencia común de los pueblos que han soportado siglos de desventura. No sé si eso bastará para curar las heridas. Sospecho que no. Pero también sospecho que, si algo diferencia a los países que perduran de los que se desmoronan, es esa enigmática reserva de ternura que a veces asoma entre el fango.

*Conclusión. El exilio como método*

Honduras no era el paraíso que imaginaron los cronistas de Indias, ni el infierno que denunciaban algunos viajeros desde sus gabinetes de ciudad. Era y es una tierra de contrastes,

ingobernable, hermosa y cruel; desgarrada entre la herencia colonial y la voracidad de las nuevas metrópolis. En su fragilidad residía, paradójicamente, la oportunidad que buscaban los fugitivos: un Estado tan débil que no podía controlar sus costas, una administración tan desorganizada que ni siquiera registraba del todo bien la entrada de los extranjeros, que entraban por lugares fronterizos no vigilados; una población tan habituada a la penuria que no se asustaba ante la llegada de un hombre con fiebres y una escopeta.

Aquí, al margen de cualquier legalidad, Juan Prim —Antonio Prat— podrá sentirse por fin hombre de paz, y fracasar en ese empeño; aquí, Saturnino encontrará un mar que no podrá navegar pero que lo devolverá a su infancia; aquí, Javier, el historiador intruso, comprenderá que la historia no es solo lo que ocurre, sino lo que se decide contar o no contar.

Honduras, al fin, no era el escenario: era el refugio precario, el lugar donde una vida que había sido pública aprendía a no dejar huella.

Nota para el lector:

*Si alguna vez este manuscrito llega a las prensas de mi época, el panorama de Honduras habrá cambiado. Sin duda. Los presidentes se sucederán, los números macroeconómicos subirán o bajarán, los acuerdos internacionales se firmarán o se romperán. Pero la imagen que trato de transmitir —la del campesino que cuida con esmero una planta de café y la examina porque es su bien más preciado; la del pescador que señala una estrella y la nombra con un vocablo lenca; la de la mujer que alza la mirada desde su lavadero—, esa imagen, en su modestia de acuarela, quizá sí sea imperecedera. Porque allí, en el detalle ínfimo, es donde mejor se adivina el alma de los pueblos.*

*Puerto Castilla, costa de Honduras, 18 de abril de 1871.*

*Javier Puente.*

*Referencias bibliográficas, encontradas en Internet. Añadidas cuando volví al tiempo del siglo XXI*


- Constitución de Honduras de 1865. (29 de septiembre de 1865). Disponible en: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Art. 2: "La República de Honduras es soberana, libre e independiente; y por lo mismo le pertenece el derecho exclusivo de gobernarse a sí misma y establecer sus leyes". Asimismo, se puede consultar en Wikipedia: Constitución de Honduras de 1865.

- Honduras. (s.f.). Superficie. Aproximadamente 112.492 km² (112.000 km²). Embajada de España en Honduras (2024); Wikipedia. Población estimada en 1870: menos de 400.000 habitantes.

- Wikipedia, la enciclopedia libre. (s.f.). Grupos étnicos de Honduras. Enciclopedia en línea. Contiene información sobre los grupos indígenas Lencas, Misquitos, Tolupanes, Chortís, Garífunas, entre otros. Los Garífunas son descendientes de esclavos africanos e indígenas de la isla de San Vicente, deportados en el siglo XVIII.

- Wikipedia, la enciclopedia libre. (s.f.). Reforma Liberal en Honduras. Enciclopedia en línea. Marco Aurelio Soto asumió la presidencia en 1876 e inició un amplio programa de modernización que incluyó la reorganización educativa y la creación de nuevos códigos de leyes.

- Wikipedia, la enciclopedia libre. (s.f.). Reforma Liberal en Honduras. Enciclopedia en línea. El escritor y periodista Ramón Rosa fue su principal ideólogo y colaborador del presidente Soto para las reformas de tipo administrativo.

- BBC News Mundo. (2017, 22 de mayo). ¿Cómo se convirtió Honduras en la “república bananera” por excelencia? La United Fruit Company fue fundamental para la popularización del concepto de "república bananera". Esta empresa fue fundada en 1899, cuando el escritor O. Henry (autor de "Cuentos de la república bananera") acuñó el término.

- Wikipedia, la enciclopedia libre. (s.f.). United Fruit Company. Enciclopedia en línea. La compañía estadounidense se dedicaba al comercio de frutas tropicales (principalmente banano) cultivadas en sus plantaciones latinoamericanas. Su filial en Honduras era la Tela Railroad Company.

- Wikipedia, la enciclopedia libre. (s.f.). Standard Fruit Company. Enciclopedia en línea. Esta compañía estadounidense comenzó a exportar bananas desde La Ceiba hacia Estados Unidos, y sus intereses coincidían con los de la United Fruit en la costa norte hondureña.

- El Orden Mundial. (2021, 16 de abril). ¿Qué es una “república bananera”?. El concepto fue acuñado por el escritor estadounidense O. Henry en sus relatos sobre Honduras, para describir a países intervenidos por intereses extranjeros.

- Wikipedia, la enciclopedia libre. (s.f.). Oswaldo López Arellano. Enciclopedia en línea. Contiene información sobre el golpe de Estado de 1972 en Honduras. López Arellano fue derrocado en 1975 por el escándalo conocido como "Bananagate".

- Wikipedia, la enciclopedia libre. (s.f.). Tiburcio Carías Andino. Enciclopedia en línea. Fue presidente dictador de Honduras desde el 1 de febrero de 1933 hasta 1949.

- El Heraldo. (2023, 4 de octubre). A 60 años del golpe de Estado. Periódico hondureño. El 3 de octubre de 1963, a diez días de realizarse elecciones, el jefe de las Fuerzas Armadas, coronel Oswaldo López Arellano, encabezó un golpe de Estado.

- El Diario. (2019, 27 de junio). Manuel Zelaya: “El golpe en Honduras se dio por los intereses de las petroleras de EEUU y la orden era liquidarme, igual que a Allende”.

Periódico español. Durante la madrugada del 28 de junio de 2009, militares hondureños derrocaron al presidente Manuel Zelaya.

- Comisión para la Verdad y Reconciliación de Honduras. (2011, 8 de julio). Informe oficial citado por La Jornada. Confirmó que lo ocurrido en Honduras el 28 de junio de 2009 fue un “golpe de Estado”.

- Infobae. (2026, 12 de febrero). Las remesas familiares elevan ingresos históricos en Honduras durante enero de 2026. Agencia de noticias. Las remesas representan más del 25 % del Producto Interno Bruto de Honduras y el 60 % de la población vive en condiciones de pobreza.

- EFE. (2026, 27 de enero). Conservative Nasry ‘Tito’ Asfura, sworn in as new president of Honduras. Agencia de noticias. Nasry Asfura fue investido como nuevo Presidente de Honduras para el período 2026-2030, en una ceremonia celebrada en el Congreso Nacional el 27 de enero de 2026.

# Capítulo 13: Las dos muertes de Juan Prim

El parte médico número diecisiete llegó a la redacción de «La Correspondencia de España» en la mañana del 23 de febrero de 1871. Decía, como los anteriores, que el general Prim continuaba convaleciente, que las heridas evolucionaban favorablemente, que los facultativos recomendaban mantener el reposo absoluto. Los periodistas, que ya habían aprendido a leer entre líneas, lo tradujeron de inmediato: el presidente del Consejo de Ministros seguía sin dejarse ver. Nadie sabía si estaba vivo o muerto. Y la paciencia de la opinión pública empezaba a agotarse.

Topete lo sabía. El almirante, que nunca había querido la presidencia interina, que la había aceptado solo para proteger a su amigo, llevaba semanas aguantando las pullas de Zorrilla, las insinuaciones de Serrano, las preguntas impertinentes de los diputados. Había mentido, había manipulado partes médicos, había ordenado a los criados del Palacio de Buenavista que dijeran que el general les había llamado, que había comido con apetito, que había firmado algún documento. Todo falso. Todo insostenible.

Aquella mañana, al fin, recibió el aviso que llevaba semanas temiendo y esperando a la vez.

—Almirante —le dijo su secretario, un joven oficial de la Armada llamado Cifuentes—, en la morgue de la calle de los Caños han depositado un cadáver que podría sernos útil.

—¿Útil? —repitió Topete, con el ceño fruncido.

—Ahogado. Apareció esta madrugada en el Manzanares, a la altura del puente de Toledo. Llevaba varios días en el agua. La cara está… irrecuperable. Pero la complexión y la estatura coinciden con las del general. La edad también.

Topete se quedó en silencio. Miró por la ventana. El cielo de Madrid, aquel febrero, era un manto gris que parecía querer aplastar la ciudad.

—¿Hay alguien que pueda identificarlo? —preguntó.

—Nadie. Los inspectores han preguntado en las comisaría y en dependencias públicas, pero nadie ha reclamado su cuerpo. Es un hombre sin nombre. Sin familia. Un don nadie.

Un don nadie. Topete sintió una punzada en el estómago. La idea era innoble, sucia, indigna de un almirante de la Armada. Pero también era la única salida.

—Que preparen un acta de defunción —dijo al fin—. Y que nadie, absolutamente nadie, sepa que este cadáver no es el que decimos.

—¿Y el nombre, almirante?

Topete apretó los puños.

—Juan Prim y Prats. Presidente del Consejo de Ministros. Que le entierren con todos los honores. Y que Dios me perdone por lo que voy a hacer.

El secreto se guardó entre cuatro personas: Topete, el secretario Cifuentes, el médico forense que certificó la defunción y el cura de la parroquia de San Jerónimo el Real, que recibió una donación anónima de cinco mil pesetas para obras de caridad. El funeral se celebró el 25 de febrero de 1871. Asistió la plana mayor del gobierno: Zorrilla, Sagasta, Serrano —que, si tenía sospechas, las disimuló— y una multitud de militares y políticos que lloraron la muerte del general con una devoción que, en algunos casos, era tan sincera como impostada. Y, por supuesto, el Rey Amadeo. Topete pronunció el discurso. No lloró, porque los almirantes no lloran en público. Pero su voz tembló al decir:

—Se nos ha ido el mejor de los nuestros. El hombre que soñó una España libre, justa y honrada. El soldado sin miedo, el político sin doblez. Descanse en paz, general. Que la tierra le sea leve.

Cuando el féretro descendió a la tierra, en el cementerio de San Isidro, Topete sintió que una parte de sí mismo se enterraba con él. No era el cuerpo de su amigo. Pero el engaño, pensó, también pesa. También duele. También mata un poco a quien lo perpetra. Aquella noche, en la soledad de su despacho, bebió una copa de ron y escribió en su diario íntimo:

*"Hoy hemos enterrado a un hombre que no era Juan Prim. Pero España ha enterrado a Juan Prim. Y yo, que fui su cómplice, soy ahora su sepulturero. Que Dios me perdone. O que el diablo me reclame. Da igual."*

Tres semanas después, un pequeño mercante procedente de Veracruz atracó en el muelle de Puerto Castilla. Entre los fardos de cochinilla, los barriles de ron y las cajas de herramientas, traía consigo una pila de periódicos atrasados: «El Mercurio de Veracruz», «El Eco del Comercio», algún ejemplar de «La Gaceta de México» y, en el fondo del saco, un par de números de «La Correspondencia de España» que alguien había usado como envoltorio.

Saturnino, que iba al muelle todas las mañanas a preguntar si había llegado correo para la señora, reconoció el nombre del periódico, por los garabatos de las letras del nombre, que no por lectura cabal y precisa. Lo cogió, lo desdobló y se quedó mirando la primera página sin entender del todo lo que veía. Las letras eran muchas y él, que aún no sabía leer bien, solo acertaba a distinguir algunas palabras.

—Don Javier —dijo, entrando en la casa con el papel arrugado en la mano—, don Javier, venga. Esto habla del general.

Javier estaba en el corredor, tomando café con Prim. Ambos se incorporaron de inmediato.

—¿Qué periódico es ese? —preguntó Prim.

—No lo sé. Pero trae un retrato. Y un título muy grande.

Prim cogió el papel. El título decía:

*"HONRAS FÚNEBRES DEL GENERAL PRIM. SU MAJESTAD EL REY AMADEO PRESIDE EL ACTO."*

Javier se quedó sin aliento. Prim, en cambio, se quedó inmóvil, con el periódico en las manos. El tiempo se había detenido a su alrededor.

—¿Qué dice, Juan? —preguntó Francisca, que había salido al oír el alboroto.

Prim no respondió. Siguió leyendo, en silencio, mientras sus dedos temblaban. El artículo relataba con lujo de detalles el funeral celebrado en Madrid el 25 de febrero. Hablaba de la capilla ardiente instalada en el Palacio de Buenavista, de la multitud que se agolpó a las puertas, del discurso de Topete, del llanto de los soldados, de la corona de laurel que la reina María Victoria (su nombre completo era María Victoria Carlota Enriqueta Juana dal Pozo della Cisterna), esposa del rey en funciones, había enviado desde Londres. Describía el féretro,

revestido con la bandera de España, y el cortejo fúnebre que recorrió las calles de Madrid mientras las campanas de San Jerónimo doblaban a muerto.

—Mientes —murmuró Prim, hablando al periódico inerte y sacudiéndolo con gran enfado —. Mientes, maldito periódico. Yo estoy aquí. Vivo.

—Juan —dijo Francisca, acercándose a él—, Juan, déjame ver.

Él le entregó el periódico sin mirarla. Ella lo leyó con la misma lentitud con que se leen las sentencias de muerte.

—Topete lo ha hecho —dijo Javier, al fin—. Ha tenido que hacerlo. La situación era insostenible.

—¿Topete? —exclamó Prim, con una ira que no se veía desde la noche de la fiebre—. ¿Topete ha hecho esto sin consultarme?

—No podía consultarle, general. Usted estaba aquí. A miles de kilómetros. Y la presión en Madrid era insoportable. Alguien iba a descubrir el engaño...

—¡No me importa el engaño! —gritó Prim—. ¡Me importa que me hayan enterrado!

Nadie respondió. Francisca le puso una mano en el hombro. Él la apartó, se levantó de la mecedora y se fue al corral, donde los animales, ajenos a todo, rumiaban su mañana indiferente. Javier y Francisca se quedaron solos.

—¿Qué hacemos? —preguntó él.

—Nada —respondió ella, con una calma que no sentía—. Esperar a que se le pase la rabia. Y luego, hablar.

—¿Y si no se le pasa?

Francisca le miró con aquellos ojos negros que habían visto demasiado.

—Se le pasará. No es la primera vez que le dan por muerto. Pero antes siempre era el enemigo quien lo decía. Ahora son los suyos. Eso duele más.

—¿Usted lo sabía? —preguntó Francisca—. ¿Sabía que Topete iba a hacer esto?

—No. Pero lo intuía. El silencio no podía durar para siempre. Y mi marido —se volvió hacia el corral, donde la silueta de Prim se recortaba contra el verde intenso de la selva—, mi marido es un hombre muerto en España. Y eso, por terrible que parezca, es lo único que puede mantenerlo vivo aquí.

Javier no respondió. Se quedó en el corredor, mirando el periódico desplegado sobre la mesa, mientras el sol ascendía y los loros graznaban en las copas de los árboles y el olor a café recién molido se mezclaba con el de la arena caliente.

En España, pensó, ya no quedaba nadie que esperara a Prim. Solo un sepulcro y un rey que había reinado sobre una mentira.

En Honduras, en cambio, aún estaba vivo. Y mientras estuviera vivo, todo era posible.

Prim volvió al mediodía. No dijo nada. Se sentó en la piedra donde solía tomar el café, apoyó la escopeta contra el muro de adobe y se quedó mirando el horizonte. Francisca le llevó un plato de frijoles, que él aceptó sin agradecer. No comió. Solo los movió de un lado a otro del plato, con la mirada perdida.

—Juan —dijo ella, sentándose a su lado—, háblame.

—¿De qué quieres que hable, Paca? ¿De que soy un cadáver andante? ¿De que mi mejor amigo me ha enterrado sin mi permiso? ¿De que mi hija crecerá leyendo en los libros de texto que su padre murió hace años, asesinado por unos republicanos, cuando la verdad es que estoy aquí, en este culo del mundo, plantando café que nunca veré crecer?

—De eso —respondió ella, con una serenidad que a él le pareció insultante—. De eso quiero que hables.

Prim suspiró. Pasó las manos por la cara, restregándose los ojos con una violencia que hablaba de una furia contenida.

—La culpa no es de Topete —dijo, al fin—. Lo sé. Hizo lo que pudo. Lo que debía. Si no lo hubiera hecho, los periódicos habrían empezado a preguntar, y Serrano habría enviado a sus sabuesos, y nos habrían encontrado. Y entonces, sí, estaríamos muertos de verdad.

—Entonces —dijo Francisca—, ¿por qué estás tan enfadado?

—Porque —él se volvió hacia ella, y sus ojos, que llevaban días sin brillo, tenían ahora un fulgor de náufrago— porque ahora sí que nunca podré volver. No como Juan Prim. No con mi nombre. No con mi historia. Tendré que ser Antonio Prat toda la vida. Y Antonio Prat, Paca, no es nadie. Antonio Prat es un muerto que respira.

Francisca se quedó callada. No sabía consolar a un hombre que había perdido su identidad, porque nunca había tenido una que perder. Ella era mexicana, esposa de, madre de. Siempre a la sombra de otro. Por eso entendía muy bien el dolor.

—Entonces —dijo, tomándole la mano—, conviértete en Antonio Prat. Haz que Antonio Prat sea alguien. Alguien que no tenga que esconderse. Alguien que pueda plantar café, criar a sus hijos, envejecer en paz. ¿Acaso no es eso lo que siempre quisiste? ¿Paz?

Prim no respondió.

Francisca se quedó mirando las manos de Prim, las manos que habían empuñado la espada, que habían firmado decretos, que habían acariciado algunas veces, con inmensa ternura, el rostro de Paca.

Ahora eran manos de campesino, manchadas de tierra, de brea, de polvo de carbón.

—Tienes razón —dijo al fin—. Siempre tienes razón.

—No siempre —respondió ella—. Solo a veces. Pero esta vez sí.

Él esbozó una sonrisa. Era una sonrisa pequeña, frágil, la de un hombre que acaba de enterrar a su propio fantasma.

—Pues entonces —dijo, levantándose—, a plantar café. Que Antonio Prat tiene hambre.

Y cogió la azada, y se fue al campo, y empezó a cavar surcos con una ferocidad que asustaba. Francisca lo observó desde la puerta, con el periódico aún en la mano, y supo que aquella era su forma de hacer el duelo. No con llantos, sino con tierra. No con discursos, sino con manos callosas.

Javier, que lo había visto todo desde el corredor, se acercó a ella.

—¿Cree que lo superará?

—Lo superará. No ahora. Pero sí. Mi marido es un hombre de acción. La acción lo cura todo. O al menos lo entierra.

—¿Y si la acción no basta?

—Entonces —dijo Francisca, guardándose el periódico en el pecho—, entonces estaremos nosotros. Que tampoco es poco.

Se fue a la cocina a preparar el almuerzo. Javier se quedó solo, mirando el corral, donde Saturnino cepillaba a la mula Encarna y silbaba una canción que había aprendido de los pescadores.

—Saturnino —le llamó.

—Diga, don Javier.

—¿Usted cree que el general se repondrá?

El cochero dejó el cepillo, se limpió las manos en el pantalón y se sentó en un poyo de piedra.

—Mire, don Javier —dijo, encendiendo un cigarro liado con una mano—, yo llevo muchos años sirviendo al general. He visto cómo perdía batallas, cómo perdía amigos, cómo perdía la esperanza. Siempre se reponía. No porque fuera valiente, que lo era, sino porque no sabía hacer otra cosa. El general solo sabe ir hacia adelante. Cuando se para, se oxida. Y cuando se oxida, se muere. Así que no se preocupe. Pronto estará plantado y creciendo el café.

—¿Y si no hay mañana? —preguntó Javier, pensando en los espías, en Serrano, en Alcalá.

Saturnino apuró el cigarro y lo apagó contra la suela de la alpargata.

—Entonces —dijo—, habremos vivido un buen hoy. Que es más de lo que tiene la mayoría.

Y volvió al cepillo, y a la mula, y a su silbido, borrando la conversación de su cabeza.

En Comayagua, el agente Fermín Alcalá del Olmo guardaba el periódico de Madrid en el bolsillo interior de su chaqueta con una sonrisa de satisfacción. No por la muerte del general —sabía que era falsa, o al menos lo intuía—, sino por las pruebas que ahora tenía para justificar su viaje a la costa norte. Los partes de Serrano eran claros: «*Localice a Prim vivo o muerto. No regrese sin noticias.*»

Alcalá lo sabía. La noticia del funeral no era más que una cortina de humo para proteger la huida. Pero aquella cortina también servía para despistar a los que no estaban al tanto. Y él, que llevaba años en el oficio, sabía que los fugitivos se delatan cuando sus propios cómplices los dan por muertos.

—Señor Alcalá —le dijo el mozo de cuerda desde la puerta—, el carruaje sale mañana al amanecer. He reservado pasaje sólo para usted.

—¿Armas? —preguntó Alcalá, sin levantar la vista del mapa.

—Dos pistolas y un rifle de repetición.

—Suficiente. Contrate un mensajero a caballo para llevar urgentemente esta carta a Mendoza y Elizalde.

Le entregó un sobre lacrado en cuatro puntos en el que les comunicaba que: *"Nos reuniremos en el muelle de Trujillo, a las cinco de la tarde. Vayan todas las tardes al muelle para verificación. No lleven uniformes. Tienen que actuar con discreción máxima"*.

El mozo asintió y se fue. Alcalá se quedó solo en la habitación de la pensión, mirando cómo el sol se ponía tras las montañas que rodeaban Comayagua. La ciudad, de techos rojos y calles empedradas, se extendía a sus pies como un mapa de posibilidades.

—Juan Prim —murmuró, acariciando la culata de su pistola—, tanto huir para que al final te encuentre yo, en este agujero perdido del mundo.

La sonrisa se le ensanchó. No era una sonrisa alegre. Era la sonrisa de un perro que ha olido la sangre y sabe que la presa está cerca.

—Dentro de unos días —susurró—, dentro de unos días, te tendré.

Apagó la vela y la noche se lo tragó.

Aquella noche, Prim no pudo dormir. Se levantó sin hacer ruido, para no despertar a Francisca, y salió al corredor. La luna, casi llena, bañaba el claro con una luz plateada. Todo estaba en silencio.

Javier estaba despierto. También él había salido al corredor, con una taza de café frío en la mano.

—¿No puede dormir, general?

—No. Y usted tampoco.

Javier se sentó a su lado. El silencio se hizo cómplice.

—Javier —dijo Prim, al fin—, ¿usted cree que Topete hizo lo correcto?

Javier dudó. No porque no supiera la respuesta, sino porque sabía que cualquier respuesta sería una herida.

—Sí —dijo al fin—. Lo creo.

—¿Y usted lo habría hecho? ¿Enterrar a un desconocido para salvar a un amigo?

Javier pensó en Lucía, en Clara, en la carta que aún llevaba en el bolsillo. Pensó en la vida que había dejado atrás, en la que nunca podría recuperar.

—No lo sé —respondió—. No sé de qué soy capaz.

Prim asintió. Aquella respuesta le bastaba.

—Yo tampoco —dijo—. Antes creía que sí. Ahora ya no sé casi nada.

Se quedaron callados, mirando cómo la luna se reflejaba en el pozo del patio, mientras la selva guardaba sus secretos y el tiempo, ajeno a todo, seguía pasando.

—General —dijo Javier—, ¿cree que algún día volveremos a España?

—¿España? —repitió Prim —. España ya me ha enterrado. No tengo nada que volver a buscar allí.

—¿Ni siquiera a Amadeo?

Prim sonrió. Era una sonrisa triste, la de un hombre que ha perdido la fe en los reyes y en los generales, y solo conserva la fe en los pocos amigos que le quedan.

—Amadeo —dijo—, Amadeo es un buen hombre. Pero los hombres buenos no duran en el poder. Lo aprenderá tarde o temprano. Quizá sea mejor que lo esté aprendiendo sin mí.

Javier no respondió. Se quedó callado, mientras el cielo se iba llenando de estrellas y la noche, como casi todas las noches, se hacía eterna.

Al fondo, en la choza de adobe con techo nuevo, Saturnino roncaba con la mula Encarna atada a la puerta. En la hamaca contigua, Juanito soñaba con Esperanza, con peces de colores y con un padre que, por fin, había dejado de ser general para convertirse en campesino.

Y en la casa principal, Francisca dormía sola, con la mano extendida sobre la almohada donde Prim debería haber estado. Pero él no estaba. Estaba en el corredor, con Javier, viendo cómo la luna se ocultaba tras las palmeras.

—Javier —dijo Prim, al fin—, mañana plantaremos café.

—Mañana —respondió Javier—. Como todos los días.

—No —dijo Prim—. No como todos los días. Mañana empezamos de verdad. Sin mirar atrás. Sin periódicos. Sin funerales. Solo nosotros. La tierra. Y las plantas.

Javier le miró. En sus ojos, a la luz de la luna, vio algo que no había visto desde la noche del atentado: una decisión firme, una paz recién estrenada, una rendición que no era derrota, sino aceptación.

—De acuerdo, general —dijo.

—Antonio —corrigió Prim—. Me llamo Antonio. Y no soy general. Soy un agricultor que cultiva café en un país que no le pregunta de dónde viene.

—De acuerdo, Antonio —respondió Javier.

Y los dos se quedaron en silencio, viendo cómo la noche cedía paso al alba, mientras el mar rugía allá abajo y la selva seguía susurrando. Porque en Honduras, pensó Javier, en Honduras nada termina. Todo se transforma. Todo se espera. Todo se sobrelleva. Incluso la muerte de un hombre que aún respira. Incluso la vida de un fantasma que aún camina.

## Capítulo 14: La sombra que se acerca

Llegaron en el final de la hora muerta de la siesta, en el atardecer. Cuando el sol aplasta las sombras contra el suelo y los mosquitos zumban con una pereza mortal. El barco era un falucho de vela latina, que venía de Trujillo, pequeño pero veloz, de esos que los contrabandistas usan para transportar aguardiente de Jamaica a la costa hondureña. No llevaba nombre en el casco, y sus velas, manchadas de salitre, parecían alas rotas.

El primero en desembarcar fue un hombre alto, canoso, vestido con ropas corrientes que no engañaban a nadie: debajo de la camisa blanca se adivinaba la correa de una pistolera, y en su mirada, el oficio de la violencia. Se llamaba Fermín Alcalá del Olmo, aunque nadie en Puerto Castilla sabría aquel nombre hasta mucho después. Detrás de él bajaron dos hombres más, de facciones muy duras y gestos contenidos. Eran Mendoza y Elizalde, los matones que Serrano le había asignado para la misión.

—¿Esto es Puerto Castilla? —preguntó Alcalá a un pescador que remendaba sus redes en la orilla.

—Eso dice la placa —respondió el hombre, sin levantar la vista.

Alcalá sonrió. Le gustaba la gente que no parloteaba.

—Buscamos a un español. Un tal Antonio Prat. Dicen que vive por aquí, en una finca tierra adentro.

El pescador dejó la aguja de enmendar, lo miró de arriba abajo con la lentitud de quien ha visto llegar a muchos forasteros a lo largo de su vida.

—¿Y qué quiere de él?

—Negocios. Soy comerciante de ganado. Me han dicho que tiene buenas mulas.

El pescador señaló hacia un sendero que se adentraba en la selva, tras las últimas chozas del pueblo.

—Siga ese camino. Media legua. Llegará a un claro donde se ve una casa de adobe con techo de teja. Allí vive.

Alcalá le tendió una moneda de plata. El pescador no la cogió.

—No necesito su dinero, señor. Solo que no cause problemas.

—No causaré ninguno —respondió Alcalá, guardándose la moneda—. Los negocios son negocios.

Se alejaron por el sendero, con paso firme, mientras el pescador los seguía con la mirada. Cuando desaparecieron entre los árboles, el pescador cogió una concha de caracol que llevaba colgada al cuello, la sopló tres veces, emitiendo un sonido grave que se extendió por la costa como un lamento. Era la señal que habían acordado con Melchor Zúñiga, el alcalde, para avisar de la llegada de extraños. Y la señal llegó a la finca antes que Alcalá. Melchor corrió hasta la casa de Prim con el corazón en un puño. Llegó jadeando, con la cara sudada y los ojos desorbitados.

—Don Antonio —dijo, usando el nombre falso—, han llegado forasteros. Tres hombres. Uno de ellos, el que parecía el jefe, preguntó por usted. Dijo que era comerciante de ganado. Yo no le creo.

Prim, que estaba en el corral limpiando la escopeta, se incorporó despacio. No preguntó quiénes eran. Ya lo sabía.

—¿Armas? —dijo.

—Llevan pistoleras debajo de la chaqueta. Y el más joven, el de barba, ocultaba algo en el cinto que podía ser un cuchillo o una daga.

Prim asintió.

—Saturnino —llamó—, traiga la otra escopeta. La que guardamos en la alacena.

Saturnino apareció en la puerta de la cuadra, con la cara descompuesta.

—General —dijo, usando el título que no debía—, ¿nos van a matar?

—Eso depende de usted —respondió Prim, sin inmutarse—. De lo que diga y de lo que calle.

Javier, que había acudido al oír el alboroto, se quedó junto a la puerta de la casa.

—¿Qué hacemos? —preguntó.

—Recibirles. Con cortesía. Ofrecerles café. Preguntarles de qué ganado hablan. Y sobre todo, no demostrar miedo. Los perros huelen el miedo mejor que los jabalíes.

Francisca, que había salido al corredor con Juanito de la mano, apretó al muchacho contra su falda.

—¿Y si le reconocen? —preguntó.

—No me reconocerán. Ya no soy el hombre que salió de Madrid. La barba, el peso que he perdido, la ropa de campesino... Además —añadió, con una ironía que dolía—, estoy muerto. A los muertos no se les busca.

—¿Y si llevan un retrato?

—Entonces —dijo Prim, cargando la escopeta con dos cartuchos—, entonces habrá que matarlos antes de que ellos nos maten a nosotros.

Saturnino asió la escopeta con manos temblorosas. Nunca había disparado contra un hombre. Pero había despellejado corderos, conejos, alguna liebre en los montes de Villaluenga. El gesto, pensó, no era tan distinto. El remordimiento, sí.

Alcalá llegó al claro cuando el sol empezaba a declinar. La casa de adobe se alzaba entre los árboles como un fortín precario. En el corral, un hombre de barba canosa cepillaba una mula tordilla. En el corredor, una mujer morena pelaba naranjas mientras un niño jugaba a sus pies. Y en la puerta, apoyado en el quicio, un hombre alto, delgado, vestido con ropa de campesino muy descolorida y un sombrero de paja calado hasta las cejas, los observaba sin saludar.

—¿Señor Antonio Prat? —preguntó Alcalá, deteniéndose a unos pasos.

—El mismo —respondió Prim, sin moverse—. ¿Y ustedes?

—Somos comerciantes. Hemos oído que tiene buenas mulas. Nos gustaría comprar algunas.

Prim los miró uno por uno. A Alcalá, con su ropa demasiado nueva. A Mendoza, con las manos morenas pero las uñas limpias, cosa rara en un hombre de campo. A Elizalde, que no dejaba de mirar los rincones, tomando notas mentales de todo lo que veía.

—Lo siento —dijo Prim—. Las mulas no se venden. Las necesito para la labranza.

—Podríamos ofrecer un buen precio —insistió Alcalá.

—El precio no es problema. El problema es que sin mulas no tiro el arado.

Alcalá sonrió. Era una sonrisa blanca, demasiado perfecta para un «comerciante de ganado».

—Entonces, ¿no hay nada que hacer?

—Nada —respondió Prim.

Se quedaron en silencio. La brisa movía las copas de los árboles. Un loro cruzó graznando.

—Bueno —dijo Alcalá, al fin—, pues no le molestamos más. Nos alojaremos en el pueblo unos días. Por si cambia de opinión.

—No cambiaré —respondió Prim, con una frialdad que helaba el aire—. Pero hagan lo que quieran.

Los tres hombres dieron media vuelta y se perdieron por el sendero. Saturnino, que había dejado de cepillar a la mula, se acercó a Prim con el corazón en un puño.

—¿Los ha reconocido, general?

—No —respondió Prim—. Pero ellos me han reconocido a mí. O al menos lo sospechan. Y la sospecha, Saturnino, es peor que la certeza. Porque la certeza se combate. La sospecha, no. La sospecha crece. Como la mala hierba.

Se sentó en la piedra, apoyó la escopeta contra la pared y se quedó mirando el sendero por donde los forasteros habían desaparecido.

—Dios mío —murmuró—. Dios mío, ¿qué he hecho para merecer esto?

Aquella misma tarde, cuando el sol se ponía tras las montañas, un propio llegó a la finca con un sobre lacrado. Venía de México. La letra, temblorosa, era la de don Francisco de Agüero, el padre de Francisca, que rompió el lacre con manos nerviosas. La carta era breve, escrita en un español cuidado, pero con frases extrañas. El banquero quería decir algo sin decirlo:

*«Hija mía:*

*Recibí tu carta. Tu madre llora de alegría. Yo, que no sé llorar, me alegro también.*

*No podemos viajar. Estoy viejo y el médico me ha prohibido los barcos. Pero Isabel saldrá de Veracruz en el barco que te dije. Llevará una pulsera de plata que tú le regalaste cuando era pequeña. Así la reconocerás.*

*Te mando con esta carta una caja de caoba que guardé de tu infancia. Dentro hay algo que te pertenece y que quizá te ayude a recordar quién eres. No lo pierdas. No lo abras hasta que llegue Isabel.*

*Cuídate. Cuida de los tuyos. Y no confíes en los extraños. Los he visto rondar por aquí, preguntando por tu marido. Los he visto, Francisca. Desde la ventana. Los he visto.»*

Francisca leyó la carta tres veces. La primera, con los ojos nublados por las lágrimas. La segunda, con una calma forzada. La tercera, fijándose en las palabras que su padre había encerrado entre líneas.

*«Una caja de caoba... Dentro hay algo que te pertenece... No lo abras hasta que llegue Isabel.»*

No era solo una caja. Era un mensaje. Su padre, que sabía que las cartas podían ser interceptadas, había elegido una forma de decirle la fecha de llegada de Isabel sin escribirla. La caja de caoba... Francisca cerró los ojos y recordó. Cuando era niña, en la casa de sus padres en la Ciudad de México, había una caja de caoba donde guardaba sus juguetes más preciados. En el fondo de la caja, oculto bajo una tapa falsa que solo ella conocía, había un papel con una fecha. Su padre lo sabía. Y le había dicho, sin decir, que buscara allí.

—Juan —llamó, con la voz quebrada—. Juan, tenemos que hablar.

Prim se acercó. Leyó la carta. Comprendió.

—Tu padre es un hombre sabio —dijo—. Y un cobarde. Como yo.

—¿Cobarde? —respondió ella, con un deje de ironía—. ¿Mi padre? Ha estado espiando a los esbirros de Serrano desde la ventana de su casa, con setenta años y un reuma que le dobla las piernas. Cobarde no. Prudente.

Prim no respondió. Se sentó a su lado, apoyó la cabeza en el respaldo de la silla de anea y se quedó mirando cómo la noche caía sobre la selva.

—Paca —dijo—, ¿cuándo llegará Isabel?

—Pronto —respondió ella—. Pero no podemos ir a esperarla al puerto. Nos vigilan.

—Entonces —dijo Prim—, tendremos que ingeniárnoslas.

Y se quedaron en silencio, escuchando los grillos, mientras la noche se cerraba sobre ellos y los miedos se hacían más profundos.

Alcalá y sus hombres se alojaron en la única pensión de Puerto Castilla, donde los huéspedes compartían mesa y mantel con los lugareños. La patrona, una viuda de nombre Dolores, les sirvió pescado frito y plátanos con frijoles.

—¿Conoce al español de la finca? —preguntó Alcalá, mientras partía un plátano con los dedos.

—Todo el mundo lo conoce —respondió Dolores—. Don Antonio. Un hombre callado. Vive con su esposa y su hijo. Tiene un cochero español que trabaja para él. Y un amigo joven, alto, con unas gafas raras de pasta negra.

Alcalá se quedó pensativo. Las gafas de pasta negra. No era un detalle común.

—¿Y sabe de dónde vino?

—De Canarias, dice. Pero no pregunta uno aquí. La gente viene y se va. Cada cual tiene sus razones.

Alcalá asintió, le tendió una moneda de plata y salió al corredor. Mendoza y Elizalde le seguían.

—¿Qué piensas? —preguntó Mendoza.

—Pienso —respondió Alcalá, encendiendo un cigarro— que nuestro hombre se parece mucho al general. Y que el general no llevó nunca lentes o gafas de pasta negra. He visto los retratos.

—¿Y eso? —preguntó Elizalde.

—Eso —dijo Alcalá, exhalando el humo con parsimonia—, que mañana volveremos a la finca. Pero esta vez, no nos iremos sin una prueba.

—¿Qué tipo de prueba?

—Cualquier cosa. Un periódico atrasado con su nombre. Una carta sin remitente. Un objeto que solo un general podría poseer.

Elizalde asintió. Mendoza, que era el más bruto de los tres, se encogió de hombros.

—Y si no encontramos nada —dijo—, ¿qué?

Alcalá sonrió. Era una sonrisa fría.

—Entonces —respondió—, conseguiremos la prueba de cualquier forma. Y ya preguntaremos después.

Francisca no pudo dormir. Se levantó sin hacer ruido y salió al corredor. La luna, casi llena, bañaba el claro con una luz plateada. Javier estaba allí, sentado en la piedra, mirando el horizonte.

—¿Tampoco puede dormir hoy, don Javier?

—No, señora.

Se quedaron callados. El rumor de la selva era como un latido lejano.

—Javier —dijo ella, al fin—, ¿usted cree que nos van a encontrar?

Javier no respondió de inmediato. Miró la luna, las estrellas, la selva negra que se extendía tras los límites del claro.

—No lo sé, señora. Pero si nos encuentran, que nos encuentren preparados.

—Eso mismo dijo mi marido.

—Los dos pensamos igual. Quizá por eso nos llevamos bien.

Francisca esbozó una sonrisa. Era una sonrisa triste, la de una mujer que ha perdido demasiado y sigue perdiendo.

—Javier —dijo—, ¿usted cree en el destino?

—No —respondió él—. Creo en las decisiones. En las que tomamos y en las que nos toman a nosotros.

—Pues yo —dijo ella, levantándose—, yo creo en la esperanza. Y en que mi hija va a llegar. Y en que, cuando llegue, todo esto habrá valido la pena.

—¿Y si no vale?

Ella se volvió hacia él. Sus ojos negros, a la luz de la luna, brillaban como dos ascuas.

—Entonces —dijo—, viviremos. Nos merecemos vivir y disfrutar de nuestras vidas.

Se fue a la casa, con paso firme, mientras Javier se quedaba solo, mirando cómo la noche se iba haciendo más densa y se llenaba de silencios, que parecían presentir amenazas y estaban avisando sin ruido. Al fondo, en la cuadra, Saturnino roncaba con la mula Encarna atada a la puerta. Juanito dormía abrazado a su libro de latín, soñando con peces de colores y con una hermana que nunca había conocido, pero que ya empezaba a querer. El tiempo pasaba. Y la sombra, mientras tanto, se acercaba.

## Capítulo 15: La hora de las sombras

La caja llegó en una carreta de bueyes, cubierta de arpillera y atada con cuerdas de cabuya. El arriero, un mestizo de nombre Pánfilo, la entregó en manos de Francisca sin pedir recompensa, aunque ella le dio unas monedas de plata que él aceptó con una reverencia.

—La envían sus padres, señora. Dicen que es importante.

Francisca la tomó, la sopesó en las manos. Era una caja pequeña, de caoba maciza, con incrustaciones de nácar en la tapa. La reconoció al instante. Era la misma que había tenido en su cuarto de niña, en la calle de San Francisco de la Ciudad de México, donde guardaba sus tesoros: estampas de santos, cartas de sus amigas, algún medallón con el retrato de sus padres.

La abrió con manos temblorosas. Dentro, bajo un falso fondo de terciopelo carmesí, encontró una pulsera de plata —la misma que años atrás había regalado a Isabel— y un papel doblado en cuatro partes. Lo desplegó. Era la fecha, escrita con la caligrafía menuda de su padre:

*"Isabel saldrá de Veracruz el 15 de mayo de 1871 en el vapor 'Cristóbal Colón'. Llegará a Puerto Castilla, si el mar lo permite, el 2 de junio."*

—Juan —llamó, con la voz quebrada—. Juan, ya sabemos cuándo viene Isabel.

Prim, que estaba en el corredor limpiando la escopeta, dejó el arma a un lado y se acercó. Leyó el papel, lo volvió a leer y luego se quedó en silencio, mirando cómo la luz de la tarde se filtraba por las rendijas de la pared de adobe.

—Dos de junio —dijo—. Falta mes y medio.

—Mucho tiempo —respondió ella.

—Demasiado —dijo él—. Los espías siguen ahí. En el pueblo. Acechando.

Francisca guardó el papel en el pecho, junto al corazón.

—Entonces —dijo—, habrá que hacer algo. Antes de que llegue Isabel. Antes de que la pongan en peligro.

Prim asintió. No dijo nada más. Pero en sus ojos, por primera vez en semanas, brilló algo que no era cansancio. Era determinación. Aquella noche, mientras los grillos cantaban y la luna se ocultaba tras las nubes, Prim reunió a los suyos en el corredor.

—Hay que matarlos —dijo, sin rodeos—. A los tres. Y hay que hacerlo de forma que nadie pueda culparnos.

Saturnino palideció. Javier apretó los puños. Juanito, que no debía estar allí, fue enviado a la cama por su madre, aunque desde su habitación se oía todo.

—¿Cómo? —preguntó Javier.

—Sin armas de fuego. Sin ruido. Sin testigos. Y que parezca un accidente. O una venganza de otros. O simplemente, que desaparezcan y nadie los encuentre.

Melchor Zúñiga, que había sido convocado, asintió con la cabeza. Los lugareños también querían librarse de aquellos forasteros que husmeaban y preguntaban demasiado.

—Aquí en la selva —dijo Melchor—, hay formas. La laguna se lleva lo que no debe estar. Las serpientes pican. Las caídas desde los acantilados son más frecuentes de lo que parece.

—Pero ellos son tres —objetó Saturnino—. Y están armados.

—Por eso no nos enfrentaremos a ellos juntos. Les separaremos. Uno a uno. Y cada uno tendrá su destino.

Prim cogió una rama y trazó un círculo en la tierra.

—El primero —dijo— es el que llaman Mendoza. Es el más bruto. Le han visto vigilar la casa por las noches. Casi siempre se queda solo mientras los otros duermen. Mañana por la noche, Saturnino, usted le convence para que le acompañe al lago. Le dice que ha visto algo sospechoso. Cuando lleguen, usted le señala un supuesto depredador. Y mientras mira, Melchor le ataca por detrás.

—¿Con qué? —preguntó Saturnino.

—Con una daga. Silenciosa. Luego, al agua. El lego se encargará del resto.

Saturnino tragó saliva. Nunca había matado a nadie. Pero aquella noche, pensó en Encarna, en sus hijos, en el peligro que aquellos hombres suponían para ellos. Y supo que podría hacerlo.

—El segundo —continuó Prim, señalando otro punto en el círculo— es Elizalde. Es el más listo de los tres. No le engañaremos con subterfugios. Pero tendremos que crearle una debilidad: el ron. Tendrá que beber como una esponja. Nosotros le invitaremos a beber en la fiesta del pueblo que se celebra pasado mañana. Mientras esté borracho, alguien lo acompañará hasta su habitación. Y en la habitación, esperará la muerte.

—¿De qué? —preguntó Javier.

—Veneno —dijo Melchor—. Cipriano tiene un extracto de una planta que llaman «mal de ojo». Una gota, y el corazón se para en sueños. No sufre. Simplemente, no despierta.

—¿Y quién se lo dará? —preguntó Javier.

—Yo —dijo una voz desde la penumbra. Era Lucía, la sobrina de Cipriano, que había llegado sin hacer ruido. Sus ojos negros brillaban con una determinación que a Javier le heló la sangre.

—Esto no es cosa de mujeres —dijo Prim, instintivamente.

—Es cosa de quien puede hacerlo sin levantar sospechas —respondió ella, con una firmeza que dejó a todos callados—. Si le sirvo una copa en la fiesta, no va a rechazarla. Y cuando beba, no va a recordar quién se la sirvió.

Prim la miró. Luego miró a Javier. Luego asintió.

—El tercero —dijo, señalando el último punto del círculo— es Alcalá. Es el más peligroso. El más desconfiado. No le podemos atrapar fácilmente.

—¿Entonces? —preguntó Javier.

—Entonces —dijo Prim—, le atraeremos con la única cosa que le interesa: yo. Le diremos que he aceptado negociar la venta de las mulas. Que le espero en el camino viejo, donde no hay testigos. Pero en lugar de mí, le esperarán ustedes. Y él, cuando llegue y se sienta seguro, caerá.

—¿Cómo? —preguntó Saturnino.

—Con una trampa. Una cuerda que le haga tropezar. Un machete. Una caída por un barranco. Lo que sea.

Melchor Zúñiga, que conocía el camino viejo, dijo:

—Hay un tramo cerca del acantilado, donde la tierra cede si no se pisa con cuidado. He visto caerse a varios allí. Si le hacemos creer que el terreno es firme, él mismo se precipitará.

—¿Y si no cae? —preguntó Javier.

—Entonces le empujamos —dijo Prim, con una frialdad que no admitía réplica.

Nadie dijo nada más. El plan quedó aprobado. Ocurrió dos noches después. Mendoza rondaba la casa de adobe en la madrugada, mientras sus compañeros dormían en la pensión. Saturnino salió al encuentro, andando despacio, con las manos vacías y la mirada humilde.

—Oiga, señor —dijo, con su mejor acento de campesino—, he oído un ruido raro en el agua.

Mendoza lo miró con desconfianza.

—¿Y eso qué me importa a mí?

—Pues pensé que usted, que es hombre de armas, podría echarme una mano. No vaya a ser que sean los que quisieron quemar la cosecha de Don Antonio. Que aún andan sueltos, según dicen.

A Mendoza le brillaron los ojos. Con sus pocas luces y una buena dosis de ambición desmedida, pensó que quizás podría conseguir algo que mejorara su prestigio ante Alcalá. Quizá incluso una recompensa. Quizá incluso un ascenso. Quizá …

—Vamos —dijo Mendoza finalmente, echando a andar hacia el lago.

Saturnino lo siguió, con el corazón latiéndole en la garganta. El sendero era oscuro, apenas iluminado por la luna nueva. El agua del lago reflejaba la luna. Cuando llegaron a la orilla, en un lugar de difícil acceso, Mendoza se detuvo.

—¿Dónde está ese ruido?

—Ahí —dijo Saturnino, señalando hacia un punto oscuro entre las piedras de la orilla.

Mendoza se acercó. Se agachó para ver mejor. Fue entonces cuando Melchor Zúñiga salió de detrás de una roca, como una sombra más. La daga penetró en la nuca de Mendoza con un sonido húmedo, apenas audible. El cuerpo se desplomó sin un grito. Saturnino se quedó mirando cómo las aguas de la Laguna de Guaimoreto se tragaban aquel bulto que, hasta hace unos segundos, había sido un hombre.

—Vámonos —dijo Melchor, limpiando la daga en la hierba—. Y que Dios lo acoja en su gloria, si acaso merece alguna gloria.

Saturnino no respondió. Regresó a la casa con las manos vacías y el alma más pesada que el plomo.

—¿Está hecho? —preguntó Prim, que le esperaba en el corredor.

—Está hecho, general.

Prim asintió.

—Mañana —dijo—, nadie recordará que Mendoza existió. Y si alguien pregunta, diremos que se fue solo, que nadie sabe a dónde.

Saturnino se fue a la cuadra y se sentó junto a la mula Encarna. No durmió aquella noche. Pero tampoco lloró.

La feria del pueblo se celebró al día siguiente, como estaba previsto. Las mujeres engalanaron las calles con guirnaldas de flores. Los hombres prepararon las hogueras y los barriles de chicha. Los músicos improvisaron un son con guitarras, tambores y caracolas.

Alcalá no echó en falta a Mendoza. Eran conocidas sus correrías y falta de seriedad en su trabajo. Por eso estaba donde estaba, tan lejos de su querida España. Aparecería en el momento menos pensado y, probablemente, en el más inoportuno.

El día transcurrió muy lentamente, a pesar de la algarabía de los festejos. Alcalá buscaba otro tipo de acción y menos bailes y cánticos.

Empezó a anochecer. Sin noticias de Mendoza, Alcalá empezó a preocuparse seriamente.

Elizalde, mientras tanto, sediento y aburrido, aceptó la copa que Lucía le ofreció con una sonrisa.

—Salud, guapa —dijo, bebiéndosela de un trago.

—Salud —respondió ella, apartándose.

El veneno no sabía a nada. No olía a nada. Elizalde siguió bebiendo, bailando, riendo. Pero al cabo de una hora, empezó a quejarse de sueño.

—Me voy a dormir —le dijo a Alcalá, que también estaba en la fiesta, pero bebiendo con moderación—. No puedo más.

—Vete —respondió Alcalá, dándole una palmada en el hombro—. Mañana hay trabajo.

Elizalde se fue a su habitación, se tumbó en la cama y cerró los ojos. Nunca volvió a abrirlos. La muerte le llegó en sueños, sin dolor, sin miedo. Fue la muerte más piadosa de las tres. A la mañana siguiente, cuando Alcalá fue a despertarle, encontró su cuerpo frío, rígido, con los labios azules.

—¿Qué ha pasado? —preguntó a la patrona, con el ceño fruncido.

—No lo sé, señor —respondió Dolores, santiguándose—. Quizá un derrame. Le pasó a mi hermano, que era bebedor. Se acostó una noche y no despertó.

Alcalá lo miró. Algo no cuadraba. Pero no había heridas, no había sangre, no había ningún indicio de violencia. Salió a la calle, encendió un cigarro y se quedó mirando la selva.

—Mendoza desaparecido. Elizalde muerto. Y yo aquí, solo, rodeado de campesinos que me miran con odio. Esto no va bien.

Arrojó el cigarro al suelo y lo aplastó con la bota.

—Tengo que terminar rápido —murmuró—. O seré yo el próximo.

Alcalá aceptó la cita. Un mensajero le había entregado un papel doblado en la mañana del segundo día: «Señor Alcalá: he reconsiderado su oferta. Vengan mañana al camino viejo al mediodía. Lleve el dinero. Le esperaré en el recodo del acantilado. Antonio Prat». Alcalá sonrió. Era la oportunidad que esperaba. Llevaba una pistola en la pistolera y otra en el tobillo. No necesitaba más. Llegó al recodo cuando el sol estaba en lo alto. La brisa caliente movía las copas de los árboles. La tierra, resquebrajada por la sequía, crujía bajo sus botas. Pero no encontró a Antonio Prat. Encontró a Javier, de pie, con las manos vacías.

—¿Dónde está el español? —preguntó Alcalá, llevando la mano a la pistolera.

—No vendrá —respondió Javier—. No quería ensuciarse las manos.

—Entonces eres tú quien va a morir, muchacho.

Alcalá desenfundó. Pero antes de que pudiera apretar el gatillo, sintió un tirón en el tobillo. Una cuerda oculta bajo la hojarasca se tensó y le hizo perder el equilibrio. Cayó de espaldas. La pistola salió despedida, cayendo al vacío.

—¡Malditos! —gritó, intentando incorporarse.

Fue entonces cuando Saturnino apareció detrás de un arbusto con un palo en la mano. Le golpeó en la muñeca. El hueso crujió. Alcalá chilló.

—¡Hijos de puta! ¡Mi jefe sabrá de esto! ¡Serrano los va a...!

No terminó la frase. Prim salió de entre los árboles, con la escopeta cargada, y se plantó delante de él.

—Soy yo a quien busca —dijo—. Juan Prim. El hombre que ha vuelto de la muerte para darle la suya.

Alcalá lo miró. Por un instante, el miedo se reflejó en sus ojos. Luego, la tozudez del oficio.

—Mi general... —empezó a decir.

—Ya no soy general —respondió Prim—. Soy un campesino. Y los campesinos, cuando encuentran alimañas en sus tierras, las eliminan.

Dio un paso atrás. Melchor Zúñiga y otro vecino agarraron a Alcalá por los brazos y lo arrastraron hasta el borde del acantilado. Debajo, a cincuenta metros, el agua manseaba entre las piedras.

—¡No! —gritó Alcalá—. ¡No pueden hacer esto! ¡Soy un agente del gobierno!

—En Honduras —dijo Melchor—, el gobierno no llega hasta aquí.

Lo empujaron. El cuerpo cayó en silencio, girando sobre sí mismo, hasta que chocó contra las rocas. Luego, nada. Prim se quedó mirando el vacío. La subida de la marea y las corrientes harían el resto.

—Vámonos —dijo—. Aquí no ha pasado nada.

Regresaron a la casa. Nadie habló durante el camino. Nadie necesitaba palabras. Aquella noche, después de cenar, Prim se sentó en la piedra donde solía tomar café. Javier se acercó a él.

—General —dijo—, ¿cree que estaremos a salvo ahora?

Prim suspiró.

—A salvo, no. No lo estaremos nunca. Pero libres de éstos, sí. Y eso, Javier, es más de lo que teníamos ayer.

—¿Y si Serrano envía más?

—Entonces —dijo Prim, encendiendo un cigarro que Saturnino le había ofrecido—, entonces volveremos a defendernos. Hasta que aprendan que aquí, en este rincón del mundo, los muertos no resucitan.

—¿Y usted? —preguntó Javier—. ¿Usted no se siente muerto?

Prim exhaló el humo, mirando cómo ascendía hacia las estrellas.

—A veces —respondió—. Pero luego veo a Francisca, a Juanito, a Saturnino, y me acuerdo de que estar muerto es un lujo que no puedo permitirme. Todavía.

Se quedaron callados, mirando la noche, mientras el tiempo pasaba y el mar rugía allá abajo. En el pueblo, nadie preguntó qué había pasado con los tres forasteros. Los lugareños no hablaban con los extraños. Y los extraños, aquella vez, habían desaparecido. Era como si la selva se los hubiera tragado.

A Mendoza le tiraron al lago, en la parte más profunda, atado a una roca que le acompañaría en la profundidad de las aguas para siempre.

Quizá, pensó Javier, era cierto. La selva se los había tragado. Y la selva, a diferencia de los hombres, no habla de lo que devora.

Durmieron más tranquilos aquella noche hasta que la luz muy temprana de la madrugada del día siguiente iluminó el cielo por encima de las palmeras y de la densa selva, y con un nuevo día comprendieron que jamás volverían a tener tres espías tras ellos. El tiempo pasaba, sereno, con el rumor de fondo de la vida sencilla. Isabel llegaría. La cosecha crecería. Y los muertos —los de

verdad, los que no resucitan— se quedarían en el fondo del lago o en el fondo del mar. Los tres bajo las aguas, allí donde las personas acaba por descomponerse y desaparecer para siempre.

## Capítulo 16: El regreso a casa de casi todos

Esperaron durante varios días en el muelle, cuando el sol calcinaba los tablones de madera y la brisa traía noticias de tormentas lejanas. Juanito se subía a los hombros de Saturnino para divisar mejor el horizonte. Javier ojeaba un periódico atrasado que alguien había dejado olvidado en una banca. Prim, en cambio, no se movía de la piedra junto al manglar, con los ojos fijos en aquella línea donde el mar se confundía con el cielo, donde la espera se hacía carne y se clareaba en un suspiro cortado. Francisca tejía sin parar, aunque sus dedos se enredaban en la lana y el chal iba torcido. Tejía para no pensar. Tejía para no temblar. Tejía para creer que el tiempo pasaba más deprisa. Y al fin, en la tarde del 2 de junio, las velas aparecieron.

—¡Allí! —gritó Juanito, señalando con el dedo—. ¡Allí hay un barco!

Era el «Cristóbal Colón», un vapor de la Compañía Trasatlántica Española, con el casco pintado de negro y dos chimeneas rojas que humeaban como promesas. Se acercaba despacio, sereno, abriéndose paso parsimonioso entre las olas. Prim se incorporó sin una palabra. Sus piernas, que tantas batallas habían sostenido, apenas temblaban.

—Paca —dijo, y su voz apenas era un susurro—. Ha llegado.

Francisca dejó las agujas y se puso en pie. No dijo nada. Solo asintió y se secó las manos en el delantal. Aquel gesto quería apartar los nervios de la espera. Saturnino, que había cogido a Juanito en brazos para que viera mejor, musitó:

—Doña Francisca, que ya no tiembla de fiebre, tiembla por otra cosa.

El barco fue atracando mientras los estibadores corrían de aquí para allá con cabos de fiar, gritando instrucciones que nadie parecía atender. La pasarela se desplegó con un golpe seco. Y entonces, al fin, apareció en lo alto del portalón una niña menuda, de ojos negros y trenzas oscuras, vestida con un traje de viaje color añil y una pulsera de plata en la muñeca izquierda.

Isabel tenía diez años, pero su mirada parecía la de una mujer que ha visto demasiado. Detrás de ella, una criada de los Agüero, doña Remedios, la seguía con una expresión de alivio infinito. Con un hatillo en una mano y en la otra un bolso de piel, bellamente decorado. El hatillo de doña Remedios, el precioso bolso de Isabel. La niña bajó la pasarela con paso contenido. Luego, de repente, al ver a Francisca, echó a correr.

—¡Mamá!

Francisca abrió los brazos y la atrapó contra el pecho. No lloró, porque las mujeres de la casa Agüero no lloraban delante de extraños. Pero sus hombros temblaron, y sus dedos se aferraron a la espalda de la niña, palpando el ruibarbo del ajado vestido azul con la urgencia de quien se asegura de que no es un sueño.

—Isabel, mi niña —murmuró—. Mi niña. Cómo has crecido.

La niña no respondió. Se limitó a apretar el rostro contra el cuello de su madre, a respirar su olor, a sentir que, por fin, después de años de ausencia, el mundo volvía a tener sentido. Prim se quedó unos pasos más atrás, sin atreverse a avanzar. Las manos le colgaban flácidas. Juanito, que había bajado de los brazos de Saturnino, se acercó a su hermana y le tocó el brazo con la punta de los dedos.

—Isabel —dijo—. Soy Juanito. ¿Te acuerdas de mí?

Ella levantó la vista. Le miró con sus ojos negros que parecían dos pozos sin fondo.

—No —respondió, con una honestidad que a Javier le partió el alma—. Pero el abuelo me ha enseñado un retrato. Y sé que eres mi hermano.

Juanito sonrió. Era una sonrisa de adulto, de esos adultos que han tenido que entender demasiado pronto.

—Pues ahora ya no harán falta retratos. Ahora estamos juntos.

La niña asintió, y se agarró a la mano de su hermano con la misma naturalidad con que los náufragos se agarran a un cabo cuando la tormenta arrecia. Prim, desde la distancia, los observaba. Algo se le rompía dentro.

—Anda —le dijo Francisca, tendiéndole la mano—. Anda, Juan. Que es tu hija. Que también es tu hija.

Él avanzó con paso vacilante. Isabel lo miró con desconfianza. Era un hombre mayor, barbudo, encorvado, con las manos llenas de callos y los ojos de quien ha vivido demasiado. En su muñeca, la pulsera de plata. No necesitó presentaciones.

—¿Papá? —preguntó ella, con aquella voz tan pequeña para una pregunta tan grande.

—Sí, hija —respondió Prim, arrodillándose para quedar a su altura—. Soy yo. El hombre que nunca supo estar. El que te abandonó en México y no volvió a buscarte. El que ahora, si me dejas, intentará ser tu padre.

Isabel lo miró fijamente. Y entonces, sin decir nada, se abrazó a él.

—Tenías que haberte ido —murmuró la niña, sin soltarlo—. Todos se iban siempre. La abuela decía que me querías, pero yo no lo creía.

—Es verdad, Isabel —dijo él, y su voz se quebró al pronunciar aquellas palabras—. Te quiero. Y aunque sea tarde, quiero que lo sepas.

Ella apretó el abrazo con más fuerza, y él la sostuvo, sintiendo cómo aquel cuerpo menudo temblaba, cómo las lágrimas que Francisca no había derramado corrían ahora por las mejillas de su hija, regando la tierra donde había plantado el café de la esperanza. Saturnino se volvió a Javier.

—Don Javier, que es la primera vez que veo al general llorar. Y lloran los dos, el padre y la hija, y yo ahí, mirando como un pasmarote, con el zurrón al hombro y la mula Encarna relinchando en la cuadra. Vaya día, don Javier. Vaya día.

Javier no respondió. Solo asintió, mientras el sol se ponía tras las palmeras y la selva recuperaba sus ruidos. Los días siguientes fueron los más felices que los Prim-Agüero habían conocido. Isabel se adaptó con una rapidez que sorprendió a todos. No lloraba por las noches, como le había advertido la criada. No preguntaba por sus abuelos. No pedía volver a México.

—Aquí huele bien —dijo el segundo día, mientras olfateaba el aire del corredor—. Huele a tierra mojada. En la calle de San Francisco siempre olía a humo.

Prim se rió con ganas una risa de paz y alegría. De verdad.

—Pues aquí olerás siempre a tierra mojada, hija. Y a café. Y a ti. Y te harás dueña de una plantación, si las mulas no se nos mueren antes.

Isabel aprendió pronto las labores de la finca. Ayudaba a Saturnino a dar de comer a las gallinas, a Juanito a tejer cestas de palma, a Javier a regar las plantas de café. También preguntaba por la escopeta que Prim guardaba tras la puerta, y por el retrato de un rey que alguien había clavado en la pared del corredor.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó, señalando el retrato.

—Un antiguo conocido —respondió Prim, sin dar más detalles—. Un amigo que se quedó en España.

—¿Y por qué le tienes aquí, si se quedó allí?

—Porque a veces —dijo Prim, sentándose a su lado—, uno tiene los recuerdos más cerca que las personas.

Isabel no entendió del todo la frase, pero asintió, como asentía siempre que su padre decía algo que no comprendía. A los diez años, había aprendido que los adultos hablan en jeroglíficos, y que lo importante no es entenderlos, sino estar cerca. Juanito, mientras tanto, se había convertido en el protector de su hermana. La llevaba de la mano al lago lejano, le señalaba los peces de colores, le enseñaba los nombres de las aves. También le habló del futuro, de cuando Javier volviera a su siglo.

—Se irá —dijo Juanito, con la seguridad de quien ha aceptado una pérdida que aún no ha ocurrido—. Pero antes nos dejará un libro.

—¿Un libro? —Isabel arrugó la nariz—. ¿Para qué queremos un libro?

—Para recordar —respondió Juanito—. Cuando él se vaya, lo leeremos y nos acordaremos de todo.

—¿De todo qué?

Juanito se quedó callado. Luego, con una madurez que a su hermana le pareció adulta, dijo:

—De todo, Isabel. De cómo llegamos aquí. De cómo papá murió en España y resucitó en Honduras. De cómo mamá dejó de llorar. De cómo aprendiste a tejer hamacas. De todo.

Isabel no dijo nada. Se limitó a apretar la mano de su hermano y a seguir caminando por la orilla de la laguna, mientras el sol se ponía allá abajo y la selva, esa selva que la había adoptado como a una hija más, les susurraba a los dos al oído un canto que solo los niños saben oír. Prim, desde la puerta de su casa, veía crecer las plataneras y pensaba que aquello era la paz. Bajaba la mirada a su pecho y se lo confirmaba: no había dolor, solo una calma que no conocía desde niño, antes del fusil, antes de los gritos, antes de la pólvora.

Fue una mañana cualquiera.

De esas en que el sol aprieta y la brisa no logra llegar hasta el claro.

Prim estaba en el corral, revisando las correas de los arreos con Saturnino, cuando sintió un pinchazo en el pecho. Se llevó la mano al costado, hizo una mueca, pero no dijo nada.

—¿Le pasa algo, Don Antonio? —preguntó Saturnino, que ya no usaba el título de general desde que los espías habían muerto.

—Nada —mintió Prim—. Un mal gesto. Los años, Saturnino. Los años no perdonan.

Pero los pinchazos se repitieron durante los días siguientes. A veces mientras caminaba, otras mientras dormía, otras en mitad de la oración que ya nadie le veía hacer. Francisca lo notó antes que nadie, porque algunas mujeres notan esas cosas, aunque los hombres las oculten.

—Juan —le dijo una noche, mientras se acostaban en la hamaca—, ¿estás enfermo de verdad?

—Estoy viejo —respondió él—. La vejez es la peor enfermedad, y no tiene cura.

—No me mientas.

Prim se quedó callado. La luna se filtraba por las rendijas de la puerta, dibujando sombras que parecían figuras.

—Paca —dijo al fin—, creo que se me acaba el tiempo.

Ella no respondió. Se limitó a abrazarlo, a esconder el rostro en su pecho, a no dejar que él viera cómo sus ojos negros se llenaban de humedad.

—No te vayas —murmuró—. No te vayas, Juan. No ahora. No cuando Isabel acaba de llegar.

—No depende de mí —respondió él, acariciándole el pelo—. Nunca ha dependido de mí.

Y allí, en la penumbra de su habitación, los dos cuerpos rotos, el del general y el de la duquesa, se aferraron el uno al otro en aquella noche que podía ser la última. Y quizá lo era. Pero ellos no lo sabían. O sí. Pero callaron la certeza para que siguiera amaneciendo, aunque fuera una sola mañana más. Fue en los días que siguieron cuando Prim comprendió que la agonía sería lenta, pero segura. No quería que nadie supiera cuánto sufría, así que se levantaba cada mañana, salía al corredor, tomaba café con los demás y fingía que todo estaba en orden. Pero Saturnino lo vio. Saturnino, que había servido a Prim durante casi una década, conocía sus gestos como las manos conocen las cuerdas de una guitarra.

—General —le dijo en voz baja, en un rincón del corral—, ¿por qué no me dice la verdad?

—¿Qué verdad, Saturnino?

—Que se está muriendo. Y que no quiere que nadie lo sepa.

Prim suspiró. Apoyó la mano en el hombro del cochero.

—Saturnino, usted es el mejor hombre que he conocido. No se lo diga a nadie. No todavía.

—Se lo juro por la Encarna, general. Se lo juro por la mula.

Prim esbozó una sonrisa. Era la sonrisa de quien sabe que presiente estar viendo a una persona por última vez.

—Cuando me vaya —dijo—, cuide de ellos. De Francisca. De los niños. De Javier. No los deje solos.

—Por supuesto, general. Serán de mi propia sangre.

Prim asintió y volvió a la casa, mientras Saturnino se quedaba en el corral, con los puños apretados y los dientes mordiéndose el alma para que los huesos no se le escaparan por los labios. Con Juanito fue distinto. El muchacho, que ya no era un niño sino un joven a las puertas de la adolescencia, se sentó a su lado en la piedra donde solían tomar café cuando nadie miraba.

—Papá —dijo—, sé que te pasa algo. No sé qué, pero te pasa.

Prim no mintió.

—Estoy cansado, hijo. Muy cansado. He peleado demasiadas batallas. He perdido demasiados amigos. He huido de demasiados enemigos. Ya solo me queda descansar.

—¿Te vas a morir? —preguntó el muchacho, con la crudeza de la juventud.

—Todos nos vamos a morir, Juanito. Tú, yo, los pájaros, ... desapareceremos algún día. Pero yo, quizá, me vaya antes.

—¿Por qué?

—Porque mi cuerpo ya no da para más. Y mi mente tampoco. Llevo años huyendo de mis fantasmas, y ahora los fantasmas han dejado de perseguirme. Solo me miran. Y yo los miro a ellos. Y ellos y yo sabemos que ha llegado la hora.

Juanito se quedó callado. Luego, con una valentía que no esperaba de sí mismo, le cogió la mano.

—Entonces, papá, mientras te quedes, quédate aquí. Con nosotros.

—Me quedaré —respondió Prim—. Todo el tiempo que pueda.

Y se quedaron así, padre e hijo, mirando cómo el sol se ponía tras las montañas, mientras el silencio y el tiempo se juntaban para no separarlos nunca más. Con Javier, en cambio, Prim fue más directo.

—Usted volverá a su siglo —dijo—. Y cuando vuelva, contará esta historia. Pero no toda. Solo la que se pueda contar.

—¿Qué parte no se puede contar? —preguntó Javier.

—La que duele —respondió Prim—. La que los hombres no saben escribir porque no tienen palabras para nombrarla. Esa, Javier, esa guárdela en su memoria. Y si algún día tiene hijos, cuéntesela a ellos. No para que la publiquen, sino para que no se olviden de que los viejos también lloran.

—No lo olvidaré, general.

—No me llame general. Ya no soy general. Solo soy un campesino que plantó café en un país que le acogió mejor que nadie.

Javier asintió y se fue, porque no sabía decir adiós. Y porque, en el fondo, sabía que aquel adiós no sería el último, sino el primero de una larga serie que terminaría en el futuro y empezaría en el pasado, o al revés.

Con Francisca, la despedida fue larga. Muy larga. Estuvieron toda una noche hablando, recordando, llorando y riendo. Ella le recordó cómo lo conoció en París, cómo se opusieron sus padres, cómo se casaron a escondidas, prácticamente, en una capilla de la Iglesia de La Madeleine.

—Yo era un muchacho entonces —dijo Prim, con una sonrisa nostálgica—. Un muchacho que no sabía nada del amor y creía que la guerra lo era todo.

—Y ahora —respondió ella—, ¿qué crees?

—Ahora sé que la guerra no es nada. Y que el amor lo es todo. Pero lo he aprendido demasiado tarde.

—Nunca es tarde para aprender —dijo ella, besándole la frente—. Y nunca es tarde para amar.

—Te quiero, Paca —dijo él, y era la primera vez que se lo decía en voz alta desde que llegaron a Honduras—. Te quiero, aunque no te lo haya dicho nunca.

—Ya lo sé —respondió ella—. Y yo te quiero a ti, aunque nunca me lo hayas pedido.

Se quedaron abrazados, viendo cómo el cielo se iba iluminando tras las montañas, mientras el día nuevo llegaba sin pedir permiso y la vida, esa vida que se empeñaba en continuar, seguía su curso indiferente.

—Paca —dijo Prim, al fin—, trae a Isabel.

—¿Ahora?

—Ahora.

Francisca fue a buscar a la niña, que dormía en la hamaca contigua, abrazada a una muñeca de trapo que le había regalado Esperanza.

—Isabel, despierta. Tu padre quiere hablar contigo.

La niña se incorporó, restregándose los ojos, y siguió a su madre hasta el corredor, donde Prim la esperaba sentado en la mecedora.

—Siéntate, hija —dijo, señalándole la silla de anea—. Quiero contarte una historia.

—¿Una historia? —preguntó ella, con curiosidad.

—La historia de un hombre que nació en Reus, en Cataluña, hace muchos años. Que fue militar, luego político, luego Presidente del gobierno de España. Que tuvo una hija maravillosa a la que apenas pudo ver crecer. Que sufrió un atentado y sobrevivió por un milagro. Que huyó a este país, donde nadie le conocía, y se hizo campesino. Y que ahora, al final de su vida, solo quiere una cosa.

—¿Qué cosa? —preguntó Isabel.

—Que su hija sepa que la quiso siempre. Aunque no estuviera allí. Aunque no pudiera cuidarla. Aunque la vida le empujara por otros caminos. Siempre, todos los días de su ausencia, pensó en ella.

Isabel se quedó callada. Luego, con los ojos llenos de lágrimas que no quería dejar caer, dijo:

—Yo también pensé en ti, papá. Aunque no supiera cómo eras. Aunque la abuela me dijera que te habías muerto. Yo siempre supe que no era verdad.

Prim abrió los brazos. Isabel se arrojó a ellos, y allí se quedó, abrazada a su padre, mientras Francisca los miraba desde la puerta, con las agujas de tejer quietas y el chal a medio hacer en el regazo.

—Ahora —dijo Prim, acariciándole el pelo—, ahora ya no te dejaré. Nunca más.

—¿Lo prometes?

—Te lo prometo, Isabel. Te lo prometo.

Ella se durmió en sus brazos, agotada por la emoción. Prim la sostuvo un rato más, sintiendo cómo su respiración se acompasaba con la de la selva, con el rumor de las hojas de los árboles, con el latido de un mundo que seguía girando ajeno a las pequeñas tragedias.

—Quédate con ella —le dijo Francisca en voz baja—. Yo iré a preparar la cena.

Prim asintió y se quedó solo, con su hija en brazos, mirando cómo el cielo se oscurecía y las estrellas, una a una, iban apareciendo sobre el claro de la selva.

—España —murmuró, sin saber bien a quién se lo decía—. España, te he querido tanto. Tanto que me has destrozado. Tanto que me has dado la gloria y la miseria, el poder y el olvido, los amigos y los traidores. España, no sé si algún día volveré a verte. Pero si no vuelvo, no es porque no te quiera. Es porque ya no sé quién soy.

—Eres mi padre —susurró Isabel, que no dormía del todo.

—Eso, hija mía —dijo—. Eso soy. Y nada más.

Y allí, en la penumbra, en algún lugar de la costa de Honduras, cerca del Lago de Guaimoreto, Juan Prim, Presidente y General, desterrado y campesino, muerto oficialmente y vivo por milagro, se quedó dormido con su hija en brazos y una paz en el pecho que no recordaba.

Se fue sin hacer ruido, sin pedir permiso. Ocurrió en la madrugada del 15 de junio de 1871, pocos días después de la llegada de Isabel. El sol aún no había salido, y la selva estaba en ese silencio que precede al alboroto de los loros. Prim dejó de respirar mientras dormía, con Francisca aún abrazada a él, con Isabel en la hamaca contigua, con Juanito roncando en el corredor y Saturnino despertándose de golpe.

—¡General! —dijo, incorporándose—. General, ¿está usted bien?

Francisca abrió los ojos. Notó el peso inerte del cuerpo de su marido, la frialdad de su piel, la ausencia del latido.

—No —respondió Francisca, con una voz que parecía venir de muy lejos—. No, Saturnino. Ya no está.

El cochero se quedó paralizado un instante. Luego, con la misma parsimonia con que rezaba el rosario que Encarna le había metido en el bolsillo, se arrodilló junto a la hamaca y le cogió la mano a Prim.

—General —dijo—, que en paz descanse. Y que la tierra que le acoge sea más benévola que los hombres a los que sirvió.

Javier, que había oído los murmullos, llegó corriendo. Se quedó en la puerta, sin atreverse a entrar. Por un instante, su mente de historiador registró aquello como un dato, como una anécdota más que añadir a sus apuntes. Pero luego vio a Francisca, abrazada al cuerpo de su marido, y supo que ningún dato ni anécdota podría devolverle lo que había perdido.

—Señora —dijo—. Lo siento.

Francisca no respondió. Seguía abrazada a Prim, con los ojos cerrados, queriendo que aquel abrazo pudiera devolverle la vida.

—Mamá —dijo una voz pequeñísima. Isabel, despierta, se había incorporado en la hamaca contigua, con la muñeca de trapo aún en la mano—. ¿Por qué no se mueve papá?

Francisca abrió los ojos. Miró a su hija, la miró largo rato, y luego, con una calma que aterrorizaba más que la desesperación, dijo:

—Porque papá se ha ido, Isabel. Se ha ido a un lugar donde no hay guerras, ni traiciones, ni balas. Se ha ido a descansar.

La niña se quedó callada. Luego, con aquella honestidad que la caracterizaba, preguntó:

—¿Y volverá?

Francisca negó con la cabeza.

—No, hija. No volverá. Pero mientras lo recuerdes, mientras pienses en él, mientras te acuerdes de cómo te abrazó esa noche junto al lago, ... Mientras hagas todo eso, Isabel, papá seguirá vivo dentro de ti.

Isabel no entendió del todo la frase, pero asintió, porque a sus diez años las palabras raras de los adultos solo servían para unirlos más a ellos cuando estaban allí.
Y ahora uno se había ido. Juanito, ya con las entendederas de un adulto, se acercó a su hermana y le puso una mano en el hombro.

—Isabel —dijo—, ahora soy yo el que cuida. Como papá cuidaba. Como mamá cuidará. Estaremos juntos.

Ella apoyó la cabeza en el hombro de su hermano, y lo abrazó con las mismas ganas con que aquella lejana tarde de junio había abrazado a su padre. Y allí, en la penumbra de la madrugada, mientras la selva empezaba a despertar con sus primeros graznidos, la familia Prim despidió a su patriarca sin discursos, sin oraciones, sin nada que no fuera el silencio y el dolor y, también,

ese amor que no se nombra, pero se sabe que existe. Javier, que había vivido el pasado como historiador y ahora lo veía morir como testigo, salió al corredor y se quedó mirando la oscuridad.

—Saturnino —dijo—, ¿qué hacemos ahora?

El cochero encendió un cigarro liado con una mano, dio dos caladas y lo apagó contra la suela de la alpargata.

—Ahora —respondió—, lo que el General nos pidió. Cuidar de los suyos.

Javier asintió. Y los dos se quedaron allí, callados, viendo cómo el horizonte empezaba a teñirse de rosa y de naranja, mientras la luna se escondía por fin tras las palmeras.

Juan Prim, Don Juan Prim, General don Juan Prim, estaba muerto. Lo enterraron en la madrugada del día siguiente, cuando la luna aún no se había ocultado del todo y las estrellas parpadeaban como seres errantes en el cielo. Eligieron un claro de la selva, a media legua de la casa de adobe, donde un árbol de ceiba se alzaba sobre el resto de sus hermanos de ramaje y hoja perenne. La ceiba, sagrada para los antiguos lencas, es testigo mudo de todas las vidas. Sus raíces, enormes y encrespadas como los brazos de un pulpo dormido, se hundían en la tierra húmeda con la misma firmeza con que la conciencia se agarra a los huesos. Ningún cura ofició el responso. Ningún sacerdote alzó la hostia. No hubo cruces de madera, ni coronas de flores, ni discursos. Solo Saturnino cavando la sepultura con la ayuda de Melchor, mientras Javier y Juanito sujetaban las ramas apartadas para que entrara la luz. Francisca observaba con los brazos cruzados, la pulsera de plata de Isabel en la muñeca. Isabel, que lloraba en silencio, no entendía por qué no podían llevar a su padre a México, junto a los abuelos, junto a la casa de la calle de San Francisco. Juanito se lo explicó con ternura.

—Porque aquí encontró la Paz, Isabel. Y a la Paz no se la mueve de sitio. La Paz se queda donde la siembran.

El cuerpo de Prim, envuelto en una sábana blanca que Francisca había bordado con sus propias manos, fue depositado en el fondo de la fosa. Antes de cubrirlo con tierra, Juanito arrojó su libro de latín, el mismo que había traído desde Madrid, aquel con el que se entretuvo en el barco, en Tenerife, en las noches sin luna. No dijo nada. Solo lo dejó caer, como quien devuelve al mar lo que el mar le prestó.

—¿Por qué haces eso? —preguntó su madre.

—Porque papá siempre decía que no se fía de los que releen sus conquistas. Lo que está vivo, se vive. Lo que está muerto, se guarda. Y yo me guardo lo vivido.

Francisca secó sus ojos con el dorso de la mano, sin lágrimas. Saturnino, que había guardado silencio durante todo el entierro, no pudo contener un sollozo.

—Encarna —murmuró, mientras echaba la primera palada de tierra sobre el cuerpo del general—. Encarna, cuando vuelva, te contaré que aquí dejamos a un hombre. Y que aquel hombre, aunque no llevara corona, era más rey que ninguno de los que yo serví en Madrid.

Javier, que no había dejado de mirar la ceiba desde que llegaron, se acercó al tronco y apoyó la palma en su corteza rugosa.

—¿Sabes qué tienen estos árboles? —preguntó, sin esperar respuesta—. Que viven siglos. Muchos siglos. Y son testigos de todo lo que ocurre a su alrededor. Dentro de cien años, de doscientos, de quinientos, esta ceiba seguirá aquí, recordando. Y quien pase cerca, aunque no sepa qué ocurrió, sentirá algo. Una presencia. Un pesar. Una paz. Eso, Saturnino, es la memoria sin palabras.

El cochero asintió y siguió cavando, mientras el sol se alzaba sobre las copas de los árboles y los loros, ajenos a todo, graznaban en la espesura. Los vientos entraban en la costa hondureña tibios y húmedos, con aroma a jazmín y a caña de azúcar. Era el día más triste de todos los que habían compartido y también, quién sabe, el primer día de la quietud. Al caer la noche, cuando todos hubieron regresado a la casa de adobe y solo quedó la ceiba, muda y testimonio, algo se movió entre las sombras. Era un *jaguar*, de pelaje amarillo tan pálido como la carne más blanca, cubierto de manchas negras que parecían amapolas prensadas en pergamino viejo. El animal se acercó a la tumba recién cubierta, olfateó la tierra removida, y se quedó sentado sobre sus cuartos traseros, con la mirada fija en el horizonte. No gruñó. No huyó. Solo se quedó allí. Porque parecía haber encontrado el lugar donde debía estar. Los masones de la Logia Teide, que en sus rituales evocaban la fuerza indómita de la naturaleza, podrían haberlo reconocido como un signo. El jaguar era para ellos símbolo de poder, de discreción y de lealtad sin juramentos. Los hombres pasan y mueren. Pero las selvas, y los jaguares que las habitan, permanecen. Y aquel animal, corpulento y ágil, husmeó el perímetro, marcó el territorio con el raspado de sus uñas en el musgo y se tendió a lo largo de la sepultura, Era su dueño y guardián. Desde aquella noche, el jaguar volvió siempre. No todas las noches, pero sí con la frecuencia suficiente para que los cazadores de la zona aprendieran a respetar aquel claro, a no acercarse, a no profanar lo que él animal protegía.

—Tiene algo —dijo Melchor Zúñiga, una vez que vio al jaguar desde la distancia—. Nos mira. Nos conoce. Y no nos tiene miedo. Sabe que ese hombre que enterramos merece descanso.

—Quizá lo sabe —respondió Javier—. Quizá los dioses de esta tierra, los que los lencas adoraban antes de que llegaran los curas, le han dado la misión de velar por él.

Melchor se santiguó, no por devoción, sino por costumbre.

—Sea lo que sea, don Javier, yo no me acerco. Y si algún forastero pregunta, le diré que no hay nada aquí. Solo selva. Solo animales. Solo olvido.

Javier asintió. Y los dos se alejaron del claro, dejando atrás la ceiba, el jaguar y la tumba anónima de un hombre que había sido presidente y general, y que ahora, al fin, era solo parte de la selva hondureña.

Las generaciones de jaguares que se sucedieron nunca abandonaron aquella costumbre. Los cazadores de la zona guardaron la leyenda como un secreto pasado de boca en boca: en algún lugar de la selva, en los alrededores de la Laguna de Guaimoreto, un pedazo de tierra está protegido por uno de esos felinos. Y quien lo pisa sin necesidad, quien lo altera sin respeto, quien lo profana sin temor, desaparece. No se sabe adónde. Solo que ya nadie lo vuelve a ver.

Los más viejos del lugar, los que aún recordaban a los abuelos de los abuelos, decían que aquel animal cuidaba a un hombre importante, aunque ya nadie supiera quién era.

—Algún día —murmuró Melchor antes de morir, muchos años después—, alguien lo sabrá. Y entonces, ese hombre dejará de estar solo.

Hasta entonces, la ceiba seguiría creciendo. El jaguar, custodiando. Y la selva, con su boca vegetal, guardaría el silencio de los nombres que ya nadie recuerda.

## Capítulo 17: El regreso de Javier Puente

La decisión de regresar no fue fácil, pero fue inevitable. Sin la presencia de Prim, la finca perdía su sentido. Francisca, que siempre había sido el sostén de la familia, fue la primera en hablar.

—No podemos quedarnos —dijo una tarde, mientras recogía los chales que había tejido durante los meses de espera—. Juan se fue. Y aquí, sin él, solo tenemos recuerdos. Los recuerdos, Saturnino, se llevan dentro. No ocupan tierra.

El cochero, que no había vuelto a sonreír desde el entierro, asintió con la cabeza.

—¿Y adónde iremos, señora?

—A España —respondió ella, con una firmeza que no admitía réplica—. España es de Juan. Aunque lo enterraran aquí, su alma está allá. Y yo quiero que mis hijos conozcan el país que su padre intentó cambiar.

Juanito, que ahora tenía catorce años, se quedó callado. Pensó en el libro de latín que había arrojado a la tumba de su padre, y sintió una punzada de nostalgia. Isabel, en cambio, se mostró reacia.

—¿Y México, mamá? ¿Y los abuelos?

—México también —respondió Francisca—. Primero España. Luego México. Y después, quien sabe. Pero ahora, tenemos que despedirnos.

Los preparativos para el viaje duraron una semana. Saturnino vendió las mulas y los burros a Melchor Zúñiga, que los pagó con monedas de oro y una promesa: cuidaría la tumba de Don Antonio, aunque no supiera bien quién era.

—Usted sí sabe —dijo Saturnino, mientras se despedía de la mula Encarna—. Usted sabe quién era. Y yo también. Y con eso basta.

Melchor asintió, y los dos hombres se abrazaron en silencio, porque las palabras, a veces, estorban. Lucía no pudo contener las lágrimas.

—¿Por qué no te quedas? —le preguntó a Javier la última noche, mientras se amaban en la orilla del lago, bajo la luz de la luna llena—. Aquí no te falta nada. Aquí podríamos ser felices.

—No puedo —respondió Javier, apartándole el pelo de la frente—. Mi tiempo está en otro lugar. En otro siglo.

—Y tu tiempo conmigo, ¿qué fue?

—El mejor tiempo de mi vida —dijo él, y era verdad—. Pero no puedo quedarme. No pertenezco a esta época.

Lucía no respondió. Se limitó a abrazarlo con más fuerza, a besarlo con más deseo, a intentar que aquella noche durara para siempre. Pero ninguna noche dura para siempre. Y cuando el sol asomó por el horizonte, Javier se despidió de ella con un beso en la frente y una promesa que sabía que no podría cumplir.

—Volveré —dijo, aunque ambos sabían que era mentira.

—No vuelvas —respondió ella, secándose las lágrimas con el dorso de la mano—. Vete, pero no vuelvas. No quiero que me veas envejecer.

Javier se fue sin mirar atrás, porque sabía que, si miraba, se quedaría. Y quedarse no era una opción. Aquella misma mañana, la comitiva se reunió en el muelle de Puerto Castilla. Un barco mercante inglés, el «Elizabeth», los llevaría primero a La Habana, luego a Cádiz. Francisca llevaba a Isabel de la mano. Juanito, ya un adolescente, cargaba el bolso de viaje de su madre y la escopeta de Prim, que nadie había querido dejar atrás. Saturnino iba el último, con el zurrón a la espalda y un cigarro liado en los labios.

Javier, a su lado, miraba el horizonte.

—¿Cree que volveremos a ver este lugar? —preguntó.

—No lo sé —respondió Saturnino—. Pero yo no lo olvido. Se lo contaré a la Encarna, a mis hijos, a los nietos si los tengo. Les diré que aquí, en este rincón del mundo, aprendí que la vida es más grande que el miedo.

—¿Y lo es? —preguntó Javier.

—Pues claro que lo es —dijo Saturnino, apretando el zurrón contra el pecho—. Si no, no habríamos sobrevivido.

El barco zarpó con la marea alta. La silueta de la costa hondureña se fue empequeñeciendo hasta convertirse en una línea verde en el horizonte, luego en un punto, luego en nada.

Francisca no lloró. Isabel, en cambio, sí. Juanito la abrazó y la consoló con palabras que ella no entendía, pero que le llegaban al corazón.

—No llores, Isabel —dijo—. Honduras no se olvida. Papá se quedó aquí para recordárnoslo siempre.

—Pero yo no quería que se quedara —respondió ella, con la voz quebrada—. Yo quería que viniera con nosotros.

—Él ya está con nosotros —dijo Juanito, poniéndole una mano en el pecho—. Aquí. Y en la selva. Y en el jaguar que vela por él. Y en cada vez que mires al mar y recuerdes.

Isabel dejó de llorar. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano y se quedó mirando el horizonte, donde el agua se fundía con el cielo.

—Adiós, papá —murmuró—. Adiós, ceiba. Adiós, jaguar.

Y el barco siguió su rumbo, mientras la costa se perdía en la bruma. El viaje de regreso fue más tranquilo que la ida. El mar, quizá por compasión, se mostró manso. No hubo tormentas, ni fiebres, ni espías. Solo días de sol, tardes de brisa suave y noches estrelladas donde Javier se sentaba en la popa a mirar el cielo. Una de aquellas noches, Saturnino se acercó a él.

—Don Javier, ¿usted de verdad va a volver a su tiempo?

—Sí —respondió Javier—. En Cádiz me separaré de ustedes. Tengo que regresar a Madrid, a mi despacho, a mi vida.

—¿Y cómo va a hacer eso?

Javier sonrió. No podía explicarle que el fenómeno cuántico se repetiría[4], que una tormenta de neutrinos bastaría para devolverlo a 2024. No podía explicarle que su cuerpo de 1871 desaparecería y que él despertaría en su propio siglo, sentado frente al ordenador.

—Tengo mis métodos —dijo al fin—. No se preocupe.

Saturnino se encogió de hombros.

—Usted sabrá, don Javier. Pero si algún día necesita un cochero, ya sabe dónde encontrarme. En la calle de Amaniel, frente a la iglesia de San Bernardo. Allí vive la Encarna. Allí estaré yo, si Dios quiere.

Javier asintió. Sabía que nunca volvería a ver a Saturnino. El tiempo, pensó, era un río que no se remonta. Pero aquel hombre, con sus manos callosas y su lealtad infinita, se quedaría para siempre en su memoria.

—Gracias, Saturnino —dijo—. Por todo.

—No hay de qué, don Javier —respondió el cochero, levantándose—. Usted también fue de los nuestros.

Y se fue a la bodega, donde la mula Encarna ya no estaba, pero el recuerdo de ella seguía vivo. Francisca, mientras tanto, pasaba las tardes enseñando a Isabel a tejer. Le hablaba de su padre, de cómo era antes de la fiebre, de cómo había llegado a ser Presidente, de cómo había tenido que huir para salvar la vida.

—¿Y por qué no se quedó? —preguntó Isabel—. ¿Por qué no luchó?

[4] Si el lector no lo hizo antes, quizás ahora sea un buen momento para recordarle que existe el Anexo I, en el que se cuentan todos los detalles de la vida de Javier Puente. Entre ellos, el fenómeno cuántico que da base científica a los relatado en la novela.

—Porque ya no podía luchar —respondió Francisca—. Había luchado demasiado. Y los hombres que luchan demasiado, al final, solo quieren descansar.

Isabel asintió, aparentando que entendía.

—Mamá —dijo—, ¿tú crees que papá fue feliz aquí?

—Sí, hija —respondió Francisca, con una sonrisa triste—. Creo que fue más feliz aquí que en ningún otro lugar. Aquí no tenía que ser nadie. Solo él. Y eso, Isabel, es la mayor felicidad que un hombre puede tener.

La niña se quedó callada, mirando el mar.

—Entonces —dijo al fin—, yo también quiero ser feliz como papá.

—Lo serás —respondió Francisca—. Lo serás.

Llegaron a Cádiz una mañana de finales de julio. El sol de aquel verano, implacable, abrasaba desde las primeras horas del día. El olor a pescado y a salitre se mezclaba con el de las flores de naranjo, que aún perfumaban el aire. Saturnino fue el primero en bajar. Se arrodilló en el muelle, besó el suelo y se santiguó.

—Encarna —murmuró—. Encarna, ya estoy aquí. Ya he vuelto.

Los demás lo miraron con una mezcla de respeto y ternura.

—Vámonos —dijo Francisca, cogiendo a Isabel de la mano—. Tenemos que encontrar una fonda donde pasar la noche.

—Yo no —dijo Saturnino, incorporándose—. Yo me voy a Madrid. Hay un tren que sale esta misma tarde. Y la Encarna me espera.

—¿No quiere descansar, Saturnino? —preguntó Javier.

—He descansado bastante en Honduras —respondió el cochero—. Ahora quiero ver a mis hijos. A los ocho. A la Encarna. Quiero que sepan que su padre ha vuelto.

Francisca le tendió una bolsa de monedas.

—Tome, Saturnino. Para el viaje. Y para la familia.

El cochero la rechazó con un gesto de la mano.

—No, señora. Usted necesita ese dinero más que yo. Yo con lo que tengo, llego.

—No discuta, Saturnino —insistió ella—. Es un regalo. Por su lealtad. Por su amistad. Por todo.

Saturnino cogió la bolsa, la sopesó en la mano y la guardó en el zurrón.

—Gracias, señora —dijo—. Y si algún día necesita un cochero, ya sabe dónde encontrarme.

—Lo sé —respondió ella—. Ahora vaya. Que la Encarna no puede esperar.

Saturnino se fue calle arriba, con el paso firme de quien ha cumplido una misión y solo quiere regresar a casa. No miró atrás. No hizo falta. Javier se despidió de Francisca, de Juanito, de Isabel.

—¿De verdad no puede venir con nosotros, don Javier? —preguntó el muchacho.

—No, Juanito. Mi lugar está en otro tiempo.

—¿Y le volveremos a ver?

Javier sonrió. Sabía que no. Pero no quiso romperle el corazón.

—Algún día —mintió—. Algún día nos volveremos a ver. En un libro, quizá. O en un sueño.

Juanito asintió. Isabel se abrazó a él sin soltarlo.

—No se vaya, don Javier —dijo, con la voz quebrada—. Quédate con nosotros.

—No puedo, Isabel —respondió Javier, acariciándole el pelo—. Pero te prometo que nunca te olvidaré. Y tú, cuando crezcas, recuerda que tu padre fue el hombre más valiente que he conocido.

—Lo recordaré —dijo ella, secándose las lágrimas—. Lo prometo.

# Epílogo

El tren hacia Madrid no tardaría en salir. Pero Javier no quería cogerlo. Él quería regresar a su tiempo. Buscó un rincón apartado, se sentó en un banco de madera y cerró los ojos. Recordó las instrucciones que el CERN le había dado: cuando el tiempo volviera a torcerse, él lo sabría. Sentiría un escalofrío, un vacío en el estómago, y luego despertaría. Esperó. Y esperó. Y esperó. Nada ocurrió.

—Maldita sea —murmuró—. ¿Y ahora qué?

Pasaron los días. Javier vagó por Cádiz, por Sevilla, por Madrid. Buscó un trabajo, lo encontró, lo perdió. Vivió como pudo, con la angustia de saber que su siglo le había expulsado y que quizá nunca volvería. Una noche, mientras dormía en una pensión madrileña de mala muerte en la calle de la Luna, sintió que el suelo se abría bajo sus pies. No era un terremoto. Era una vibración, un temblor, una sacudida que le recorría el cuerpo de la cabeza a los pies. Abrió los ojos. La habitación había desaparecido. Solo había luz. Una luz blanca, cegadora, que lo envolvía todo.

—Javier —dijo una voz, que podía ser la suya o la de otro—. Javier, es hora.

Y entonces, el vacío. Despertó en su despacho de la Universidad Carlos III de Madrid, con la cara pegada al teclado del ordenador y el reloj de pared marcando las 11:47 de la mañana del 15 de marzo de 2026. La taza de café, junto al teclado, aún humeaba.

—¿Cuánto tiempo he estado fuera? —preguntó en voz alta, aunque no había nadie para responderle.

Los archivos de la Carlos III seguían igual. La página web www.uc3m.es estaba tal y como la recordaba. Y en la estantería de su biblioteca personal, los mismos libros de historia ocupaban los mismos lugares. Nadie, absolutamente nadie, sabía lo que él había vivido.

—¿Estoy loco? —se preguntó, mientras se ponía las gafas de pasta negra.

Pero la respuesta no llegó. Y entonces lo recordó. El manuscrito. El libro de Juanito. Aquella *Crónica de los Años Perdidos* que el hijo de Prim había escrito a la vuelta de Honduras y que, según la tradición familiar, había llegado a Barcelona muchos años después. Tenía que encontrarlo. Javier solicitó una excedencia en la universidad, alegando “motivos de investigación personal”. Sus compañeros de departamento levantaron las cejas, pero nadie preguntó demasiado. En el fondo, siempre lo habían considerado un excéntrico. Se instaló en Barcelona,

en una pensión del barrio Gòtic, y se dedicó a buscar. Consultó archivos, librerías de viejo, catálogos de subastas. Durante meses no encontró nada. Hasta que una tarde, en la librería El Alquimista, en la calle del Comte d'Urgell, un librero de barba canosa y gafas de media luna le enseñó un manuscrito encuadernado en piel granate, con el lomo agrietado y las letras doradas desvaídas.

—Esto llegó aquí hace años —dijo el librero—. No sé quién lo trajo. Pero lleva dentro una historia muy extraña.

Javier abrió el manuscrito. La primera página decía:

"De cómo llegamos a estas tierras sin saber muy bien por qué"

Y luego, más abajo, con una caligrafía menuda:

"Mi padre llegó a Honduras a bordo de una goleta inglesa, con mi madre, conmigo y con un extraño llamado Javier Puente, que decía venir del futuro."

Javier cerró el libro. Las lágrimas le corrían por las mejillas, y no hizo nada por secarlas.

—¿Cuánto quiere por él? —preguntó.

—Cien euros —respondió el librero, encogiendo los hombros—. No sé muy bien lo que es, pero tiene su antigüedad.

Javier pagó, salió a la calle y se quedó mirando el manuscrito bajo la luz del sol. En la portada, alguien había escrito a lápiz una fecha: "1915". Era el libro. El libro de Juanito. El libro que él había inspirado sin saberlo. El libro que ahora cerraba el círculo. Aquella noche, en la pensión, Javier leyó el manuscrito de principio a fin. Lloró, rió, volvió a llorar. Descubrió su nombre en varias páginas, y la historia de cómo había salvado a Prim, y la de cómo había amado a Clara en Tenerife, y la de cómo se había despedido de Lucía en Honduras. Y al final, en la última página, leyó una frase que le heló la sangre:

*"En este libro está la verdad. Y la verdad, amigos míos, es que la historia no es la que escriben los generales, sino la que sobrevive en las cartas de los cocheros, en las memorias de los hijos, en los libros que nadie publica, pero alguien, alguna vez, encuentra."*

Javier cerró el manuscrito. Lo apretó contra el pecho. Y supo que, aunque nadie le creyera, aunque nunca pudiera demostrar que había viajado en el tiempo, aquel libro era su prueba. Su única prueba. Su único consuelo.

—Juanito —murmuró—. Gracias.

Y en aquel instante, mientras la noche caía sobre Barcelona y las farolas de la calle Comte d'Urgell se encendían, Javier Puente, doctor en Historia, viajero del tiempo, amigo de generales y de cocheros, amante de mujeres que ya no viven, sintió que el círculo se cerraba. No había principio ni fin. Solo un bucle, una parábola, un lazo de Möbius que se alimentaba de sí mismo. Todo había empezado con aquel libro. Todo terminaba con él. Y mientras el tiempo siguiera girando, mientras alguien, en algún lugar, abriera sus páginas y leyera, la historia de Juan Prim, el general que no quiso morir, seguiría viva. Como la ceiba de Honduras. Como el jaguar que la custodia. Como el amor de una familia que, al fin, había encontrado la Paz.

Y aquí llegamos al meollo, a la paradoja que sostiene la novela y que el manuscrito de Juanito revela sin pretenderlo. Javier Puente, el historiador del futuro, no viajó al pasado por casualidad. Tampoco por un accidente en el CERN, como cabría deducir después de la lectura del Anexo I, que se le desarrolla en la novela.

¿Javier viajó al pasado porque había leído el libro de Juanito? Puede que no exista un antes y un después en la vida de Javier Puente. Algo muy difícil de entender y también muy difícil de explicar.

Quizás viajó al pasado porque alguien —un bibliófilo anónimo, un librero de viejo, un primo lejano de los Muntadas-Prim— puso en sus manos aquel manuscrito titulado *Crónica de los Años Perdidos*.

En un primer momento, Javier no supo valorarlo. Lo leyó como quien lee una curiosidad de anticuario, una rareza sin valor comercial.

Pero algo se quedó grabado en su memoria: la descripción de un hombre llamado Javier Puente que en 1870 había salvado a Prim.

—Ese soy yo —.

Y a partir de aquella lectura, su vida tomó un rumbo obsesivo. Se doctoró en Historia Contemporánea, escribió su tesis sobre el magnicidio, colaboró con el CERN, se expuso a la tormenta de neutrinos... todo, sin saberlo, para cumplir un destino que ya estaba escrito en las páginas del libro de Juanito. La paradoja temporal.

Porque el círculo cuántico funciona así:

1. Javier lee el manuscrito de Juanito en su juventud.

2. El manuscrito le inspira a dedicar su vida a estudiar a Prim.

3. Esa dedicación le lleva a colaborar con el CERN, sin que exista aparentemente motivación racional – como si fuera una casualidad y no una causalidad -.

4. Viaja al pasado. En el pasado, salva a Prim y convive con Juanito.

5. Juanito, años después, escribe el manuscrito contando la historia de Javier.

6. El manuscrito sobrevive al tiempo, llega a Barcelona, y Javier lo encuentra.

No hay principio ni fin. No hay causa anterior a la causa. Es un bucle, un lazo, un círculo que se alimenta de sí mismo. Ahora, Javier Puente, de regreso en su piso de Madrid, mira el manuscrito abierto sobre la mesa. La última página, la que escribió Juanito con mano temblorosa, contiene una frase que Javier lleva días repitiéndose:

"*Si has llegado hasta aquí, lector anónimo, es porque el círculo no se ha roto. Cuídalo. Que la historia necesita que la mantengamos viva.*"

Javier cierra el libro, apaga la lámpara y se asoma a la ventana. Afuera, Madrid sigue siendo Madrid: ruidosa, contradictoria, hermosa. Las farolas eléctricas han sustituido a las de gas, los coches a los caballos, los móviles a los mensajeros de a pie. Pero el círculo sigue intacto. Alguien, en algún lugar —quizá una lectora en su sillón, quizá un estudiante en una biblioteca, quizá alguien que aún no ha nacido—, abrirá un día este libro y sentirá el vértigo de la paradoja. Y entonces, el círculo volverá a empezar. Porque la historia, como el tiempo, no es una línea recta. Es un carruaje que avanza por calles adoquinadas, conducido por un cochero fiel, con un General que huye de su muerte y un niño que escribe lo que vio.

Fin (o principio).

# Anexos

# Anexo 0: (Re)Descubriendo a Juan Prim. El hombre, el mito y la muerte que nunca terminó de serlo

*Este apartado ha sido redactado para servir de guía a aquellos lectores que se acercan por primera vez a la figura de Juan Prim, y también como recordatorio para quienes ya conocen su historia, pero desean tener a mano los datos esenciales mientras recorren las páginas de esta novela. No pretende ser un estudio exhaustivo, sino una llave de acceso.*

1. Quién fue Juan Prim y Prats

Juan Prim nació en Reus (Tarragona) el 6 de diciembre de 1814, en el seno de una familia de tradición militar. Su padre, Pablo Prim y Estapé, había sido notario, oficial del Ejército durante la Guerra de la Independencia y más tarde comandante de un batallón de voluntarios. De él heredó una temprana vocación por las armas, y quizá también por las ideas liberales que luego marcarían su carrera.

A los veinte años ya era oficial. A los veintiséis había participado en treinta y cinco acciones de guerra, casi todas ellas en el frente carlista, donde ascendió hasta coronel. Su hoja de servicios, sin embargo, no se agotaba en el campo de batalla. Fue diputado por Tarragona en 1841, gobernador de Barcelona en 1843, y entre 1847 y 1848 ocupó el cargo de gobernador y capitán general de Puerto Rico. Décadas después, ya en la cúspide de su carrera, sería ministro de la Guerra, presidente del Consejo de Ministros y el principal artífice de la llegada de Amadeo de Saboya al trono de España.

Era un hombre de contrastes. Liberal convencido, masón de origen, sus enemigos le acusaban de ambicioso y autoritario; sus partidarios, en cambio, le dibujaban como un militar de valor temerario y un político sin dobleces. Su credo personal se resumía a menudo en tres palabras: "Libertad, Democracia y Monarquía" —un ideal de difícil encaje en la convulsa España del siglo XIX, pero que él defendió con la misma pasión con la que cargaba contra las líneas enemigas.

Como general, su momento más brillante llegó en la guerra de África (1859-1860). Al mando de la vanguardia del ejército expedicionario, Prim asaltó los fuertes de los Castillejos y obtuvo una victoria que le valdría el título nobiliario de marqués de los Castillejos. Desde entonces, su fama militar se extendió por toda España. Era el general valiente, el que arriesgaba su vida, el que encabezaba las cargas en lugar de dirigirlas a salvo desde la retaguardia.

En la política, su mayor empresa fue la Revolución de 1868, conocida como la «Gloriosa», que destronó a Isabel II y abrió un periodo constituyente. Prim se convirtió en el líder indiscutible de los revolucionarios, y de sus gestiones en las Cortes surgió la Constitución de 1869, una de las más avanzadas de su tiempo, que establecía la soberanía nacional, la libertad de cultos y una

amplia declaración de derechos. Fue entonces cuando Prim emprendió su proyecto más ambicioso: buscar un nuevo rey para España, un monarca constitucional que aceptara gobernar sin imponer su voluntad sobre la de las Cortes. Tras sopesar varias candidaturas, se decantó por Amadeo de Saboya, un príncipe italiano de ideales liberales que juraría la Constitución antes de pisar suelo español. La misma noche en que fue tiroteado en la calle del Turco, Prim tenía encima de la mesa la orden de comunicar a Amadeo su nombramiento. No llegó a enviarla.

## 2. El atentado de la calle del Turco (27 de diciembre de 1870)

Todo ocurrió al anochecer, en una fría noche del invierno madrileño. Al salir del Congreso de los Diputados, Prim subió a su berlina acompañado de sus ayudantes. La calle del Turco —hoy del Marqués de Cubas— estaba oscura y nevaba. Cuando el coche giró, dos carruajes cruzados bloquearon el paso. Entre ocho y doce hombres se abalanzaron sobre la berlina, abrieron la portezuela y descerrajaron varios disparos de trabuco sobre el presidente. Las heridas fueron graves: una bala destrozó su hombro izquierdo, otra fracturó su codo y perdió casi en el acto el dedo anular de la mano derecha al intentar protegerse el rostro. Tres días más tarde, el 30 de diciembre, fallecía, según la versión oficial, en su residencia del palacio de Buenavista. Por septicemia derivada de las heridas, se dijo. La noticia conmocionó a España y, cuando se vuelve a revisar el tema, sigue conmocionando, porque no quedaron claras muchas cosas. Algunas incógnitas, no todas, quedarán desveladas en esta novela que, por primera vez aborda los hechos desde una perspectiva nueva y diferente a la interpretación academicista, clásica o profesional.

## 3. Los debates históricos: ¿cómo murió realmente?

A lo largo de los años, la muerte de Prim se ha convertido en un misterio tan enrevesado como la trama de una novela de conspiración. Los debates no han cesado y, lo que resulta más extraño, han involucrado a forenses, historiadores y periodistas en una controversia que mezcla ciencia, política y memoria.

- *La versión oficial (septicemia):* La narrativa convencional sostiene que, pese a la gravedad de las heridas, Prim no estaba en peligro de muerte inmediato. Los médicos le amputaron el dedo anular y vendaron sus fracturas, y durante cuarenta y ocho horas evolucionó favorablemente. Fue entonces cuando sobrevino una infección que le produjo septicemia, y su estado se agravó hasta causarle la muerte tres días después.

- *La teoría del estrangulamiento a lazo:* En el siglo XXI, un equipo forense encabezado por la antropóloga María del Mar Robledo y el criminalista Ioannis Koutsourais examinó el cuerpo momificado de Prim. Sus hallazgos fueron inquietantes: las vértebras cervicales presentaban marcas «compatibles con un posible estrangulamiento a lazo» y el cadáver mostraba signos de haber sido manipulado. Su conclusión fue que alguien había

rematado al general en su lecho de muerte, tras el atentado, y que los partes médicos habían sido manipulados.

- *La respuesta oficial (el contraataque académico):* La Sociedad Bicentenario General Prim 2014, impulsada por la Universidad Carlos III de Madrid, encargó un segundo estudio forense. Sus conclusiones fueron categóricas: no existía «ningún elemento que indicase la existencia de una violencia ejercida en vida sobre la zona cervical». Prim murió a causa de la infección de las heridas. La polémica, lejos de cerrarse, se avivó entonces entre dos equipos científicos, cada uno defendiendo sus postulados con denuedo y con argumentos a menudo irreconciliables.

*¿Quién lo mató?* Más allá de la causa directa de la muerte, la autoría intelectual del atentado ha sido objeto de debate. Durante décadas se culpó a los republicanos exaltados, en particular a José Paúl y Angulo. Sin embargo, en *tiempos* recientes investigadores como José María Fontana y Alfredo Redondo han mostrado que esa versión podría ser una falsedad interesada. Sus pesquisas apuntan a una conspiración de mayor calado, impulsada por el regente Francisco Serrano y su círculo, a quienes interesaba eliminar en un mismo movimiento a Prim y a los republicanos. El duque de Montpensier, cuñado de la reina Isabel II, también ha figurado entre los sospechosos. Hasta hoy, el magnicidio seguía sin resolverse. Ahora tendremos una respuesta.

4. El legado de Prim y el hilo del que cuelga esta novela

La premisa central de esta novela —y el motivo por el que alentamos al lector a sumergirse en ella— es otra. Parte de una hipótesis audaz, aunque no completamente descabellada:

¿Y si Prim no hubiera muerto en Madrid? ¿Y si aquel cadáver que fue enterrado con honores no fuera el suyo? ¿Y si, con la ayuda de un viajero inesperado, el general hubiera escapado a tiempo y vivido oculto durante décadas en un rincón olvidado del mundo?

Esta conjetura no surge de la pura imaginación, sino de las fisuras que la propia historia nos ha legado: *la falta de transparencia de los partes médicos, la desaparición del certificado de la primera autopsia, la urgencia con la que se cerró el caso y la evidencia forense que todavía hoy divide opiniones entre los especialistas*.

«*Crónicas de los años perdidos*» no descarta que Prim muriera en su cama el 30 de diciembre de 1870. Lo que propone es una posibilidad alternativa: que el poder de la ficción pueda, por una vez, torcer el brazo al poder establecido y conceder a este soldado de ideales inciertos la vida que la realidad le escatimó. El general Prim sigue vivo en estas páginas.

# Anexo I: Javier Puente. El hombre que vino del futuro

1. Ficha personal (año 2024)

Nombre completo: Javier Puente Aranguren

Fecha de nacimiento: 12 de marzo de 1987 (37 años en 2024)

Lugar de nacimiento: San Sebastián, España

Residencia: Madrid, barrio de Chamberí

Profesión: Historiador especializado en siglo XIX español, profesor titular en la Universidad Carlos III

Estado civil: Divorciado (sin hijos)

Rasgos físicos: 1,78 m, complexión delgada, pelo castaño oscuro con canas prematuras en las sienes, ojos verdes claros, usa gafas de pasta negra para leer. Viste informal, pero con pulcritud (chaquetas de tweed, jerséis de cuello alto).

Rasgos de personalidad: Metódico, escéptico, irónico en situaciones de estrés, con tendencia a la soledad reflexiva. Tiene un leve trastorno de ansiedad controlado con ejercicio. Es valiente cuando la razón lo exige, pero no impulsivo.

2. Trayectoria académica y profesional

- 2005-2009: Titulado en Historia en la Universidad de Salamanca. Premio extraordinario.

- 2009-2012: Máster en Historia Contemporánea en la UCM. Su tesis sobre "La red clientelar de Juan Prim en el Sexenio Democrático" ya muestra una obsesión temprana por el general.

- 2012-2015: Doctorado. Tesis: "El magnicidio que cambió España: nuevas fuentes forenses sobre la muerte de Prim". La defiende con sobresaliente y recibe el premio extraordinario de doctorado.

- 2016-2024: Profesor ayudante en UCM y luego titular en el Departamento de Humanidades de la Universidad Carlos III de Madrid, UC3M. Ha publicado una decena de artículos en revistas especializadas y un libro académico: "Las tres muertes de Prim: forenses, conspiraciones y silencios" (2022, editorial Sílex), que tuvo buena acogida en el ámbito universitario, pero no fue un éxito de ventas.

3. ¿Por qué Javier Puente?

- Origen presunto de la fascinación: A los 12 años, su abuela materna (Pilar Aranguren, ya fallecida) le regaló un ejemplar de segunda mano de "*Yo, JUAN PRIM*" de Cristóbal Zaragoza. La novela lo atrapó. Leyó el libro siete veces.

- El misterio familiar: Su tatarabuelo, Andrés Puente, fue secretario personal del General Serrano en 1870. Javier descubrió en el archivo familiar unas cartas cifradas que insinúan que Serrano ordenó el asesinato. Esta revelación lo impulsó a dedicar su carrera a desentrañar el magnicidio.

- Lo que Javier sabe de Prim (conocimiento histórico real, año 2024):

- Sabe que Prim fue tiroteado el 27 de diciembre de 1870 en la calle del Turco.

- Conoce las teorías sobre el estrangulamiento a lazo y la suplantación en su lecho de muerte.

- Ha leído a Pérez Abellán, Robledo y Koutsourais. Está convencido de que Prim fue rematado en la cama horas después del atentado.

- Sabe los nombres de los conspiradores más probables: Serrano, el duque de Montpensier, los republicanos de Paúl y Angulo, y los mercenarios norteamericanos del sobre lleno de dólares.

- Lo que NO sabe (y descubrirá después): que su propio tatarabuelo Andrés Puente estuvo en la calle del Turco esa noche, no como secretario de Serrano sino como uno de los tiradores. Javier ignoraba este dato porque las cartas estaban en clave y no las descifró por completo hasta después del viaje.

4. El fenómeno cuántico que permite el viaje

No es magia ni una máquina del tiempo steampunk. Es un accidente científico:

- Antecedentes: En 2023, Javier colaboró como asesor histórico en un proyecto del CERN (Organización Europea para la Investigación Nuclear) sobre "fluctuaciones temporales inducidas por partículas de alta energía". El proyecto buscaba replicar en laboratorio los llamados "ecos cuánticos" que algunos físicos teorizan como ventanas a otros tiempos.

- El experimento fallido: El 23 de diciembre de 2024, Javier acude a las instalaciones del CERN en Ginebra para presenciar una prueba. Un fallo en los sistemas de contención de un acelerador de partículas experimental (el Chronos-1) provoca una tormenta de neutrinos retrógrados. Javier, que estaba demasiado cerca de la cámara de observación, recibe una exposición directa.

- El efecto: Su conciencia no viaja físicamente, sino que se superpone a la de su propio "doble cuántico" en el pasado. ¿Existe un Javier Puente en 1870? No, pero el campo cuántico encuentra un "anclaje" en la figura de un hombre que aparentemente murió esa noche en Madrid. Un joven periodista republicano llamado Javier Puerta. Al casi coincidir nombres, fechas y lugar, la conciencia de Javier 2024 se instala en el cuerpo de Javier Puerta la noche del 26 de diciembre de 1870.

- Reglas del viaje (descubiertas sobre la marcha):

1. El "anfitrión" histórico (Javier Puerta) desaparece; su conciencia es suplantada.

2. Javier conserva todos sus recuerdos del siglo XXI, pero también accede a algunos recuerdos parciales de Puerta (como quiénes eran sus contactos republicanos).

3. El viaje es unidireccional (no puede regresar por sí mismo) pero puede haber "ecos" que lo devuelvan brevemente si el tiempo se resquebraja.

4. Cualquier cambio importante en el pasado genera una nueva línea temporal. La línea original (donde Prim muere) sigue existiendo en paralelo, pero Javier no puede volver a ella. Él vive en la nueva línea.

5. El equipaje que Javier lleva al pasado

- En su mente (lo más importante): todos los conocimientos históricos, forenses y biográficos sobre Prim y la época.

- En sus bolsillos (lo que vestía Javier Puerta, no lo que llevaba él): un reloj de bolsillo roto, 20 pesetas en monedas, una carta de presentación del círculo republicano, una llave pequeña (sin identificar), y un pañuelo de tela.

- Un objeto anacrónico accidental: las gafas de pasta negra que Javier llevaba puestas en el CERN. Al viajar, las gafas se materializan en el bolsillo de su chaqueta de 1870, envueltas en una tela extraña. Este objeto será clave en la trama (Prim las reconocerá como algo "no de este tiempo").

6. El conflicto interno de Javier

- Miedo al cambio irreversible: Sabe que, si salva a Prim, España podría no tener la Restauración borbónica, quizá ni la República de 1931, quizá ni la Guerra Civil. ¿Está dispuesto a borrar todo un siglo de historia?

- La culpa del historiador: Su obsesión por Prim le ha costado su matrimonio (su exmujer, Laura, le reprochaba vivir más en el siglo XIX que con ella). Durante el viaje, recuerda constantemente la última discusión: "Tú quieres más a un muerto que a mí".

- La tentación de quedarse: A medida que avanza la novela, Javier siente que en 1870 encuentra un propósito que le faltaba en 2024. ¿Querrá realmente regresar?

## Anexo II: Zorrilla. Manuel Ruiz Zorrilla

Edad en 1870: 37 años

Cargo: ministro de Fomento, líder del Partido Radical, mano derecha política de Prim

Rasgos físicos: Barba negra y espesa, calva incipiente, ojos pequeños y penetrantes, manos siempre en movimiento. Viste de negro riguroso, como un pastor protestante

Personalidad: Idealista hasta la obsesión, retórico brillante, desconfiado, con un punto de crueldad fría cuando se siente traicionado. En público es afable; en privado, cortante

Relación con Prim: Le debe todo (Prim lo sacó del exilio), pero lo admira con rencor. Sabe que sin el general no es nadie, pero ansía el día en que no necesite su sombra.

Secreto: Zorrilla tuvo contactos con los republicanos exaltados que, supuestamente, planearon el atentado. No dio la orden, pero no la impidió. Creyó que Prim sobreviviría y que el atentado le granjearía simpatías. Cuando el plan se torció, se volvió cómplice del encubrimiento.

# Anexo III: Saturnino. El cochero de Prim

## 1. Ficha personal

Nombre completo:  Saturnino Sánchez

Apodo: "Satur" (para su familia y las personas de absoluta confianza; Prim le llama así). Prim sólo le llamaba Saturnino en contadas ocasiones, cuando quería darle alguna instrucción precisa y técnica; fuera de la relación coloquial habitual.

Edad en 1870: 42 años

Lugar de nacimiento: Villaluenga de la Sagra, provincia de Toledo

Residencia en Madrid: Calle de Amaniel n.º 17, un cuarto interior en el barrio de las Maravillas (hoy Universidad, distrito Centro). Vivía allí con su mujer y sus ocho hijos en dos habitaciones, él, con su mujer, en una; los niños apilados en la otra.

Estado civil. Casado con Encarnación (Encarna) "la Sargenta", una mujer de carácter, como su apodo indica. Se conocieron en una romería a la Virgen de la Merced y se casaron en 1848.

Hijos ocho: Custodia, Marcelina, Saturnina (Satur), Julián, Marcelino, Saturnino (hijo), Pacífico y Baldomero. Las tres chicas ya trabajan en casas de familias acomodadas. Los tres mayores ayudan a su padre en las cuadras o en el mercado. Los dos pequeños están todavía en la escuela de los padres escolapios. Ocho bocas que alimentar, más la suya y la de su esposa.

Rasgos físicos: Bajo, macizo, con manos de callos perpetuos. Bigote hirsuto de color indefinido entre el castaño y el gris prematuro. Fuma cigarrillos liados con una mano mientras con la otra sujeta las riendas. Tiene una cicatriz en la ceja izquierda —se la hizo un caballo en 1858— y la considera su medalla de honor.

Vestimenta: Chaqueta de pana gastada, chaleco de lana de oveja, botas de cuero curtido con suelas recosidas tres veces. En días de gala, se pone un sombrero de copa que le regaló Prim y que solo usa en las grandes ocasiones.

## 2. Rasgos de personalidad

Fiel: Lealtad a prueba de bombas. Saturnino es de los que se callan, obedecen y, si hace falta, echan el cuerpo. A Prim le protegería con su propia humanidad. Ya lo ha hecho más de una vez sin necesidad de que se lo pidieran.

Honesto hasta la médula: Nunca ha robado una peseta, ni un cigarro, ni un beso a la cocinera. En un Madrid de chanchullos y favoritismos, Saturnino es una rareza: un hombre honrado. Prim lo sabe y por eso lo quiere.

Sencillo como antes era el pan de pueblo: No entiende de política ni le interesa. Él ve un General, un Presidente, un hombre que paga a fin de mes y le trata con decoro. Eso le basta. Cuando oye

hablar de "revoluciones", "constituyentes" y "diputados", arquea una ceja y sigue frotando el cuero de los arreos.

Muy diestro en el manejo de calesas y caballos: Ha trabajado desde los doce años en las cuadras de la nobleza madrileña. Sabe de frenos, de guarnicionería, de herraduras y, sobre todo, de caballos y de mulas. Conoce a cada animal por su nombre, por su vicio y por su semana de celo. Domina la calesa con una pericia que parece innata: sabe cuándo apretar el paso, cuándo aflojar, cuándo ladear en una calle embarrada y cuándo parar en seco porque ha olido el peligro antes que nadie. Su fama entre los cocheros de Madrid es legendaria.

Callado como una tumba (necesario para el cargo): Sabe guardar secretos porque su vida depende de ello. En los carruajes se habla de todo: de conspiraciones, de amores prohibidos, de traiciones. Saturnino oye, asiente y nunca, jamás, repite una palabra.

Sarcástico con los que se lo merecen: Con los lacayos engreídos y los ministros de boquilla gasta una ironía seca que pasa desapercibida para ellos pero que hace reír a los mozos de cuadra. "Su excelencia prefiere que le subamos antes de que anochezca —dijo una vez al duque de Montpensier—, que los caballos también tienen derecho a cenar".

Saturnino nació en Villaluenga de la Sagra, un pueblo de secano y polvo, donde la vida se medía en cosechas de trigo y cebada. La Sagra era entonces —y, a duras penas, trata de seguir siendo— una comarca agrícola de secano, dedicada sobre todo al cultivo de cereales en una tierra arcillosa que retiene el agua y exige un conocimiento profundo del ciclo. Saturnino aprendió a arar antes que a escribir. Nunca llegó a escribir del todo.

Sus padres, Custodio Sánchez (ya difunto), jornalero del campo, y Saturnina Rubio (viva, en el pueblo, con 72 años y la entereza de una encina), le enseñaron dos cosas: a no robar y a no quejarse.

Pero la tierra de la Sagra es mezquina. Las sequías, las heladas tempranas, las cosechas perdidas. En 1846, después de tres años de vacas flacas, Saturnino, con veintidós años recién cumplidos, hizo lo que tantos otros: cogió un hatillo, besó a su madre, se despidió de su padre —que le dijo "vete, hijo, que aquí no hay futuro" — y se marchó a Madrid a pie, por el camino real de Toledo, con dos reales en el bolsillo y un hambre atroz.

En Madrid, las oportunidades no abundan para los paisanos recién llegados. Saturnino probó de todo:

- Esportillero en el mercado de la Cebada: cargaba y descargaba sacos de harina y verdura, pero el trabajo era esporádico y mal pagado.

- Aguador: Recorría las calles con dos cántaros de barro al hombro, voceando "¡Agua fresca, agua fresca!", pero el oficio estaba copado por gallegos y asturianos que se conocían entre ellos.

- Carbonero temporal: Un trabajo durísimo, ennegrecía los pulmones y la ropa, y apenas dejaba para comer.

La suerte le llegó casi por casualidad. Un primo lejano de su padre, Epifanio "el Tuerto", que trabajaba de mozo de cuadra en la calle de la Madera —a espaldas del Teatro Real— le consiguió una colocación: ayudante de cuadra de los marqueses de Almunia. Empezó limpiando establos, luego aprendió a ensillar, después a enganchar los caballos. Mostró una habilidad extraordinaria con los animales y una paciencia infinita con los arreos. Aprendió el oficio de cochero viendo a los viejos, escuchando sus consejos, corrigiendo sus errores.

En 1854, el cochero titular de los marqueses enfermó de tisis, y Saturnino, que ya llevaba ocho años en la casa, le sustituyó. Descubrió que tenía un don natural: gobernaba la calesa con mano firme y delicadeza, sorteaba los baches del adoquinado con la elegancia de un bailarín y conocía las calles de Madrid como la palma de su mano. Los marqueses quedaron tan complacidos que le hicieron fijo.

¿Y cómo llegó de los marqueses a Prim? La respuesta es más terrestre que novelesca: el servicio doméstico de la nobleza madrileña era una red de contactos y recomendaciones. Un lacayo recomendaba a un cochero, una cocinera a un pinche, un mozo de espuelas a un amigo de su pueblo. Saturnino, con su fama de discreto, honrado y habilidoso, fue recomendado en 1865 al general Prim, que entonces era ministro de la Guerra y buscaba un cochero de confianza. Los marqueses de Almunia, que apreciaban a Prim —o quizá le debían algún favor—, le cedieron a Saturnino "en calidad de préstamo". A Prim le gustó tanto que se lo quedó definitivamente.

Prim necesitaba a alguien en quien confiar. Un hombre que no vendiera sus conversaciones en la taberna, que no abriera la boca cuando no debía, que supiera conducir un carruaje por el Madrid nocturno sin llamar la atención. Un granuja habría sido un peligro. Saturnino era todo lo contrario: un hombre sencillo, íntegro, que hablaba poco y miraba al frente.

Prim, que desconfiaba de todo el mundo (con razón, como luego se vio), encontró en Saturnino un baluarte de tranquilidad. Le pagaba bien, le trataba con un respeto inusual para la época, y le llamaba "Satur" en confianza. Nunca le dijo "usted". Saturnino le llamaba "General", y luego "Presidente", y luego "Señor" cuando las cosas se torcían. Pero nunca "Don Juan". La confianza tiene sus límites.

## 4. Saturnino en la novela

Saturnino aparece en los capítulos en que el carruaje cruza Madrid —especialmente en el Capítulo 2, donde conduce desde la calle del Turco hacia la Plaza de Oriente. En esos momentos, el lector le ve como una silueta en el exterior, apenas una voz que maldice los baches, pero su presencia es constante, firme, un ancla en medio de la tormenta.

Su papel es discreto pero clave:

- Testigo mudo de la conversación entre Prim y Javier. No entiende nada de lo que dicen, pero lo oye todo. Su silencio será una garantía —y quizá, más adelante, una fuente de conflictos.

- Escudo humano: Cuando las cosas se pongan feas —y se pondrán, que Prim tiene muchos enemigos—, Saturnino no dudará en interponerse.

- Puente con la realidad popular: Frente a las elucubraciones de Javier sobre viajes en el tiempo y conspiraciones forenses, Saturnino representa el sentido común de la calle, la persona que lee que no necesita creer para seguir viviendo.

- Vínculo emocional: En los momentos de mayor desesperación de Prim, Saturnino será uno de los rostros conocidos que le acompañe, el testigo de su segunda vida.

## 5. Una anécdota reveladora

En cierta ocasión, un ministro muy engreído —se dice que fue Manuel Ruiz Zorrilla, aunque nadie lo ha podido confirmar— se quejó a Prim de que "su cochero tenía muy mala educación, que no se quitaba el sombrero al paso de las autoridades".

Prim, sin inmutarse, respondió: "Saturnino no se quita el sombrero ante las autoridades. Se lo quita ante los hombres. Si usted le parece una autoridad, quizá por eso no se lo quita."

Zorrilla no volvió a mencionar el asunto. Y Saturnino siguió sin quitarse el sombrero.

# Anexo IV: Topete. El marino que guardó un secreto para siempre

## 1. Ficha personal

Nombre completo: Juan Bautista Topete y Carballo (aunque él siempre firmó como Juan Bautista Topete a secas, porque los apellidos largos eran cosa de burócratas y él se sabía de memoria el viento de cada puerto)

Apodo: "El Almirante" (para sus subordinados) / "Juancho" (para Prim, y solo en la intimidad de los despachos)

Edad en 1870: 49 años (nacido el 24 de mayo de 1821)

Lugar de nacimiento: San Andrés Tuxtla, Virreinato de Nueva España (hoy México) — lo que le confería ese aire de hombre desterrado en su propia patria, aunque él presumía de ser más español que el escudo de la Armada.

Residencia en Madrid: Calle de las Huertas n.º 19, un piso de techos altos y suelos de madera donde guardaba una biblioteca de navegación que ocupaba tres habitaciones y un retrato de Prim presidiendo el comedor.

Estado civil: Casado con Joaquina Arrieta Genaten, dama vasca de abolengo, que le llevaba la contabilidad doméstica con la misma precisión que él calculaba las mareas.

Hijos Dos: Joaquina e Isabel, ambas casadas con oficiales de la Armada —porque Topete no concebía el matrimonio sino como una extensión del servicio a la Corona— y ambas le regalaron siete nietos que él veía cada vez menos, por culpa de los destinos ultramarinos

Rasgos físicos: Alto, esbelto, bigote de guarnicionero y perilla recortada al milímetro. Manos de navegante: callos en los dedos de la izquierda por el timón, y en la derecha una cicatriz en forma de media luna, resto de una metralla en el Pacífico. Vestía de uniforme incluso en domingo, y los ministros le envidiaban el porte porque con la misma dignidad mandaba una escuadra que firmaba un decreto

Vestimenta: Chaqueta azul marino con botones dorados, pantalón de campana, chaleco de piqué blanco, y un pañuelo de seda al cuello que le había regalado Prim en 1869 —"para que no se me olvide que hay generales que saben más de mar que de tierra", le dijo entonces, y Topete nunca dejó de llevarlo puesto los días importantes. En los despachos, añadía una levita negra de frac, porque el protocolo exigía lo que la mar despreciaba

## 2. Rasgos de personalidad

Leal: Topete era de los que no se venden por un ascenso, ni por una cartera ministerial, ni por un retrato en la Galería de los Presidentes. Su lealtad a Prim no se basaba en el cálculo político, sino en la certeza de que había encontrado a un hombre de palabra en un país de papeles mojados.

Discreto como la calma chicha: Sabía guardar un secreto como el fondo del mar guarda sus naufragios. En las Cortes, cuando otros ministros se tiraban los trastos a la cabeza, él se limitaba a arquear una ceja y a cambiar de tema. Esa discreción le granjeó enemigos —"Topete no se moja", decían—, pero también le permitió sobrevivir a todos los vaivenes políticos del Sexenio.

Hombre de mar, no de tierra firme: Desconfiaba de los políticos de salón, de los discursos vacíos y de las promesas que se las lleva el viento. Él era de acciones, de maniobras, de tomar puertos. Prim lo sabía y por eso lo quería.

Ministro de Marina cuatro veces: Ocupó la cartera en 1868, 1869, 1870 y 1872, lo que le valió el apodo de "el eterno ministro flotante". Él respondía: "La Marina no se funde con un gobierno. La Marina se funde con la sal".

Presidente del Consejo de Ministros (brevemente): Entre el 27 de diciembre de 1870 y el 4 de enero de 1871, tras la muerte (real o fingida, según esta novela) de Prim, Topete presidió el gobierno. Fue un interregno breve, pero decisivo. Aprovechó aquellos días para proteger a los amigos de Prim —aunque él mismo no sabía que su amigo seguía vivo— y para garantizar que el nuevo rey, Amadeo de Saboya, llegara a un país que aún recordaba a su general con miedo y con rabia.

## 3. De marino novato a conspirador de altura

Topete nació marino, como su padre y su abuelo antes que él. A los quince años ingresó en la Armada, ascendió a alférez de navío a los dieciocho y a teniente de navío a los veinticuatro. Su hoja de servicios le precedía: en 1841, una Cruz del Mérito por salvar la vida de un tripulante que se había caído al agua —"cualquier marinero lo habría hecho", decía él, pero no era cierto, porque otros marineros miraban para otro lado—; en la Guerra de África sirvió a las órdenes de Prim y demostró que no solo sabía mandar un barco, sino también leer las intenciones del enemigo.

Pero el momento que forjó su amistad con Prim no fue una batalla, sino un naufragio político.

## 4. El nudo que los une: la conspiración de 1868

Llevaban años conspirando contra Isabel II, pero siempre con la precaución de los que tienen algo que perder. Prim era un militar exaltado, dado a los pronunciamientos y a los exilios. Topete, en cambio, era cauto, sabía esperar, intuía que las revoluciones se ganan en los puertos.

En septiembre de 1868, Topete mandaba la escuadra fondeada en la bahía de Cádiz. Prim, exiliado en Londres, le envió un mensaje cifrado: "Llego. Subleva". Era la frase convenida, la que habían acordado años atrás, en un café de París, cuando aún no sabían si la monarquía de Isabel II caería por vieja o por podrida.

Topete no dudó. El 18 de septiembre, al frente de la escuadra, se sublevó. Al día siguiente, leyó un manifiesto redactado por el escritor unionista Adelardo López de Ayala, en el que proclamaba la caída de la reina y la llegada de un nuevo régimen.

Prim, a bordo de la fragata blindada *Zaragoza*, recorrió la costa mediterránea sumando ciudades a la revolución. Cuando se encontraron en Madrid, después del triunfo, se abrazaron en silencio.

—Gracias, Juancho —dijo Prim.

—Para eso estamos, general —respondió Topete—. Para que los amigos no se hundan solos.

Y aquel gesto, tan pequeño, tan ausente de las crónicas oficiales, fue el que selló la confianza. Porque Topete no se había sublevado por ambición, sino por lealtad. Y Prim, que había sido traicionado por tantos, supo reconocer de inmediato a un hombre que no lo haría.

## 5. El momento de la coartada: la noche del 28 de diciembre

En nuestra novela, cuando Prim decide fingir una convalecencia para huir de Madrid, Topete es el único ministro a quien confía la verdad.

La escena podría desarrollarse así, en el capítulo correspondiente:

—Me largo, Juancho —le dijo Prim, en la penumbra del despacho. La herida de la ceja ya casi no sangraba, pero la de la conciencia sí—. Esta noche, con mi familia. A Cádiz, y de allí, a donde nadie me conozca.

Topete no pestañeó. Solo preguntó:

—¿Necesitas que te cubra?

—Necesito que presidas el Consejo en mi ausencia. Que firmes los partes médicos. Que digas que estoy en mi habitación, que no quiero ver a nadie, que la infección es grave pero no mortal.

El almirante se quedó mirándole un instante. Luego asintió.

—Firmaré lo que haga falta. Pero una condición, general: que no te mueras de verdad. Porque si te mueres, me veré obligado a contarlo, y prefiero guardar el secreto a que se lo lleven los peces.

Prim esbozó una sonrisa triste.

—Eres un buen amigo, Juancho.

—Soy un buen marino —respondió Topete—. Y los marinos sabemos que las peores tormentas son las que vienen de dentro.

## 6. La coartada perfecta: el parte médico falso

Topete, como ministro de Marina, no tenía autoridad directa sobre los médicos civiles. Pero se las ingenió para que el parte que se filtró a la prensa fuera exactamente el que Prim necesitaba.

La complicidad de un galeno amigo —el doctor Federico Rubio, masón como ellos— selló el engaño.

El parte decía: "El señor Prim continúa en su domicilio, con ligera mejoría. La fiebre remite lentamente. Los facultativos recomiendan reposo absoluto y aislamiento durante varias semanas".

Era falso, por supuesto. Pero era creíble. Y Topete se encargó de que nadie —excepto Zorrilla, que algo intuyó, pero no pudo probar— cuestionara su veracidad.

## 7. Testimonio

Topete sobrevivió a Prim. Murió en Madrid el 29 de octubre de 1885, a los 64 años, después de una larga carrera política que le llevó a presidir el Consejo de Ministros y a ser senador vitalicio. Pero nunca, jamás, en todos aquellos años, reveló el secreto que le había confiado aquella noche de diciembre.

Alguna vez, en las tertulias de café, algún político impertinente le preguntó:

—Almirante, ¿usted cree que Prim fue realmente asesinado?

Topete apuraba su copa de coñac, miraba por la ventana hacia el sur —hacia Cádiz, hacia el mar— y respondía con una evasiva:

—La muerte, amigos míos, es como la marea. A veces cubre lo que debería quedar al descubierto. Y a veces, al revés.

Nadie entendió nunca del todo qué quería decir. Pero todos asintieron, porque un almirante sabe de lo que habla, y no conviene contradecir a quien ha mandado una escuadra.

# Anexo V: Serrano. El regente a la sombra de una supuesta traición

## 1. Ficha personal

Nombre completo: Francisco Serrano y Domínguez

Títulos nobiliarios: I duque de la Torre, conde consorte de San Antonio, grande de España

Apodos: "El General Bonito" (por su apostura y su éxito social) / "El Espadón" (por su habilidad para moverse entre golpes de Estado)

Edad en 1870: 60 años (nacido el 17 de diciembre de 1810)

Lugar de nacimiento: San Fernando (Cádiz), durante el asedio francés —nació en una plaza sitiada y aprendió muy pronto que la vida es una guerra que no termina nunca

Fecha de fallecimiento: 25 de noviembre de 1885 (74 años), Madrid

Sepultura: Iglesia de San Jerónimo el Real, Madrid —el mismo templo donde años antes se habían jurado las constituciones que él ayudó a tumbar y a levantar

Estado civil: Casado con Antonia Domínguez y Borrell, su prima hermana, 23 años más joven. Un matrimonio de conveniencia pactado entre familias —"ella aportaba el carácter, él la posición; ninguno de los dos aportó el amor, pero ambos supieron disimularlo"

Hijos Cinco: tres varones y dos hembras. De ellos, el mayor, Francisco Serrano Domínguez (futuro II duque de la Torre), heredó el título y la manía de enredarse en conspiraciones, aunque sin la elegancia de su padre

Rasgos físicos: Alto, delgado, moreno, de ojos claros y sonrisa fácil. Benito Pérez Galdós lo retrató con estas palabras: "De lo más vivo y simpático que se pudiera imaginar, de mediana estatura, rostro agraciadísimo y sonriente (...) Tenía Serrano lo que en Andalucía llaman ángel". Vestía con una elegancia que rozaba la coquetería —en una época donde los militares se codeaban con la corte, Serrano entendió muy pronto que el uniforme también podía ser un arma de seducción.

Vestimenta: Chaqueta azul celeste de terciopelo, corbata blanca de cuello estricto, gemelos de oro que le regaló la reina Isabel II, y un bastón de mango de marfil con el que se señalaba antes de hablar —un gesto aprendido en los salones parisinos del exilio. En las ocasiones militares, uniforme de capitán general con dos filas de botones dorados, la faja carmesí y el Toisón de Oro al cuello.

## 2. Carrera política y militar: un hombre en el centro de todo

Serrano acumuló a lo largo de 45 años más cargos que amigos, lo que en su época era decir mucho. Hijo de un militar liberal, se alistó en el ejército a los 12 años y combatió en la Primera Guerra Carlista (1833-1839) junto a las fuerzas de Isabel II. Pero su verdadero talento no era la

estrategia militar, sino la capacidad de estar siempre del lado adecuado en el momento oportuno.

Su carrera pública puede resumirse en la siguiente tabla, que recorre todos los cargos de relieve que ocupó a lo largo de más de cuatro décadas de servicio a la corona —y a sí mismo:

1840, Diputado por Málaga. Comienza su carrera política en las Cortes, mostrando ya una habilidad innata para el debate.

1843, Ministro Universal. Con apenas 33 años, forma parte del gobierno que pone fin a la Regencia de Espartero.

1843-1854, Favorito de la reina Isabel II. Su relación amorosa con la reina fue un escándalo político que se prolongó durante años.

1856-1866, Presidente del Senado. Académico Vitalicio del Senado.

1859-1862, Virrey de las Antillas. Gobernador superior de Cuba, donde algunos le acusaron de enriquecerse con el tráfico de esclavos. Él respondía que el Imperio necesita hombres que sostengan el orden, y el orden se sostiene con mano firme.

1868, Presidente del Gobierno Provisional. Tras el éxito de la Revolución Gloriosa, asume la presidencia, en funciones de jefe del Estado.

1869-1871, Regente del Reino. A falta de rey, Serrano se convirtió en regente, mientras Prim formaba los gobiernos.

1871, Presidente del Consejo de Ministros. Sucede a Prim tras su muerte —real o fingida— en la presidencia del gobierno en funciones.

1872, Presidente del Consejo de Ministros. Segundo breve mandato tras la dimisión de Sagasta.

1874, Presidente del Poder Ejecutivo de la I República. Durante el caos de la Primera República, es el último presidente del poder ejecutivo antes de la restauración borbónica.

Su ideario político ha sido calificado de *pragmático*, una palabra elegante para decir que era capaz de jurar cualquier cosa y desmentirlo al día siguiente sin que le temblara el pulso. En el fondo, Serrano fue siempre un unionista: creía en un estado fuerte, en un ejército fiel a sus mandos, y en una corona que no diera problemas. La democracia le parecía un bonito experimento que otros podían hacer, y la república una aventura que le tocó pilotar en sus últimas horas.

## 3. Perfil ideológico y de personalidad

Para entender a Serrano, hay que huir de los juicios morales simplistas. No era un malvado de melodrama, ni un santo de catecismo. Era un hombre de su tiempo, educado en la escuela del liberalismo doctrinario, donde la ley se respetaba siempre que no molestara a los poderosos. Su ideario político era básicamente pragmático, y su capacidad de adaptación rozaba la

camaleónica. Sus contemporáneos le reprochaban dos cosas: que hablaba de libertad mientras pactaba con el trono, y que sonreía a todo el mundo mientras preparaba las zancadillas.

Desde el punto de vista de la categorización histórica, Serrano es un militar-político de corte decimonónico, un "espadón" al uso, de esos que gobernaban con el sable en la mesa camilla. Su carrera siguió las pautas de los grandes jefes del partido militar que dominó la España isabelina: Narváez, O'Donnell, Prim. A diferencia de estos, Serrano tuvo el mérito —o la fortuna— de sobrevivir a todos ellos y de adaptarse a regímenes tan diversos como la monarquía isabelina, el gobierno provisional, la regencia, la república y la restauración alfonsina.

Benito Pérez Galdós, que le conoció y trató, dejó un retrato que conviene recordar:

"*De lo más vivo y simpático que se pudiera imaginar, de mediana estatura, rostro agraciadísimo y sonriente (…) Tenía Serrano lo que en Andalucía llaman ángel (…) Más que a su guapeza debía sus éxitos a su afabilidad, ciertamente compatible, en el caso suyo, con el valor militar temerario, en ocasiones heroico.*"

Un militar que arriesgaba el pellejo en el campo de batalla y sonreía mientras lo hacía. Su carácter afable y su apostura le granjearon la protección de la reina Isabel II, de quien fue amante durante años, y le abrieron todas las puertas del palacio.

El padre de Pérez Galdós, que fue cronista parlamentario, dejó escrita una anécdota que circulaba por los pasillos del Congreso: "*Serrano nunca hizo nada por pasión, sino por cálculo. Cuando alguien le preguntaba por sus principios, se llevaba la mano al pecho y respondía: 'Aquí los guardo, bien calentitos. Que no se me enfríe ninguno'*."

## 4. La relación con Prim: de camaradas de armas a enemigos íntimos

La historia de Serrano y Prim es la historia de una amistad rota por la ambición, y de una lealtad que se fue deshaciendo como un barco de papel en la tormenta.

### 4.1 Los años de alianza: la Revolución Gloriosa de 1868

Prim y Serrano se conocieron en el fragor de la política isabelina. Ambos eran generales, ambos liberales, ambos ambiciosos. En los años previos a la revolución, coincidieron en el exilio, conspiraron juntos y soñaron con un régimen que enterrara para siempre el absolutismo. Prim tenía la energía, el carisma y el contacto con las masas. Serrano tenía la experiencia, los contactos en la corte y —sobre todo— la capacidad de hacer que los poderosos se sintieran escuchados.

En 1868, la oportunidad llegó. Mientras Topete sublevaba la escuadra en Cádiz, Serrano y Prim se unieron a él. Juntos, firmaron el manifiesto "España con honra", que desencadenó el derrocamiento de Isabel II. En aquellos días de septiembre, los dos generales se abrazaron en el Puerto de Santa María, jurándose lealtad eterna.

Durante el gobierno provisional, Serrano asumió la presidencia y Prim el ministerio de Guerra. Se repartieron el pastel con la habilidad de dos tahúres que se respetan. Prim le nombró Capitán General —el máximo rango militar— y Serrano le apoyó en las Cortes. Parecía una sociedad indestructible.

En 1869, la regencia cayó en manos de Serrano. El gobierno del general Juan Prim buscaba un candidato ideal para la corona, y Serrano, como regente, vigilaba que la elección no le costara el puesto. Durante un año, la pareja funcionó: Serrano reinaba (sin corona) y Prim gobernaba (con mayoría parlamentaria).

## 4.2 La lenta ruptura: el pulso por el poder

Pero los años de alianza estaban contados. El conflicto germinó cuando hubo que elegir al nuevo rey de España. Prim quería a Amadeo de Saboya, un príncipe italiano educado en el parlamentarismo y dispuesto a aceptar una monarquía constitucional. Serrano, en cambio, prefería a un candidato más dócil, o quizá a sí mismo, aunque nunca llegó a decirlo en voz alta porque el dedo de Prim siempre señalaba a otro.

La hostilidad se fue enconando a lo largo de 1870. Prim gobernaba con pulso firme y empezaba a prescindir de consejos. Serrano se sentía arrinconado, postergado a un segundo plano, y empezó a tejer alianzas con los descontentos. El odio de clase, la envidia de poder, el miedo a ser olvidado —todo se fue cociendo a fuego lento durante los meses previos al atentado.

La gota que colmó el vaso fue el nombramiento de Amadeo. Serrano, como regente, tuvo que firmar el decreto que llamaba al príncipe italiano. Dicen que lo hizo con una sonrisa helada y que aquella noche bebió solo, en su despacho, mientras los lacayos cuchicheaban por los pasillos.

## 4.3 El antagonismo: dos generales de transición

En la historiografía española, a Serrano y a Prim se les ha llamado "dos generales de transición". Ambos fueron hombres clave en una de las épocas más convulsas del siglo XIX. Pero mientras Prim representaba la transición hacia la democracia parlamentaria, a veces torpe pero siempre sincera, Serrano representaba la transición hacia la continuidad: la del poder que no cambia de manos, solo de nombre. Mismos perros con distintos collares.

En el parlamento, Serrano jamás perdonó a Prim que le hubiera relegado a presidir el Senado —un cargo honorífico, sin capacidad de decisión. Prim, por su parte, desconfiaba de la sonrisa perpetua de Serrano, de su facilidad para mentir sin inmutarse, de su costumbre de llamar "amigo mío" a quien pensaba apuñalar por la espalda.

## 5. Serrano en la muerte de Prim: la sombra que nunca se disipó

En 2013, la Comisión Prim de Investigación de la Universidad Camilo José Cela, dirigida por el criminólogo Francisco Pérez Abellán, examinó los restos momificados del general. Sus conclusiones fueron un aldabonazo sobre la mesa:

- Las heridas de bala que Prim sufrió en la calle del Turco no eran mortales.
- Su cadáver presenta marcas en las vértebras cervicales compatibles con un estrangulamiento a lazo.
- Los partes oficiales sobre su estado de salud fueron, cuando menos, fraudulentos.
- Alguien remató a Prim en su lecho de muerte. Y ese alguien no pudo actuar sin la complicidad de la máxima autoridad del Estado.

La investigación de Pérez Abellán apunta directamente a Francisco Serrano como el inductor del magnicidio:

"Esta vez el asesino no puede escapar porque el general Serrano, regente de España en ese momento, se presenta, a los pocos minutos de llegar herido de muerte y probablemente desmayado, en la casa del herido siendo uno de los mayores enemigos y se hace cargo de todo".

Más contundente aún resulta la investigación de los historiadores José María Fontana Beltrán y Alfredo Redondo Penas, quienes estudiaron a fondo el sumario judicial del crimen. Según sus conclusiones, José María Pastor y Pardillo, jefe de la escolta personal de Serrano, dirigió a los pistoleros que asesinaron a Prim. Pastor estuvo presente en la calle del Turco la noche del atentado.

La implicación de Pastor sitúa al general Serrano en el epicentro de la conspiración. Los historiadores Fontana y Redondo explican que los autores materiales fueron dirigidos por el jefe de seguridad de Serrano, y que en el atentado participaron un total de trece personas.

## 6. El veredicto de la historia (y de esta ficción)

En la línea temporal oficial —la que recogen los libros de texto y los partes médicos—, Serrano murió en Madrid el 25 de noviembre de 1885, a los 74 años, sin haber sido nunca juzgado por la muerte de su antiguo socio. Nadie le acusó formalmente, y sus herederos disfrutaron del ducado de la Torre hasta bien entrado el siglo XX.

Pero en la ficción que usted, lector o lectora, sostiene entre manos, la verdad es otra. Javier Puente, el historiador venido del futuro, sabe bien quién financió al jefe de seguridad, quién cerró los ojos cuando le estrangularon, y quién firmó después los partes médicos falsos que, durante siglo y medio, han mantenido viva la mentira de la septicemia.

En nuestra novela, Prim huye de España sabiendo que Serrano es su peor enemigo. No el único, pero sí el más peligroso porque lleva dentro la traición y la guarda como un puñal en la funda de terciopelo. Francisca, su esposa mexicana, le previno desde el primer día:

—De esa sonrisa no te fíes, Juan. En México decimos: "El que mucho sonríe, algo esconde". Y Serrano sonríe demasiado.

Prim nunca le hizo caso. Y a punto estuvo de pagarlo con la vida.

## 7. El destino en la ficción: la sombra que persigue

Porque la venganza es un plato que se sirve frío.

# Anexo VI: Francisca Agüero. La mexicana que le cambió el destino

## 1. Ficha personal

Nombre completo: Francisca de Agüero y González

Nombre familiar: Paca o Paquita

Títulos nobiliarios: I duquesa de Prim (1 de noviembre de 1871), II condesa de Agüero (grande de España desde el 20 de enero de 1872)

Fecha y lugar de nacimiento: 2 de abril de 1830. Veracruz (México). Aquellas aguas del Golfo le dieron un carácter firme, hospitalario y con tendencia a no callarse lo que pensaba.

Fecha y lugar de fallecimiento: 12 de febrero de 1889. Madrid.

Sepultura: Iglesia de Nuestra Señora del Carmen, Reus —a petición expresa del general, aunque ella no era partidaria de los entierros con tanto viaje. Prefería el cementerio de La Almudena, pero al fin el amor es más poderoso que la cercanía geográfica.

Estado civil: Casada con Juan Prim y Prats el 3 de mayo de 1856 en la iglesia de La Madeleine de París. Una boda a la que algunos llamaron "la coronación de un amor imposible", y otros, más retorcidos, "la fusión de dos fortunas".

Padres: Francisco de Agüero, banquero mexicano de origen humilde y fortuna inmensa, dueño de minas de plata en Fresnillo, Zacatecas, y Agio (casa de banca). Antonia González y Echavarría, aristócrata española, sobrina de la realeza y prima de la emperatriz Eugenia de Montijo, esposa de Napoleón III.

Hermanos: Ninguno. Hija única y universal heredera de los bienes de su padre (una fortuna que incluía minas, acciones en ferrocarriles, y una colección de arte que bien merecía un museo propio).

Hijos Tres: Juan (1858), una niña muerta al nacer (1860) e Isabel (1862), esta última apadrinada por la propia reina Isabel II de España—un honor que Paca nunca perdonó del todo, porque la reina llegó tarde a la ceremonia, con un vestido que le robó todo el protagonismo.

Rasgos físicos: Morena, de ojos oscuros y mirada profunda, estatura mediana y complexión robusta —ninguna delicadeza victoriana en esa mujer. Llevaba el cabello recogido en un moño bajo, a la moda mexicana, y el lunar que tenía en la mejilla izquierda era conocido en las crónicas de salón como "la paloma de la discordia".

## 2. Su influjo en Prim: una mexicana en la corte de los Borbones

Ella le conoció cuando apenas contaba diecisiete años y pudo soportar varias desavenencias de sus padres, diferencias de edad y el escándalo social.

En 1850, Prim, que entonces tenía treinta y seis años y una hoja de servicios tan larga como su soledad, fue destinado como agregado militar en la embajada española en París. Fue entonces

cuando Francisco de Agüero, el padre de Paca, invitó a la flor y nata de la colonia española en la capital francesa a la boda de su hija con un noble arruinado. Alguien cometió el error de incluir al general en la lista de invitados.

La familia Agüero poseía una residencia en la Rue d'Astorg, en el barrio de La Madeleine, a escasos metros del Elíseo. Allí, doña Antonia González ofrecía tertulias de alto copete, a las que solían acudir lo más granado de la nobleza europea. Paquita, ya con diecisiete años, se desenvolvía con soltura en aquel ambiente sofisticado. Prim asistió a una de ellas y no volvió a salir nunca de la órbita de la joven.

Doña Antonia no aprobaba a Prim por dos razones: la diferencia de edad —diecinueve años mayor que su hija, según la Real Academia de la Historia— y la falta de una fortuna equiparable a la de los Agüero. Pero Paca era hija única y no estaba acostumbrada a que le llevaran la contraria. Sostener una relación a escondidas de sus padres fue el primer entrenamiento que tuvo para tratar con los políticos y generales que luego rodearían a su marido.

Al fin, tras varios años de idas y venidas, el matrimonio se celebró con gran fasto en 1856 en la iglesia de La Madeleine de París, el mismo templo donde años antes se habían desposado otras parejas de la alta aristocracia europea. A la boda asistió la flor y nata de la colonia española en París, y la novia lució un vestido que se decía inspirado en los retratos de la emperatriz Josefina.

En adelante, Paca se convirtió en el único termómetro emocional de Prim. Ella era su norte en el maremágnum de la política española, y los políticos aprendieron muy pronto que para llegar al general debían pasar por el filtro mexicano.

## 3. El árbol genealógico: de Veracruz a la corte

El padre de Paca, Francisco de Agüero, era un banquero mexicano de origen español, dueño de una casa de banca que negociaba con plata mexicana y acciones en los ferrocarriles de la época. Su madre, Antonia González, sobrina del rey José I de España y prima de la emperatriz Eugenia de Montijo. Esta vinculación con la familia Bonaparte era una baza que Prim no desaprovechó cuando más tarde necesitó mediar en los conflictos de México con Francia.

Los Agüero eran parientes lejanos de los duques de Alba y emparentaban con los condes de Montijo. A través de doña Antonia, Paca podía reclamar parentesco con media alta aristocracia europea. Eso la convertía en un blanco fácil, pero también en una mujer que nunca se sintió intimidada por las cortes reales.

Cuando tras su boda con Prim, Paca fue presentada en la corte de Isabel II, la reina en persona murmuró a su dama de compañía: "Esta mexicana tiene más pedigrí que nosotros". Y no le faltaba razón, aunque Paca, fiel a su costumbre, se limitó a sonreír y a seguir bebiendo su té con la elegancia de quien no necesita demostrar nada.

## 4. Su papel durante la Revolución Gloriosa y la Regencia

A lo largo de la trayectoria política de Prim, Paca fue un apoyo decisivo para el general. Pero su influencia no era discreta como la de otras damas de la época. Ella acompañaba a Prim en los

mítines, en los debates parlamentarios (desde la tribuna de invitados, naturalmente), y en las recepciones diplomáticas.

El erario familiar no padeció mengua alguna gracias a la fortuna heredada de su padre, y Prim pudo dedicarse a la política sin las estrecheces económicas que aquejaban a otros conspiradores. Algunos han insinuado que fue Paca quien financió parte de las campañas de Prim en los años duros del exilio. Ella nunca lo negó, pero tampoco lo confirmó. Se limitaba a decir que el dinero es un criado muy útil, y que quien lo tiene no debe presumir de poseerlo sino de saber gastarlo.

Durante los agitados meses que precedieron a la Revolución de septiembre de 1868, Paca fue el termómetro de los ánimos populares. Sabía leer el pulso de la calle mejor que cualquier político, y no dudaba en alertar a Prim cuando la paciencia se acababa o cuando los generales unionistas planeaban algún golpe de mano.

Tras la revolución, cuando Prim asumió el ministerio de Guerra, Paca residió con él en el Palacio de Buenavista y presidió la vida social del gobierno provisional. Dicen que fue ella quien sugirió la entrada de Amadeo de Saboya, el príncipe italiano, por encima del duque de Montpensier. Era una influencia mexicana que se adelantaba al sentido político de los ministros españoles.

## 5. Su vida tras la muerte de Prim: la duquesa que no quiso volver a casarse

Tras el atentado del 27 de diciembre de 1870 y la muerte oficial del general —porque en nuestra ficción, ya se sabe, la muerte fue un engaño—, Paca quedó al frente de la familia. El rey Amadeo I le otorgó el ducado de Prim un año después, como reconocimiento a la memoria del general, y ella lo aceptó con la entereza de quien sabe que los títulos se llevan con dignidad o no se llevan.

A diferencia de otras viudas de la época, Paca nunca volvió a casarse. Se dedicó a administrar la cuantiosa fortuna de su padre y a velar por los destinos de sus hijos. Vivió en Madrid, en el palacio de la calle de Serrano, convertida en una institución de la vida social madrileña. No perdonó jamás al general Serrano —a quien culpaba de la muerte de su esposo—, pero mantuvo una correspondencia constante con Topete, que siempre le enviaba flores el día del cumpleaños de Prim.

En sus últimos años, Paca se reconcilió con la Iglesia, aunque nunca dejó de fumar en pipa en la intimidad de su gabinete, una costumbre adquirida en México que escandalizaba a las damas de la corte. Si alguna se atrevía a comentarlo, ella respondía con una frase seca:

—Cada cual se ahoga en el vaso de agua que elige.

Murió en Madrid el 12 de febrero de 1889, a los cincuenta y ocho años, de una pulmonía mal curada. Dicen que, en su lecho de muerte, cuando el médico le preguntó si deseaba confesarse, respondió:

—Ya me confesé ayer con el único cura que me cae bien. Y además, mi marido nunca creyó en esas cosas. Así que déjeme en paz para morir con sentido del humor.

# Anexo VII: Juan Prim y Agüero. El hijo que no quiso ser general

## 1. Ficha personal

Nombre completo: Juan Prim y Agüero

Títulos nobiliarios: II conde de Reus (1870-1930), II vizconde del Bruch, II marqués de los Castillejos (por elevación a ducado), I duque de los Castillejos.

Fecha y lugar de nacimiento: 10 de enero de 1858. París.

Fecha y lugar de fallecimiento: 9 de agosto de 1930. Madrid.

Sepultura Cementerio de San Isidro, Madrid.

Estado civil: No casó. Sin descendencia.

Padres: Juan Prim y Prats y Francisca Agüero y González.

Hermanos: Isabel (1862-1927) y una hermana muerta al nacer (1860).

## 2. El hijo en la distancia

Juanito era el primogénito del matrimonio. Nació durante una estancia de los Prim en París, donde su madre se había instalado para evitar los vaivenes políticos de Madrid. El general, feliz por el nacimiento, dijo aquella noche que por fin tenía un heredero para sus títulos y sus deudas.

Pero Juanito no quería ser militar. A diferencia de su padre, que había empuñado el fusil a los catorce años, él se sentía más cómodo en las tertulias literarias que en las maniobras de caballería. Le gustaban los idiomas, la historia y la poesía, e incluso llegó a publicar algunos versos en revistas madrileñas con el seudónimo de “El Pajesillo”.

Prim aceptó las inclinaciones de su hijo —con resignación—, pero nunca dejó de aconsejarle que la pluma es un arma menos ruidosa, pero también más cortante que la espada. Juanito no le hizo demasiado caso, y quizá por eso sobrevivió.

## 3. La educación y el despertar intelectual

Los jesuitas de París y luego los escolapios de Madrid dieron forma a su carácter. Educado en la más estricta disciplina jesuítica, Juanito se rebeló contra la rigidez clerical y acabó abrazando ideas librepensadoras que tanto irritaban a su padre.

Después de la muerte del general (oficial o ficticia), su madre, con el carácter que la caracterizaba, se encargó de orientar sus pasos. No hubo nuevos levantamientos en la familia,

sino una vida tranquila entre libros y colecciones de arte. Juanito fue un gran coleccionista de pintura española del siglo XVII y llegó a reunir una importante pinacoteca que luego se dispersó en subastas.

4. La vida adulta y la relación con los títulos nobiliarios

Cuando Paca falleció, Juanito heredó el ducado de los Castillejos y el condado de Reus. Pero nunca ejerció influencia política alguna, prefiriendo dedicarse a sus aficiones eruditas y a recorrer Europa en busca de libros raros. Se le veía poco en la corte y casi nada en los salones de la política. Una existencia discreta que fue criticada por algunos, pero que él mismo defendió con una sentencia que se repite aún hoy en las reuniones de la actual nobleza de medio pelo:

—Mi padre ganó honores para que yo pudiera leer tranquilo. Y eso es lo que hago.

No tuvo herederos. A su muerte en 1930, el ducado de Prim y otros títulos pasaron a su hermana Isabel, y luego, por vía colateral, a la familia Muntadas.

5. El árbol genealógico hasta hoy

La rama de Juanito se extinguió con él, pero la sangre de Prim continuó a través de su hermana Isabel, que casó con Fernando Heredia Livermore. Como Isabel tampoco tuvo hijos, los derechos sucesorios pasaron a la familia Muntadas mediante una sobrina, Concepción Salvadó Prim, que contrajo matrimonio con Carlos Muntadas Muntadas.

Los Muntadas, una familia de industriales catalanes enriquecidos en el siglo XIX, adoptaron el apellido “Muntadas-Prim” para preservar el legado del general. De esta unión nacieron cuatro hijos, que distribuyeron entre ellos los títulos:

- Carlos Muntadas Salvadó Prim: II duque de los Castillejos.

- Luis Muntadas Salvadó Prim: III duque de Prim (rehabilitado en 1960 por Franco).

- Antonio Muntadas Salvadó Prim: III conde de Reus.

- María de la Concepción Muntadas Salvadó Prim: III vizcondesa del Bruch.

En la actualidad, el título de conde de Reus pertenece a Jaime Muntadas-Prim y Burguete, que lo ostenta desde 1988. El ducado de Prim lo lleva María de los Ángeles Muntadas-Prim y Lafita desde 2019. Otros títulos asociados, como el ducado de los Castillejos, continúan en manos de la familia, aunque sus actuales titulares llevan una vida discreta y alejada de los focos.

La herencia de Prim sigue viva. No en las armas que empuñó, sino en los apellidos que aún resuenan en las casas nobiliarias.

6. El hijo en nuestra novela

En la novela, Juanito es el hijo que acompañó a sus padres en la huida de Madrid y luego en el exilio hondureño. Allí creció, aprendió a montar a caballo con los peones de la hacienda y a leer el clima tropical mejor que ningún meteorólogo. Por suerte, supo ajustarse a su nueva vida sin rencores, como quien intuye que el mundo se compone de capas superpuestas y que la realidad —como la historia— tiene varias versiones.

Su madre mexicana le enseñó a querer su nuevo continente, y su padre español a no olvidar nunca las raíces catalanas. Él combinó ambas tradiciones y se convirtió en un patriarca de la familia en la distancia.

En la ficción o en la realidad, Juanito moriría en la década de 1930 sin herederos directos, pero con una obra escrita: una *Crónica de los Años Perdidos*, donde recogería la historia de su padre como nadie la había contado. El manuscrito, según la trama pudo llegar a Barcelona en los años 50 del siglo XX.

## 7. Últimos detalles

La memoria de Prim se proyectó en su hijo Juan, que no fue militar sino amante de las letras. Al no tener descendencia, los títulos pasaron a través de Isabel a los Muntadas, una familia industrial catalana que supo mantener viva la llama del general. Hoy, los títulos siguen vigentes en la nobleza española, y los Muntadas-Prim continúan siendo los herederos de una historia que, como esta novela, nunca termina de escribirse.

El apellido Prim aún figura en el Guía Oficial de Grandezas y Títulos del Reino, y en algún despacho del Ministerio de Justicia alguien, algún día, tendrá que responder a la pregunta de si un título nobiliario puede viajar en el tiempo.